

ANDRÉ BELLESSERT

JOVEN AMERICA

CHILE Y BOLIVIA

Versión original francesa publicada en París en 1897 por

Perrin et Cie.

Traducción de **Hernán MINDER**

PRÓLOGO

Permanecí diez y ocho meses en la América del Sur, principalmente en Santiago de Chile. Entre los recuerdos que guardé de mi estadía, destaco hoy el relato de mi viaje hecho en enero, febrero y marzo de 1895 a las regiones del salitre y de la plata. La *Revue des Deux Mondes* ha publicado los principales capítulos.

Este viaje me llevó, de un lado hasta las fronteras del Perú, del otro en Bolivia. Arrojado en un medio industrial nuevo para mí y bastante extraordinario, me ocupé sobretodo de dar cuenta de la fisonomía de la gente que ahí encontré. Quizá no adquirí un alma suficientemente americana para dibujar las gentes de América. Si me leen, me reprocharán sin duda de haber marcado mis juicios con acentos demasiado franceses y, a veces, de haberla puesto a mal traer en nombre de ideas europeas que todavía no se han aclimatado en aquellas soledades. Pero no se exige en absoluto del viajero que posea las cualidades del historiador. No pretendo, pues, haber dicho la exacta verdad sobre estos hispanoamericanos. Simplemente, traté de traducir mis impresiones con toda la sinceridad de la cual soy capaz. Y luego, ¿por qué habría yo de despojar al hombre de Francia ? No nos está permitido de ignorar hoy la « inquietud social » que nuestros mayores y nuestros maestros nos comunicaron. La lepra moral que se extiende en esta parte de América me ha profundamente conmovido. Los progresos industriales no aguzan la conciencia de un pueblo. Las máquinas de fierro y todos los pertrechos de los fabricantes de oro, no dan en absoluto nobleza a sus concepciones de la vida. Se ve siempre merodear en torno a las riquezas excesivas el alma humana disminuída. En la hora en que vivimos, se me perdonará quizás de aportar algunos ejemplos nuevos que, si vienen de las antípodas, no son por ello menos sorprendentes.

Debo agregar que en este libro, consagrado a las explotaciones de la Plata y del Salitre, no he insistido sobre las calidades del pueblo chileno, tan notable en diferentes aspectos. Confundirlo con sus vecinos sería una injusticia. Porque es superior por su unidad, su civismo, su política liberal y decidida y todo un pasado de grandeza moral. Su historia está llena de hermosas abnegaciones y de grandes figuras íntegras. A lo mejor un día hablaré como se debe ; pero desde ya quiero agradecer a aquéllos que me permitieron conocerlo y que me facilitaron su estudio. Al señor Hébrard, que me acreditó en América del Sur en calidad de corresponsal del diario *Temps*, me abrió muchas puertas y me obtuvo numerosas simpatías. Al señor Valentín Letelier, profesor de Derecho en la Universidad de Santiago, escritor de fino talento que ejerce una acción considerable sobre la juventud chilena ; a los señores Alejandro y Adolfo Carrasco, filósofos y escritores políticos, pero en quienes la política no ha menoscabado el apego al arte y el amor generoso de lo bello ; Al señor G. Huneus ; al señor Martínez ; a nuestro compatriota, el señor Rabinel, y tantos otros que me condeno a no nombrar, que me han ayudado con su experiencia y que me aseguraron con encantadora hospitalidad en diversas etapas de mi viaje. Que estos amigos chilenos, cuya amistad me es preciosa, no se sientan porque escribí este libro con entera independencia. Si a veces somos duros al juzgar los extranjeros, que los extranjeros se consuelen sabiendo que somos todavía más duros al juzgarnos a nosotros mismos.

La Joven América

Chile, esta estrecha faja de tierra que corre entre las cordilleras y el Pacífico, desde el estrecho de Magallanes hasta el Perú, se divide en tres zonas.

La región del Sur, lluviosa y fría, está cubierta de una vegetación extraordinaria. Las selvas vírgenes se desbrozan lentamente. Aquí la naturaleza es salvaje, misteriosa y por días claros, embelesadora. Quienes visitan los alrededores de Valdivia, de Puerto Montt y de la isla de Chiloé, vuelven maravillados. Sin la lluvia y los vientos fríos podría creerse bajo los trópicos. El viajero descubre allí, a cada paso, riquezas inesperadas: praderas inmensas, bosques inextricables donde no se entra sino a golpes de hacha, fuentes de agua caliente donde los últimos indios sumergen sus reumatismos, ríos que serpentean, ruedan, se precipitan bajo prodigiosos entrelazamientos de lianas y de verdura. Los bosques descienden hasta la orilla del Océano; sus ondulaciones parecen prolongar el oleaje del mar; el rumor del viento en las ramas se mezcla al estrépito maravilloso de las olas. ¡Tierra fantástica, donde lo desconocido se puebla de leyendas! Está casi deshabitada. Las migraciones alemanas se apoderan poco a poco de ella. Puerto Montt y Valdivia, colonias germánicas, prosperan y se hacen centros industriales. Más arriba, Temuco, la antigua capital de La Araucanía ve apagarse en una degenerescencia de pereza y alcohol los primeros amos de la tierra y de las aguas, esos indios altivos que son desposeídos jurídicamente, luego de haber sido reprimidos con las armas. El aguardiente de Hamburgo acaba lo que, hace más de dos siglos, las espadas castellanas habían comenzado. Destrozados por los españoles, envenenados por los alemanes, los araucanos pueden juzgar de los europeos, tanto de los morenos como de los rubios. ¿Cuáles de entre ellos prefieren? Probablemente los que los emponzoñan. La tierra araucana se ha transformado. En ella se han fundado ciudades y construido grandes haciendas que proveen Chile de trigo, de frutas e incluso de vino. Numerosas fortunas agrícolas han echado ahí raíces. Cuando los chilenos piensan en el futuro - lo que suele acontecer algunas veces -, se vuelven hacia esta región del Sur, más verde que la esperanza. Se dicen que madre Natura vela por ellos y que, perdonándoles sus faltas, les tiene de reserva nuevos tesoros. El Dios que hizo crecer bosques de manzanos en las colinas de Valdivia es un banquero fiel, al que se recurrirá cuando haya menester. Y luego, Los Andes están ahí siempre, y cuando las montañas chilenas dan a luz, no es el parto de una rata. Ellas paren oro, plata, cobre, todo lo necesario para que los hombres sean felices o para que se maten entre sí.

La región central es menos exuberante, pero goza de un clima que nuestra Niza envidiaría. Las viñas dan aquí vinos que un poco de experiencia haría excelentes. Las flores alcanzan su plenitud diez meses por año, y yo la encontraría encantadora si su campo no tuviera la insulsa monotonía de los llanos sin árboles y sin ríos. Se la surca de canales artificiales; sólo que el agua no canta bien si no es entre las orillas de su fantasía; obedece a la voluntad de los ingenieros como una esclava cuya alma estuviera ausente. Ella alimenta los campos, que no los alegra. Es una prisionera sombría que corre en su cárcel de cemento. El campo de Santiago es taciturno y triste. Pero esta región pertenece al comercio y manda el país entero. Santiago centraliza todos los poderes de la República. Se apoya en las cordilleras y, sin fatigarse mucho, levanta la palanca del progreso. Valparaíso se enorgullece de su reino sobre el Pacífico. Su puerto recibe los navíos de Europa, los vacía y los devuelve cargados. Toda la fortuna de Chile le pasa entre las manos o bajo sus ojos. Las grandes naves que descienden del Norte, cargadas de cobre, plata o salitre, lo saludan con su penacho de humo.

Por último, en esta zona temperada, donde los comerciantes franceses, alemanes, ingleses, españoles, italianos, se disputan la clientela ; donde los agricultores plantan viñas, riegan sus campos e hipotecan sus propiedades ; donde los politicastro se disputan el poder ; donde los banqueros se enriquecen y los especuladores triunfan, se encuentra a veces gente desinteresada que hace filosofía, versos, pintura o matemáticas. Son pocos, pero existen. De ellos he visto y conozco algunos. Físicamente no se distinguen de los demás ; no llevan ningún signo distintivo. En todo caso, su raza singular, que tiende a desaparecer, solo se aclimata en esta comarca.

La región del Norte comprende un desierto, un horroroso desierto bajo un cielo implacablemente azul, un desierto a lo largo y a lo alto. La planicie es seca, la montaña es árida. Salvo algunos valles pequeños, perfumados por los frutos tropicales, no se encuentra aquí un solo árbol, tampoco una mata de pasto : una tierra desnuda, arena, marga y sólo oro, plata, cobre, salitre, riquezas colosales, y la fiebre roja del lingote y la locura de los esplendores. Este desierto fabuloso domina Chile. Su espejeo deslumbra e hipnotiza. Los chilenos miran hacia el lado donde yace este gran cadáver que se descuartiza y del cual cada hueso representa millones. Un pueblo, un hormiguero voraz, tenaz, irresistible, extraño, trabaja aquí sin tregua. Aquí se escucha un ruido sordo de piochas, como si esta muchedumbre se hubiera dado cita para cavar una inmensa tumba. Y sobre esta tierra sin verdor, sin sombra, sin agua se vive, según parece, una existencia absurda y mágica. Aquí los contrastes gritan : al calor ardiente del día sucede la noche gélida ; la gente se emborracha de lujo en estas inmensas soledades. Este Sahara se llena de espejismos que se realizan. Hubo un tiempo en que los mineros, encontrándose sin agua, bebían champaña. Hoy las minas se agotan : su explotación se hace difícil. Ha habido derrumbamiento de sueños, desmoronamiento de fortunas, ruinas, miserias. Pero la guerra del Pacífico entregó a Chile la provincia de Tarapacá y los salitres de Iquique : ¡miles de millones ! Además, las cordilleras hacen todavía chorrear las libras esterlinas. Hay que escalarlas, golpearlas en la cabeza : es lo que se hace. Es a una altura de cuatro y cinco mil metros que se arranca los minerales de plata. En la frontera boliviana, Huanchaca y Pulacayo, dos ciudades, albergan y mantienen más de doce mil mineros. La compañía que los emplea ha construído un ferrocarril que atraviesa el desierto de Atacama y sube al Altiplano.

Me pareció interesante recorrer estas regiones, todavía mal conocidas por los franceses, y a lo mejor únicas en el mundo. Partí hacia Iquique, la tierra del salitre y hacia Huanchaca, la tierra de la plata. El gobierno chileno, al que nunca podré alabar suficientemente por su gentileza, algunos amigos de Santiago, que quisieron desviar un instante hacia mí la simpatía que les inspira el pueblo francés, y nuestro excelente compatriota, el señor Charles Vattier, director de la compañía de Huanchaca, me facilitaron este viaje y me permitieron de ver todo y recoger las informaciones más precisas. Les dirijo aquí mis sinceros agradecimientos. Visité pues, Iquique y sus alrededores, Huanchaca y sus minas.

CAPITULO PRIMERO

DE SANTIAGO A VALPARAÍSO.- VALPARAÍSO.- UN DESCENDIENTE DE PANGLOSS.- UN ALMACÉN FÚNEBRE.- UN FUNDADOR DE CIUDAD.- JÓVENES PUEBLOS.- EL ROTO CHILENO Y LA SOCIEDAD CHILENA.- ARGENTINA Y CHILE.

El expreso va en cuatro horas de Santiago a Valparaíso, deteniéndose veinte minutos en Llay-Llay, que está a medio camino y de donde parte un ramal hacia la Cordillera. El recorrido no ofrece gran interés. A la salida de Santiago se atraviesa un llano triste, plantado aquí y allá de álamos y de sauces llorones. El horizonte está cortado por las montañas desnudas. Luego, estas alturas se acercan, la vía se encajona y zigzaguea a sus pies. El tren da vuelta, oscila, tuerce sus anillos de fierro y los viajeros, que circulan de un cabo al otro de los vagones, deben ser muy marineros. Me acuerdo que en mi primer viaje uno de mis compañeros de Europa, que había cruzado el Atlántico y surcado el Pacífico sin el menor malestar, se encontró en el expreso de Santiago completamente mareado. El hecho es que el tren balancea terriblemente. Agréguese a la molestia de ser sacudido, la perspectiva siempre probable, de una voltereta en el zanjón que corre a lo largo de la vía. Los trenes chilenos descarrilan con una increíble facilidad. Yo conté hasta ocho y diez accidentes de este tipo en la misma línea en la misma semana. Sin embargo el número de víctimas fatales no es considerable. Simplemente, algunos salen estropeados.

En Llay-Llay, vendedores de tortas con cebolla invaden nuestros compartimentos y apestan. Descendemos al buffet en medio de una muchedumbre de vendedores y de mendigos, harapientos, piojosos, cuyos cabellos tiesos, nariz chata, ojos sombríos, piel sucia y cobriza, prueban el origen indio. El pueblo llano de Chile se mezcló con los araucanos y la mezcla sólo produjo fealdad. A penas de tiempo en tiempo se encuentra una faz cuyas pupilas de diamante negro hacen olvidar el abotargamiento de los trazos y la prominencia brutal de la boca.

Llay-Llay conserva el nombre que le dieron sus dueños de antaño, nombres formados por la repetición de un monosílabo que son frecuentes en la lengua india. Nótese de paso el parecido con la lengua china. En Santiago me informaron que un filólogo acaba de descubrir unas curiosas analogías entre la lengua china y el vocabulario de los araucanos, y, últimamente, un diario de Valparaíso publicaba un artículo cuyo autor pretendía que, mucho antes que Colón tomara el océano, marinos del Celeste Imperio conocían ya América. Se tendría de ello pruebas casi irrecusables en los últimos vestigios de la civilización azteca, cuyas inscripciones habrían sido descifradas fácilmente en Pekín. Pero de Méjico a Temuco hay el trecho de un continente, y del comercio entre mejicanos y chinos no podría colegirse nada con respecto a los araucanos. Lo cierto es que los lingüistas curiosos encontrarán en América del Sur bastante materia de estudio que, si profundizan al máximo, nos ayudaría quizás a desentrañar los misterios de su pasado.

De Llay-Llay a Valparaíso se ven las filas de árboles, rincones de campo verde, haciendas, viñas; luego el tren llega a las orillas del Pacífico, de las cuales sigue los

contornos. Pasa frente a Viña del Mar, el gran balneario de Chile, y algunos minutos más tarde se detiene a la altura del malecón de Valparaíso.

Valparaíso - ¡bonito nombre !- significa « Valle del Paraíso ». Y si se piensa que esta ciudad es un gran puerto y la grande puerta de Chile, se admitirá que ningún país del mundo no ha grabado con tantas promesas su frontón. « Valparaíso », se dicen los marinos que huyen la tormenta. « Valparaíso » murmura el comerciante que sueña con un edén donde sus mercaderías se pagarían al triple de su valor. Y el emigrante, que se arranca de la pobreza de su tierra natal, escucha los representantes del Estado chileno repetirle « Valparaíso ». Los hermosos nombres, como los bellos ojos, prometen más de lo que dan. Sin embargo, yo comprendo los fundadores de esta ciudad marítima y la ilusión paradisiaca que sintieron. El Pacífico ha cavado ahí una rada profunda, ancha, estupendamente armoniosa, frente a un anfiteatro de altos cerros, cuyas ondulaciones grises vienen a morir al borde de las olas. Las principales calles se construyeron paralelamente a lo largo de esta banda de tierra respetada por el Océano y defendida por los ramales de Los Andes. Luego, poco a poco, las casas se ponen a escalar el cerro y desde lejos parecen caravanas de peregrinos abigarrados. Son blancas, verdes, amarillas, violetas, azules, rosa antiguo o lilas. Sus colores cantan bajo la lluvia diamantina del sol. Estas habitaciones de madera o de adobe se escalonan en medio de bosquecillos de pinos que surgen como mechales sombrías. A veces se diría construídas las unas sobre las otras, a tal punto son numerosas. Entre ellas se distinguen aquellas que parecen reposar sobre la cima de los árboles. La altura del cerro presta una elegancia frágil a sus groseras arquitecturas. Imaginarse un teatro prodigioso, cuyo escenario sería el infinito del Océano, la orquesta el muelle con butacas de piedra y las galerías, todavía inconclusas, esas casas aéreas en las faldas de la Cordillera. Un campanario se alza en los aires sobre el promontorio de izquierda, mientras que el de derecha está dominado por un gran edificio : la Escuela Naval. Uno con otro se anulan. Los navíos que vuelven de Europa traen escepticismo en los rizos de sus velas. No me sorprendería en absoluto que los habitantes de Valparaíso fueran los pioneros en Chile a perder el Paraíso.

Toda la parte de la ciudad que toca al Pacífico, da la impresión de una gran urbe europea. Las casas, que en Santiago no superan casi nunca un piso, aquí tienen dos, tres, incluso cuatro. Las calles son anchas, tumultuosas. Aquí la gente no marcha ya de ese paso indolente, moderado de los santiaguinos que dejan todo para mañana. El ferrocarril, que atraviesa la ciudad, la anima y le recuerda a cada instante el precio de las horas. El aullido de las sirenas responde a sus pitazos. La estación y el puerto se llenan de un zafarrancho de campanas que desgranán en el aire salado el *angelus* del esfuerzo humano. Se trabaja, se lucha. Nuevos edificios se alzan, inelegantes pero confortables como les gustan a los ingleses. Por lo demás, Valparaíso les pertenecería entero, si los alemanes no los forzaran poco a poco a emigrar hacia el Norte. Es ahí que de lejos se les huele esta filosofía práctica, este lujo de máquinas a vapor.

Sin embargo la colonia francesa, aunque restringida, ejerce una influencia visible. Las modas de París se aclimatan aquí mejor que en Santiago. Si los trajes son menos ricos que allá, se les lleva con mejor gusto. La santiaguina se engalana a menudo como un escaparate : ella compra todo lo que se vende. Desgraciadamente, ni los sombreros de Virot, ni las blusas de Félix le impiden de aparecer como una cursi. Tiene clara consciencia de las riquezas que se echa encima y de la impresión que debe provocar. Su persona, transformada en vitrina de exposición, le inspira un profundo respeto y sus baratijas toman, sobre ella, un aspecto de

reliquias. Sus hermanas de Valparaíso son más flexibles, más alegres, no digo más bonitas, porque Santiago abunda de hermosos rostros. En los jardines de Valparaíso, cuya exigüidad perfumada y frondosa me recuerdan los invernaderos de nuestros casinos, la discreta coquetería de las jóvenes me daba, por un instante, la ilusión de estar en Francia.

Desde fines de diciembre, los habitantes de Santiago dejan su ciudad donde el empedrado quema ; algunos van al campo, pero el mayor número corre a Valparaíso o se instala en sus alrededores. Aquí el clima es delicioso : en invierno, el viento que sopla de Los Andes nevados, no llega, mientras que las brisas del Pacífico temperan los calores del verano. Jamás el termómetro sube a más de veintiocho grados y no desciende más bajo que cero. Se toma poco cuidado de los bañistas : para su uso se ha levantado unas casuchas con cabinas de madera donde las tablas crujen y bostezan. La mayoría de las playas tienen el inconveniente de estar en pendiente pronunciada. A dos brazas de la orilla se pierde pie. Bancos de pequeñas sardinas bullen y desplazan sus chispas de plata entre los nadadores. A la caída de la noche, a lo largo del molo, los pescadores echan sus anzuelos bajo el claro de luna, mientras que detrás de ellos, frente a los muros de fardos, vagan grupos cosmopolitas y rotos⁽¹⁾ que dormirán en medio de la pacotilla.

Erré de manera prolongada en las calles. El comercio de Valparaíso está en manos, principalmente, de los alemanes. Los Schwalb, los Klaunig, los Klickmann pululan. Me pregunto : a los chilenos, ¿qué les queda ? ¿Son aquí los invitados o los anfitriones ? ¡Qué anfitriones tan amables, que saben hacerse olvidar ! Constaté, sin orgullo, que de cada diez lustrabotas, ocho eran franceses.

Uno de entre ellos, un jovial originario de Provenza, me alabó los encantos de su profesión :

-No se figura usted, me dijo, hasta qué punto el manejo de las escobillas y del betún nos permite de estudiar las costumbres. Yo soy amigo de Jules Roche, nuestro ex ministro, y desempeñé en otro tiempo las funciones de inspector forestal, pero nada puede compararse al oficio de lustrabotas ! Si Roche me propusiera una oficina en Francia, tendría que pensarlo. Aquí, yo vivo feliz. Por treinta centavos de moneda chilena almuerzo como un rey. No estoy obligado a seguir ninguna etiqueta y todo lo que Valparaíso cuenta como pies distinguidos, se detiene frente a mi lustrín. Conozco las personas mejor calzadas, que me hablan con familiaridad. Sin embargo me abstengo lo más que puedo de entrar con ellos en el terreno político. No podríamos entendernos. Como le dije un día a un ministro de pasaje, la política de Chile tiene una enorme necesidad de ser lustrada, de sacarle brillo ; y para hablar francamente, temo que sus representantes no se puedan lustrar. Después de todo, no tengo por qué darles consejos. Pero acuérdesse bien que en este país de polvareda y de sol, no hay oficio más agradable que el de lustrabotas. Los chilenos muestran consideración hacia nosotros, y sus vinos blancos no son inferiores a los que antes cosechaba en mis viñas de Borgoña. Hay que ser filósofo : Dios sabe que nunca me ha faltado la filosofía ! A sus pies tiene usted, señor, un bachiller capaz todavía de citarle Horacio.

Así –textualmente- me habló este sabio, descendiente de Pangloss ^(*) ; y yo escribí en mis notas que en Valparaíso había visto un hombre feliz.

⁽¹⁾ Se llama rotos a la gente del pueblo. En esta oligarquía americana, los rotos son lo que en Roma fueron los plebeyos. (N.d.A.)

A algunos pasos de su vereda había un almacén notable que llamaba la atención. En su vitrina brillaban al sol manillas de metal finamente trabajadas, cruces de plata, borlas de níquel, cofres de ébano en forma de pupitres y realzados con un borde de bermejo. Sobre una de las cajas había una placa de cobre en la que se leía :

Restos de la Señora Juana V. de Laukmer. (**)

Al levantar la cabeza pude leer, al fondo del almacén, en letra gorda :

Importación directa de urnas metálicas y de maderas finas . (**)

Los mostradores y los anaqueles estaban sobrecargados de ataúdes para todas las edades. Uno, pintado de color celeste, apenas del porte de un estuche de violín, tenía la gracia sonriente de una cuna. Este lúgubre escaparate reluce en el centro mismo de la ciudad, entre una relojería y un negocio de salchichas. Y mientras yo observaba, un inglés, un alto y delgado inglés, empujó la puerta del almacén. Se paseó imperturbable entre las hileras de féretros, acompañado del comerciante que levantaba las tapas para hacerle admirar la elegancia o la solidez. De tiempo en tiempo, uno tras otro, con el nudillo del índice, sobre las tablas para escuchar su sonoridad. Este inglés tenía dientes largos y blancos que brillaban cruelmente, un bigote rubio caído y ojos pálidos. Se habría dicho el spleen en persona eligiendo su lecho postrero. Yo me fui.

Uno de los periodistas más distinguidos de Valparaíso, ex ministro de finanzas y autor de un libro relevante sobre la situación actual en Chile, El señor Vergara, me había invitado a cenar en su propiedad de Viña del Mar. Debía ir en compañía del Intendente, un joven apasionado por las ideas francesas, y encontrar ahí un antiguo diputado cuya palabra elocuente agitaba no hace mucho el Congreso chileno, el señor Puelma Tupper.

El señor Vergara nos esperaba en la estación de Viña del Mar y propuso de mostrarme cómo se funda una ciudad. Yo había escuchado hablar de la Población Vergara, pero ignoraba su origen y sus condiciones de existencia.

Al lado de Viña del Mar, a orillas del Pacífico se extiende una inmensa planicie de arena, dominada por cerros donde crece una vegetación poco abundante. Es ahí que el señor Vergara concibió la idea, ingeniosa al punto de parecer paradójal, de levantar una ciudad. Este arenal le pertenecía. Lo puso en acciones -ochocientas acciones a mil piastras cada una- y formó una compañía, la cual aceptó sus planos y de la cual él ocupó la presidencia. Se dividió la planicie en lotes que se pusieron en venta y se convino que los compradores contarían con veinte años para liberarse de la deuda, con la condición que cada comprador estaría obligado

(*) Pangloss : Personage del cuento filosófico de Voltaire « Cándido » ; él inculca a Cándido un optimismo a toda prueba, que le permite soportar los peores trances. (N.d.T.)

(**) En castellano en el original (N.d.T.)

de construir en su terreno. El señor Vergara tomó al pie de la letra la sentencia de la Biblia, que construimos sobre arena, pero la fortuna que se edificó parece bastante sólida. Esta arena es eminentemente respetable : cuando se cava en ella se tiene la sensación de enriquecerse. Toda su virtud viene del hecho que encierra en su seno fuentes de agua prístina. A dos pasos del Océano, los pozos que se cavan dan un agua de mesa exquisita. Por lo mismo, todo crece, los vergeles y los céspedes más rápido que las casas. La Compañía se reservó un vasto espacio que ha transformado ya en jardín público, donde se plantan solamente árboles y flores originarios del país. Sobre esta playa, cuya antigua aridez sólo conoció los mordiscos del sol y el redoble de las olas, la majestad del ocaso cubre de una melancolía serena la cuna perfumada de la ciudad futura..

En medio de la playa un malecón, donde aún se trabaja, avanza hacia el mar y acogerá pronto el tráfico de navíos. El sol ensangrienta sus pilares de hierro y vagonetas negras avanzaban sobre rieles brillantes como coladas de plata fundida. El señor Vergara, grande, nervioso, de apariencia joven todavía a pesar de su barba de patriarca y de sus anteojos de oro, contemplaba este espectáculo con alegre altivez. Este poblado llevará su nombre ¿y quién sabe si entre sus habitantes nacerán un día espíritus selectos que lo harán por siempre ilustre ? Me sorprendí envidiando a este fundador de ciudad.

Si los pueblos adolescentes sufren a veces de su falta de tradiciones e, inhábiles para orientarse, parecen atrasados desde que vacilan, pasmados cuando se apuran ; sus incertitudes, más fisiológicas que morales, no tienen nada de triste ni doloroso. Y mientras que el señor Vergara nos conducía a su casa a través esta playa fértil, yo pensaba al gran papel que podrían desempeñar en el mundo estas razas nuevas que crecen lejos de Europa.

A su favor tienen la clemencia del cielo, una tierra inagotable, la inviolable protección de las montañas y la gloria marítima que les promete el Océano. La época en que nacieron los exime de todos los aprendizajes. La historia depositó sobre su cuna su tesoro de experiencia y de sabiduría. La filosofía abrió para sus primeros sueños todos los caminos que llevan a lo incognoscible. La ciencia obedece a su tartamudez. Una venida tardía les ha protegido de siglos de errores, de titubeos, de retrocesos o de caídas en las tinieblas. Estos hombres, estos privilegiados, podrían creer que el género humano ha sufrido, luchado, pensado, vertido torrentes de sangre y de tinta para allanarles las dificultades de la existencia y crearles un paraíso terrestre. Se dieron la molestia de nacer, es cierto. ¡Pero qué recompensa hubieran recibido ya si tuvieran menos orgullo y más desinterés! Nada les impedía de tomar por cuenta propia los más bellos sueños de la Europa moderna y de llevarlos a cabo bajo el ojo condescendiente de la naturaleza. Administradores de su suelo, ecónomos sin avaricia, pudieran tomar prestadas las industrias del Viejo Mundo para imponerse a él. Tributarios de su civilización, harían de este Viejo Mundo un tributario de sus riquezas. Que él se quede con su pesimismo afiebrado, su fatiga de la vida, sus ásperas envidias, sus necesidades sangrientas y sus canciones de sepulturero en la sombra donde titubea Hamlet. En esta tierra que no logran poblar, todos nacen hijos de buena familia. Quisiera ver los jóvenes de las repúblicas americanas apasionados por el bien y por lo bello, como lo fueron los jóvenes de Platón, que la sed de saber los hacía madrugar. Quisiera que sus espíritus vibren al son de las grandes voces que atraviesan el Atlántico y que, logrando liberarse de las fatalidades de la lucha por la existencia, vayan más lejos que nosotros en la realización cabal de la grandeza moral. Con una mano tocan los frutos de los trópicos y con la otra los ventisqueros de Magallanes ; su cielo contiene todas las luces, su naturaleza todos los tipos de belleza. Bautizaron con el nombre de Pacífico el océano que transporta sus navíos. ¿Por qué no son lo que debieran ser ?

Las repúblicas italianas del siglo XV no se vieron más desgarradas por la lucha de facciones que estos nuevos Estados. Pero las disensiones civiles de Pisa y de Florencia no apagaron sus respectivos genios artísticos : poetas, filósofos, sublimes soñadores se retiraban de la contienda y dominaban por encima del encarnizamiento de los partidos políticos. En lo que respecta a aquí, no diré que se desprecia el arte, simplemente se lo ignora. Los poetas se inspiran de las pasiones de Byron y de Musset para cantar el amor y, si quieren publicar un libro, sus musas mendigan suscripciones. El tormento metafísico jamás ha oprimido los espíritus. Esta gente no es en absoluto pesimista, ¡por supuesto que no! Son peores : su optimismo se regula sobre la alza o la baja de la plata. De todos los consejos que Europa ha podido darles han retenido uno solo : « ¡Enriquezcanse ! ». Pasan la vida disputándose la quimera del poder en un simulacro de República. Trescientas familias poseen el territorio y, bajo la mirada de los extranjeros, se pasan de una a otra la fortuna pública. En Santiago, como en Valparaíso, los establecimientos que denotan un vago cuidado de la arquitectura son los bancos. La suavidad del cielo, la magnificencia del Océano, las salvajes ternuras de la naturaleza, todos estos esplendores no han dado lugar a una sola pizca de caridad social !

Entretanto, recorríamos los jardines del señor Vergara, que son la mejor publicidad que pudiera hacerse sobre su ciudad salida de acciones de la Bolsa. Habíamos visitado los invernaderos donde crecen plantas tropicales, esas plantas delicadas, cinceladas, pintadas, frágiles como pinturas al pastel. Habíamos respirado la frescura de los castaños y de los altos eucaliptus, cuando el señor Puelma Tupper, como si hubiera seguido el hilo de mis pensamientos, me dijo bruscamente :

- A nosotros nos gusta la vida holgada, aquí en Chile y como usted lo ve, somos capaces de creárnosla. Pero, ¿Se ha dado usted cuenta del abismo que separa los ricos de los pobres ?

- En efecto, le respondí, hace tiempo que me dí cuenta que vuestra república se compone de una clase que posee todo y de otra clase más numerosa , que no posee nada. Lo que provoca mi admiración es que esta clase no exija nada. ¡Reconozca que sus rotos son complacientes !

- Lo son demasiado, replicó el señor Puelma, con una leve amargura. ¿Se ha preguntado usted por qué ? Estamos aquí frente a la cuestión más grave que plantea el estudio de este país. Nuestro pueblo no tiene necesidad de nada : vive sin ahorro, sin hogar, sin otra ropa que la que lleva puesta. El roto no se ha hecho jamás lavar una camisa. El sábado por la tarde, después de recibir su pago, se compra una, que botará el sábado siguiente, para comprarse otra. El roto no tiene familia. Si usted lo aborda en el puerto para decirle : « ¿Irías conmigo a Panamá, a Montevideo, al fin del mundo ? » « ¿Por qué no ? » -responde- « Bueno, anda a preparar tus bultos ». « ¿Qué bultos ? ». « Anda a despedirte de los tuyos » . Alza los hombros : « Señor, estoy listo, ¿vamos ? ». Extraño individuo que ningún lazo lo retiene al terruño, siempre a la deriva, ruina humana que el viento y el capricho pasean de norte a sur. El roto es triste, absolutamente triste. No ama la vida : he ahí el mal del cual sufre. ¿Qué hemos hecho por hacerle la vida amable ? No ama la vida, pero tampoco desea la muerte : vivir y morir son palabras vacías de sentido para este hombre que jamás conoció el deber. De joven, trabajó en una hacienda ; se abastecía en la pulpería de su amo, es decir, en el almacén de ropas, de zapatos, de vestidos, que la distancia de la ciudad nos fuerza a mantener en nuestras propiedades. Su madre, sus hermanas, sus hermanos chicos se abastecían igualmente, a tal

punto que el día de pago, todo lo ganado se quedaba en las cajas de la bodega o pulpería . Y un buen día se fue, como sus mayores. Nacido en el sur, se arrancó hacia el norte. Nunca más se oyó hablar de él. Se acoplará en algún lado. Su mujer le dará muchos niños, de los cuales cuatro de cada cinco morirán por falta de higiene, pero no tratará nunca de arreglar un interior de hogar, donde lo llame el calor y el bienestar. Sólo la noche lo empuja a su guarida, a menos que no duerma al aire libre ; y sus hijos recomenzarán su vida de irremediable tristeza. Al primer grito de guerra, se sacudirá de gozo y se enganchará como soldado. ¡Ah, qué buen soldado !, vigoroso, resistente y que no escatima su vida por la simple razón que no le tiene apego. Fue él quien quiso la guerra del Pacífico y que nos forzó a declararla. Él es quien se vuelve hoy del lado de la Argentina. Pero lo calmaremos, puesto que su instinto belicoso podría llevarnos a la ruina.

- ¿Y cuándo lo educará usted ?, pregunté, ¿Cuándo lo alejará de su indiferencia oriental ?

- Más tarde, -me respondió vagamente el señor Puelma-. El día en que nuestro país saldrá de sus crisis financieras y en que los industriales necesitarán muchos trabajadores.

Así, en estas jóvenes repúblicas de América del Sur, en aquella misma que parece mejor organizada, se encuentra una plebe tan miserable, tan vacía de esperanza, que no tiene ni suficiente fuerza ni la conciencia necesaria para formular un deseo. Sufre pasivamente un destino que ninguno de sus vástagos concibe como mejor. No se queja de la existencia : sus quejas supondrían una aspiración a un futuro más dulce, mientras que en verdad no aspira a nada. La pereza y la borrachera la mantienen en su estado de ignorancia. Heredó de los indios, a los que absorbió, esa cara sin sonrisa y el individualismo triste. La Araucanía conquistó el alma de sus últimos vencedores.

Yo escuchaba al señor Puelma Tupper con vivo placer. Al hecho de que él habla en el más puro francés, se agrega esta frescura irónica y una réplica viva que conservó de sus frecuentes intervenciones en la tribuna, calidad escasa entre los chilenos. Sabe dar a las verdades que profiere el giro audaz de la paradoja. Inútil decir que ha viajado mucho hacia Francia.

Me interroga sobre mis impresiones de Valparaíso, y cuando le dije que yo prefería quizás mi estancia aquí a la de Santiago :

- ¡Tiene razón ! exclamó. Es un infortunio para Chile que su capital esté tan lejos al interior. A preguntarse sobre lo que hacen los santiaguinos al pie de sus cordilleras. Tienen una vanidad inconmensurable que les persuade que se bastan a sí mismos. Desdeñan al extranjero y se anquilosan en su patriotería. ¿Conoce usted muchos de sus compatriotas aceptados en la sociedad chilena ? Note que de todos los europeos, son los franceses quienes son los mejor acogidos. El santiaguino se encierra, se parapeta ; su orgullo se manifiesta tanto por su desconfianza en el extranjero que por sus pretensiones aristocráticas. No soporta que se le aconseje y la menor burla lo saca de sus casillas. Un periodista argentino que hizo una estadía en Santiago se atrevió a hablar de la indolencia chilena. Los hidalgos de la capital sintieron agitarse en sus vainas los sables de sus antepasados, ¡y qué sables, señor, una especie de machetes de baratillo ! ¿Qué razones tenemos para jactarnos de nobleza ? Nuestros ancestros fueron pequeños comerciantes, gentes que no eran nadie que trabajaron en el comercio o en las minas. ¿Cuántos chilenos pueden vanagloriarse de descender en línea directa de los conquistadores ? Por lo demás esos conquistadores no fueron sino pobres

soldados improvisados, sin mujeres, que no se mostraron exigentes al elegir sus compañeras. La sociedad refinada, espiritual, educada no iba más allá de la corte del Perú ; el peruano de clase alta conserva todavía la fineza y la distinción castellanas. Le dirán, si no lo sabe todavía, de qué manera se pobló Chile. Como la Inquisición no encendió jamás aquí los autos de fe, los judíos portugueses llegaron en gran número y vinieron a engordar las filas de los flacos aventureros. Pero no hay motivo para ruborizarnos por nuestra baja extracción. Por muy plebeyos que seamos, supimos combatir heroicamente por nuestra independencia. Hace diez años, Santiago se la ganaba a Buenos Aires. Desgraciadamente, nuestro orgullo nos echó a perder y hoy día nuestros vecinos de Argentina nos dejaron atrás. Su capital no tiene, como la nuestra, un cinturón de montañas que le obstruye el horizonte : ella se despierta y se duerme al ruido del mar ; los vientos de alta mar azotan las velas de sus ambiciones. Eche una ojeada sobre nuestro mapa. La configuración de Chile obliga a conquistar las aguas. Nuestro país tan accidentado y largo casi no se presta a la construcción de vías férreas pero del sur al norte las naves encuentran radas, bahías, puertos, abrigos. Todas nuestras transacciones deben hacerse por el océano. Ganamos sobre las planicies del mar el tiempo que perderíamos en querer someter nuestras montañas. En cuanto a nuestros vecinos de Bolivia, que nuestras victorias relegaron a sus mesetas, y los peruanos, cuya marina zozobró, se vieron obligados a entregarnos el dominio del Pacífico. Y bien, ¿qué piensa usted de una potencia esencialmente marítima, cuya capital está hundida al interior de la tierra ? Somos los griegos de América del Sur, pero encerramos nuestra Atenas entre Pelión y Ossa.

El señor Puelma Tupper nos regaló durante toda la cena con el encanto de su conversación, y los santiaguinos pasaron un mal rato. En Chile, como en Francia, me di cuenta, la capital desprecia la provincia y la provincia guarda de ello un sordo rencor. Valparaíso tiene celos de Santiago : le envidia su Congreso, sus facultades universitarias, incluso su aristocracia. Más en progreso que su rival, siente ya vibrar en su seno el germen de las reivindicaciones plebeyas. Sus trabajadores comienzan a sindicarse. Treinta y dos sociedades obreras funcionan aquí regularmente. Valparaíso escuchó las quejas y confidencias de las emigraciones de Europa. Un día será la verdadera capital de Chile y el gran foco de rebelión que lanzará resplandores rojos sobre el oleaje del Pacífico.

Pero de aquí a allá cuántos acontecimientos conmoverán esta América del Sur, donde los Estados se entrechocan en la búsqueda de sus equilibrios. ¿ Podría imaginarse que en un continente diez veces más amplio por la población que lo habita, las repúblicas vecinas se vigilen, los ojos puestos sobre las fronteras, contando con arisca inquietud las siluetas de sus soldados ? Las más altas montañas se empecinan en separarlas ; estas murallas no les bastan, y sus impacientes apetencias se emboscan en los desfiladeros o trepan sobre las crestas. En este momento Argentina y Chile no se ponen de acuerdo sobre la fijación de sus límites y mientras que los ingenieros y expertos se observan sobre las cimas de Los Andes, sus diarios respectivos se provocan y sus pueblos fermentan. Esta guerra, que sería más que un crimen, un absurdo, ¿estallará ? No me extrañaría en absoluto, pero el día en que tal suceda no recordaré sin melancolía las conversaciones a las que asistí antes de salir de donde el señor Vergara.

La noche estaba encantadora, casi tibia, con un fondo de frescor marino. Habíamos entrado en el gran hotel de Viña del Mar, cuyo patio plantado de árboles y florido de rosas, se abre todas las tardes al público. Unas peruanas tocaban la guitarra y me encontré en medio de un grupo de jóvenes, chilenos y argentinos, que conversaban sobre los acontecimientos

políticos. Protestaban contra las intenciones belicosas de las que sus patrias respectivas se acusan mutuamente. Instruidos, amables, distinguidos, hablando la misma lengua, nacidos de la misma raza latina, sus manos se buscaban como para formar una liga de inteligencia y de paz. Me parecían sinceros. En todo caso, la clara suavidad de la noche, el sosiego lejano de las olas, los leves perfumes del jardín daban a esta armonía pasajera un carácter de verdad superior. Sus almas simpatizaban con la naturaleza, y maldiciendo la guerra se elevaban hasta la serenidad de las cosas, volviendo hacia el orden eterno. Entretanto, las peruanitas, luciendo vestidos encarnadinos y llevando negras mantillas, hacían revolotear sobre sus cuerdas las melodías de danza con las cuales el viejo Perú consuela la consumación de su ruina.

CAPITULO II

DE VALPARAÍSO A IQUIQUE

Al día siguiente, por un tiempo gris, me embarcaba hacia Iquique a bordo de un buque inglés : La Serena. Dos compañías de vapores ponen en comunicación, desde Puerto Montt hasta Panamá, Chile, Perú, Ecuador y Colombia : la Compañía Inglesa y y la Compañía Sudamericana. Ellas efectúan casi todo el comercio del Pacífico. Si hubiéramos previsto un poco las necesidades del extranjero, habríamos organizado nosotros mismos el servicio de estas costas. Pero siempre y en todas partes, nos achicamos frente a la marina inglesa. Nuestros únicos vapores que surcan hoy estos parajes pertenecen a la Compañía Grozot, célebre por sus naufragios ⁽¹⁾. Las Compañías de Transportes Marítimos no comprendieron en otro tiempo el papel que podían desempeñar en el Pacífico. No lo siento solamente en mi calidad de francés, lo deploro como pasajero. Estas dos compañías, Inglesa y Sudamericana se entienden bien para abusar del viajero. Lo alimentan mal y subordinan su confort a las exigencias del flete. Las aves, los frutos, el forraje y los bultos estorban y molestan los derechos del desdichado. Se ve a menudo encerrado en su cabina ; a veces se le niega incluso la libertad de pasearse sobre cubierta. El gobierno chileno, que subvenciona estas empresas, podría humanizarlas y obligarlas, por ejemplo, a instalar segundas clases. Sólo tienen primeras y terceras ; y la gente de tercera trae sus colchones, se acuestan en desorden a veces sobre el piso de cubierta o bien en el entrepuente en medio de bueyes y vacas. Estos barcos, con divisiones tan extrañas, representan fielmente el estado social de estas repúblicas americanas : hay que ser rico o miserable, o lo uno o lo otro. No hay pequeña burguesía que aspire a un lujo intermediario en las cabinas de segunda clase. Ningún cuidado hacia el pobre ; ningún esfuerzo por disfrazarle su infortunio. Es una bestia pasiva destinada a roncar al claro de luna.

Son las ocho de la noche, el navío todavía anclado continúa cargando bueyes cuyos mugidos alternan con el rompimiento de las olas. Valparaíso se ilumina y sus mil luces forman un triángulo de estrellas amarillas de arriba a abajo de los cerros. Sobre cubierta, los harapientos amontonados se preparan para dormir. Mujeres, vestidas a medias, ya están acostadas para prevenir el mareo ; al lado de ellas, sus hijos fajados abren sus ojos en mirada perdida. Otros recalientan en anafres a alcohol el té de la noche o cortan rebanadas rosadas de sandía. Un colchón alcanza para toda la familia. Los hombres en cuclillas detrás de la borda, fuman y platican en voz baja. Uno de ellos, encaramado sobre un baúl, saca en sordina sonidos plañideros de un acordeón. Gallos amarrados de una pata se asustan en este compartimento improvisado donde los trapos se amontonan, donde los canastos abiertos muestran a la luz de una lámpara eléctrica, las pobres provisiones de ruta, pedazos de queso y

⁽¹⁾ Esta Compañía del Pacífico Francés ya no existe. Su último vapor dejó Chile el mes de agosto de 1895.(N.d.A)..

frutas verdes. Y en un rincón, cerca de un lecho, dos estatuillas de yeso coloreada de bronce, toda la fortuna de un pobre diablo, figuran los dioses penates de esta errante bohemia. Una de ellas representa la Virgen con el Niño Jesús en sus brazos ; la otra, un viejo soldado apoyado sobre el cañón de su fusil.

Abajo, el salón se anima ; inglesas y chilenas se disputan el eterno piano que se encuentra en el comedor de todos los vapores, sólidamente arrimado entre dos aparadores. Este instrumento lamentable rivaliza con los organillos. El Vals de las rosas pero sobretodo De vuelta de la revista alimentan las largas horas. La Marsellesa del General Boulanger, como la escarapela de Lafayette, ha dado la vuelta al mundo. La he escuchado en todos lados, en los bodegones de la costa, en la « oficinas » de la pampa, en las alturas de Bolivia. Es el complemento indispensable de una buena educación. Si todo debe terminar en canciones, nosotros los franceses tendremos siempre la última palabra. Desgraciadamente, temo que en esta rica parte de América, la influencia de nuestras ideas no vaya más allá que el sentido de un estribillo de cabaret.

Hasta las diez de la noche la nave embarcó animales y víveres. La esperan en los desiertos de Tarapacá para poder comer. Iquique es una ciudad monstruosa a la que hay que reabastecer sin cesar. En medio de sus salitres blancos, amarillos, violetas y rosados, se parece a Simbad el Marino, que muere de inanición sobre montones de oro y de brillantes. Iquique siempre hambreado escruta el horizonte en búsqueda de barcos que traigan carnes frescas y forraje para sus bestias. El sur le envía el ganado, legumbres, heno ; el norte plátanos, granadas, « paltas », todos estos frutos de los trópicos que dejan al paladar como un gusto de perfumería. Chile abastece con platos fuertes ; el Perú aporta las golosinas del desierto. Sobre la mesa de un iquiqueño, la pierna de cordero representa los chilenos, pueblo sólido y práctico, y la nata batida de la « chirimoya"⁽¹⁾ simboliza la fineza peruana.

Cuando estuvimos bien cargados, *La Serena* se fue mar adentro. El puente, cubierto de hierba, daba en la noche pálida la impresión de una pradera flotante donde se acaba de cortar el pasto. En la parte trasera, inmensas jaulas de gallinas esparcían en el aire un olor de corral, mientras que mugidos de establo subían desde la entrecubierta.

Al día siguiente hacia mediodía, nos acercamos de la costa, que no íbamos ya a abandonar sino a escasos intervalos. Nos favorecía la brisa y la corriente del sur. No he conocido nada más suave que estas mañanas a bordo, cuando la ola azul galopa y sacude sus mil crines de un lado a otro del horizonte. Pingüinos de vientre blanco cuyas partes internas de las alas, de un moreno oscuro, se tiñe con reflejos verde mar, volaban a ras del oleaje o daban vueltas en torno de los mástiles. Las gaviotas hacían juegos de palpitaciones blancas entre dos intervalos negros. A veces parecían detenerse, luego bruscamente se dejaban caer como pájaros muertos. Se les veía hundirse bajo el agua y reaparecer luego con la agitación plateada de un pejecillo en el pico.

Las costas, escarpaduras de calcáreo margoso incrustadas de bloques de creta, dominan la orilla, cortadas a pique. Aquí y allá, una mancha de verdura como una alfombra olvidada en una casa vacía, nos revelaba una presencia humana y nos advertía que todavía no habíamos llegado a las regiones desoladas del norte. ¡Pobres y tristes, esos girones de vegetación ! Sin

⁽¹⁾ La chirimoya es un fruto verde de la forma del higo y cuya pulpa se parece en efecto a nuestras cremas batidas (N.d.A.).

embargo, cuando fatigados por tres meses de naturaleza estéril, de regreso frente a estas playas, los buscamos con la mirada, los descubrimos con el regocijo de los encerrados por el invierno que descubren la primavera. Detrás de estas alturas monótonas surcan algunos valles fértiles : uno de mis compañeros de viaje se acuerda de haber recorrido cerca de veinte leguas a caballo entre las hierbas y las flores que le llegaban a la frente.

Tocamos ya a las puertas del desierto de Atacama ; llegamos a Coquimbo con su ancha bahía, a la extremidad de la cual se encuentra el delicioso oasis de La Serena, que dio su nombre a nuestro paquebote. Los escasos macizos que distinguimos en medio de las rocas a través de la abertura de las colinas son para nuestra mirada las últimas caricias de la naturaleza. El barco se detuvo a unas doscientas cincuenta brazas de un muelle de madera cuyos negros pilotes se hundían en el agua diamantina. Como aquí la lluvia no cae nunca y que la piedra es muy cara, los muelles, los malecones, las casas, la ciudad y el puerto, son construídos en madera. Coquimbo, que visitamos, nos ofrece la exacta imagen de todas nuestras futuras escalas. La misma situación, y salvo algunos edificios que recuerdan Valparaíso, la misma tristeza. Los contrafuertes de la cordillera se extienden a lo largo de todo el océano, pero de trecho en trecho las olas dejan al descubierto bandas de arena o playas pedregosas. Es ahí donde se han levantado caseríos que, según sean las dimensiones de la bahía y el valor de los descubrimientos mineros, poco a poco se han hecho poblados. Todas estas ciudades están construídas según el mismo plano : calles paralelas al mar cortadas por otras calles transversales que suben, rutas de arena, que sólo conducen al silencio de las alturas. Tienen el aspecto de sueños inconclusos.

La bahía de Coquimbo, abandonada del océano y recubierta de una hierba leprosa, se parece a una vasta ciénaga, y en la perspectiva de dos cerros grises, un bosquecillo de pimientos y eucaliptos cierra el horizonte. Pero una vía férrea la atraviesa despertando la vida en este paisaje taciturno, trayendo de La Serena flores y frutas.

Muy cerca de Coquimbo, que le sirve de puerto, esta ciudad graciosa sonríe desde el brillo de sus jardines y de su juventud imperecedera. La naturaleza es a veces una educadora ingeniosa, y sus antítesis no están en absoluto desprovistas de ironía. Sobre la misma costa, regadas por las mismas olas, veremos ciudades agotadas por los lingotes amasados ; he aquí una, fresca, confiante, satisfecha de cosechar la primavera de su valle. Por un lado ramilletes de metal precioso que la edad desdora, que no florecerán dos veces ; por el otro, una rama verde, cargada de futuro ; ¿qué eliges tú, amigo Cándido ? La vejez de los buscadores de oro es lúgubre, en tanto que el jardín cultivado sin impaciencia, perfuma el aire y mantiene la salud.

La provincia de Coquimbo, en otro tiempo todopoderosa, hoy en decadencia, abastecía de cobre el mundo entero. Habíamos desembarcado un domingo sobre su orilla. Ahí todo estaba silencioso. Según la costumbre chilena, amos y domésticos estaban en la puerta o asomados a las ventanas. En una calle asoleada, algunos alemanes conversaban frente a una fábrica de cerveza. La Alemania prosigue lentamente su marcha invasora hacia el norte, rechazando a su paso la ocupación inglesa. A cada nueva etapa, funda una cervecería y toma posesión de una comarca con un emblema de lúpulo verde. Grupos feos y sucios se escalonaban a lo largo del muelle, mientras que de pie sobre una plataforma de madera, sostenida por cuatro altas barras de fierro, seis músicos en pantalón blanco perdían el aliento soplando en sus instrumentos de cobre.

El día declinaba ; navíos y barcas pintadas de rojo se inflamaban en la caldeada palidez del ocaso. Su inmovilidad y sus tonos ardientes sobre la mar muda, en medio de este semicírculo de montañas, acentuaban la áspera melancolía del paisaje. Todo lo que es excesivo nos encamina a la tristeza. El Oriente no debe su alma desolada sino que a la púrpura con la cual se envuelve.

Cuando volvimos a bordo, nos pareció que penetrábamos en un mercado. La cubierta estaba atestada de repollos, de nabos, sandías, melones ; los fardos de pasto se habían multiplicado y los olores de vergel armonizaban con las exhalaciones de la brisa marina. Cayó la noche, o más bien el día se debilitó, y nosotros continuábamos almacenando esta carga de hortelanos. Frente a nosotros el *Herodot*, barco alemán, zarpaba también para Iquique, su seno grávido de vituallas. Sólo hacia las once de la noche levantamos el ancla. La luna esparcía una claridad tal que se habría podido leer en cubierta. Coquimbo dormía sin luz. Sus fachadas grises, sobre las cuales las puertas figuraban manchas blancas, se destacaban en la penumbra de los cerros. Estas ciudades amodorradas, entre la queja del océano y el silencio del desierto, reciben de las estrellas, que las transfiguran, un encanto infinitamente triste de ruinas y de cementerios.

A la mañana siguiente hacíamos escala en Huasco, pobre villorrio edificado en madera pintada, donde unas embarcaciones llenas de frutas nos esperaban. Jovencitas de la costa irrumpieron en cubierta para vendernos coronas y ramilletes de flores artificiales. Esta industria prospera a las puertas de la pampa. ¡Flores de metal, las únicas que se huelen ! Sin embargo, el valle del Huasco, rodeado de minas, se enorgullece de sus viñas y de sus duraznos. Conozco ahí un alcalde que se distrae de su trabajo de minero cosechando uvas. Sus granos, de un buen tamaño, se deshacen sobre los labios y su perfume resucitaría Moisés. Aún el tiempo de cargar cestas y cajones y volvemos a partir. Doscientos cincuenta bueyes que golpean con sus pezuñas el piso del entrepuente ; corderos que balan ; fuertemente amarradas a la batayola, jaulas con palomos, zorzales y mirlos. Pero el más leve balanceo amenaza el equilibrio de las pilas de melones. Fruteros y fruterías viajan con sus mercaderías y hacen guardia en torno de sus sacos y sus canastos. Para protegerlos durante la noche se acuestan encima.

Continuamos navegando a lo largo de las costas uniformemente áridas. A veces son cerros recubiertos de sarmientos desmirriados y casi negros, otras son picachos que el pasaje de un nubarrón cubre de sombra, murallas de ocre, amontonamiento de rocas que se desmigajan -una espantosa monotonía sin otra variación que el vuelo de los pájaros-. Cada vez que el buque arroja sus detritus al mar los pingüinos se precipitan esparciendo sobre las aguas chillidos de recién nacido. La noche, los pelícanos de ancha envergadura, el pico inclinado, empujando hacia delante sus pequeños, se apresuran a ganar la roca donde dormirán. El mar está azul, pero mientras más subimos hacia los trópicos, más el azul del cielo palidece. Y siempre esta sucesión ininterrumpida de escarpaduras, un rosario de playas arenosas al pie de los cerros, siempre esta naturaleza erizada que se levanta a lo largo del mar como una enemiga. ¿Qué es lo que hay detrás de las montañas ? El ojo, sin cesar perdido, vuelve sin cesar. Vamos bordeando un misterio. ¡Este navío, que sigue las orillas de estos prodigiosos túmulos, es la imagen misma de la vida humana ! Algunas veces, a través la abertura de una quebrada, se entrevé el desierto ilimitado.

Esta costa, en la cual la luz del día recorta y revela el desamparo, se cubre a la hora del ocaso con tal poesía que se quisiera eternizar esta hora en que la noche se aproxima. No es el crepúsculo : no se conoce aquí en absoluto esta oscura claridad que nos acostumbra

suavemente a la negrura de la sombra. Para caer, la noche no espera que el sol se haya hundido en el mar. Mas, cuando su faz palidece, las montañas se tiñen de rosa antiguo ; las crestas tienen tonos de hoja seca donde trepidan luces vivas ; a lo lejos, laderas violetas descienden como vestidos de medio luto. Y estas soledades lúgubres, suavizadas, se hacen casi hospitalarias. Se humanizan cuando las estrellas aparecen.

Nos detuvimos en la hermosa rada de Caldera que en un tiempo fue el gran puerto de embarque de los minerales de plata y oro. El primer ferrocarril de Chile puso en comunicación esta rada con Copiapó, centro de mineros, la ciudad más rica y más loca de esta región, cuna de fortunas prodigiosas cuyos herederos dirigen aún la República. Aquí fue que se vio un simple particular acuñar moneda, reclutar tropas y declarar la guerra al gobierno. La historia de esta población que data de un medio siglo desconcierta la imaginación. Durante cincuenta años se ha vivido aquí en la sobreexcitación de las riquezas súbitas. Del fracturado cofre fuerte de Los Andes se retiraban las manos llenas. No pasaba mes sin descubrir una mina. Los habitantes de la ciudad abandonaban sus moradas, emigraban hacia esta nueva fuente de millones. Las tierras desoladas se poblaban de tiendas de campaña, de casuchas, de danzas y de juegos, de comilonas y de amor. Arpas y guitarras tocaban una música endiablada mientras que, detrás de su pupitre, el notario registraba con gravedad los títulos de propiedad y las concesiones de la nueva mina. A menudo el desierto engañaba sus huépedes y lo que se había creído una fortuna era sólo la apariencia. Después de ocho días de desbordes, Copiapó volvía al orden. La desilusión no agriaba en nada los espíritus. Esta edad heroica se desvaneció. Las montañas ya no tienen oro en sus venas. Hoy día Copiapó agoniza sobre sus recuerdos de esplendor y el Pacífico solo baña en Caldera una ciudad muerta.

En Chañaral, donde hicimos escala, nuestra cubierta se transformó en plaza de mercado. Tan pronto como un barco aparece, los habitantes se abalanzan en sus botes, acostan y hacen a su bordo sus provisiones.

Vimos Taltal, cuya fundición de minerales humea en medio de las arenas. Esta ciudad posee un ferrocarril que comunica con las minas de oro, pero carece de agua. Sobre las alturas que la dominan se instalaron cisternas que reciben, por medio de largos tubos, agua de mar para ser desalada. Me acordaré largo tiempo de su plaza, su inmensa plaza vacía, rodeada de casas pintadas, de tenderetes rosados y verdes. El más leve soplo de viento levanta nubes de polvo. Una mula, cuyo cencerro tañía, tiraba una pequeña carreta cargada de barriles de agua dulce. El sol picaba, ardíamos de sed en esta tierra siempre sedienta. Volvimos a las cercanías del puerto donde había un gran albergue sucio que servía jugos de fabricación alemana, y frente a él había un estanque con un surtidor que no funcionaba y que el mar debía alimentar, a juzgar por los depósitos de sal que brillaban en sus bordes. Algunos pasajeros desembarcados de nuestra nave traían maceteros de flores bajo el brazo, ¡y qué flores ! Tan escuálidas, tan lamentables, pero que llamaban la atención de aquéllos que las veían pasar. Muchachitas en andrajos las seguían con una mirada tierna ; para ellas era un acontecimiento ver esos horribles geranios. Hay que ser rico en Taltal para pagarse el lujo de ver morir flores sobre el alféizar de su ventana. Al cuarto día, hacia las doce, echamos el ancla en Antofagasta, antiguo puerto de Bolivia donde se establecieron los chilenos después de la guerra del Pacífico. Esta vez no bajé a tierra, porque debía hacerlo a mi regreso, contentándome con observar desde cubierta su deplorable fisonomía. A la derecha, en la ladera de un cerro de arena, la fábrica de Playa Blanca apunta hacia el cielo incandescente sus enormes tubos, cuyo humo se escapa día y noche marcando su sombra sobre la montaña gris. Frente a nosotros, la ciudad se extiende plana, arrastrada, más negra que los desechos carbonizados de un incendio ; altas chimeneas la dominan cerca de la orilla, mientras que más lejos se perfila la

aguja de un campanario de madera. Pequeños muelles avanzan hacia el mar y la resaca, estorbada por un cerco de rompeolas, le teje un amplio borde de espuma. A la izquierda una península arenosa se acaba por una duna que cae a pique sobre el mar. En la cumbre de la montaña que domina la bahía, unos marinos de la última guerra dibujaron, como con tiza, una ancla monumental. Puede servir como punto de referencia a los barcos cuando las noches son claras. Poco o nada sirven los faros de estas costas. Los marinos reconocen a menudo su camino a partir de las viejas rutas de muleteros, cuyas trazas blanquiscas zigzaguean sobre las paredes de la sierra y suben hacia el cielo. A partir de Antofagasta, las colinas escarpadas son casi todas surcadas por estas rutas.

No sé si mi impresión proviene del hecho que la larga contemplación de un paisaje tan triste nos hace descubrir en él bellezas secretas, pero me parece que los contrafuertes de la cordillera revisten coloraciones extrañas, se animan, crecen, me revelan un encanto insospechado del desierto. Comienzo a comprender que se le pueda amar como se ama el océano. Más tarde lo comprendería aún mejor.

Pasamos frente a Cobija, el último puerto boliviano, igualmente en poder de los chilenos. Esta pobre aldea se eleva en medio de las rocas : se diría un montón de escombros en medio de los cuales se levanta la iglesia muy blanca, como una reducción de templo griego. Una especie de Partenón minúsculo. El cementerio, cuyos muros y cruces resplandecen sobre la playa, es casi tan grande como el resto del pueblo, y los vivos no hacen más ruido que los muertos.

Las montañas en forma de conos y pirámides, rojas y verdes, apresan las nubes en sus pliegues. Estas nubes se parecen a globos vaporosos, que las rocas hubieran enganchado a su paso. Otras proyectan sobre una ladera rosada una sombra despedazada que se desliza con movimientos de araña gigantesca.. Y, detrás de un promontorio, nos encontramos de golpe en el puerto de Tocopilla, donde veleros ingleses cargan el salitre. Todavía más miserable que los precedentes, este caserío se compone de algunas chozas adosadas contra las rocas, detrás de una playa de guijarros.

Por último, al sexto día, La Serena fondeó en la rada de Iquique. Sólo nos quedaba debatir con los patrones de las lanchas, que nos sitiaban, el precio de nuestro desembarco. Son ladrones tan desvergonzados, que el último cochero de París parecería al lado de ellos un ángel de desinterés. Uno de ellos, el que transportaba mi baúl, habiéndose rasguñado la pierna con un clavo, pretendía hacerme pagar la rasgadura de su pantalón, amenazándome con tirar mi valija al mar si no pagaba. Afecté no comprender su maldito castellano y el bribón se apaciguó.

Todo el puerto está bordeado de construcciones de madera parecidas a las lavanderías de orillas del Sena ; a medida que nos acercábamos descifraba sobre ellas las gruesas letras blancas que se destacaban sobre fondo negro : « *Lomax... North and Jewell...* » ¿Es que estamos en Chile ? Yo lo dudo. Hemos abordado donde los ingleses.

CAPITULO III

IQUIQUE.- LA CIUDAD.- LA GUERRA DEL SALITRE.- EL LEÓNIDAS CHILENO.- LAS COLONIAS.- LOS CONTAGIOS DEL ORO.- UN FRANCÉS

Iquique contaba en 1820 cincuenta habitantes ; en 1862 casi tres mil ; diez años más tarde, seis mil, y cerca de diez mil en 1879, cuando Chile tomó posesión de él. Un viajero⁽¹⁾ que lo visitó antes de la guerra del Pacífico, guardó de él el recuerdo de una villa miserable, cuyas casas y veredas estaban construídas con viejas cajas de vino de Burdeos. Las calles, o más bien las callejas, eran estrechas y en su conjunto formaban un repelente grupo de casuchas sucias. Un día el fuego comenzó en uno de esos puestos y devoró todo el poblado. Nunca un incendio se había declarado tan a propósito. La pereza rutinaria de los sudamericanos habría retrocedido frente a una demolición completa, cuya necesidad se imponía. Cuando del antiguo Iquique no quedó más que escombros humeantes, se fue obligado de reconstruirlo y se hizo de él la Capital del Salitre, la única que por estas costas se parezca a una ciudad. No es que difiera mucho de Coquimbo, Taltal o Antofagasta, pero sus calles, más espaciosas, alcanzan incluso el ancho de los bulevares de París, a tal punto que el incendio ya no podrá comunicarse atravesando la calle. Sus habitaciones, casi todas de madera, en los barrios elegantes tienen las pretensiones a la coquetería y al espíritu pintoresco españoles. Sus colores frescos halagan la vista ; sus balcones-verandas y sus columnatas les dan un aspecto de chalets o de templos de ópera cómica.

La playa sobre la cual se fundó la ciudad avanza y se redondea bien profundamente en el mar y las grandes calles, que parten del puerto, seccionan la península y terminan al pie de las olas. Tan pronto desembarcado, se atraviesa primero la Aduana, una especie de caravanserrallo que nunca ha sido barrido, donde los funcionarios son tan repelentes como las murallas. Se pasa frente a un viejo edificio de adobe cuyo umbral que se hunde está vigilado por un militar. Es la Intendencia. Todas las administraciones tienen aquí sus sedes. Este edificio me parece grande como la genealogía de los Rougon-Macquart^(*). Albergó más pillos que los que un novelista de la escuela naturalista hubiera soñado. Aquí se practicó la trata de conciencias y habría que cavar dobles sótanos para enterrar las coimas que se recibieron. Hoy día honestos empleados registran aquí los millones de impuesto que las salitreras pagan a la república chilena. Sus muros deben chorrear piastras. Saliendo de su sombra, la calle se ensancha ; se respira.

A la derecha, el Hotel de Francia e Inglaterra, el único donde la estadía no sea intolerable, yergue su alta fachada de madera pintada imitando la piedra ; a la izquierda, almacenes europeos en su mayoría alemanes exhiben detrás de sus vitrinas falsos artículos de París ; y usted ve, delante suyo, el centro de una vasta plaza, la maravilla de Iquique, la

⁽¹⁾ Este viajero era el señor Balny d'AVRICOURT, actualmente ministro de Francia en Chile. (N.d.A.)

^(*) Los Rougon-Macquart : serie de veinte novelas de Emilio ZOLA publicadas de 1871 a 1893. Aquí Zolá quiere explicar las leyes de la herencia y sus mecanismos, adquisición reciente de la ciencia. (N.d.T.)

admiración de toda la costa, el prodigio de una municipalidad que tiente lo imposible : una plazoleta, una verdadera plaza con jardines, palmeras de verdad y con verdura auténtica. Lo que me sorprende todavía más que los árboles y las flores es su mantenimiento, que va más allá de todo elogio ; se barren las avenidas, las platabandas no han sufrido ningún pillaje y los bancos han conservado los cuatro pies intactos. Al medio de este jardín, pobre pero maravilloso, un ingeniero francés, el señor Lapeyrouse, erigió por cuenta de la ciudad un bonito y esvelto monumento de arquitectura morisca que sirve de pedestal a la estatua del héroe chileno, Arturo Prat. Tal monumento cumple dos finalidades : al mismo tiempo que soporta la gloria del heroico capitán, indica la hora, ya que bajo la estatua una esfera de reloj recuerda a esta población afiebrada que hay que apurarse y que la prosperidad de las ciudades levantadas sobre la arena no durará para siempre. Arturo Prat, él, domina la ciudad cuyo esplendor no conoció, domina las aguas donde murió, y domina el tiempo que venció.

Más allá de la plaza, las calles menos comerciantes se ensanchan hasta el borde desierto del Pacífico. Se apercibe ahí, a una distancia de unos dos kilómetros, una estrecha península donde negrean algunas casas. Es Cavancha , el Lido (*) de Iquique. A lo largo de la playa que se abre como una media luna, se practicó una ancha ruta para los vehículos y una especie de vereda para los peatones, por lo demás poco numerosos. En general en América del Sur, los paseos a pie existen muy poco. Tome un coche desvencijado del cual se bajará polvorienta, o quédese en su casa ; pero no confíese jamás, con la tranquilidad de un estómago que digiere, que prefiere la marcha a los tumbos de un coche. Jamás imaginará cuánto la indolencia americana repugna a moverse. Cuando una dama desea atravesar una plaza, manda a buscar un vehículo.

Toda esta parte de Iquique, cuyo límite es el camino de Cavancha, no está terminada todavía, y sus barrios completamente nuevos hacen pensar a los preparativos de una feria o a inmensos talleres de construcción. En tres semanas una casa está lista. En un año, estas calles que hoy están apenas marcadas por empalizadas, se abrirán y se poblarán. Los terrenos, que en el centro alcanzan precios locos, en estos parajes se mantienen baratos, aunque en ninguna otra parte del mundo la arena cuesta tan cara como aquí.

El domingo después de almuerzo y todas las tardes de cinco a siete, los elegantes de Iquique van en coche o a caballo a los restaurantes de Cavancha. El mejor de entre ellos, dirigido por uno de nuestros compatriotas, es además un balneario. Construido sobre pilotes, encierra entre sus dos alas el blando rumor de las olas. Algunas plantas trepadoras se enrollan y verdecen en torno a sus columnatas. En toda esta costa no conozco lugar más encantador donde se pueda apreciar mejor la tranquilizadora frescura de los ocasos. Se encuentra aquí un abrigo contra el polvo que lo envuelve en las calles y lo persigue hasta sus aposentos ; y el Pacífico, casi siempre tranquilo a lo largo de este litoral, recuerda por su azul el feliz esplendor del Mediterráneo. A este paseo de Cavancha, sólo le faltan los olivos y las palmeras para creerse en el Paseo de los Ingleses. Pero en lugar de cerros verdes y campos de rosas, una abrupta muralla de arena se levanta detrás nuestro, nos apreta y traslada violentamente nuestra imaginación hacia la agitación estéril de las olas. Parece que el resto del mundo nos está prohibido. El hombre está forzado a mirar hacia el océano y estos puertos son campamentos de naufragos. Imagínese unas poblaciones que una tempestad hubiera diseminado y arrojado sobre jirones de playa ; ellas construyeron sus moradas con los restos de sus naves y al pie de las montañas esperan que un barco pase o que una ola, más fuerte que las otras, los arroje en el abismo. La impresión que se está a la merced de un capricho del mar la siente usted a cada paso y la historia confirma su exactitud. Se vio, desde tiempo inmemorial, que después de un

(*) Lido de Venecia, gran estación balnearia, que cierra hacia el Adriático la laguna de Venecia. (N.d.T.)

terremoto el océano se retira como una bestia que toma impulso. Retrocedía durante horas hacia el fondo del cielo. Aterrados por esta retirada de las aguas y por la inmensa playa desaguada, los habitantes se escapaban, escalaban en desorden la ladera de la montaña. ¡Ay de los que se quedan atrás ! Una ola, una prodigiosa barra, volvía al galope y sin detenerse en sus antiguas fronteras se tragaba la ciudad, se estrellaba contra la cresta de la sierra, desparramaba en las arenas del desierto los restos de las lanchas y techos de las casas. La gente de Arica se acuerda incluso de un navío que vino a quedarse, casi intacto, a más de una milla de la costa, encallado al medio de los cerros. El océano, que antes ocupaba estas orillas, quiere reconquistar sus antiguas posesiones, pero debe ceder a una ley superior y devolver a los hombres lo que les arrebató en lo mejor de su cólera. ¿Sabe usted cómo se veng a ? Acarrea arena, levanta dunas y las eleva para estorbar el desarrollo de las ciudades. Entre Cavancha y los acantilados que cierran la bahía, una enorme duna cuya existencia data apenas de cinco años, crece cada mes y amenaza con alcanzar la altura de las montañas.

Pero volvamos a Iquique y de la plaza dirijámonos hacia la sierra. Son los barrios más comerciales de la ciudad y que le dan un carácter de factoría inglesa. Almacenes de novedades, bazares, negocios de comestibles, tiendas de muebles, modas y confecciones, vinos y licores, objetos de lujo ; aquí todo se vende en extensos tenderetes cuya apariencia no siempre corresponde a los precios exorbitantes de la mercadería. Luego usted atraviesa otras plazas agrandadas por la soledad. Seguirá unas calles paralelas que se prolongan indefinidamente. Sus veredas están a veces cubiertas de piedras puntudas, pero lo más corriente es andar sobre la arena, bajo nubes de polvo. No espere ningún frescor de este cielo tropical de una palidez incandescente y que se hace azul sólo a la caída de la noche. No cuente tampoco con un chaparrón que a veces una nube gris parece prometerle. No llueve nunca. Hacia las seis de la mañana se procede a regar las calles : los baldes que se vierten sobre ellas las convierten en un lodazal pegajoso, pero a las ocho el agua se ha evaporado y la vida seca recomienza.

Somos irresistiblemente atraídos por la bruma de las olas y nos orientamos hacia el puerto. En lugar de pasar de nuevo por la Intendencia, podemos torcer a la derecha, echar una ojeada a los galpones de la *English Lomax*, donde miles de sacos de salitre están depositados esperando su embarque. Pequeños muelles de madera, de los cuales el más grande pertenece a la compañía de ferrocarriles, avanza al interior del mar. La estación está cerca y si usted observa las altas montañas cuyo telón esconde el horizonte, distinguirá a media falda una delgada línea oscura que las corta, sube una pendiente casi insensible y por último desaparece en el recodo hacia el mar. Esta línea representa la línea férrea. Nada más extraño que la llegada de un tren. Una locomotora en miniatura que lanza fumarolas sombrías, seguida de vagones minúsculos, rueda cuesta abajo como entre cielo y tierra. Ningún parapeto protege el convoy del precipicio. Cuesta creer que vidas humanas sean confiadas a este invertebrado negro, cuyos anillos ondulan suavemente sobre un sendero de mulas.

Más allá, frente a nosotros y hasta el extremo de la bahía, se despliega una playa igual a la que conduce a Cavancha. Iquique se destaca así, sombrío, entre dos extensiones de arena. ¡Pero no se aventure sobre esta playa nueva ! Ella sirve de vertedero a la ciudad y el olor que se desprende es tan nauseabundo como horrible es el espectáculo del barrio que la rodea. Chozas, tugurios, cuchitriles ¿qué nombre dar a estos infectos reductos donde residen los más pobres entre los miserables ? Cuatro tablas mal unidas, algunos andrajos colgados sobre postes : eso son los muros ; colchones destripados cubiertos con sábanas sucias, un cajón medio podrido que sirve de mesa ; en el suelo, desperdicios donde se revuelcan los niños : éso es el interior. Son cinco o seis seres que se agazapan en cada una de estas guaridas,

padre, madre, hijos, hijas. El sol acribilla de luz este tolderío que abriga promiscuidades escandalosas, este aduar de abyecciones humanas. Si por lo menos los desdichados pudieran respirar el soplo del mar ; pero el viento del océano les llega emponzoñado por las inmundicias de la orilla. Antes de llegar a sus narices pasó sobre putrefacciones y arroyos de sangre corrompida que viene del matadero. La brisa de las noches se impregna de miasmas y baña con la muerte el sueño de los dormidos. ¿Por qué no emigran hacia el lado de las montañas ? ¿Por qué la Municipalidad no sanea esta parte de la playa ? ¿Se puede decir que haya una preocupación por la higiene en un país donde los ancianos son « un fenómeno », donde la mortalidad infantil es de 80% ? Así van las cosas, sin que nadie se conmueva o proteste. A desesperar de la inteligencia de los hombres : la naturaleza extiende bajo los pies de estos tristes reyes miles de leguas desiertas, y ellos se amontonan unos sobre otros al lado de una fosa de inmundicias, como si sintieran un gozo salvaje al destruirse a sí mismos. Me aventuré sobre esta playa y creí desfallecer. Unos obreros trabajaban en medio de los vahos calientes de la cloaca. Sobre la playa de Coquimbo vi la más grande cantidad de zapatos viejos : se habría dicho que un buen día todos los habitantes se habrían descalzado ahí para tirarse al mar. Pero aquí carroñas, coágulos de sangre, excrementos, cieno recalentado, el océano que se va, la montaña impenetrable, un cielo de fuego. Estos horrores pestilenciales no están separados por más de doscientos metros de los cobertizos donde los North, los Gibbs, los Lomax almacenan sus millones. Me quedé casi un mes en Iquique : jamás pude mirar en esa dirección sin sentir náuseas y ahora, cada vez que mis recuerdos me llevan ahí, veo la innoble playa. Incluso hoy no podría comprender Iquique sin esta llaga purulenta. Es natural que tal ciudad deje un estercolero igual humear al aire que respira. Su incuria por la miseria humana está hecha de sus ansias de oro.

La noche, bajo la luz eléctrica, Iquique adquiere un aspecto extraño. Ya no es una ciudad, tampoco es un cementerio. Imagínese una fantasmagoría artificial y fría bajo el terciopelo azul del firmamento y con una circunvalación de estrépitos, ora armoniosos y roncós, ora lánguidos y breves. Sobre las baldosas de la plaza solitaria, las manos abiertas de pequeñas palmeras se destacan con rigor metálico ; la menor mata de pasto de recorta en negro y los troncos de los arbustos acusan perfiles de barras de fierro. Las calles desiertas dibujan grandes estelas blancas, interrumpidas aquí o allá por la sombra de los muros o de los frontones, márgenes resplandecientes donde se habría dibujado figuras geométricas a la tinta china. Todo es silencioso. Las casas, con los postigos cerrados, no dejan traslucir nada de la vida de sus ocupantes. Solamente las ventanas de los clubes están iluminadas. De repente, en la extremidad de una calle, decorado de teatro abandonado por los actores, se encuentra cara a cara con el hoyo abierto de un portal de sombra de donde se escapa un mugido. El mar está ahí que brama y le azota con su látigo de espuma ; la bestia irritada maúlla, ruge, muge en el umbral de su antro, cuyo acceso le es desde ahora vedado. A menudo también modula con quejas la confesión de su impotencia y se ejercita en el viejo canto de las sirenas. ¡Ah ! La voz del sueño mecido por las olas, engañoso como ellas. ¡Las sirenas de Iquique ! ¿Qué hacen ellas aquí, por todos los dioses ? Habrían perdido el tiempo y derrochado fuerzas. Los hombres de este país no tienen necesidad de taparse los oídos con cera. El tintinear de las libras esterinas los volvió sordos y sus sueños se cristalizaron en salitre. Más valdría tratar de conmover la montaña, la gran fachada del desierto, que al menos refleja la belleza malva de los soles ponientes. Ella llena el horizonte con su masa pálida de crestas vigorosas salpicadas de manchas negras ¿son los hombres que la escalan ? Durante la revolución balmacedista, las tropas del Congreso las confundían con fusileros enemigos. Son simplemente altos cactus medio calcinados por el sol. Detrás de estas cumbres, la pampa de Tarapacá extiende su aridez fecunda en nitrato de soda. Los vagones cargados que de aquí descienden confirman cada día

Iquique en su razón de ser. Su increíble prosperidad le cae del cielo. Aquí se vive de esta maná que los persas llaman sal de China, los árabes nieve china, los españoles salitre.

Esta ciudad curiosa, que acabamos de recorrer, fue la causa y el teatro de la guerra llamada de manera muy curiosa Guerra del Pacífico. Es imposible de hacer un alto aquí sin evocar el recuerdo de esta contienda que hizo afrontarse tres repúblicas hispanoamericanas : Chile, Bolivia y Perú. Ella muestra demasiado bien la avidez de estos pueblos, menos preocupados de explotar las riquezas enterradas en su suelo que de descubrir nuevas. Trescientos años de rapiñas y pillajes no han apaciguado en ellos su ardiente sangre de conquistadores ; así la América continúa siendo eternamente la tierra donde la fortuna se adquiere sin grandes esfuerzos, la patria de los arrebatadores de dinero.

Los peruanos, que poseían el desierto de Tarapacá y que desde 1830 eran concededores de los depósitos de salitre, no les concedieron durante mucho tiempo ninguna importancia. No se sospechaba aún los servicios que el salitre iba a prestar un día a la agricultura. Perú sólo pensaba en el guano cuya extracción fácil colmaba sin descanso el erario y permitía a los políticos asegurar el futuro de sus sobrinos nietos. Como los cenobitas de las leyendas, pero sin tener su temperancia ni sus otras virtudes, el país se dejaba alimentar por los pájaros del cielo. Con ayuda de los Dreyfus no tardaron en darse cuenta que el tesoro se agotaba y los Vespasianos de Lima temblaron por sus ingresos. En 1872, el Presidente de la República, Manuel Pardo, declaró en el Congreso Nacional que Perú estaba en vísperas de la bancarrota. El Congreso, indignado, llevó frente a los tribunales los malversadores de los ministerios precedentes. Se condenó sus dilapidaciones, lo que alivió la conciencia de aquéllos que, por haber estado alejados de los asuntos públicos, se mantenían íntegros. Pero el estado de las finanzas no se vio por ello mejorado. Entonces todos miraron hacia la planicie de Tarapacá.

Hasta ese momento los salitres habían sido sometidos al mismo régimen que los minerales. El gobierno daba en adjudicación dos estacas de terreno - más o menos treinta mil metros cuadrados- a toda persona que lo solicitara. Decidió de establecer aranceles de exportación de cerca de veinte centavos por quintal ; este derecho fue luego multiplicado por cuatro. Y se siguió adelante : la República resolvió monopolizar el salitre. La ley del 28 de marzo de 1875 autorizaba el Poder Ejecutivo a suscribir un empréstito por siete millones de libras esterlinas para la compra de todos los terrenos salitreros. ¡No podría haberse dictado ley más ingenua ! Perú no encuentra ningún prestamista y se vio reducido a pagar sus expropiaciones con simples reconocimientos. Los salitreros, entre los cuales varios eran chilenos, se creyeron perdidos y en sus últimos meses de libertad comercial, precipitaron sus exportaciones a un punto tal que el precio del salitre bajó. El gobierno peruano intervino y nombró una comisión encargada de reglamentar la venta. Pero la venalidad de esta comisión, sus incertitudes, sus dilaciones, sus torpezas, ponían en peligro esta nueva industria para la cual Perú esperaba un renacimiento.

Mientras tanto, una compañía chilena que se había formado en Valparaíso e instalado en Antofagasta, explotaba unas salitreras que el gobierno boliviano le había concedido y amenazaba Iquique de una terrible competencia. Bajo la condición formal de que Bolivia no pondría trabas a su comercio, los chilenos habían renunciado a los derechos que pretendían tener sobre el desierto de Atacama. La verdad es que nunca se supo cuáles eran las fronteras de su territorio. Luego después de conquistada la independencia, las repúblicas americanas establecieron sus fronteras de una manera tan vaga como teórica, según el principio del *Uti*

possidetis de 1810, que puede poner a prueba durante siglos la ingeniosidad de los juriconsultos.

Los chilenos habían sido seducidos por el salitre : sus minas y sus finanzas comenzaban a agotarse. Olieron en la brisa la riqueza futura de Iquique y reflexionaron. Los bolivianos, pueblo de revolucionarios y de holgazanes, se arrepentían de haber acogido sus vecinos y se amargaban cuando veían pasar bajo sus narices los bellos sacos grávidos de salitre y por los cuales sólo percibían un ridículo impuesto. Todos, chilenos, bolivianos y peruanos se detestaban como sólo pueden odiarse los hermanos. Pero se trataban diplomáticamente de excelentísimas repúblicas. Perú se dijo : « si yo persuadiera la Bolivia de echar los chilenos al mar, mi comercio se vería liberado de rivales peligrosos ». Bolivia murmuraba : « Si me aliara al Perú, el dinero de mi salitre sería todo para mí ». Y Chile pensaba : « Si me apoderara de Iquique, donde estos peruanos malgastan el salitre, me prepararía medio siglo de abundancia y de far niente ». Pero en aquellos tiempos, Chile no contaba con alemanes a su cabeza y no se creía invencible. El antiguo prestigio de Perú lo deslumbraba todavía y el penacho de los innumerables coroneles de Bolivia lo impresionaba un poco. No dijo nada y esperó los acontecimientos.

Ligados por un tratado secreto, bolivianos y peruanos se hicieron los matamoros y colmando de atenciones sus vecinos, de los cuales envidiaban la armonía y los progresos, complotaban para causar su perdición. Una mañana, la Compañía de Antofagasta se despertó bajo la amenaza de un decreto de confiscación. Sus títulos de propiedad fueron anulados. Al día siguiente, dos navíos de guerra chilenos desembarcaron quinientos hombres en territorio boliviano. Esta pequeña tropa se apoderó de Antofagasta mientras que el pueblo del altiplano y su dictador se disfrazaban y danzaban durante el carnaval. El desierto de Atacama fue conquistado en un mes. Rápidamente los bolivianos llamaron en ayuda sus aliados, pero al mismo tiempo uno de sus agentes secretos partía a Santiago a decir al oído del gobierno : « ¿Estarían ustedes de acuerdo si en lugar de descargar las armas contra vuestros soldados, las apuntáramos contra el Perú ? Así los desmembraríamos y nos repartiríamos su flota. Ustedes nos darían la provincia de Tacna, cuyos puertos (Iquique) nos serían agradables, y les concederíamos en cambio Atacama, que ustedes le encuentran algunos encantos. Por supuesto que ustedes, en vuestra gratitud, no olvidarían al Presidente de la República y sus ministros. Son personas que merecen vuestra simpatía y que, sin ser interesados, piensan en el futuro ». Chile se dijo : « ¡Vaya,vaya ! ». Pero lo pensó un poco. Este arreglo le agradaba, pero habría que decir adiós a Iquique, ¡la Jerusalén del Vellochino de Oro ! El apetito le venía mientras se comía Atacama y por otro lado su situación pecuniaria le afilaba los dientes. En un libro interesante, pero que más se parece a un panfleto que a una historia, el señor Barros Arana, chileno, exalta la paciencia de sus compatriotas y nos los pinta como víctimas de la rapacidad peruana. Pero olvida de hablarnos de sus dificultades financieras. Este capítulo, ausente, hubiera sin duda glosado el viejo proverbio que dice que el hambre hace que los lobos se muestren... e incluso los corderos.

Entretanto, la guerra había sido declarada y de la noche a la mañana, los peruanos entonaban himnos de triunfo para darse ánimo. Los diarios ya no eran otra cosa que boletines anticipados de victorias futuras. Al final de las cenas, exterminaban sus enemigos. Los bolivianos, convencidos, interrumpieron sus negociaciones y sus coroneles partieron en campaña. Chile, solo contra los adversarios, se lanzó valientemente en la aventura y para hacerle justicia, hay que reconocer que estuvo maravilloso. Combatió como los trescientos espartanos.

Su primer cuidado fue el de bloquear el puerto de Iquique, y mientras que la escuadra singlaba hacia El Callao para presentar combate a los barcos del Perú, el bloqueo fue confiado a la goleta *Covadonga* y a la *Esmeralda*, pobre corbeta cansada por veinticinco años de traqueteo en el mar. Pero las dos escuadras enemigas, una subiendo hacia el norte, la otra descendiendo hacia el sur, no se encontraron ; mientras que de repente los capitanes del bloqueo vieron venir en sus aguas dos acorazados peruanos : el *Huáscar* y la *Independencia*. Era, del mismo modo, imposible presentar combate que de evitarlo. Fue la lucha de la madera contra el hierro. Se trataba de rendirse o de zozobrar. Todos los habitantes de la ciudad y los extranjeros que estaban en ella acudieron a la orilla o treparon a lo alto para juzgar del espectáculo.

Condell, que mandaba la *Covadonga*, no esperó la *Independencia* y batió en retirada hacia el sur, obligando su feroz adversario a perseguirlo. La *Esmeralda*, cuya máquina averiada funcionaba apenas, armó sus baterías. Su joven capitán, Arturo Prat, reunió la tripulación y les dijo simplemente que iban a morir. En la cumbre del mástil mayor el pabellón tricolor restallaba con la brisa. El sol incendiaba el Pacífico. La guarnición de Iquique, de pie sobre la orilla, apuntaba contra los marinos de Chile, preparada a hacer fuego si retrocedían hacia el puerto. El *Huáscar* empezó el ataque flojamente. Las balas enemigas no le hacían nada a su caparazón y estaba convencido que el adversario se cansaría pronto de su heroísmo inútil. Cuando, luego de dos horas de salvas de artillería, comprendiendo que los chilenos no arriarían su bandera, se lanzó a todo vapor sobre la vieja corbeta. La *Esmeralda* esquivó el espolón. El monstruo de fierro retomó impulso y se abalanzó por segunda vez. Nuevamente la *Esmeralda* se sustrajo. Pero a la tercera vez, mientras que el *Huáscar* rozaba su costado, Prat, seguido del teniente Serrano y otros hombres decididos, ordenó el abordaje y, revólver al puño, saltó sobre la cubierta del acorazado. El mar separó los dos navíos y el altivo joven oficial fue muerto, al igual que sus compañeros. La *Esmeralda*, con su casco abierto se hundió en las aguas y sus artilleros quemaron los últimos cartuchos al grito de ¡viva Chile ! De los ciento ochenta hombres, sesenta solamente pudieron nadar en torno al *Huáscar*, donde los recogieron. Uno de ellos pretende que los peruanos descargaban sus fusiles sobre las cabezas que flotaban, pero que en seguida a bordo, esos mismos enemigos los abrazaban, llorando. No sé si el hecho está probado, pero él no me sorprende nada : perfidia, ternura, entusiasmo y crueldad, lágrimas y tiroteos, cambios imprevistos que vienen, no de la mala fe, sino más bien de una ligereza inconciente ; el alma peruana es una mezcla audaz.

Entretanto la *Covadonga* huía ante la *Independencia* y en su huída sus dos cañones respondían a las dieciocho bocas de fuego del adversario. Condell, que se cansaba de esta retirada victoriosa, tuvo una inspiración de genio. Favorecido por el poco calado de su nave y por su experiencia de las costas se arriesgó sobre rocas submarinas. Ahí donde pasó la *Covadonga* la *Independencia* debía destrozarse : y ahí se destrozó. Condell volvió sobre su huella y con la complicidad del escollo consumó la ruina de la fragata peruana.

Tal fue el combate naval de Iquique, que hizo de Chile, por lo menos moralmente, el amo de estas costas. Cuando, seis meses más tarde, la victoria de Dolores le entregó todo el desierto de Tarapacá, consagró sobre todo el doble triunfo de Prat y de Condell. Los chilenos habían merecidamente ganado su Iquique ; pero a decir verdad, Arturo Prat era digno de hundirse por una causa más noble. No es solamente el heroísmo que hace el héroe, es además la idea que encarna. Sin embargo, el Leónidas de estas Termópilas marinas cubrió con el manto de su desinterés la codicia de esta guerra fratricida. Su muerte ennoblece una rada prometida a los traficantes ingleses, y su recuerdo vuela tan alto que no teme ninguna salpicadura. ¡No es su culpa si la patria le pidió su sangre para pagar oficinas salitreras ! Y

cuando, hartos del espectáculo que nos ofrece el Iquique moderno, este campo de avaricia, de desenfreno, de instintos desbocados y de vulgares pasiones, es bueno dirigir la mirada hacia la salubridad del océano, acordándose que a diez brazas de tantos viles intereses un joven hombre murió digno de haber sido cantado por las vírgenes de Lacedemonia.

Tan pronto como el gobierno chileno tomó posesión de los terrenos salitreros, se ocupó de clasificar los títulos de propiedad que circulaban y de desbaratar los ardidés de los falsificadores. La tarea presentaba serias dificultades, puesto que los certificados que el Perú había distribuído a sus acreedores habían sido hábilmente imitados y había propietarios que surgían por todos lados. Sin embargo, se llevó a cabo la empresa. Chile reconoció los derechos de quienquiera que le presentara títulos en regla y se reservó para sí el derecho de vender más tarde, como bienes nacionales, las nuevas regiones que serían evaluadas por una comisión de expertos.

Fue entonces cuando los ingleses saltaron sobre esta presa. Tienen el mérito de oler las buenas ocasiones. Si se deciden rápidamente, ejecutan todavía con más celeridad. El relámpago de su resolución es seguido de inmediato con el redoble de sus capitales. Los chilenos, fatigados y embriagados por su conquista, por lo demás más industrioses que industriales, no se dieron cuenta que el aparente vasallaje de los financieros ingleses establecidos en sus territorios se volvería contra ellos en una suerte de señorío feudal. Tenían una buena ocasión de continuar en grande lo que habían comenzado en Antofagasta. Poderosas compañías podrían organizarse, que al mismo tiempo de aprovisionar al Fisco se enriquecerían. El enorme beneficio de los salitres se quedaría en el país. Cometieron el mismo error que los bolivianos cuando éstos les concedieron las salitreras de Atacama. Un solo hombre político se dio cuenta del riesgo : Balmaceda ; pero llegó demasiado tarde. En un discurso pronunciado en Iquique mismo y que se hizo célebre, el que un día sería llamado dictador, declaró que era de interés para la República que las fortunas salitreras pertenecieran a sus hijos y no a un grupo de extranjeros. El estruendo de la revolución ahogó rápidamente su voz de buen ciudadano. Los chilenos se mataron unos a otros en esta misma rada de Iquique y se quitaron mutuamente lo que le habían quitado al Perú. En Lima se felicitaban, y los ingleses no perdieron nada. Hoy, muerto Balmaceda, sus ideas lo sobreviven. Frecuentemente las ideas de los muertos son como las flores de las tumbas : toman del cuerpo que se disgrega una vida más rica, más resplandeciente. Los detractores del ex presidente adoptan y preconizan su programa. Se inquietan al ver el poderío inglés arraigarse en su región del norte y en la última venta de terrenos de Tarapacá trataron de disputárselos. Pero Iquique permanece de todas maneras un establecimiento inglés, de « *gringos* » como se les llama. Que el Estado chileno se atreva a dictar una medida o una ley, por necesaria que sea, y la plutocracia de Londres la considerará vejatoria. Sabemos ya que la Alemania está anclada sólidamente al sur del país. Fieles a su espíritu de especuladores imprudentes, que prefieren a los lentos ahorros del trabajo los beneficios obtenidos por medio del trabajo del prójimo, los chilenos, en vez de repartir los emigrantes a través de la república y de aprovechar de esta actividad dispersa, los agruparon en una de sus más bellas provincias. Este sistema puede ser excelente en los Estados Unidos ; me parece peligroso en un pueblo cuya escasez de hombres no opone bastante resistencia a la invasión europea. Injerte, pero no plante en torno suyo bosques que un día lo asfixiarán y que desde ya lo aprisionan.

Todos los habitantes de Iquique no son ingleses. Se encuentra aquí, en primer lugar, una colonia peruana formada por aquéllos cuyos intereses o costumbres retuvieron entre los

vencedores. Viven absolutamente libres, no son objeto de ninguna vigilancia ni el pretexto de ninguna tiranía. Estos peruanos son de ordinario personas amables, educados, de un natural indolente, de aspecto casi caballeresco. Su mirada se fija raramente ; su pensamiento íntimo se pierde siempre en la negra niña de sus ojos. La tez morena, la nariz aguileña, la boca fácilmente desdeñosa, han conservado el tipo español, un tipo de gran señor que se mueve tanto con soltura como con altivez en medio de las dificultades de la existencia. Sus mujeres y sus hijas son en su mayoría encantadoras. La peruana posee el espíritu y la gracia. Difiere de su hermana de Chile como una Tanagra de una matrona romana. Dueña de casa, nació para recibir, divertir, seducir. Durante el día, sus ojos tienen necesidad de la penumbra indolente de las persianas bajadas y cuando llega la noche busca el centelleo de las lámparas. Su inteligencia viva se posa y brilla sobre las copas de champaña, como el colibrí sobre el cáliz de las flores. Sabe conversar y lejos de abandonarse perezosamente en los meandros de la conversación, ella la dirige, la hace describir curvas bruscas, la surca de relámpagos y rie de sus cascadas. Las cascadas le agradan. Ahora sé de dónde viene esta simpatía que inspira el Perú a todos su huéspedes y de la cual recogí tantos testimonios. Ardides, mentiras, fanfarronadas, protestaciones de las cuales el corazón nunca está seguro, juramentos que duran el tiempo de un almuerzo al sol, danza loca de los caudales públicos, revoluciones de palacio, inseguridad comercial, ¿qué no se perdonaría a los peruanos ? ¡Tienen mujeres tan hermosas !

La colonia chilena, por su parte, se compone de funcionarios, periodistas, abogados, médicos, todos son personas muy agradables y entre los cuales varios son muy distinguidos. Si usted exceptúa esta clase fluctuante y poco numerosa de hombres empleados por el gobierno o que ejercen una actividad liberal, el resto de la colonia está compuesto de rotos o de ciudadanos venidos para enterrar un cadáver en las playas. Muchos chilenos han considerado Iquique como una penitenciaría moral. Aquí reparan su traje de inocencia cuando ya no es « ponible ». En este país de miopes puede ser remendado fácilmente, pero, a menos de ser cosido con hilo de oro, jamás soporta el viaje de vuelta.

Agregue a estas dos colonias algunas centenas de italianos, pequeños comerciantes, una vanguardia de alemanes, cincuenta franceses y otro tanto de austríacos. Los alemanes olvidan aquí la viril arrogancia de la que hacen alarde en Santiago. Se sienten detestados por los ingleses los cuales les horripilan, y toman grandes precauciones para pasar inadvertidos. Son modestos, discretos, humildes ; son estimados por su tenacidad laboriosa, se respeta su silencio, se les ama. Cuando quieren celebrar el cumpleaños del emperador, se van lejos, a lo largo de la playa, más allá de Cavancha, detrás de la duna y ahí se remojan con cerveza ; en seguida vuelven, a la caída de la noche, sin tambor ni trompeta y en tan buen orden como se lo permitan sus libaciones, y si escuchan en un albergue nocturno los ingleses que rompen las mesas y las sillas, piensan : « ¡Dios mío, qué mal educados son ! ». Lo piensan, no lo dicen ; y se enriquecen.

En lo que respecta a los austríacos, siempre me pregunté qué serie de naufragios los había traído hasta aquí. Se les llama « los eslavos » y en la boca de un autóctono la palabra eslavo toma un acento de misterio. Bajo el sol de los trópicos, el eslavo representa para la imaginación de los nativos un ser fabuloso, del cual la patria se encontraría en la zona desconocida de las nieves, una especie de oso blanco descendido del polo norte para encaramarse a los bananos del Perú . Se me aseguró que muchos de estos austríacos eran rusos, pero las pruebas faltan. Yo conozco sólo dos rusos en la república de Chile. No es imposible que haya tres.

Entre nuestros compatriotas que viven en Iquique, los unos emigrantes, fueron empujados por las decepciones de su primer embarco en Valparaíso, los otros, antiguos colonos de Lima, a causa de la ruina del Perú. Estos últimos se rememoran con tristeza la dulzura de su vida pasada. La guerra del Pacífico los echó del paraíso terrenal y olvidaron la bancarrota pública, la hora siniestra en que el papel moneda no valía nada y los billetes de cinco francos se compraban a seis centavos. Sólo quieren acordarse de la hospitalidad que allí recibieron, de la amenidad de las cosas y de la gente. La mayor parte de entre ellos busca la compañía peruana. Su cónsul, el señor de Lapeyrouse, hermoso apellido bien llevado, es al mismo tiempo agente de la Compañía Bordas, cuyos grandes veleros fletan el salitre. Estos tres o cuatro palos enarbolan nuestra bandera en la bahía y a veces se encuentra, al doblar una esquina, la ruda figura de un capitán bretón.

Pero los franceses exiliados de Lima, no han perdido todo su buen humor sobre la playa de Iquique. Nuestra espesa filosofía rabelesiana -no es lo mejor que tengamos, pero es lo que exportamos con más gusto- se ríe del desierto. De Arica a Puerto Montt, pregunte a los que viajan si conocen el *Codo*. « ¡ El *Codo* ?, como no, señor ! » ¿Y quién, en efecto, no alabaría esta hostelería de Thélème^(*), este falansterio de sibaritas, con su puerta donde un artista grabó, en una placa de cobre, un codo levantado y una mano que apreta un vaso ? Los muros del comedor están cubiertos con inscripciones gastronómicas. Brillat-Savarin^(**) da aquí el espaldarazo a Monselet^(***), y el Rabelais de la leyenda bendice los dos. El fundador del *Codo* y presidente vitalicio, el padre Vattin, tiene el gusto fino, el espíritu jovial, el vientre omnipotente y el corazón tan ardiente como un viejo vino de Borgoña. Sus dedos, atormentados por la gota, se tuercen alrededor de su vaso como cepas de viña en torno de una copa de la antigüedad. Encarna -y Dios sabe con cuánta elocuencia- el culto de la parranda, el único, puesto a parte el culto a la fortuna, que practican los ciudadanos del salitre. El *Codo* hospeda sin distinción de nacionalidad, todos los amigos de sus amigos. Ingleses, alemanes, italianos levantaron aquí el codo a la altura de su cerebro. Por desgracia, a la hora en que escribo, el *Codo* ya no existe. Asistí a su cena fúnebre que por lo menos fue bastante alegre. Los falansterios duran poco. El *Codo*, que duró catorce años, merece un lugar entre los más célebres sindicatos de aparatos digestivos. Por lo demás fue la única institución de origen francés que encontré en mi viaje.

Tal es la población de Iquique, la población que se puede mostrar, casi oficial.

Cada colonia fundó su club ; es ahí o en los cafés que se trata de negocios. Los abogados dan ahí sus consultas, los agentes de las oficinas redactan sus pedidos, los salitreros discuten sus intereses y todos subrayan sus conversaciones con la ayuda de copetines. Las mistelas son las comas, los whisky los signos de exclamación, los cócteles los puntos suspensivos. Los arúspices de Tarapacá no pueden verse sin beber. Y estos bebedores no saborean jamás, tragan. La mayoría no se sienta : de pie frente a un mostrador cubierto de zinc, vacian sus tragos unos tras otros. Al verlos, como al escucharlos, se juraría que tratan de matar, ahogándola en el aguardiente, su inextinguible sed de dinero. Hablan de millones y beben locamente. Su codicia los consume más que lo que el sol podría quemarlos, y sus corazones

(*) Abadía de Thélème : comunidad ideal de hombres y mujeres, cantada por Rabelais en su novela Gargantúa. (N.d.T.)

(**) Anthelme Brillat-Savarin (1755-1826), magistrado y autor de la obra gastronómica « Fisiología del Gusto ». (N.d.T.)

(***) Charles Monselet (1825-1888), periodista y escritor francés, autor de una « Cocinera Poética » y de un « Almanaque de los Golosos ». (N.d.T.)

son tan secos como los cactus de la montaña. No se cansan de mojar los labios en el oro líquido de las botellas. Entre al Club Inglés, mire esos *gentlemen* color ladrillo, unos acodados en el mostrador, otros petrificados en su rigidez británica : no tienen otro placer que el áspero cosquilleo del líquido en la garganta. Ni siquiera juegan. La fiebre de su ganancia cotidiana los hastía de la emoción procurada por el póker o el baccará. Es apenas si algunos pases de dados indican a veces el que pagará la cuenta. El sábado en la noche, todas las exclusas están abiertas ; el entrechocar de los vasos suena la contraseña hacia el domingo y la noche no se termina sin el ruido de loza rota y la zozobra de las mesas. La bebida desencadena en estos hombres unas furiosas ganas de romper lo que los rodea.

Ella presenta, como en todas partes, otros inconvenientes, el más grave de los cuales parece ser, para la gente del lugar, de enrojecer terriblemente las narices. El hecho es que no he visto en ninguna otra parte narices más resplandecientes. Este color rubí inspiró incluso a un aventurero la idea de una estafa, cuyo éxito prueba el extraordinario alcoholismo de la población. La historia es reciente. El pícaro se presentó bajo el título sugestivo de « blanqueador de nariz » y, a razón de quinientas piastras, prometía a todo portador de una cara rubicunda de ponérsela más blanca que el blanco armiño. Se le entregaba primero doscientas cincuenta piastras de anticipo y él sometía el apéndice nasal a un tratamiento que duraría quince días o tres semanas. Ocho días después de su instalación desaparecía con una bolsa de más de veinte mil piastras, dejando tras de sí narices untadas de unguento, peladas, lamentables, de un brillo quizá menos vivo, pero malsano y de una longitud desmesurada.

La policía es maternal con los borrachos. Prefiere no molestar los extranjeros, sobre todo los ingleses. Cuando éstos aparecen, ella huye. No existe diputado en Francia más inviolable que un *gringo* en Iquique. Me contaban la anécdota siguiente, que muestra hasta qué punto es inveterado en este país el respeto del nombre inglés. Una noche, a la salida de un banquete donde habían olvidado la razón, unos ingleses armaron un bochinche, recorrieron las calles gritando a desgañitarse y llegaron así frente a la prisión, sin imaginar nada mejor que sacudir a palos las rejas y los barrotes de fierro del establecimiento. Los clamores, las vociferaciones, ese ruido de chatarra sacudida despertaron todo el barrio. Los prisioneros, creyendo en una revolución que venía a liberarlos, saltaron de sus literas. La guardia, que velaba o dormía en el patio, no dudó que era una revuelta y se precipitó sobre sus armas. El capitán envió un destacamento en dirección de donde venía el tumulto. Pero algunos instantes después, el sargento que mandaba la cuadrilla reaparece con los brazos colgando y un aire desconsolado. El capitán pregunta : « ¿Y qué ? » -« Nada, mi capitán, son los *gringos* que se divierten ». -« ¡Caramba ! », gruñó el capitán. Y la cosa quedó ahí. Guardianes y guardados se ganaron una noche de insomnio. ¿Cómo puede ocurrírsele que un soldado chileno le ponga la mano encima a un salitrero, a un hombre que a lo mejor proporciona un millón de piastras a la República ? ¿Se imagina usted que este señor, que es de oro macizo, pueda ser aprehendido o siquiera amonestado por el comisario ?

No hay que creer que los únicos actores de estos excesos son los jóvenes que andan de correrías. Los personajes más importantes dirigen a menudo la zarabanda. Son las condiciones de existencia que los hace caer tan bajo. Perdidos lejos del mundo, sobre una playa desierta donde enormes riquezas los alucinan y los consumen, estos hombres gastan, para conseguir un pedazo de ellas, una cantidad increíble de energía. Toda su inteligencia, todos sus esfuerzos van dirigidos hacia la fortuna. Han renunciado a las distracciones que ofrecen las ciudades, al solaz y esparcimiento del campo, al encanto de la patria, para hacerse millonarios entre las montañas de arena y el océano. Puede concebirse ambición más noble, pero no se puede imaginar otra más inexorable. Nada los aparta de ella, ni la naturaleza cuya cruel monotonía

les recuerda constantemente el fin perseguido, ni la imaginación, que no conoce el desinterés. Cuando se piensa en ello, llaman la atención todas esas fuerzas que se extenuan sin aportar un solo beneficio a la causa moral de la humanidad. Si para llegar a ser buenos los hombres emplearan la mitad del valor que despliegan para llegar a ser ricos, se fundaría el reino de Dios. Los santos no tuvieron necesidad de más voluntad, cuando se acostaban sobre abrojos, que los seres inteligentes para sepultarse en la ardiente tristeza de Iquique. Pero si la abnegación a la que se es obligado por piedad hacia su prójimo o por amor de Dios, encuentra en sí misma su propia recompensa y voluptuosidades maravillosas, no es lo mismo con respecto a los sacrificios interesados inspirados por la pasión del oro. A ciertas horas la bestia impaciente se despierta y reclama un adelanto a cuenta de los gozos prometidos. El espíritu se cansa de contar y descontar las ganancias : la fortuna que se siente palpar en la palma de la mano pide entablar los dedos, impaciente por saltar hacia la luz. El explotador de la pampa es más ávido que avaro. Rico o en trance de serlo, desea afirmar su poderío ; y sobre todo siente las irresistibles ganas de tomar su revancha violenta, durante el tiempo de una corta distracción, contra las sombrías necesidades de su trabajo y contra el desierto. Entre dos esfuerzos se abalanza hacia el placer, tanto por vanidad como por necesidad. Y este placer es por naturaleza brutal, como una exigencia fisiológica, y estúpido, como el orgullo de las onzas de oro. Este trabajador, en ruptura de cifras, buscará en el fondo de su vaso una visión de enriquecimiento monstruoso, una hora de demencia, un espasmo de olvido. Se ensangrentará los puños con los vidrios rotos para convencerse mejor, que nada resiste a las libras esterlinas y que puede comprar no sólo lo superfluo, sino que además lo absurdo. Los destrozos de las mesas y los frascos no le será suficiente, le será necesario por lo menos la ilusión de la orgía tradicional, el hastío clásico de las noches de Valpurgis^(*) ¡Y no es exigente, tanto a la limpieza del decorado cuanto al hechizo de los figurantes, este fiestero de Iquique ! El gran mal de este país no viene tanto de la botella, como de la mujer. Los manantiales de oro propagan todos los contagios.

Los primeros que se establecieron por estos lados no trajeron familia. Iquique fue una ciudad de viudos y de solteros. Y todavía conserva un poco de este carácter primitivo. La mujer honesta sólo juega aquí un papel discreto y tenue. La ocasión era tentadora : de Puerto Montt a Panamá todos los ruisseños de la galantería zarparon hacia la industria del salitre. Los vapores desembarcaban también pobres hijas de emigrantes, sin un centavo, sirvientas para todo. Algunas, con suerte, encontraron aquí marido. Como la policía chilena hace prueba de una amplia tolerancia y respeta todas las libertades, los más bellos barrios de la ciudad se encontraron pronto habitados por damas que comienzan su jornada cuando las agencias terminan la suya. La invasión tomó tales proporciones que la municipalidad intervino y les asignó calles especiales. Cuando llegué, se aplicaba esta medida e Iquique resonaba con las quejas de honorables propietarios que gemían por el daño que se hacía a sus inmuebles. Naturalmente, el precio de los arriendos baja ; y en América del Sur, el dinero no tiene sexo. El poder de estas mujeres no se manifiesta aquí ni por robos ni por dramas pasionales. ¿Se acuerda usted de *Lucrecia Borgia* de Hugo, en que este joven con canas que, la espalda curvada y las piernas inciertas, atraviesa el fondo de la escena, lúgubre símbolo del veneno de Lucrecia ? Ese mismo joven usted lo cruza con frecuencia en las calles de Iquique. Se pone rígido todavía, pero su inquieto nerviosismo, sus ojos extrañamente vacíos, revelan el mal del cual se muere. Y nada es más lastimoso que estos espectros de una juventud marchita que se

(*) Fiesta celta celebrada la noche del 30 abril a la espera del 1° de mayo, para festejar el renacimiento de la naturaleza, y estaba marcada por toda suerte de excesos y de placeres sensuales. Goethe habla de ella en su obra Fausto. (N.d.T.)

encaminan hacia su tumba, en medio de especuladores desenfrenados, sobre una playa brillante y silenciosa. Es cierto que no hay necesidad de recorrer las costas del Pacífico para ver semejantes espectáculos : son corrientes, lo admito ; pero aquí el sol que los ilumina, la desolación que los envuelve repujan aún más sus sombras horribles y sus trágicas luces. Todo el esfuerzo de la vida moderna acaba ahí : una ciudad de placer, construida sobre arena, mitad casino, mitad tugurio, donde los hombres ensañados unos contra otros manosean millones, se embaucan, se emborrachan, se vuelven locos, alcohólicos o peor, cayendo con frecuencia antes de estar maduros !

Pero no nos ocupemos más de los vividores de Iquique, que sin embargo son la mayoría ; estudiemos la gente sensata, tranquila, sólidamente establecida en el bienestar de la existencia. Los miasmas de la gran riqueza descoloran sus calidades, alteran su juicio. Incluso no piensan en disimular su egoísmo : lo muestran y de él se glorifican. El gobierno chileno, obsesionado por la única preocupación de cobrar sus fabulosos impuestos, niega la subvención para el hospital. Caen millones cada año en el erario y no se le ocurre distraer algunos miles de piastras, que portarían alivio a los infortunados. Es verdad que hay un liceo en Iquique, pero lejos de propagar el gusto de la instrucción, este liceo solo acentúa el desprecio por los estudios liberales. Los profesores, mal pagados, llevan una existencia precaria y sirven de ilustración a las teorías groseras de los habitantes. Uno de éstos decía a su hijo, en mi presencia : « Los mejores libros son los de contabilidad. La audacia y el conocimiento de las cuatro operaciones bastan. Una biblioteca no vale una estaca de salitre y me gustaría más verte empleado de almacén que rector de un Instituto ». Y dirigiéndose a mí : « ¡Porque después de todo, los rectores andan a tres saltos y un repique ! Y yo le pregunto ¿para qué sirve una ciencia que no enriquece ? ». Este razonamiento, los veinte mil Iquiqueños lo ponen en práctica. No creo que haya un rincón del universo donde las obras del espíritu sean más desacreditadas. Si se trata de ladrón a alguien, este insulto no impedirá su ascenso. Le dará al contrario un prestigio si ha robado sin dejar pruebas de su delito. Pero murmure a su paso « filósofo » o « poeta » y el pobre no encontrará perro que le ladre. No he visto en toda la ciudad una sola librería. Si es que hay una, no se atreve a mostrar sus libros en la vitrina. Los esconde detrás de mercaderías más corrientes o de artículos de un orden superior.

Entre los extranjeros, ningún interés por la política local, ni incluso la internacional. La sola palabra socialismo, sea pronunciada por el señor de Mun ^(*) o por el señor Jaurès ^(**) los hace saltar, como un sacrilegio cometido contra el dios que adoran. No admiten que las cuestiones sociales puedan existir. Los chilenos, siempre con ganas de diputados, deseando presidente o a la búsqueda de consejeros municipales, se entregan a su placer favorito de las querellas electorales. Publican cuatro diarios de avisos donde intercalan, entre un réclame inglés y el informe de la aduana, un escrito dirigido a los electores.

En lo que respecta al pueblo, cuando los amos beben, él se emborracha. Mejor es decir que cada noche desaprende a andar derecho. No obstante es una raza robusta que no retrocede ante el trabajo, nerviosa, infatigable, capaz de frugalidad, indiferente al dolor, despreocupada de la muerte, teniendo como único temor el de ver las botellas vacías. Más desinteresados que

^(*) Conde Albert de Mun (1841-1914), político francés de derecha, adepto de la doctrina social de la Iglesia.(N.d.T.)

^(**) Jean Jaurès (1859-1914), político francés, parlamentario y figura de proa del socialismo en Francia . Asesinado en 1914 por sus ideas pacifistas.(N.d.T.)

los que los mandan, los rotos detestan los extranjeros, sobre todo los ingleses, y se contentan con su salario. A partir de la de la guerra del Pacífico adquirieron el sentimiento de su valor. Salvaron la república y saben que la tierra en que se acuestan fue pagada con su sangre. En fin, la revolución balmacedista agrandó su importancia. Pero toda su ambición se limita, por el momento, a beber a largos tragos, y cuando saben leer y escribir, a votar.

Y mientras que arquean el lomo bajo los sacos de salitre, corren a lo largo de los muelles y reman hacia los grandes navíos, los agentes ingleses suman y multiplican, los aduaneros registran, los acomodadores de negocios se debaten y la vida de Iquique se prosigue implacablemente triste o mortalmente afiebrada. A veces una compañía italiana de ópera cómica toca tierra. La ciudad posee un teatro bastante vasto y más elegante que lo que puede imaginarse. Durante algunos días, *Mignon*, *Carmen*, la *Cavalleria Rusticana* interrumpen la « borrachera » de los clubes y se escuchan otros ruidos que los de los barcos y las locomotoras. Se escuchan ahí los dúos de amor, gritos de pasión, coplas que celebran la primavera, las flores, el ideal y la melodía que celebra el arrojito de los toreros. La orquesta es desafinada, los coros desentonan, los cantores se ahogan, pero el público aplaude. Los peores actores conmueven hermosos ojos peruanos. Una brisa de romance suaviza un instante las almas. Italianos y alemanes efectúan un regreso hacia sus países ; vi algunos que desbordaban de entusiasmo frente a una interpretación mediocre de la obra maestra de Bizet. Por supuesto que todas estas gentes no serían ni más egoístas ni más groseras que el resto del mundo si la enfermedad del oro no las contaminara, si respiraran una atmósfera mejor que la de las fortunas excesivas. Hay que ver las cosas como son : donde la plata chorrea, la bondad social desaparece. Que la tierra se agriete y nos muestre nuevos tesoros y hará surgir alrededor energías feroces, admirables tenacidades, maravillas de ingeniosidad, toda una selva virgen de soberbios instintos : una sola flor no crece aquí, la caridad ; un solo rayo no atraviesa este ámbito, el amor de lo bello.

Sin embargo, no me perdonaría de olvidar en mis impresiones sobre Iquique, la historia de una abnegación modesta que debería conmovernos, tanto más porque viene de un francés y que se dirige a la Francia. Uno de nuestros compatriotas, el señor Duclos, se consagró enteramente al éxito de la Alianza Francesa. Se sabe que ella tiene como fin el de difundir a través del mundo nuestra lengua, la influencia de nuestro genio, nuestra filosofía liberal. Este hombre, joven aún, amable, distinguido, desde hace tres o cuatro años está inmovilizado por la parálisis. Soporta el dolor con la sonrisa resignada de los estoicos, y ha consagrado sus últimas fuerzas al servicio de la patria lejana, que teme no volver a ver. Para llevar a cabo esta obra bienhechora, se propuso obtener la adhesión de todos los amigos de nuestra nación e incluso de aquéllos que no lo son. Enfermo, golpeó a todas las puertas ; dicta a su madre el tenor de sus numerosas cartas. Se hace persuasivo, elocuente, irresistible. Su generosidad encuentra las finezas retóricas de un abogado, los ardides de un avaro y, en esta ciudad donde la lucha por la existencia no da tregua a sus feroces boxeadores, en esta ciudad que no cuenta más de cincuenta franceses entre los cuales treinta y cinco son emigrantes, el señor Duclos recluta para la Alianza Francesa más de seiscientos adherentes ! Seiscientas personas han aceptado suscribir a una obra de propaganda intelectual y moral. Y este hombre operó el milagro sin esperar recompensa, sin orgullo, por la sola virtud de su patriotismo y por su encanto melancólico. Cuando desaparecerá, un poco del espíritu francés se apagará en esta orilla. Los seiscientos miembros de la Alianza se dispersarán y el viajero que hollará la arena candente de Iquique no encontrará ni la sombra de una simple devoción. Cuántas generaciones seguirán creciendo aquí en torno del amor del oro, ignorando las nobles

quimeras que conducen las almas. Se encontrará aquí, como yo mismo he encontrado, hijos de franceses millonarios que abdicaron de su nacionalidad y que conocen solamente el castellano.

CAPÍTULO IV

HISTORIA DE LA SOCIEDAD FRANCO-CHILENA

Y LEYENDA DEL REY DEL SALITRE

Se recordará el bonito comienzo de P. L. Courier^(*): « Soy turonense : vivo en Luynes. Imagino que la mayoría de ustedes saben lo que pasó en Luynes... » ¡Excelente, compadre ! Lo que ocurrió en Luynes ocurría entonces en toda Francia. Yo también podría comenzar con gusto como el bromista de la Turena : « A lo mejor ustedes ignoran lo que nos sucedió en la rada de Iquique... » Por desgracia nadie se sorprenderá, puesto que la misma historia sucede en el mundo entero. No quiero evocar recuerdos amargos, pero en verdad la América del Sur no nos trae buena suerte.

El gobierno chileno, como se ha visto, se ocupa de Tarapacá únicamente para percibir los impuestos. Se hace el sordo cuando se le implora en nombre de los pobres ; su avaricia no favorece ni la obra de los salitreros ni tampoco aporta socorro a los infortunados. Nadie le reprocharía de moderar los beneficios de los particulares o de las compañías extractoras del salitre. ¡Por todos los dioses, no ! Pero sería mejor disminuir lo más posible los gastos de este abono necesario. Sin restringir el beneficio de los explotantes, sin tocar al ingreso de la República, se puede evitar a los campesinos que compran el salitre, un aumento inútil de gastos. Es sobre los hombros de los valerosos trabajadores que cae el peso de todas las culpas. Por su codicia, el gobierno corre grandes riesgos que no ha sido capaz de prevenir. Mientras más caro es el salitre, con más tenacidad los químicos le buscan un sucedáneo ; y el día en que encontrarán un procedimiento para fabricar un fertilizante del mismo poder pero menos dispendioso, las finanzas de Chile se apagarán como un fuego de Bengala.

Veamos cómo van las cosas. El salitre vale, a la salida de la oficina, alrededor de veintinueve peniques el quintal español de cuarenta y seis kilos. Su transporte por ferrocarril hasta Iquique se eleva a ocho peniques y la aduana lo recarga con un derecho de treinta peniques. A estar contento con ese pequeño impuesto, si se piensa que hubo un tiempo en que la Compañía Chilena de Antofagasta removía cielo y tierra porque Bolivia reclamaba una decena de centavos por quintal. De pura indignación, los fusiles se disparan solos.

Pero no es todo en lo que concierne los gravámenes. Una vez que el salitre pagó la aduana, espera su embarque en los almacenes de consignación que pertenecen a los North, a los Gibbs, a los Lomax. Esta espera a menudo se prolonga por dos razones : la primera es que los barcos cargan con lentitud ; la segunda es que la bahía de Iquique es demasiado agitada. Algunos barcos han zozobrado y se ve todavía, en la espuma de la rompiente, emerger el mástil de un antiguo naufragio. El único medio de poner coto a los caprichos del océano, que suspenden o retrasan los negocios, habría sido de construir un dique y de ofrecer a los navíos la seguridad de un puerto. El Estado se niega. En lo que respecta el sistema de carga de los vapores y de los veleros, ha conservado su carácter rudimentario de la época peruana. Como en otro tiempo, los sacos de salitre son transportados a lomo de hombre hasta los pequeños muelles de madera, y luego de la lancha al buque. Ahí, cuando el mar lo permite, se los iza a bordo. Costo : dos piastras treinta la tonelada inglesa de veintidós quintales, o sea, cerca de dos peniques por quintal. Hay que agregar a estos nuevos gastos la pérdida de dinero

^(*) Paul-Louis Courier (1772-1825), célebre libelista francés, autor de panfletos contra la Restauración, que le valieron la prisión. Murió asesinado. (N.d.T.)

provocada por el oleaje o el ocio forzado de los *lancheros*^(*). Un barco permanece en la rada con frecuencia más de un mes.

Se comprende fácilmente que si los barcos multiplicaran el número de sus viajes, el precio del salitre exportado bajaría. Su uso se propagaría hacia los campos que todavía no lo emplean. Ni los chilenos ni los salitreros perderían si se aumenta su consumo. Es cierto que las compañías inglesas de consignación y embarque realizan enormes beneficios con los atrasos, pero sus intereses no pueden ir contra el interés general y no se puede tomar en cuenta ese egoísmo de viejas diligencias inquietas por la llegada de la máquina a vapor. Para reducir sus pretensiones a la nada, bastaría con construir un molo de piedra y acero en el que podrían acostar los más grandes barcos y cargar rápidamente, no les pese a los vientos y a las mareas.

No hay que ser muy astuto para concebir la idea, pero el señor Orrego Cortés, que la concibió, recibe menos gloria por ello que la que recibe por haber denunciado la indiferencia industrial de Chile y la rutina interesada de los ingleses. Orrego Cortés, hombre muy estimable, ingeniero que además es un soñador, un « poeta », como se dice en Iquique, persuadido de haber domado la fortuna e ignorando que su proyecto le crearía adversarios, recibió del gobierno, por lo demás sin ningún privilegio, una concesión de terrenos a la orilla del mar y obtuvo su apoyo moral para construir un embarcadero.

Inmediatamente tomó el paquebote hacia Europa y provisto de papeles en regla se dirigió a París. La desgracia lo llevó a entrevistarse con cierto señor Georges Aninat, que yo presentaré al lector en dos palabras : Hijo de un ex cónsul francés en Chile, el señor Georges Aninat prestó su voluntariado en nuestro ejército, y de regreso en América renunció a su ciudadanía francesa para entrar al parlamento chileno y para lanzarse así con más seguridad en las grandes empresas. Pertenece a esta categoría de tráfugas que nuestros compatriotas llaman « los anfibios » : « yo soy francés, vea mi certificado de nacimiento ; soy chileno, vea mis títulos ». De ordinario estos señores olvidan de tirarlo al cara y sello. El señor Georges Aninat no lo olvidó, pero se desquitó más tarde.

El plan de Orrego Cortés lo entusiasmó. También él se convenció que ese molo valdría su peso en oro y prometió todo, abnegación y capitales. Eran necesario capitales. Se dirigió primero al Banco de París y de los Países Bajos, en seguida, pensando sin duda que el negocio era demasiado bueno para que Francia aprovechara de ello, interrumpió bruscamente las negociaciones iniciadas y atravesó el estrecho. Desembarcó en Londres, triunfante, con una fortuna entre los pliegues de su redingote. La acogida no fue la que él esperaba. Se le recibió fríamente y se le despidió. North lo supo y se mantuvo alerta. Confuso, el señor Aninat volvió a Francia y reanudó con el Banco.

Ignoro si, sin la garantía de Orrego Cortés, hubiera podido constituir una sociedad de accionarios, pero pensó que un patrocinio político podría serle de gran ayuda. Eligió el apoyo de un diputado cuya alta situación, su talento y su integridad pondrían al abrigo de toda sospecha. No citaré el nombre de este protector, casi una gloria de la República. Si contribuyó al éxito del señor Aninat, lo hizo de la manera más inocente del mundo. No entró en el asunto ni como accionario, ni como consejero ; se dio su nombre sin comprometer su persona. Es evidente que un hombre, aunque sea ministro, no puede ser responsable de todos los extranjeros que le son recomendados y que él presenta a su vez a sus relaciones. Agregaré además que nuestro pseudo francés encontro en la esposa del ilustre tribuno una auxiliar

(*) En castellano en el original.(N.d.T.)

poderosa. Ella trabajó en su favor, fue pródiga en visitas, regaló sonrisas, formuló súplicas y sin que su marido lo supiera, hizo frecuentes antesalas, fue matinal en sus demandas. Tenía lazos familiares con la familia de su protegido, tiernos recuerdos y una gratitud infinita, si se juzga por sus esfuerzos. ¡Que Dios guarde los pueblos de las deudas de gratitud contraídas por las mujeres de sus amos !

Resumiendo, la Sociedad Franco-Chilena del Muelle de Iquique fue fundada bajo la presidencia del señor de Machy. El Banco de París y de los Países bajos aceptó los títulos, planos y presupuesto de Orrego Cortés y de Aninat e incluso Le Creusot (*) aportó su concurso. Éste se contentó con interrogar su agente en Santiago que le contestó, según parece, con presteza por telegrama : « Negocio remunerador ». El gobierno chileno por su parte declaró que protegería la empresa dentro de los límites impuestos por la ley. Se redactó en París, en el N° 5 de la calle de la Boétie, un contrato sin ninguna cláusula resolutoria, según el cual el señor Aninat aportaba a la sociedad « el uso y posesión, durante veinte años a contar de los tres años acordados para el término de los trabajos, de doscientos metros de borde de mar en el puerto de Iquique, con el fin de construir y de explotar un muelle, molo o embarcadero destinado al embarque y desembarque ». Aportaba además el beneficio de todos los tratados, transacciones, convenciones suscritos o por suscribir. El molo tendría quinientos metros de largo por veinte de ancho y estaría compuesto de un malecón con fondo de rocas de doscientos cuarenta metros y de una parte metálica de doscientos sesenta. Para los cimientos de roca, Le Creusot tomaba al señor Aninat como contratista y le firmaba un trato a costo fijo de un millón. El nuevo empresario olvidaba su escapada a Londres, cuya falta de éxito habría esclarecido un hombre hábil y se dejaba felicitar por su perseverancia al servicio de los intereses franceses en América del Sur. Fueron momentos muy agradables. Había eclipsado al señor Orrego Cortés, quien seguramente en ese momento soñaba o componía versos.

El señor Aninat iba a zarpar hacia Iquique ; Le Creusot había enviado ya rieles, vagones y máquinas, cuando la Sociedad Franco-Chilena tuvo una súbita inspiración. Pensó -en el fuego del entusiasmo nunca se piensa en todo- que antes de comenzar los trabajos, no estaría mal que un representante especial estudiara el asunto en el terreno. Se había expuesto frente a ella el plano de Iquique, con el trazado en tinta roja de los terrenos concedidos por el gobierno. Se le había repetido : « Este punto A le indica el lugar de donde partirá el molo, y este punto B, el lugar donde se terminará. En torno de ello, los acentos circunflejos representan los navíos. ¡Oh ! ¡Cuántos navíos ! Y estas comas, que corren unas detrás de otras... cada una de ellas representa una tonelada de salitre ». Así es como con minúsculos alfileres y banderolas los capitanes en retiro ganan las victorias napoleónicas, y pican sobre sus mapas el sol de Austerlitz. La compañía del Embarcadero, sin levantar los ojos del plano de Iquique, había centuplicado sus dividendos y enriquecido generaciones de accionarios. Pero al final cualquiera se cansa aunque se trate de las más agradables distracciones, y cuando hubo efectuado sus primeros depósitos y pasado de las especulaciones fantasmagóricas a las realidades contantes y sonantes, se decidió a terminar por el punto de donde otros comienzan. Para aquéllos que siguieron este asunto, será fuente de admiración eterna de ver hombres curtidos por la experiencia, industriales y capitalistas, haberse arriesgado en parecida aventura. Antes de la partida de su emisario, el señor de Machy decía aún : « El asunto está firmado, no se puede hacer marcha atrás ». Sin conocer el espíritu de Iquique y las rivalidades que ahí les esperaban, incluso sin apoyarse sobre el informe de un ingeniero competente, estas personas graves pusieron sus firmas al pie de un contrato definitivo, donde todo estaba previsto y fijado, incluso el precio del embarcadero. Estaba evaluado en cuatro millones.

(*) Le Creusot : Sociedad metalúrgica creada en 1836 por los hermanos Schneider en la ciudad del mismo nombre, en Francia.(N.d.T.)

Estos cuatro iban luego a convertirse en siete. Una diferencia de tres millones, ¡qué diablos !, estos viejos financieros no se andan con chicas. ¿A cuáles presiones obedecieron ? ¿Se creará que la elocuencia del señor Aninat los encantó al punto de hacerlos olvidar sus matemáticas ? ¿O fue el noble impulso de un patriotismo que nada detiene ? La historia guarda sus secretos.

Pero si se ignoran los móviles que empujaron el Banco de los Países Bajos y la usina del Creusot a comportarse como verdaderos locos en un rincón de la tierra donde la malevolencia inglesa estaba al acecho, es posible que se conozca el motivo de su enfriamiento y de su tardía cordura. Uno de los accionistas, el señor K..., fue a Londres. Ahí tuvo una entrevista con el célebre North, gran elector^(*) de Iquique, hacedor y deshacedor de salitreros. North dijo en substancia : « Honorable y estimado señor, vuestro proyecto de muelle me parece muy ingenioso y encuentro en él todas las cualidades de la imaginación de los franceses, que tanto aprecio. Pero si este proyecto tiene éxito, nuestras compañías consignatarias se verán simplemente condenadas a la ruina. Los ingleses son gente buena, que no se riñen con nadie. Es cierto que no hay que molestarlos en sus pequeños negocios. Su amor por la paz los hace detestar la competencia y cuando levantan su tienda, el terreno que la contiene les es sagrado. Nadie puede disputárselo. ¿Cómo querer despojar sus compañías y despojarme a mí mismo, que financio una o dos ? ¿Invoca usted el interés general ? ¡Bromas ! querido señor. El interés general de los salitreros es comportarse a su guisa. Yo no conozco otro interés general ». —« Pero por último, interrumpió el señor K..., el gobierno de Chile nos concedió terrenos y prometió su concurso ». La cara de North se iluminó con una ancha sonrisa : « Estimado señor —dijo—, usted me inspira una gran simpatía. Escúcheme y retenga lo que digo : cuando vuestros agentes irán a entrevistarse con los nuestros, se les ofrecerá siempre un vaso de whisky, pero jamás obtendrán un saco de salitre ». El señor K..., no encontró ese whisky de su gusto y se volvió perplejo a París.

Consideró que en el caso en que North tuviera razón, valdría más olvidar las sumas ya avanzadas que exponerse a perder otras más. En todo caso, una investigación se imponía con urgencia. El Creusot delegó uno de sus ingenieros, el señor Fliche, que estudiaría el asunto desde un punto de vista teórico ; se le designó como adjunto un ex capitán del establecimiento Bordas, el señor Voisin, para todas las cuestiones prácticas de fondeo de las naves. Y el señor K... propuso a la Sociedad del Embarcadero un hombre de negocios, el señor Tenré, quien sería acreditado frente al gobierno chileno y que decidiría en última instancia. El señor Tenré, según parece, se habría ya distinguido en varios funerales de grandes empresas. ¿Era portador de la mala pata, o se le llamó solamente para que les cerrara los ojos ? El señor K..., que había auscultado la Sociedad Franco-Chilena, no designó a la ligera este médico de muertos, por lo demás joven agradable y amable compañero. La comisión dejó Francia a bordo del mismo barco que el señor Aninat. Durante todo el viaje, estos señores vivieron en buen entendimiento y ni siquiera rozaron en sus conversaciones el tema que los reunía.

En el entretanto, los ingleses en Iquique no se habían cruzado de brazos y el cable de Londres sonaba de la mañana a la noche. A la primera noticia según la cual Chile había concedido a Orrego Cortés doscientos metros de borde de mar, se apresuraron a construir en el lugar depósitos y almacenes. Nos habríamos creído en Egipto. Pronto no quedó ni una pulgada de terreno disponible. El pobre Orrego Cortés no habría tenido dónde caerse muerto. Siglos hace que los puritanos de Albión vendimian la ciudad de Naboth^(*), silbando como mirlos y dando volteretas como zorzales. La justicia no existe, o bien Dios es Inglés.

^(*) Grandes Electores : Colegio electoral que elige los senadores en Francia. (N.d.T.)

^(*) Naboth : ciudadano israelita, que Achab, 7° rey de Israel, hizo condenar a muerte por haberse apoderado del bien ajeno. (N.d.T.)

Sucesivamente se supo que la Sociedad Franco-Chilena se había constituido, que un barco cargado con material corría la mar, que el señor Aninat había contratado un equipo de ingenieros y capataces, que su jefe, el señor Levêque, había llegado con su familia y por último que las máquinas de El Creusot llegaban al puerto. Los iquiqueños se preguntaban : ¿Qué es lo que va a ocurrir ? . Los ingleses por su parte afectaban la más grande indiferencia ; los chilenos, cansados de la tiranía inglesa, se regocijaban con la idea de que los *gentlemen* iban a reír sin ganas. Los rotos, que nos quieren casi tanto como pueden odiar los « usurpadores », casi se olvidan por ello de vaciar sus vasos. Los alemanes reían en silencio. En resumen, todo el mundo se placía en ver, festejar y felicitar la industria francesa.

El barco que transportaba la fortuna del señor Aninat y el futuro del embarcadero, entró a la rada y echó el ancla. Pero los establecimientos ingleses habían recibido instrucciones de Londres, y cuando fue necesario desembarcar máquinas y artefactos, se opusieron terminantemente. Y tenían derecho a hacerlo ; todos los pequeños muelles de madera son de su propiedad particular. El representante del señor Aninat suplicó al director del ferrocarril, el señor Griffin, hombre tan amable como inteligente que era su amigo íntimo. El señor Griffin dejó entender que, según las instrucciones de North, la más mínima flaqueza de su parte lo haría caer en desgracia. El comité de Londres retiraría su confianza a quienquiera se negara a poner trabas al desembarque de las máquinas francesas. Ingenieros y capataces estuvieron a punto de desesperar ; pero su amor propio exacerbado resolvió mofarse de los ingleses. En la infame playa de Iquique, de la cual hablé hace poco, el único lugar propicio, en medio del hedor que desgarraba la garganta, limpiaron de basuras el lugar, elevaron cobertizos, establecieron terraplenes, depositaron rieles y al décimoquinto día de un porfiado trabajo en que obreros chilenos se mostraron admirables de paciencia y de buen humor, las dos locomotoras de El Creusot seguidas de sus vagones, sin una sola avería, sin estorbo, negras, brillantes, espléndidas bajo el sol, se posaron sobre la playa. La ciudad entera había invadido los muelles. Se hicieron apuestas : « ¡Desembarcarán ! ¡No desembarcarán ! ». Pero cuando la primera máquina estuvo fuera del agua, las manos batieron sus aplausos, pañuelos y sombreros se agitaron y los rotos gritaron : « ¡Cagaron los ingleses ! ».

Los rotos se equivocaron : los ingleses no estaban, como el eco entusiasmado lo afirmaba, contra las paredes de las montañas. Se dominaba el arado y los bueyes, pero no había tierra que arar. Y a la espera de que la comisión retomara a los agentes de North el pedazo de orilla que habían acaparado, el personal de la Compañía pasaba sus días sondeando la bahía. Entretanto el señor Aninat inquieto, el señor Fliche absorto en sus cálculos, el capitán Voisin inflado de importancia y hablando fuerte, el señor Tenré discreto, metódico, desconfiado, más que nunca maestro de ceremonias en las Pompas Fúnebres de Sociedades Financieras, llegaban uno tras otro. Cuando se presentaron para ocupar los terrenos, los ingleses indignados los amenazaron con un pleito. El señor Aninat, cuya indignación aumentaba, se fue. El señor Fliche, con su libreta llena de notas, hizo lo mismo. Los señores Voisin el Tenré se dieron una vueltecita por la pampa, gustaron probablemente ahí el whisky de North y se convencieron que el asunto del embarcadero no valía el precio de la cuerda para colgar a los que lanzaron la idea. Para comenzar, la construcción de un dique costaría el doble del precio que se había creído. En seguida, era seguro que las toneladas de salitre se obstinarían a evitar esta ruta de piedra, prefiriendo siempre los pequeños muelles de madera y el oleaje de la lancha. Los ingleses no renunciarían nunca a su monopolio. Un beneficio de doscientas mil piastras por mes no es una suma despreciable. ¡Y tanto peor para los campesinos de Europa ! Tendrían que continuar pagando un precio que el éxito del proyecto franco-chileno habría reducido a la mitad.

El señor Tenré informó al gobierno en Santiago que todo le parecía roto frente a la usurpación inglesa. Los ministros se conmovieron y el señor Mac-Iver, Presidente del consejo de ministros convocó por telegrama al señor Griffin y al representante de los establecimientos North y Jewel, el señor Morrison. Les habló en un lenguaje honesto y enérgico, luego, dirigiéndose al señor Tenré : « Señor -le dijo-, los terrenos del señor Orrego Cortés son suyos ; acéptelos, le garantizaré su restitución ». « Si usted me los da -respondió Tenré-, yo no sabré qué hacer con ellos ». El ministro se quedó desconcertado.

En todo esto el gobierno chileno actúa de muy buena fe y con laudable franqueza. Del primero al último día cumplió fielmente sus promesas. Pero con ligereza deplorable, el señor Aninat no supo comprender que una nueva concesión de terrenos en Iquique no significaba nada si el Estado no anulaba las antiguas. Para que el soñado embarcadero se hubiera realizado, habría sido necesario anular la autorización de los ingleses a disponer de instalaciones portuarias y obligarlos a embarcar sus salitres por intermedio de la Sociedad Franco-Chilena. Era arruinar un desastroso monopolio en provecho de otro monopolio favorable al comercio. El ministerio hizo marcha atrás ; pero en verdad, la perfidia inglesa habría justificado ampliamente cualquier falta de escrúpulos de su parte.

El señor Tenré había cumplido su misión. La misa mortuoria estaba dicha. Volvió a Francia precedido del siguiente telegrama que el gobierno chileno enviaba a su plenipotenciario : « Sírvase informar a la sociedad Franco-Chilena que su representante, no solamente no ha pedido la puesta a disposición de los terrenos concedidos, sino que además se ha negado a aceptarlos. El gobierno queda dispuesto a cumplir la ley de concesión ». Este telegrama fue comunicado a los accionistas. Dos partidos se encontraron en presencia : el del señor Aninat o de la guerra a ultranza y el del señor K...o del sálvese quien pueda. El del sálvese quien pueda reunió el mayor número de piernas. El Creusot paró los gastos y el señor Aninat se quedó solo con sus máquinas, sus ingenieros, sus capataces, el desencanto de Orrego Cortés y el « ustedes se lo buscaron » de los ingleses. Orrego y él se disputaron y recurrieron a los tribunales. El señor Levêque y su personal, cuyo contrato no había previsto un tal fracaso, entablaron un juicio en contra del señor Aninat porque paró de pagarles y éste recurrió a la justicia contra El Creusot. Comenzaron a debatirse como en el monólogo de *Figaro* : *¿Es usted, es él, soy yo, eres tú ; no, no somos nosotros, pero entonces quién es ?* Y durante ese tiempo, nuestras locomotoras, nuestros vagones, todos nuestros pertrechos de conquista industrial, se pudren en el abandono de una playa sin nombre, en medio de las inmundicias y de asquerosos desperdicios. Esperando que un comprador se presente, se hacen votos por que los alemanes nos hagan el favor de adquirirlos.

A los miembros de la antigua Compañía del Embarcadero poco les importa que esos restos sean objeto de burlas de ingleses y chilenos. Sin embargo es de desear que esta lección los haga más prudentes en el futuro y más cuidadosos con nuestro prestigio. En los países mercantes, donde Francia es conocida solamente por su comercio y su industria, no conviene mucho comportarse como los ingenuos que se dejan embaucar en las bolsas filatélicas. Nadie se expone a un ridículo fracaso sin que el nombre de la patria se resienta. Los extranjeros se placen en prestarnos una reputación de frívolos, desordenados, de gente de mal agüero que, para que un asunto fracase, basta con que pongamos uno de los nuestros como accionario y algunos billetes de banco. Habría que evitar de dar a esta teoría, que ellos saben falsa, argumentos controvertidos. Pero la verdad es que les facilitamos la tarea.

Nuestra imprevisión en esta triste historia se termina en una debacle de capitales y de máquinas. Pero hay más. Fue en septiembre de 1894 que dejamos Iquique sin esperanza de regreso. En marzo del mismo año, antes de que el futuro de la empresa se dibujara claramente, el hombre que, rechazado por los ingleses, nos había atraído a este infierno, obtenía la recompensa a su osadía. El señor G. Aninat, renegado de la patria francesa, es nombrado Caballero de la Legión de Honor. ¿Existe un reglamento en los estatutos de la Orden que proscriba como candidato todo francés nacionalizado extranjero? ¿Si existe, se le violó solamente en su beneficio? Yo no sé. Nuestros compatriotas, que recibieron la noticia con estupor, lo pretenden y lo repiten. Un legionario más, un legionario menos, cuando sólo nos queda golpear la tierra..., éso no es ni siquiera pretexto a la declamación. Pero imagínese que el asunto ocurre en una comarca lejana, donde están diseminados más de diez mil franceses que añoran su país, lo aman profundamente, inscriben sus hijos en la Legación, los educan en el amor exclusivo de la patria, los envían más allá de los mares para sortear^(*) y les enseñan que no hay honor más elevado para un hombre que nació francés que el de continuar siendo ciudadano de Francia; y pregunte lo que esta gente y sus hijos piensan cuando ven nuestra « vieja cruz de los valientes » relucir sobre el pecho de un hombre que renegó de nosotros en cuanto escuchó cacarear la gallina de los huevos de oro⁽¹⁾.

A lo largo de este relato he debido pronunciar varias veces el nombre de North. Detengámonos un instante frente a este personaje; vale la pena. Es una figura original que con el tiempo se hará legendaria. Largo tiempo después que las oficinas habrán apagado sus hornillos y que el desierto de Tarapacá será devuelto al misterioso y mudo trabajo de la naturaleza, se hablará todavía de North, del famoso North, del coronel North. Su renombre sobrevivirá a la gloria del salitre. Ella colma toda esta parte de América. Las aguas la cantan sobre la orilla, éstas la repiten al viento y éste la transporta sobre las mesetas. Shakespeare y Napoleón son menos célebres en la pampa y a lo largo de la costa. Si usted entra en una oficina, le mostrarán ahí el libro de oro de los salitreros, y en la primera página de este álbum verá la fotografía de un hombre grueso, ventrudo, calvo, con cabellos rizados en las sienes y espesas patillas unidas al bigote; sus ojos más bien pequeños, vivos y finos parecen hundidos para reparar la torpeza de la nariz; sus labios sonrientes testimonian a la vez de una sensualidad de viejo alcalde y de la astucia de un campesino. Un Roger Bontemps^(*) hombre de negocios: una jovial picardía. Su cara respira la serenidad de las digestiones tranquilas y se adivina en él una conciencia feliz que duerme la siesta. En la parte superior de este retrato usted leerá: *El coronel North, Rey del Salitre*. Me contaron su historia o si usted prefiere, su leyenda. A mi vez, yo os la contaré, pero temo que ella pierda de su sabor. Para saborearla plenamente hay que escucharla en medio de los habitantes de la pampa, cuyos ojos se encienden y que interrumpen al narrador con exclamaciones donde se trasluce un poco de envidia: « ¡Ah, el animal! ¡Es bastante poderoso ese pillo! ¡Ah, qué farsante, Dios mío! ».

^(*) El servicio militar francés se hacía por sorteo; cada ciudadano elegía una papeleta en la cual estaba inscrito si era o no elegido como soldado. (N.d.T.)

⁽¹⁾ Toda esta historia de la Sociedad Franco-Chilena me fue contada primero en Santiago, donde hizo mucho ruido. Pero los detalles más precisos me vienen del hombre de negocios encargado de la liquidación y venta de nuestras máquinas. Tuvo la gentileza de comunicarme los presupuestos y los contratos suscritos en París. Me aseguró incluso que la fortuna del señor Aninat se había ampliamente mellado en la aventura. En lo que concierne este ex francés, me apoyé en los testimonios de los miembros más encopetados de nuestra colonia y por lo mismo los más y mejor informados. (N.d.A.)

^(*) Roger Bontemps, sobrenombre dado al poeta francés Roger de Collerye (1470-1540), que sirve hoy para designar un hombre de carácter jovial. (N.d.T.)

Así va el siglo en el que hemos perdido el respeto que debemos a los reyes, a los que tratamos con una familiaridad en la cual está ausente la más mínima deferencia.

North vino al mundo en Inglaterra y alcanzó la fortuna en América. Cuando los ingleses pobres se expatrian y a la proa del navío sueñan, su ejemplo reverbera sobre las olas. Un día uno de ellos desembarca en Chañaral en calidad de obrero mecánico ; se le encarga de remachar calderas. Era un maestro en el arte de hundir clavos y remachaba de la mañana a la noche. Cuando no remachaba, ponía pernos, engrapaba, enclavijaba. Nunca se había escuchado martillo más tenaz. A las horas de descanso, North estudiaba el país, sondeaba los hombres, reflexionaba mucho y hablaba poco. Cuando hubo amasado algunas economías, emigró a Iquique. Una voz secreta le aconsejaba de ir allí.

En ese entonces, Iquique pertenecía al Perú. Nuestro hombre recorrió la pampa en búsqueda de calderas que remachar y se familiarizó con el trabajo en las oficinas. Ahí se dio cuenta que los peruanos no sabían nada. Cuando se cansó de ejercer el oficio de remachador nómada, se fue a la ciudad y abrió una panadería. El futuro rey comenzó por alimentar sus futuros súbditos. Pero el pan que les amasaba no pasaba, porque el agua era escasa en Iquique. North decidió de ocuparse de ello : se compró un viejo barco que remendó concienzudamente y en el cual instaló un enorme aljibe. Tal fue su primera obra maestra. Subió así el Pacífico hasta Arica, pequeño puerto célebre por sus manantiales y organizó un servicio de agua que apagó la sed de los habitantes de su capital y les permitió de digerir sus panes. A partir de ese día, decidió en Iquique de la lluvia y del buen tiempo, más poderoso que Dios, que jamás pudo desencadenar allí un chubasco. Para organizar este negocio, los saliteros, que lo conocían, le prestaron capitales e incluso fundaron una sociedad, la *Tarapacá Water Company*. Pero pronto North pretextó que perdía dinero y se declaró incapaz de proseguir su obra refrescante, a menos sin embargo, que se le vendiera todas las acciones. Las compraría al precio que valían, es decir, casi nada. Se puede explotar los salitres y al mismo tiempo ser misericordioso. Los saliteros no quisieron que ese pobre hombre cayera en la miseria. Le abandonaron lo que pedía y por el precio que ofreció. La *Water Company* así clausurada se convirtió en un lavadero de oro. Cuando la guerra del Pacífico se declaró, North se sintió armado de pies a cabeza.

Presintiendo la victoria de Chile, no vaciló un instante. Apenas llegó el general Lynch, North puso a su disposición las cisternas de la *Tarapacá Water*, rogándole de servirse de ellas como si pertenecieran al gobierno de Chile. Los chilenos, todavía pobres e inquietos, no estuvieron en medida de rehusar, y cuando Lynch le preguntó lo que pedía a cambio, North le respondió heroicamente : « Que usted se tome Lima, mi general ». Tenía su idea, el hombre ; incluso tenía dos.

Luego de una serie de victorias, la marina chilena bloqueó El Callao, en tanto que el ejército entraba a Lima con tambores, trompetas y banda a la cabeza y North a la cola. La derrota del Perú había hecho huir los especuladores ; los mismos Dreyfus habían soltado su presa y aunque la reserva de guano hubo disminuído sensiblemente, quedaba aún una cantidad considerable para cargar algunos barcos. North se entrevistó con Lynch y le propuso de limpiar el guano de las islas de la costa. Unos pretenden que al mismo tiempo de comprar la sucesión de los Dreyfus, pagó generosamente el general chileno y por una módica suma pudo embarcar sin control todo lo que quiso. Otros defienden la integridad de Lynch, pero nadie contradice el hecho de que North, si se le vendieron cuarenta mil quintales, se alzó con

ochenta mil. Por lo demás poco importa que el general mordiera el racimo o rechazara la tentación ; la verdad es que hizo la vista gorda. De una parte, Chile tenía necesidad de dinero ; de la otra, North había renunciado al reconocimiento del gobierno. En el asunto del guano se le dejó campo libre y es a propósito de esto que el *Illustrated London News*, en un artículo-publicidad sobre el rey de Iquique, publicaba en 1893 que todo lo que este hombre había tocado se había convertido en oro. Agregue a éso -y ningún jugador contradira- que tuvo, en la aurora de su vida, la buena fortuna de tocar e incluso « manosear » , lo que trae buena suerte.

Su fortuna fue cimentada. Los chilenos debieron luego arreglar la cuestión de las salitreras de Tarapacá y como se sabe, resolvieron mantener en sus propiedades aquéllos que presentarían certificados auténticos emitidos por el gobierno peruano. Pero en el gran desorden de la invasión, los peruanos poseores del salitre tenían pocas esperanzas en el futuro y un solo deseo : liquidar sus fortunas y partir. En la ruta del exilio encontraron el dios North. La divinidad les sonreía ; sus patillas rubias resplandecían como oro ensortijado, y el verdadero Perú^(*) se encontraba en el hueco de su mano. Los salitreros corrieron tras esta providencia. North les hizo ver que estaban irremediabilmente perdidos, ellos y sus salitres, que la conquista chilena terminaría de hundirlos y que sólo él podía ayudarles a construir, con los restos del naufragio, buenas pequeñas lanchas en las que podrían mantenerse a flote. Les había remachado tan bien las calderas que le era insoportable pensar que su obra pudiera caer entre las manos de los chilenos. En resumen, los propietarios de la pampa se dejaron convencer ; y de la noche a la mañana, contra sumas irrisorias, el mecánico de Chañaral se encontró a la cabeza de inmensas oficinas. Ya ni siquiera era la fortuna, era más bien una orgía de millones. Su socio y pariente, mister Harvey, volvió a Europa, rico a reventar. Pero North prefirió quedarse en este suelo hospitalario para redondear su omnipotencia.

Entonces se vio emanar de este obrero zafio, iletrado, sin educación, una especie de *Turcaret* ^(**) emperador, un Bonaparte de la alta banca, ávido y generoso, a menudo leal con los particulares, siempre desprovisto de escrúpulos con respecto a las colectividades, vanidoso hasta la prosopopeya necia, audaz hasta la temeridad, prudente hasta la felonía, insolente y familiar, embriagándose con el tintinear de sus escudos, que se lanzaba al asalto de las conciencias como lo hacía en las madrugadas de las batallas al ronco trueno de la artillería Napoleón I. Se permitía larguezas de gran señor que huelen a nuevo rico. Cree en la soberanía divina del dinero. Las dificultades lo atraen, los obstáculos lo divierten. Le gusta cambalachear los hombres y Su Majestad bonachona sueña con entrar en las ciudades tal Sancho Panza montado en el burro de oro de Felipe. Al fin de cuentas, un acaparador genial ; un ser providencial y peligroso que hace la fortuna de un país y que lo arruina irremisiblemente. Más tarde, cuando Tarapacá dormirá el sueño de las planicies vírgenes, cuando Iquique no será otra cosa que un vestigio negro bajo el sol, me gustaría que la estatua de este gordo cual la moneda de cien centavos y como ella tiránico, domine al mismo tiempo la pampa y el mar. Él representa la plutocracia de este siglo, y para representarla mejor eligió la esterilidad de las arenas y la infecunda agitación de las olas.

Se tomó Iquique e hizo de él su feudo. En los terrenos salitreros, de los cuales se declaró comprador, creó Compañías cuyo valor de sus acciones cubría tres o cuatro veces el valor de la venta. Al mismo tiempo compraba una sociedad peruana de la pampa y los accionistas cobraron hasta un sesenta por ciento de beneficio. Fue él quien creó la primera

(*) « ¡Es el Perú ! » : expresión común en Francia para significar « ¡es la fortuna ! ». (N.d.T.)

(**) *Turcaret* : Comedia en prosa de Lesage, novelista y dramaturgo francés (1668-1747), auteur, entre otros, de *Gil Blas de Santillana*. (N.d.T.)

compañía consignataria del salitre. Se le vio sucesivamente panadero, carnicero, fabricante de embutidos, comerciante en vinos. El agua ya no venía de Arica en sus viejos barcos, sino que una sociedad, de la cual fue el alma y el músculo, la trajo del oasis de Pica, al pie mismo de la Cordillera, atravesando extensiones de arena. Tuvo en Iquique catorce razones sociales. Su industria aprisionó entre sus tentáculos la vida de toda esta provincia. La llenó de capitales extranjeros para en seguida sangrarla a su guisa. Nada le sería más fácil que dejar que el tiempo trabaje para él y cosechar a cada temporada sus fabulosos dividendos. Pero los plazos normales para cobrar sus ingresos no le satisfacen. No quiere tratar la fortuna como legítima esposa, ni siquiera como amante. Sus caricias no le placen sino después de haberla violado. Le son necesarias víctimas ; su espíritu se desenvuelve con éxito sólo por medio de brutales artimañas. Compra, por ejemplo, la oficina La Primitiva ; ahí los terrenos son ricos y siempre que sean explotados con sabiduría pueden asegurar una larga vida. ¿Qué hace North ? Instala en ella enormes máquinas capaces de explotar en dos años todo el salitre que contienen. Los resultados maravillosos del primer año hipnotizan los financieros y también los humildes que buscan donde invertir sus economías. Las acciones, emitidas a cinco libras esterlinas, pronto alcanzan la suma de treinta. El gran filibustero eligió el instante supremo : sonó la retirada a su batallón de testafellos y palos blancos y de golpe se deshizo de todos los títulos que guardaba en reserva. Cayó el telón ; lo que valía mil francos le produjo treinta mil, mientras que los desventurados que se habían precipitado sobre los estropajos de papel vieron su valor disminuir y caer a tres libras. Es lo que me contaron ingleses, chilenos, franceses, todos aquéllos con los cuales me entrevisté a propósito de Su Majestad North Primero.

Su mayor hazaña de este tipo fue, según parece, la creación reciente de la oficina de Lagunas. El terreno costó alrededor de ciento veinte mil piastras, es decir, un medio millón. Apenas un tercio de este terreno acaba de ser puesto en acciones por la fantástica suma de ochocientos cincuenta mil libras esterlinas, o sea dos millones ciento veinticinco mil francos ! Yo no lo creía, pero me lo demostraron pruebas al canto. ¿Por qué admirarse ? La oficina producía, al momento en que recorría el país, trescientos mil quintales de salitre por mes. Si conoce el precio del quintal, haga usted mismo el cálculo y convendrá que esta emisión no tiene nada de excesivo. Excelente ; solamente que según opinión unánime, es imposible que su producción se mantenga a esta cifra excepcional. Visité Lagunas y admiré su formidable instalación. Sus administradores fueron los únicos que me garantizaron la seguridad de la empresa. Tuve entre mis manos el informe de un ingeniero francés enviado especialmente a Iquique para estudiar el asunto. Sus conclusiones hacían presagiar una debacle próxima. En ese momento, North distribuía sus acciones en el mercado de París. Se sintió presa de una repentina ternura por nuestra nación y trabajaba en el interés de las inversiones seguras. ¿Juzgó que la lección dejada por el asunto Aninat no había sido suficientemente estrepitosa ? ¿O más bien, su crédito habiéndose agotado en Londres, se sintió « quemado » entre los suyos ? Algunos meses antes de que yo parta, el redactor de un diario financiero de Londres desembarcó en Iquique y no tuvo acceso a ninguna de las oficinas que estaban bajo el control de North. Un telegrama de Inglaterra prohibía que se le recibiera ; entonces se consagró a vigilar Lagunas de cerca. Se habría dicho un aprisco de inocentes corderos sitiado por el lobo. Más que éso, North prohibió a sus fieles salitreros de publicar sus cifras de producción, de manera que, si una baja se producía, el público no sería informado. Pero uno de nuestros amigos de Iquique infringió la orden y comunicó informaciones preciosas al diario francés *L'Engrais* (*). Cólera violenta de la parte de Su Majestad. Redactó una nueva circular que yo he tenido a mi vista y que un salitrero irrespetuoso había comentado con suave ironía. Por todos estos motivos, creo útil advertir las personas crédulas de mi país : Cuando el rey North o sus embajadores se acerquen, no tiren cañonazos, hagan más bien sonar la alarma.

(*) *Engrais* en francés quiere decir abono, fertilizante. (N.d.T.)

Por lo demás, sus pretensiones exorbitantes han irritado sus compatriotas. Ya no se juntan a él sino cuando se anuncia al horizonte la presencia de un representante de la industria francesa. Los Gibbs, que son considerados en Iquique como los príncipes de sangre, han abierto las hostilidades y nadie tendrá la culpa si Gibbs-Egalité hace caer al tirano^(**). Se me dijo que North sería un día reducido a sus galones de coronel, puesto que este demonio tiene el grado de coronel. Y se compró un regimiento. Después de éso se puede pensar que Inglaterra quiere ser igual a Bolivia.

Fueron las exigencias del ferrocarril de la pampa las que causaron las primeras disidencias en el reino. Como los terrenos salitreros se extienden de norte a sur, muchas sociedades pensaron y con razón que en lugar de pagar a North ocho peniques por quintal transportado, sería mucho más ventajoso construir ellas mismas una vía férrea que bajaría directamente al mar. En las numerosas caletas de la costa, los navíos podrían cargar tan cómodamente como en Iquique. Las sociedades solicitaron pues, al gobierno chileno, concesiones sobre el litoral. Esto ocurría en los últimos años de la presidencia de Balmaceda. North, que se encontraba por entonces en Inglaterra, fingió tomar la cosa a la broma. Los reyes no hacen nunca la distinción entre un tumulto y una revolución. Decidió sin embargo dar un golpe. Escoltado por amigos, por mujeres, periodistas y músicos fletó un barco y declaró a los reporteros de Londres que su presencia en Chile era indispensable y que partía resuelto a someter a la razón a los amotinados de Iquique y a los diputados de Santiago. Y dando golpecitos sobre el bolsillo de su chaleco : « Llevo -dijo-, lo necesario para satisfacer las conciencias más hurañas del Congreso chileno ». Agregando además : « En lo que respecta al Presidente de la República, he aquí dos admirables pura sangre que yo destino a su cuadra y al carro del Estado ». Estas entrevistas fueron publicadas en periódicos ingleses y la Gran Bretaña se enorgulleció de un hijo que sabía así someter los gobiernos americanos. Desgraciadamente los chilenos conocieron los propósitos del excelente North y se dieron el gran placer de rechazar los presentes de Artajerjés. Por grandes que sean los reyes, de tiempo en tiempo son tan torpes como la gente de ingenio. La modestia conviene mucho a los corruptores de parlamento, en tanto que vender las conciencias de los senadores antes de haberlas muerto no es aconsejable.

He aquí pues que North desembarca en Valparaíso con su estado mayor, sus cheques, sus dos palafrenes y sus tocadores de flauta. A los chilenos no les gusta el ruido, sobre todo en negocios, y no tienen necesidad de orquesta para bailar la danza de las piastras. Recibieron al rey del salitre con la más profunda indiferencia o para decir mejor, no lo recibieron en absoluto. Balmaceda lo dejó en la puerta y el monarca tuvo que llevarse sus caballos por las riendas. Grande estupefacción de los milords, de las ladies y de los reporteros de su comitiva. El *God save the Queen* nunca se pareció tanto a una marcha fúnebre. No solamente North no obtuvo nada, sino que además sus enemigos de Iquique sólo tuvieron que pedir para obtener. Quiso desagraviarse con las ovaciones mercenarias que recibió frente a sus oficinas. Sólo que el entusiasmo no era sincero y él se apresuró a levantar el ancla. Su hégira marcó los anales de Chile.

Después de esta lamentable expedición, el rey del salitre se compró una fábrica de cerveza en Francia. Su cerveza es buena, refrescante ; ella se vende normalmente en las cantinas de la pampa y hasta el momento nadie se ha muerto después de beberla.

^(**) Referencia a Luis Felipe José duque de Orleans, llamado « Philippe Égalité » . Diputado de París en 1792, votó la condena a muerte de Luis XVI, que era su primo. (N.d.T.)

NOTA : North no volvería nunca a Chile. Murió el año pasado. Estas pocas páginas fueron escritas en Santiago y enviadas al diario Le Temps en junio de 1895. Acababa de saber a través de un artículo del Figaro, que el rey del salitre estaba en París ocupado a maniobrar en la Bolsa. Siguiendo el consejo de nuestros compatriotas y de amigos chilenos, muy molestos de ver los franceses arriesgarse en una especulación que aportaría un fastidioso desprestigio sobre su país, creí oportuno enviar al señor Hébrard las notas que había recogido en Iquique mismo. Las reproduje en este volumen suprimiendo el detalle técnico de otras operaciones con las cuales North amenazaba entonces los capitales franceses. El nombre de este individuo está íntimamente ligado a la cuestión de los salitres. De su historia se desprende la moraleja según la cual, nunca se desconfía demasiado de los amasadores de negocios que atraviesan el estrecho. Hay una opinión compartida por la gente de las oficinas, y es que los ingleses se dirigen a nosotros sólo en los casos desesperados. El mismo North, que nos convidaba un poco tarde a participar en los beneficios de sus salitreras, había hecho fracasar el proyecto de la Sociedad Franco-Chilena. Hoy día ya no puede hacernos daño ; pero hay muertos de los cuales hay que desconfiar en la persona de sus sucesores.

CAPITULO V

LA PAMPA DE LOS SALITRES.

El tren de pasajeros que lleva al desierto de los salitres y que sube tres veces por semana : lunes, miércoles y viernes consagra los tres días restantes a bajar de vuelta ; el domingo descansa. Cuando lo tomé por primera vez fue un lunes por la mañana. La partida está fijada a las ocho, pero a las siete y media, los coches son invadidos.

La multitud que se apura y corre por la vereda de la estación es extraña ; primero los ingleses, correctos, cubiertos de un guardapolvo que les cae hasta los pies, sobre la cabeza una gorra a cuadros, diamantes en los dedos, la tez quemada, la nariz rutilante y los ojos de ordinario rodeados de ojeras dejadas por la fatiga de la noche, todos agentes, directores o empleados de oficinas que han venido a Iquique a festejar el día del Señor. En torno de ellos los peones, obreros y trabajadores, mal lavados, despechugados y muy orgullosos, algunos todavía endomingados. Toman su vagón de segunda clase como se alcanza el lecho. Creo que lo han merecido. La mayor parte vuelve con las manos vacías y los bolsillos probablemente como las manos. Otros llevan pequeños paquetes de pingajos de donde se escapa el cogote de una botella.

Pero en este pueblo que se agita, sin ruido, cuyo despertar demasiado matinal, la víspera prolongada o la trasnochada hacen fruncir el ceño, embotan la mirada, descaderan el paso ; las mujeres me parecen más numerosas que los hombres. Las cholos o mestizas llegan cargadas de canastos y de sacos, sus trenzas sobre las espaldas, la frente protegida del sol con sombreros de muchacho, bronceadas, macizas, pesadas y arrastrando, colgada a la falda resplandeciente, una silenciosa y sucia chiquillería. Frecuentemente sus atavíos dan cuenta de una coquetería tan divertida, que al final se hace triste. Casi ninguna deja de pintarrajearse la cara con polvos de arroz. Ese polvo blanco sobre las mejillas de las indias produce una impresión de costras enharinadas. Prefiero los tatuajes y el abigarramiento a pinceladas. Los escaparates de los almacenes europeos las hipnotiza y al verlas se piensa en el pobre dinero ganado con tanta pena que dejan sobre el mostrador de los comerciantes de novedades. Manifiestan sobre todo la pasión por el calzado fino, botines de cabritilla, pequeños zapatos de charol o dorados. Encontré dos de entre ellas en pleno desierto y que iban a una oficina a través de montículos pedregosos. Sus faldas verdes, grasientas y agujereadas, caían en harapos, pero iban calzadas como las costureras de Paris, llevando a la mano una sombrilla con mango esculpido que me pareció ser un saldo de los almacenes del Louvre.

Al lado de las cholos, he aquí las damas de la pampa, algunas inglesas o alemanas cuya fresca tez halaga los ojos y a quienes una cintura esbelta, sus cabos finos y delicados dan un carácter de flores exóticas en un bosque de acebos ; peruanas con atuendos europeos ; mujeres de capataces o de obreros mejor remunerados, las señoras de medio pelo^(*), como se llama esta clase intermediaria entre los ricos y la plebe. Van vestidas de negro, envueltas de la cabeza a las rodillas de *mantos* (*) bordados. Más las veo, más quedo impresionado por su tipo de matronas romanas : la piel morena, la frente baja y vertical, ojos de azabache que se mueven en un blanco lechoso, nariz bastante grande y recta, la boca bien hendida y más bien ancha, cara cuadrada con una expresión de bondad robusta y maternal. Su porte es imponente y sin afectación. Sus cuerpos macizos afirman una virtud de madera de roble y sus manos ¡ah ! ¡pobres de nosotros ! Ignoro si acarician bien, pero pongo la mía al fuego que deben pegar fuerte cuando les toca intervenir. Un puñetazo de estas robustas amas de casa puede matar una media docena de nuestros cretinos perfumados. No se terminará de admirar la holgada gracia con la que levantan las maletas más pesadas. Acceden a su lugar y se

(*) En castellano en el original. (N.d.T.)

instalan lentamente, tranquilamente, sólidamente, seguras de que nada en el mundo las sacará de ahí. De tiempo en tiempo sacan de su canasto una fruta que pelan con método, descubriendo dos filas de dientes blancos donde brillan algunas tapaduras de oro. Durante todo el viaje conservarán la misma gravedad y una actitud de bajorrelieves antiguos. Hay otras, muchachas o jóvenes mujeres que son al contrario delgadas, enclenques, sombras más pálidas en la sombra negra del manto. Se diría criaditas descoloridas ; permanecen inmóviles, indiferentes a todo, incluso al mocosuelo sucio que llevan en sus brazos, al que le han puesto un gorrito decorado con tul blanco o rosado. Casi no hay caritas hermosas, pero aquí o allá cierta distinción impresa por ojos sombríos sobre una fisonomía marchita. Las mujeres no se ocupan de su belleza. El sol, la reverberación de la arena, el polvo ardiente, el viento seco demacran las endebles y achaparran las gordas. Donde ninguna primavera verdece, la mujer no puede florecer y en estas regiones sin otoño, no podría alcanzar los encantos de una madurez voluptuosa. Las hijas de Tarapacá tienen la tristeza de los tamarugos que crecen en su desierto sin florecer jamás.

Dos o tres de ellas, no más, pintadas y rozagantes, con borlas de cintas en los zapatos, la falda levantada contrariamente a las costumbres del lugar, las medias bien tirantes, viajan de un cabo al otro de la pampa en calidad..., digamos, de bayaderas. Su distintivo es su inmutable sonrisa. Observan estrictamente el silencio de sus compañeras y el decoro. Creo que están compenetradas de la importancia de su misión. Probablemente se las llamó desde una oficina o bien van a presentarse a una aldea del desierto. Por fin, algunos viajeros de comercio, unos pocos turistas y habremos terminado la enumeración de esta multitud donde corren vendedores de diarios y mozos de equipaje, muchachos en gorra roja.

Para salir del anfiteatro de las alturas, que protege la rada de Iquique, la línea describe un ángulo agudo. Ella corre primero hacia la extremidad norte de la bahía, a través los arenales ; de ahí se dirige hacia el flanco de las montañas, costea toda la bahía, dominándola y se escapa por el vértice de las dos crestas.

Del lado del océano, la mañana se llena de bruma ; los navíos se perfilan a lo lejos en las olas fantasmáticas. Pero a medida que nos alejamos, el sol se levanta comunicando a la inmensa playa la vida múltiple de los centelleos. Distinguimos a nuestra derecha un cuadrado cerrado de muros y jorobado con túmulos blancos : es el cementerio. Dos garitas oscuras en la puerta le dan un aspecto de campamento misterioso y solitario. A la izquierda, dos cuadriláteros aislados de la ciudad, el hospital, manzana con edificios desiguales, cafés y violetas y el lazareto en celeste. Corremos ahora sobre la estrecha rampa del acantilado y a cada vuelta de rueda el precipicio que bordeamos se hace más profundo. A nuestro pasaje se desprenden pedazos de piedra que ruedan como bajo los cascos de las mulas ; a veces incluso el borde de los vagones queda suspendido en el abismo. La pequeña máquina jadea y tira con fuerza su convoy. Posee el alma tenaz y prudente de una buena bestia de montaña. Allá lejos, Iquique, proyectado sobre las olas, calienta su caparazón abigarrada bajo la difusión rosada del sol. Cavanca se adelgaza, se deshilacha y corta con sus techos oscuros la línea armoniosa del mar. Sobre la playa plana y constelada de fulgores planean cuervos negros y el silencio es tal que se escucharía el ruido de su tranquilo batir de alas. Pasamos por encima de la duna amontonada aquí por el océano ; la muda brisa y el juego de luces hacen de ella un mantel cambiante, a ratos de un rosa claro, a ratos de un azul diáfano. Maravillosas transparencias ondean sobre el deslizamiento continuo de las arenas. La pendiente se hace más empinada ; el grupo de vehículos queda suspendido sobre la vertiente abrupta. Pero en el momento en que

vamos a hundirnos en el interior, las montañas nos aparecen en todo su árido esplendor, rayadas de alto a abajo por bandas paralelas, azuladas, amarillas, color de azafrán, concho de vino, cardenillo, de un rojo púrpura que destiñe. Y por encima, la amarilla llamada del sol ; detrás nuestro, abajo, la playa inmóvil con sus flecos de espuma y sus partículas de oro.

El brillo de este espectáculo no tarda en apagarse. Entramos en la monotonía de la pampa : los cerros ya no se cubren de sus ricos coloridos ; son apenas redondeces de un gris uniforme que ondulan hacia el horizonte, sin pintoresquismo, como ondularían al soplo del viento las tristes olas de un mar muerto. La planicie se extiende hasta perderse de vista y nada retiene la mirada, si no son esas pequeñas cruces blancas plantadas a escasos intervalos. Todo lo que queda de una vida humana está enterrado ahí y esas cruces de madera, aplastadas por la soledad y el silencio de la naturaleza, son los únicos vestigios que deja tras de sí la aventura de los hombres y que evocan en estas lúgubres extensiones la idea del desinterés. A menudo pensé que sólo valíamos el valor de la cruz que se levanta sobre nuestra tumba.

El tren se detiene algunos minutos en Santa Rosa, luego en San Juan, dos pobres paraderos hechos de tablas, de los cuales uno posee un quiosco de bebidas. Los viajeros de primera se precipitan, se toman una copita y en seguida se parte de nuevo. Apenas se tiene el tiempo de ver a la izquierda, en el flanco de una altura, algo como una herida negruzca : son las minas de plata. Hacia las diez y media llegamos a la Estación Central, donde comienza la región de los salitres. Ahí la vía se divide en dos ramales, uno que comunica con las oficinas del norte, y el otro con las del sur. Se almuerza a la carrera en mesas de una limpieza dudosa y luego, ¡vamos andando bajo el sol y en la polvareda !

Tomemos el camino del norte : he recorrido los dos ; durante cerca de quince días he rodado sobre sus rieles y aunque la diferencia no sea tan notoria, me parece que lo prefiero.

Al salir de la Estación Central encontramos la primera oficina salitrera. El que ha visto una, las ha visto todas. Incluso no se puede decir que el decorado cambia : planicie ondulada o extensión plana, la desolación es la misma por doquier. Imagínese sobre una ladera polvorienta, construcciones negras coronadas de largos tubos humeantes ; frente a estos edificios hay andamiajes que sostienen estanques de fierro rojo y alrededor, como un cinturón de espuma petrificada, montones de salitre cuya blancura se irisa. Mas lejos, dos o tres hileras de chozas forman el caserío de los obreros. Todas estas construcciones de madera, ennegrecidas por el humo, calentadas por el sol, de donde salen continuamente el ruido ronco de las machacadoras y el ronquido de las máquinas, se levantan al medio de terrenos llenos de baches, devastados, horribles. Desmoronamiento, grietas, hoyos, una red inextricable de atolladeros, una incoherencia de zapas y de trincheras, el derrumbe es tal que no podría ser atribuido a brazos humanos ; la imaginación podría figurarse una labranza de gigantes ebrios o el vandalismo de un terremoto. No creo que se pueda contemplar un espectáculo más siniestro en una región más triste bajo una luz más brutal. He atravesado otros desiertos, el altiplano de Bolivia ; ellos me han inundado de serenidad : sus montañas salvajes, sus nieves, el velo azul y oro de sus lagos, todo respiraba allí la virginidad suntuosa de la naturaleza. Su silencio hablaba al corazón. Los dioses, concebidos por nuestras melancolías, no habrían desdeñado la estadía en estas sublimes fortalezas. En cambio aquí el hombre encuentra los medios de agrandar el horror de las cosas. Destripa la tierra como un loco furioso ; la excava, la revuelve, la ataca. No digo que esté en falta, puesto que la necesidad se lo ordena ; pero frente a estas planicies saqueadas, me sorprende menos de la brutalidad de algunos salitreros,

de su grosera concepción de la vida, del desenfreno de instintos a la búsqueda de placeres. No es mirando un suelo presa de la destrucción que se puede educar el alma e imprimirle mansedumbre. La fortuna se resiente siempre con los hábitos adquiridos para conquistarla. Esta devastación, que practican diariamente, en la cual y de la cual viven, enciende en ellos una necesidad eterna de violencia. Los militarotes de antaño, que las ciudades en llamas, los arroyos de sangre, los montones de cadáveres y las mujeres desgredadas pisoteadas por sus caballos emborrachaban de orgullo, efectuaban ese trabajo monstruoso sin duda con gran placer. Yo no comparo en absoluto esos trágicos soldadotes con los burgueses enriquecidos de la pampa. Pero si por azar ve usted un salitrero moler a palos la jovencita que lo alberga, titubeando bajo el estrépito de la loza rota, acuérdesese de la manera como este hombre trabaja la tierra, la buena tierra, abuela del género humano.

Entretanto el tren sigue su camino. Es la hora en que el viento de la pampa sopla, ese viento que con puntualidad se levanta a las diez de la mañana y amaina hacia las cuatro de la tarde. Por más que nos encerramos en nuestros vagones, el polvo entra, nos enceguece y nos reseca la garganta. A lo lejos percibimos nuevas oficinas y a lo largo de la planicie extrañas columnas de arena brotan como géysers y se tuercen, como espirales. Hace un calor agobiante ; todo lo que recibe un rayo de sol arde. De tiempo en tiempo nos detenemos frente a una barraca miserable rodeada de algunas cabañas. Una sola estación nos retiene diez minutos : Huara. Vendedoras de uvas, la mayoría son cholas bolivianas, vagan en nuestro coche y nos ofrecen racimos polvorientos. Van vestidas con faldas multicolores, blusas rameadas, llevando sombreros de hombre y dos trenzas amarradas con una cinta roja que les caen sobre el pecho. Entre los niños que nos rodeaban noté tipos de pelirrubios con ojos azules y piel blanca. Es contrabando inglés o alemán. No me atrevo a acusarnos, puesto que los franceses son pocos en Tarapacá. Conozco sólo tres, propietarios de oficinas, cuyo personal se compone exclusivamente de chilenos y peruanos. Huara, uno de los villorrios más poblados del desierto se extiende frente a la estación ; la aldea consiste en una fila de casas y de almacenes sórdidos, cortada de calles que son apenas puntos de vista hacia el infinito de las arenas. Se puede ver un hotel e incluso un « Gran Hotel », frente al cual se ve dos coches apolillados, cada uno tirado por tres rocines pelados.

Después de Huara, Pozo Almonte se enorgullece de sus tamarugos y de sus recuerdos históricos. Una lluvia, una de esas lluvias que se equivocan de domicilio y cuyo milagro se opera alrededor de una hora cada tres años, una lluvia doblemente lustral hace brotar de la arena el flaco encanto de esos arbustos verde-gris. No crecen, reptan. La costumbre de ser azotados por el mismo viento los alarga sobre el suelo. Lejos de alegrar la planicie que parte a perderse allá en el cielo pálido, la hacen todavía más triste. Se preferiría que la naturaleza, incapaz de verdadero follaje y de sombra, evitara la vergüenza de tales abortos.

En cuanto a los recuerdos históricos, no son más afortunados que los tamarugos. Hace cinco años, las tropas de Balmaceda y las del Congreso se encontraron en este lugar y se libraron una batalla odiosa. Los Revolucionarios ocupaban un montículo cerca del cual pasa el tren ; los balmacedistas tenían el llano. Todos los obreros chilenos de las oficinas habían dejado el trabajo y tomado las armas contra un « tirano » del cual hoy celebran la memoria.. Por su lado, el comandante de Balmaceda, Robles, conducía su regimiento a Iquique esperando sorprender ahí los enemigos o al menos suprimirles los víveres. Toda la cuestión era de saber quién dominaría los salitres. El dictador había dado orden formal de destruir las máquinas de los salitreros. Note bien que los salitreros habrían estado encantados : éso los eximiría de cumplir sus contratos y las pérdidas serían menores que si hubiesen estado obligados de entregar, siempre al mismo precio, una mercadería cuyos gastos de producción

cuadruplicaban debido a las dificultades de la guerra civil. Por su parte, los Revolucionarios contaban con las aduanas para continuar la lucha. Los dos destacamentos se enfrentaron en Pozo Almonte. Se combatió encarnizadamente. La mayoría de los soldados ignoraban los motivos del enfrentamiento en esta matanza fratricida. Como un desafío supremo se lanzaron a la batalla con desprecio por sus vidas y se sirvieron de sus armas de precisión cuando estuvieron a unos doscientos metros. Se les vio fusilarse mutuamente casi a quemarropa. Robles, herido y en derrota se refugió en una oficina ; los vencedores lo asediaron allí, lo arrancaron del lecho y lo mutilaron ignominiosamente. Se cuenta que los pedazos de su cadáver fueron echados en una bolsa y enviados a Iquique ; se agrega incluso que el hombre que abrió el saco murió de espanto. Este Robles, al instante en que fue aplastado por la cantidad, acababa de hacer una marcha heroica a través de la pampa. Dejó el recuerdo de haber sido un valiente capitán. Hoy, sobre la cima del montículo donde los Revolucionarios comenzaron a hacer fuego y que fue bañado de sangre, un arbusto de un amarillo pálido languidece bajo la ardiente tristeza cenicienta del horizonte.

Continuamos así hasta los acantilados que dominan desde la altura la ensenada de Pisagua, terminal de la línea ; la mirada será atraída por el trote de un jinete, los tumbos de una carreta o el perfil resignado de una tropilla de mulas que pasean sus hocicos sobre la sequía de los tamarugos.^(*) El viaje dura nueve horas durante el cual aparecen continuamente eminencias con laderas grises, lomas disformes, colinas más desoladas que los Gólgota de nuestra imaginación, y la inmensidad desnuda barrida por el viento y de cuando en cuando, el horror sombrío de un terreno desfondado. Del lado sur, hacia la enorme oficina de Lagunas, es el mismo espectáculo, con menos polvo quizá y menos estaciones. A la caída de la tarde, a la brisa que amaina sucede una fría humedad, mientras que la noche sin crepúsculo nos sorprende y atraviesa. Todo se moja, incluso sin ser envuelto por la neblina ; y a pesar de este frescor que contrasta tan violentamente con el calor del día, las jornadas al morir son divinamente hermosas y de una melancolía incomparable.

Una tarde, montado en una de esas vigorosas mulas cuya fuerza de resistencia las hace superiores a todos los caballos del mundo, fui sorprendido por la oscuridad a una media legua de la oficina donde me había bajado. Fue casi instantáneo y si mi bestia no hubiera conocido el camino de su corral, no habría podido orientarme. No se está más perdido en el océano. Las formas que me rodeaban se exageraban, mientras que un reflejo de incendio corría todavía a ras del cielo y los montículos se recortaban como viejos bastiones en ruinas ; las ondulaciones de la arena daban a la extensión el aspecto de un enorme cementerio persa, donde sólo los túmulos del terreno revelan las sepulturas. Hacia el occidente, estelas lilas huían, últimos pensamientos de la luz. Sobre mi cabeza, un collar de estrellas se desgrana. Mi mula, hacia quien las estrellas apuntaban, se asustó con los resplandores de marfil de esas grandes osamentas de animales limpiadas por las aves de presa. Lo que la inquietó, a mí me dio tranquilidad. Me di cuenta que la presencia de esos restos de animales me anunciaba la proximidad de la oficina. El desierto no produce eco y el ruido de las máquinas no llegaban hasta mí.

^(*) El autor emplea invariablemente el nombre de tamariz o tamarisco para designar este vegetal del desierto, aunque parece ser que se trata más propiamente del tamarugo.(N.d.T.)

Las mañanas son húmedas como al caer la noche, pero menos traidoras. Es el único momento del día en que pueda sentirse la alegría de vivir. No hay viento, no hay polvo y la bruma invisible que nos impregna se evaporará con el primer rayo de sol. Los tonos del cielo tienen sutilezas que no conocemos en Europa. Cielo que he visto a partir de las seis de la mañana moteado de copos de ópalo donde nadaban laminillas de oro mate. Ningún pincel podrá traducir los tintes nacarados de su aurora, sus nubes de tul y de seda, su dispersión de encajes malva, su infinita suavidad de paja al rocío y sobre todo esa laguidez de todas las coloraciones que, a medida que el sol crece, se funden en una incandescencia diamantina. Parece que las almas son iguales al firmamento : capaces de matices al despertar, suavizan los rostros, diversifican las miradas ; luego, la jornada avanza, los trazos se contractan y el resplandor perpetuo del horizonte imprime a las pupilas una pálida firmeza..

Hacia las diez de la mañana, la mentira de los espejismos acecha al viajero. Puede ser cruel para la caravana agotada, que sólo espera su salvación de su encuentro con un oasis ; pero aquí, donde nunca se temen los errores prolongados, lo encuentro simplemente delicioso. Usted distingue, a cerca de quinientos metros y con la precisión con que un artista podría pintar esta quimera, árboles, especies de álamos cuyos troncos se reflejan en el agua y cuyas hojas tiemblan en ella. Se agrupan, forman un seto o un bosquecillo ; se pueden entrever claros donde las hierbas altas crecen a sus pies. Nada los reproduciría mejor que un carboncillo de Allongé^(*), unos de esos dibujos al carbón aireados por la luz y cuyos reflejos figuran en la transparencia de un río un paisaje al mismo tiempo preciso y vago. Es el color, por lo menos el color de aquéllos que yo vi, que me hacen compararlos más bien a carboncillos que a acuarelas. Y ahí podría nuevamente decirse que la óptica complota con ardides que van encaminados a engañarnos mejor. Estos árboles de sueño tienen exactamente los mismos tonos grises y sombríos de los bosquecillos de tamarugos. Pero el agua que tiembla en torno de ellos los baña de frescura. Se sabe que no existen, mas a pesar de ello se les ama. Si existieran realmente, ¿romperían tan graciosamente la uniformidad de la triste planicie ? Son como la poesía del desierto. Imagino que esta naturaleza áspera, aletargada por el calor, se adormece de fastidio y sueña. Sueña que le falta sombra, el gorjear de los pájaros, el murmullo de las aguas corrientes, que no tiene árboles cuyos crujidos expresen sus quejas ; no tiene río que satisfaga su necesidad de expansión, no tiene hierbas cuyo escudo movedizo la proteja de las flechas del sol. Su sueño toma forma, volotea sobre su sien ardiente ; y lo que vemos sólo es el fantasma de su deseo.

Además conozco otros espejismos. ¿Cómo es posible atravesar estas soledades sin ver de nuevo los primeros aventureros que se arriesgaron en ellas, esos rudos pícaros de España que el poeta José María de Heredia eleva a la dignidad de héroes ? Sus recuerdos se ciernen como aves de presa sobre toda esta región e incluso los salitreros, que sin embargo son parcos en entusiasmos inútiles, se maravillan todavía hoy que los jinetes de Almagro hayan enfrentado este lúgubre desierto. Es indudable que la retirada de los Diez mil es apenas un juego al lado de su expedición.^(*)

Fue en 1535 que Almagro, socio de Pizarro en la conquista del Perú, aunque un poco menos alevoso que él, decidió marchar hacia las tierras del sur, donde la leyenda y la codicia de esos bandidos suponían fantásticos tesoros. Acababan de saquear el reino de los incas, pero

^(*) Auguste Allongé (1833-1898), pintor y dibujante francés. (N.d.T.)

^(*) La Retirada de los Diez mil : episodio protagonizado por los mercenarios griegos de Ciro el Joven, a través de la alta Asia, luego de la muerte de su jefe en la batalla de Cunaxa en 401 AC. (N.d.T.)

nada los saciaba. Almagro partió pues, siguiendo a la ida la gran ruta militar de los hijos del sol. Cuando hubieron exterminado los indios, comido sus caballos y dejado un buen número de los suyos en las quebradas y precipicios de Los Andes, llegaron a Coquimbo, donde decepcionados por los informes de los exploradores adelantados, decidieron desandar lo andado. Entonces volvieron a lo largo de la costa internándose en el desierto de Atacama y Tarapacá. Así caminaron más de doscientas leguas sin encontrar un solo oasis. Jamás pensaron, al pasar por la pampa de Iquique, que hollaban futuros millones, porque sus apetitos sólo conocían la tierra que producía oro... *I como no le pareció bien la tierra por no ser cuajada de oro.*^(**) ¿Cómo se aprovisionaron? ¿Cómo, derrengados por la escalada de las cordilleras, resistieron a la sed y al sol? Creo que el hombre nunca ha empleado en una empresa más voluntad salvaje. Todo lo que la bestia humana, sedienta de dinero, puede hacer, estos espumadores de tierras vírgenes lo realizaron. Si hubieran sido sostenidos en sus prodigios por una idea de sacrificio o de amor, este desierto sería sagrado, donde habría que levantar un templo a la Energía humana. Todos los historiadores, incluso los descendientes de los vencidos que han escrito la historia, han celebrado con admiración esta marcha increíble de un cuerpo de ejército en la horrorosa pampa salitrera. Los conquistadores no realizaron hazaña más singular, pero también más estéril, salvo la de Gonzalo Pizarro en su exploración de los países de la canela, en Brasil, donde ese traidor de Orellana lo abandonó para lanzarse sobre el Amazonas y que, en un desmirriado barco de madera verde desafió los roqueríos, los rápidos y descendió hasta el océano. Entonces los espíritus no distinguían ni las demarcaciones entre la fábula y la realidad, ni las fronteras entre lo posible y lo irrealizable. La horda española que se abatió sobre el Nuevo Mundo empujó tan lejos los límites del esfuerzo permitido que ya no pudo distinguirlos.

Los tiempos han cambiado, pero todavía se encuentra en el fondo de los que acapararon la herencia de los Almagro y que la explotan, un poco de su tenacidad indomable y de su locura de afrontar empresas gigantescas. Esa gente ve grande; por eso el más famoso de los salitreros, aquél que llaman el Rey del Salitre, North, me aparece como el Pizarro de la industria contemporánea. Tiene el mismo gusto por el derroche desenfrenado, su misma avaricia, no tanto para atesorar como para dilapidar. Me acuerdo de una frase de Prescott en su obra maestra *La Conquista del Perú*: « Hay -exclama- algo que agobia la imaginación en esta guerra contra la naturaleza ». Eso es lo que se siente cuando se visita las vastas oficinas de la pampa y que se asiste a su funcionamiento. Lagunas, Rosario de Huara, San Jorge, Santa Luisa, son ciudades feudales con ciudadela y alcázar. Se trabaja allí día y noche; las máquinas no paran de mugir, los hombres de cansarse, los capitales de crecer.

Los antiguos conquistadores estaban poseídos por la pasión de la riqueza, de la misma manera que lo están los modernos, pero ellos tenían la superioridad puesto que la escondían detrás de la intención religiosa, supremo homenaje rendido al desinterés. Su carrera en pos del Eldorado tomaba visos de cruzada. Cortés en Méjico, Pizarro en el Perú, Valdivia en Chile plantaban la cruz el día de la victoria, fundían campanas, construían iglesias; a veces un hombre justo, un Gasca, se salía del lote y trataba de evangelizar triunfadores y vencidos. Hoy día somos más prácticos y lejos de considerarlo como un progreso, el cinismo del cual se hace gala de nuestro culto por el oro, me parece más bien el signo de una singular decadencia moral. De un punto a otro de la pampa, en todos esos pueblos, en todos esos feudos de salitreros, usted no encontrará una sola capilla, un solo templo, ni siquiera una sinagoga, ¡una pequeña sinagoga! Las veinte mil almas de Tarapacá no poseen otro campanario que las

^(**) En castellano en el texto.(N.d.T.).

chimeneas de las usinas. El clero, chileno o boliviano que pude entrever, me pareció un excelente educador. Casi no predica con el ejemplo, pero no se puede decir que de tal cura tal iglesia. El símbolo religioso, cualquiera que sea la grosera interpretación que se le dé, contiene siempre un germen de moralidad superior.

En todo caso su ausencia revela que hay entre los amos del país un extraordinario desprecio de todo lo que no comporta ganancias materiales. Sin embargo, a las últimas luces del ocaso las oficinas se elevan en el silencio de la plana extensión con la misma serenidad con que en medio de las playas bretonas se levantan el Mont-Saint-Michel y la isla Tombelaine^(*). Cuántas veces esta asociación me ha venido a la idea y me ha transportado a cinco leguas de distancia, a la región del fervor ingenuo, donde el cochero de Avranches « hace restallar su látigo como un brillante relámpago ». ¡Ah ! Magia de las cosas, divino prestigio del cielo que incluso sobre suelos áridos, envuelves los peores trabajos del hombre de una melancolía grandiosa para disimular su impiedad. La usina que devora los pobres seres en provecho de algunos gozadores..., bastaría con un capricho de luz para que ella se transforme en un pensamiento de creyente levantado, sobre madera o roca, hacia el azul infinito.

CAPÍTULO VI

UNA OFICINA SALITRERA

En las oficinas se practica una franca hospitalidad. El viajero, por medio de una simple carta de presentación, es tanto mejor acogido como las distracciones son escasas. Fui el

^(*) Islote rocoso cerca del Mont-Saint-Michel, en la cima del cual se ven los vestigios de una antigua fortaleza. (N.d.T.)

huésped transitorio de varios habitantes de Tarapacá y guardo un recuerdo encantador de la manera como me recibieron y se pusieron a mi disposición.

Nuestros dos compatriotas, el señor Pascal y el señor Galté, me fueron de una ayuda preciosa. El primero, si la memoria me es fiel, es el decano de los salitreros. Casado con una peruana y padre de una numerosa familia vivió, rodeado de los suyos, en su oficina Ángela, una de las casas más antiguas del desierto. Baja, de un solo piso, construída con adobes, muros más anchos que los de los antiguos torreones, con columnas alrededor de su patio, tiene un aspecto de burguesa respetable y ceñuda. El señor pascal contrasta con la mayoría de sus colegas por su instrucción, su espíritu liberal, sus conocimientos científicos. El señor Galté tiene el gran mérito de haber accedido con su trabajo y su honestidad a una alta situación pecuniaria. Él mismo me contó sus comienzos de empleadito de comercio en Valparaíso. Su oficina Reducto se parece a la de Ángela, viejo caserón chato, que los terremotos pueden sacudir sin llegar a demolerlo..

Se está lejos de las residencias inglesas espaciosas, elegantes, algo entre el chalet de Trouville^(*) y de la hostería suiza. De un lado, antiguas moradas que entibian al sol su obsolescencia patriarcal y que antaño abrigaron peruanos indolentes ; del otro escalinatas de madera pintada, galerías cubiertas, salas de juego, departamentos encerados con muros revestidos de madera, lujo que realza todavía más la desolación ambiente. Estas villas dominan el caserío de los obreros, los almacenes, los talleres y a veces, como en Lagunas, el mismo yacimiento de salitre. El director y la mayoría de los empleados superiores viven y toman sus comidas ahí.

Cuando el director es casado, la presencia de una mujer en ese « home » da a las veladas un carácter familiar del cual quedé asombrado. Luego los hombres, que han pasado el día bajo el polvo sin cuidarse de sus atuendos, sienten la necesidad de hacer piel nueva y sin llegar a vestirse de etiqueta por lo menos el chaqué es de rigor. Terminada la comida se pasa al salón, donde se golpea inocentemente las teclas de un piano ; se organizan mesas de juego ; y como no es nada de raro que se tenga la visita de un forastero o de un vecino, la plática escapa a la monotonía que pudiera amenazarla. Siempre hay por ahí una botella de whisky, lista para reanimar la tertulia. Se bebe, pero sin exageración : un poco más que en sociedad, un poco menos que en el club. Hacia las diez, la ama de casa se eclipsa ; los hombres juegan y conversan un poco tiempo más. Antes de medianoche, todo el mundo está acostado, salvo los peones que se turnan alrededor de las máquinas. Es la vida de palacio, sin las partidas de caza.

En esta atmósfera de tranquilidad, el salitrero casado y feliz de estarlo, termina resignándose a su exilio e incluso puede descubrirle encantos. Baja raramente a Iquique, confinándose en la pampa. Si es francés, italiano o alemán soñará a veces con un regreso al país. Si es inglés, como para él el universo es posesión inglesa, no siente el violento deseo de ver de nuevo los techos brumosos de Londres. Desgraciadamente no todos los salitreros son casados y entre los que tienen esta ventaja no todos saben buscar en ella un reconfort contra el tedio del desierto. Partidos de bastante bajo, con una instrucción mediocre que la facilidad de su explotación no los ha empujado a completarla, son presa de la nostalgia de los más bajos placeres. La embriaguez solitaria es su peor enemiga. Pero en general, más vale verlos en sus casas que en los círculos de Iquique.

Los más felices de entre ellos son los administradores nombrados por las compañías. Corren menos riesgos durante las revoluciones, siempre posibles, que los propietarios de los

^(*) Trouville : elegante balneario de la región de Normandía. (N.d.T.)

terrenos salitreros, agregando a ello que sus responsabilidades no alcanzan todavía el nivel de sus sueldos. El administrador de Rosario de Huara gana, un año con otro, cincuenta mil francos, sin contar la mesa et la vivienda para su familia. El de Lagunas gana todavía más. Uno vino a Chile en calidad de dependiente de almacén, el otro fue largo tiempo contador a bordo de un navío de la Compañía Sudamericana. Tienen a su disposición carruajes, caballos, mulas, hombres e incluso se me aseguró que los que tienen gustos de pachá turco pueden con largueza satisfacerlos. Sin embargo, no les sentaría muy bien de alimentar una ambición estética.

Es seguro que ahí hay todo lo necesario para remover los sesos de empleados pobres y de flaco contenido en libras esterlinas. Que desconfíen de esos modelos. Los hombres de los cuales hablo han tenido éxito donde miles de otros han fracasado. Luego, además de sus méritos personales, vinieron en tiempo oportuno. Por último, trajinaron a matarse antes de poder alinear sobre la mesa sus pilas de escudos.

Galté, a quien interrogaba un día sobre el porvenir de los emigrantes franceses en la pampa salitrera, me respondió que entre los compatriotas que había contratado como obreros, no conoció uno solo del cual estuviera satisfecho. El francés que se exila, sueña con enriquecerse al cabo de un año : adquiere los vicios de los nativos sin asimilar sus cualidades de resistencia y, convencido de su superioridad, manifiesta pretensiones injustificables o testimonia de un espíritu sedicioso. « Sin embargo -agregaba- estoy persuadido que los jóvenes con una instrucción media, inteligentes, tenaces y sobrios conquistarían bien rápidamente un hermoso lugar bajo el sol. Sería sobre todo necesario para ello una gran modestia, porque aún viviendo en los trópicos no nos gusta ni la exuberancia ni la presunción. Los ‘ pampinos ‘ son de una frialdad bien sajona. Los que quieren arribar deben avanzar discretamente, sin ruido pero también sin afectación de humildad. El crédito viene a las personas que saber limar asperezas y acomodarse con los comienzos oscuros ».

Lo que me dijo Galté, muchos otros me lo han confirmado, con lo que concluí que para tener éxito en América, la prudencia, una fina diplomacia, valentía e inteligencia son tan necesarias como en Europa, incluso mucho más. Es posible que un obrero de nuestros países, laborioso, ordenado, encuentre menos competencia en ciudades como Santiago y por consiguiente realice ahí un beneficio acompañado por las facilidades de la existencia. Pero no es así que se creará fortuna. Si va a tentar suerte en centros ricos, se encontrará en una batalla de intereses tanto más peligrosa -hablo por nuestros compatriotas- que será en cierto modo perjudicado por ciertas cualidades de franqueza, facundia y entusiasmo, que lejos de conciliarle la simpatía, despertarán en torno suyo la desconfianza y la animosidad. Creo que sólo nuestros mejores secretarios de embajada podrían asegurarse un futuro en las minas de salitre, ¡siempre que posean una salud compatible ! Los israelitas, poco numerosos por estos lados, reúnen sin embargo todas las condiciones de éxito. América ya no es la gran California del tiempo de Scribe^(*). Si estuviera únicamente poblada por americanos -aunque me parecen los hombres de negocios más temibles de los dos mundos-, se podría aún especular sobre su pereza industrial, su afán de lucro, la venalidad de unos, el orgullo a menudo pueril de los otros. Pero cuando se emigra donde ellos hay que tener en cuenta que son los anfitriones. Conozco más de uno entre nosotros que no habría jamás pensado atravesar La Mancha o el Rin para hacer fortuna, y que vinieron sin embargo a América a estrellarse contra las fortificaciones inglesas o a caer en los fosos alemanes .

^(*) Es probablemente una mención a Eugène SCRIBE (1791-1861), autor dramático francés, sus obras se inspiran de los conflictos sociales y morales de su tiempo ; intronizado a la Academia Francesa en 1834.(N.d.T.)

Si usted consiente, recorreremos una explotación de salitre y, para iniciar mis lectores a esta formidable industria, les contaré simplemente una jornada de pampa.

Entre todas las oficinas que visité, la que más me interesó fue Rosario de Huara. Ella produce cerca de un millón seiscientos mil quintales de salitre al año. Su administrador, el señor Brandt, un alemán de Hamburgo todavía joven, casado con una amable peruana y cuya hija exquisita creció en el salitre como una pequeña Picciola blanca y rosada, es una figura que no se olvida. De talla regular, delgado y rubio, pelo corto, bigote fino, la tez un poco quemada por el sol, de una afabilidad sin rigidez, sus ojos azul-gris tienen una vivacidad de expresión, una pertinencia en la mirada que denota a veces una benevolencia maliciosa y otras veces la firme flexibilidad de una hoja de acero. Aquellos ojos pueden mandar un millar de hombres sin que nadie se atreva a chistar. Nada les escapa, ven todo, pero saben también ver solamente lo indispensable. El señor Brandt habla inglés y castellano con la misma facilidad que su lengua natal y cualquiera sea el idioma en que se exprese, el encanto de su voz se parece al de sus ojos : inflexiones suaves, casi cantantes, una sencillez en el acento que recuerda la armonía de la gente de bordes del Mediterráneo, aunque marcada por ciertas notas más breves. Cuando pide algo, es un imperativo envuelto en terciopelo. Yo insisto en estos detalles a los cuales su posición confiere una gran importancia. He acompañado muchos salitreros en medio de sus peones ; jamás he encontrado uno que me haya parecido mejor dotado que él para conducir y dominar una legión de obreros de ordinario turbulenta. Unos parecen temer sus hombres y tiemblan a la idea de perderlos ya que sus oficinas jamás poseen el número suficiente de obreros. Otros, por el contrario, los tratan con el brusco desprecio con el que el yankee trata el negro. Me pareció que el señor Brandt no abandona nunca su moderación, actitud que todos los patrones deberían imitar. Hombre lleno de tacto, suave, ingenioso, posee una maravillosa habilidad en el arreglo de los mecanismos de su máquina social. Ya que me divierto anotando los trazos de esta fisonomía, no podría dejar en silencio una particularidad que me entretuvo y que completa la descripción del hombre. Los alemanes son en general económicos y continúan siéndolo incluso en la prosperidad. Este poderoso salitrero tiene siempre en su bolsillo las llaves de su despacho, y cuando ofrece una bebida, es él quien va a bucar la botella y la trae ; lo mismo pasa con la mantequilla, el azúcar y las mermeladas. ¡Que no se le ocurra a usted pensar que es por avaricia ! No, es que piensa que nadie sabe recibir su huésped mejor que él. Pero estoy seguro que al final de la semana sabe exactamente la cantidad de sacos de salitre producidos y el número de panes de azúcar consumidos. El alma contenta con su destino es un polo en torno del cual gravitan nuestros pesares, nuestras esperanzas, nuestras miserias. El señor Brandt es un hombre profundamente simpático. Se confiesa feliz y no lo dice en voz alta por temor de despertar las divinidades envidiosas ; pero lo dice y yo le creo. Me ha agradado por su sencillez y por ese perfume de virtud doméstica con que se impregnan las poesías de los hogares alemanes. ¡Y luego, él es tan diferente de los otros !

En pie hacia las seis de la mañana, el señor Brandt manda a golpear a mi puerta y yo voy a su encuentro en el patio trasero, donde nos esperan dos caballos ensillados. La casa se levanta a media falda de una colina, entre el caserío que está abajo y la usina humeante, que mira desde arriba los campos hundidos del salitre.

El cielo turbio fundía en bruma.

- ¡Oh ! ¡oh ! -dije-, ¿será ésto una verdadera lluvia ?

- No -me respondió mi anfitrión-, lo que cae es solamente el rocío matinal, la camanchaca, como le llaman ; no hay que denigrarla, puesto que es ella la que nos ha enriquecido.

- ¿Qué quiere decir ?

-Montemos primero a caballo. Si la cuestión le interesa, tendré mucho gusto en explicársela. Para comenzar, iremos a visitar los terrenos de explotación y conversaremos en el camino.

Henos aquí a caballo y mientras que, dejando la usina a nuestra izquierda, nos dirigimos hacia el horizonte nublado, mi guía prosigue :

- ¿Sabe usted cómo se formó el salitre ? ¿Sabe usted dónde se le encuentra en abundancia ?

- Sé, por haberlo leído, que yace particularmente en la vertiente oriental de la Cordillera de la Costa, su ladera occidental se encuentra suspendida encima del mar ; que sus yacimientos se extienden hasta la Cordillera de Los Andes ; pero que a medida que se penetra en la pampa se hacen menos ricos. La zona del salitre varía entre cuarenta y ochenta kilómetros.

- Exacto.

- En cuanto a su formación, no ignoro en absoluto que los sabios todavía no se ponen de acuerdo. Raimondi le atribuye un origen marino y funda su teoría sobre el hecho de que todas las sales del mar están contenidas en él, sin excepción ni del yodo ni del bromo. Nollner dice que él es el resultado de la descomposición de la flora marina. Pissis por su parte prescinde del océano, viendo en el salitre una transformación del guano. Hillinger lo apoya, mientras que L'Ollivier sostiene Raimondi. Me paseo entre estas bellas hipótesis como un niño al medio de alambiques, cápsulas, mecheros y crisoles de un laboratorio, sin atreverme a tocarlos. ¿Y cuál es vuestra opinión ?

- Pienso -me respondió el señor Brandt- que Pissis está equivocado.

- Cuánto gusto -exclamé-.

Ese sabio me disgustaba : de un revés de la mano eliminó el mar para hacer descender el salitre de los excrementos de las aves, quitándole sus títulos de nobleza. Me gusta mucho más la concepción de Raimondi y Nollner. La América dormía bajo las aguas ; de una primera convulsión terrestre emergió la gran Cordillera de Los Andes que va desde Panamá hasta Magallanes. Un segundo trastorno erigió la Cordillera de La Costa. Y he aquí el océano cautivo entre esas dos murallas infranqueables. El monstruo quiere huir, pero todas las salidas están cerradas. Es apenas si algunas de sus olas pueden evadirse al sur por el río Loa. Debió rugir, escupir su espuma sobre las altas montañas que habían sorprendido su sueño y le cortaban el paso. Los volcanes se hicieron sus carceleros y respondieron a sus babas escupiendo lavas. ¡Qué prodigioso combate : el parto de un nuevo mundo en una atmósfera de azufre, a la luz de antorchas volcánicas y al fragor de las aguas ! En seguida el mar se

apacigua ; perdió la profundidad de abismo para ganar en serenidad. Y, mirando hacia el cielo, este testigo de la perfidia de los montes, silenciosamente, se evaporó. Evaporación lenta, resignación de los océanos. Mas como el mar es la gran nodriza del género humano, su enfermera y su alegría, con su agonía secular enriqueció por largo tiempo la tierra. La sal de sus aguas, sus vegetaciones han depositado tesoros donde el hombre excava hoy y que, más allá del espacio, rejuvenecen el suelo agotado del viejo mundo cubriéndolo con la ondulación de los trigos. Pissis, que rechaza este milagro, es un sacrílego. ¡Dios mío ! Te pregunto : si no pudiéramos un poco de poesía en la química industrial, ¿qué sería de nosotros hoy día, en que el mundo pertenece a los sacrílegos ? Por éso estuve feliz cuando el señor Brandt dio un papirote al sabio Pissis, que sólo cree en el guano. Pero no pensé que fuera necesario participarle mis razones.

Un poco sorprendido de verme tan contento de saber que él no compartía la opinión de Pissis y de Hillinger, continuó :

- Esta hipótesis podría explicar algunas capas de salitre sobre las cuales se encuentra guano. Pero, ¿de qué manera nos explicaría la presencia de conchas y de esqueletos de peces que nuestros dinamitazos dejan al descubierto ? Estos fósiles la desmienten.

El señor Pascal me aseguró más tarde que había descubierto aparatos de pesca primitivos y vestigios de poblados indios. Concluía de éso que antiguamente se habrían establecido a orillas de esos lagos marinos unos caseríos de pescadores y que, como consecuencia de la desecación de las aguas, sus ruinas se hundieron poco a poco en la arena (?).^(*)

- Admito pues -prosiguió el señor Brandt- que la descomposición de las plantas marinas, cargadas de nitrógeno, dio nacimiento al ácido nítrico. Este ácido, puesto en contacto con rocas calcáreas las atacó. El nitrato de calcio se produjo y la presencia de sulfato de soda que el mar había depositado operó un cambio de elementos en forma de sulfato de calcio y de nitrato de soda o salitre. ¿Me comprende ?

- Más o menos. Hace tiempo que olvidé mis elementos de química.

- Ármese de un poquito de paciencia. Jamás un terreno fue más propicio a la nitrificación que la meseta de Tarapacá. Contenía materias orgánicas amoniacaes y ferruginosas bajo una costra de cloruro de sodio y en una arena que, a pesar del espesor de su capa, sigue siendo muy permeable a los gases atmosféricos. La temperatura es excelente : pura, seca, transparente durante el día, fría en la noche ; y la humedad de la neblina almacena los elementos del aire e imbebe de ellos el suelo. La escarcha de la mañana, con la cual estamos transidos usted y yo, penetra hasta las materias enterradas y les facilita la transformación. De ahí se desprende que seríamos unos ingratos si recrimináramos nuestra *camanchaca*. Ese rocío gris fue para nosotros una lluvia de oro.

- Comprendo -le dije- que esos fenómenos, producidos constantemente sobre una superficie de más de cien leguas, hayan producido una cantidad enorme de salitre. Pero ellos duran todavía ; la *camanchaca* y el sol son tan precisos como sus obreros. ¿Piensa usted que la naturaleza prosigue su obra y repara las brechas que ustedes le abren ?

^(*) Signo de interrogación en el original. (N.d.T.)

- Se ha pretendido éso ; jóvenes optimistas llegaron a sostener que el producto de las reacciones naturales compensaba las cantidades extraídas cada año. Es una especulación. La tierra no renueva el salitre, o por lo menos no lo renueva en la cantidad extraída por una sola oficina. Salitre inagotable, ¡qué sueño ! Esté seguro que asistiremos a su extinción.

- ¿Dentro de cuánto tiempo ? -pregunté-.

- ¿Quién sabe ? treinta años, cuarenta años, medio siglo...

Habíamos llegado a los terrenos en explotación y aquí o allá aparecían formas humanas entre los surcos monstruosos.

- Todos esos peones morirán antes -dije-.

- Y sus hijos también -agregó el señor Brandt-. Entre nosotros no se llega a viejo.

- ¿ Podría ser que la muerte los transforme en nitrato de soda ?

- Es posible, a fe mía.

« Entonces -me dije en mi fuero interno- esos hombres serán explotados hasta en la tumba ».

Nos detuvimos al borde de un foso para contemplar el espectáculo. A lo lejos, hacia el oriente y hacia el sur, otras dos oficinas, San Jorge y Constancia, se esbozaban como dos apariciones en la planicie negruzca que desenrolla su horror de cataclismo desparramando su visión de cementerio despanzurrado de donde se levantaban humaredas de neblina, abúlica ascensión de fantasmas. La ambladura de nuestros caballos nos había cubierto de un barro margoso. Entre los baches y los taludes, cuales muros demolidos o parecidos a hacinas de estiércol, en un caos de escombros, una pequeña locomotora arrastraba vagones atestados de grandes sacos blancos. Algunas carretas tiradas por mulas, daban tumbos en los baches que hacían oficio de senderos. Se escuchaba el restallar de los látigos y los gritos exasperados de los carreteros, que tiraban las bestias por el cabestro cuando éstas se negaban a avanzar. A veces estallaba una explosión de pólvora y una tromba de tierra y rocas reventadas surtía derecho hacia el cielo recayendo luego en lluvia parda.

- Y ahora -me dijo mi anfitrión- vamos a asistir a la extracción del salitre y lo seguiremos en sus diferentes etapas hasta su elaboración definitiva y posterior ensacado. Desde aquí usted ve -con su gesto abarcó el horizonte- el dominio de Rosario ; sin embargo los terrenos que usted percibe al este no nos pertenecen. A menudo sucede que las propiedades se tocan e incluso se enclavan unas en otras. Ellas fueron repartidas por los peruanos de la manera más extravagante. El juez de paz fijaba sus límites por medio de una brújula y una cuerda de cerca de cincuenta metros de largo. Pero no tomaba en cuenta la aguja para determinar el rumbo magnético. Poco importaba a estos ingenieros improvisados una diferencia de diez o veinte grados. Un jinete, lanzado al galope, arrastraba por tierra un instrumento de fierro o de madera que trazaba un surco y con él los límites de la superficie del terreno. Se ponía entonces sobre los puntos verticales de los ángulos del polígono medido de esta manera, hitos de piedra no cimentados. En seguida, los nuevos propietarios tiraban guijarros al aire, formalidad indispensable para obtener el título de dueños. Más tarde se reconoció que el terreno circunscrito no siempre contenía los mejores depósitos de salitre. En

lugar de proceder a nuevas mediciones, se salía de sus fronteras y el tiempo consagraba las intrusiones mutuas de las explotaciones contiguas. Una vez que los límites del terreno son fijados, se lo entregamos a los obreros. Llegan entonces los *particulares* (*): serán ellos quienes extraerán el salitre. Eligen ellos mismos, según su experiencia o el olfato, su *calichera* (*), es decir, la porción que desean explotar. Para ello hacen la solicitud al vigilante o *corrector* (*). Pero el salitre no se encuentra a flor de tierra. Para llegar hasta él hay que levantar primero una capa de arena, la *chuca* (*), que tiene unos quince centímetros de espesor; a continuación la *costra* (*), una corteza de uno a tres metros, especie de cemento formado de yeso, de sulfato de cal, de soda, de potasa y de magnesia. A veces se encuentra bajo esta capa otra de composición análoga, la *tapa* (*); entonces aparece el salitre, mezclado con tierra donde hay también sulfato de soda y cloruro de sodio, en forma porosa o compacta, cristalizada o amorfa y de una ley que va de quince a ochenta por ciento. Debajo, la *coba* (*), yacimiento de yeso gris claro (sulfato de cal); y más abajo todavía, la tierra, la tierra primitiva del levantamiento de Los Andes. Usted comprende que el *particular* (*), solo, no conseguiría explotar el *caliche* (*) de su *calichero* (*). El minero o *barretero* (*) viene en su ayuda. Cava un orificio de mina, lo carga con pólvora, le allega la mecha y se va.

- Su tarea me parece muy simple -digo-.

- No se engañe -me respondió el señor Brandt- : es del *barretero* que depende en gran parte el éxito de la explotación; debe conocer muy bien el terreno, calcular la cantidad de pólvora con tal prudencia que se obtenga que la explosión limpie el *caliche* de sus duras envolturas sin proyectarlo. Cuando él ha terminado, el *particular* comienza su faena. Todos los bloques salitres que retira los ordena frente a su fosa, en un lugar accesible a las carretas. Pero, mejor acerquémonos.

Nuestros caballos subieron una colina desde donde pudimos ver un hombre armado de una barra de fierro y de un martillo con los que desprendía, al fondo de un hoyo, pedazos de roca blancuzca vetada de rojo.

- Echemos pie a tierra -dijo mi anfitrión-.

Y me pasó una piedra, cuyo peso liviano no correspondía al tamaño. Le raspé la superficie terrosa y el *caliche* apareció, color violeta.

- Tuvimos buena mano -me dijo el señor Brandt-, y como yo admiraba esta clara amatista, agregé :

- La variedad de colores de los salitres es maravillosa. Unos son más blancos que la escarcha, otros de un amarillo maíz, otros azules, éstos encarnados, aquéllos gris perla. Pero hay que encontrarlos casi puros para descubrir la fineza de sus matices. Guste éste.

Yo lo llevé a mis labios; su sabor era fresco y picante.

Mientras tanto el *particular* continuaba extrayendo y amontonando sus *caliches*. Nos habíamos alejado. Dije al señor Brandt :

- ¿Controla usted el trabajo de estos peones ?

(*) En castellano en el texto. (N.d.T.)

- No podríamos dejar de hacerlo ; los *particulares* harían trampas y para ir más rápido no mezquinarían las malas piedras. Dos o tres *correctores* surcan el campo de explotación sin cesar y verifican, tanto como sea posible, los montones de *caliche*. Y la vigilancia no se limita a esta inspección ; cuando las carretas llegan a la usina, otros dos *correctores* las examinan nuevamente y comprueban si sus cargas son suficientes y de buena calidad. Los *carreteros*^(*) son pagados, como casi todos nuestros obreros, a la tarea, y si llegáramos a constatar un fraude, los salarios se resentirían. Así, el *particular* cuida que el *barretero* haga su agujero concienzudamente, y el *carretero* cuida que el *particular* no lo engañe sobre la calidad de sus *caliches*.

En ese momento un hombre montado en una mula, pasa a galope tendido.

- ¿Quién es este hombre ? -pregunté-.

- Es uno de nuestros jinetes itinerantes, me respondió mi huésped ; tenemos varios que recorren de la mañana a la noche el terreno salitrero con el fin de aportar ayuda a las carretas atascadas.

En efecto, a una centena de metros, una *carreta* desafortunada permanecía atascada. Por más que los carreteros gritaban, las mulas insensibles a los clamores y a los golpes, se quedaban inmóviles como troncos. El jinete corrió hasta ellos. Tiró una cuerda que llevaba en su montura, se la amarró al pértigo y luego, parado en sus estribos, azotaba a su animal dando gritos de salvaje. Los carreteros hinchaban el lomo empujando desde atrás, mientras que la mulita de tiro con las orejas tiesas, las patas delanteras levantadas, tiraba con las ancas, su jinete recortándose sobre el horizonte en una actitud belicosa .

El sol disipaba la bruma barriendo el cielo. De repente iluminó los negros montículos y las crestas de los horribles surcos. Partimos al trote ; nuestros caballos aplastaban con sus cascos unos fulgores de brillo rosado. La inmensa planicie, erizada de claridades y surcada de sombras como esos rostros horadados y atormentados, que al mismo tiempo nos repulsan por su fealdad y nos atraen por su extrañeza, revistió a mis ojos una grandeza singular. Me pareció misericordiosa con aquéllos que la devastaban e incluso maternal en su desamparo. Esta gran planicie se arrebolaba sonriendo, mientras que los mineros, de rodillas, cavaban sus hoyos estrechos que se ensanchaban para preparar nuevos estragos.

- Ahora que usted ha visto cómo se extrae el salitre, me dijo el señor Brandt, vayamos por un atajo hasta la usina.

Cuando íbamos llegando cruzamos, al borde de una acequia, un peón que gemía tomándose el vientre a dos manos.

- ¿Qué tienes ? -le preguntó su amo-.

- Una carreta me atropelló - respondió el hombre-. Seguro que me rompió algo.

- Anda a ver el médico.

- No puedo caminar.

(*) En castellano en el texto. (N.d.T.)

El señor Brandt se entristeció levemente y se encogió de hombros.

- No será mucho -dijo-.

Y retomamos nuestro galope. El pobre diablo se quedó en la misma pose de sufrimiento dejándome con el recuerdo de ese abandono de un lisiado en medio del horrible yermo revuelto. Se habría dicho el hombre aplastado por todo el peso de su obra. Llegando a la usina, el señor Brandt envió un muchacho a ocuparse del herido.

En todas las explotaciones de salitre es necesario que las oficinas estén instaladas cerca del terreno salitrero, de manera que el transporte del *caliche* hacia las máquinas de elaboración se haga con la más grande economía de horas y de dinero. Del mismo modo es indispensable que las máquinas estén situadas a media cuesta de una colina o sobre una eminencia para que así el *caliche* sólo tenga que bajar para convertirse en salitre. Una caída en cascadas lo purifica.

En Rosario, la pendiente que deben subir las carretas es bastante abrupta y nosotros la escalamos al mismo tiempo que varias de entre ellas. Estas carretas, de ordinario tiradas por tres mulas, pueden contener cincuenta quintales españoles cada una. Su armadura es de fierro, el resto de madera, y están construídas de manera a que la caja bascule fácilmente y que de un golpe vacie su carga. Algunas oficinas, como la del señor Pascal, por ejemplo, colectan el *caliche* sobre pequeños trenes ; pero aquí los vagones que vimos pasar llevan solamente los sacos de salitre. Es una gran ventaja que las locomotoras vengan a buscar a la misma oficina el flete destinado a los barcos que van hacia Europa.

A medida que las carretas llegan, se van colocando con la parte trasera contra la *rambla*^(*), parapeto de madera que va a lo largo de un foso. Delante de ese foso se levanta un hangar donde están dispuestas unas máquinas moledoras. El *caliche* rueda hacia el foso y los hombres que se encuentran ahí lo transmiten a las ruedas de trituración ayudándolas por medio de barras de fierro. Ahí los bloques son reducidos a piedras de un grosor más o menos igual.

Después de haber asistido al trabajo de estas ruidosas mandíbulas, dejamos nuestros caballos en manos de los palafreneros y descendemos al segundo piso de la oficina. Las piedras machacadas caen de la trituradora a una vagoneta que las transporta hacia las tinajas. Imagínese enormes bañeras de cemento de una profundidad de dos metros sobre cuatro metros de largo y uno de ancho al interior de las cuales se encuentran tubos en serpentín cargados de vapor. Es ahí que el contenido de las vagonetas es vaciado e inmediatamente inundado, anegado de agua caliente. Esta agua, que llaman agua madre, proviene de operaciones anteriores, tanto más eficaz, cuanto que ya está saturada de salitre. Ella pasa de una cuenca a otra por medio de un sistema bastante ingenioso de conductos. Las ebulliciones duran alrededor de cinco horas, luego de lo cual el líquido se escurre en un recipiente donde se decanta. De ahí chorrea en una red de canales suspendidos de hojalata o de fierro. Estos canales están fijos a lo largo de andamiajes que parecen pasarelas, sobre las cuales se puede circular. En ellos se ha practicado, aquí o allá aberturas de fácil obturación por donde se escapan las aguas salitrales. Ellas se precipitan en grandes tanques cuadrados de fierro

(*) En castellano en el texto. (N.d.T.)

laminado, las *bateas*^(*) pintadas de color rojo ; son doscientas sesenta en Rosario. Las aguas ahí estancadas permanecen cuatro o cinco días para depositar el nitrato de soda. Los obreros lo descargan entonces con anchas palas para formar montones de una blancura a veces violácea, que de lejos semejan a la espuma de las olas, lo que hace que se tomaría las oficinas por islotes golpeados blandamente por el mar.

Mi anfitrión me había explicado la serie de etapas y transformaciones del salitre y yo quedaba confundido por la sencillez de una empresa tan considerable que obligaba a una lucha contra la tierra con el fin de extraer el *caliche* ; lucha química contra el *caliche* con el fin de obtener el salitre ; de un lado la pólvora, del otro el vapor. Todo muy bien pensado y de una organización simple. Se lo hice notar al señor Brandt, que me respondió :

- Y sin embargo los peruanos no actuaban así ; su método, más primitivo, les costaba más y les aportaba menos. Usted encontrará aquí o allá en la pampa una especie de pequeños hornos de cal en ruinas, últimos vestigios de su industria rudimentaria. Se retoma hoy lo que dejaron como explotado o inexplorable, obteniéndose enormes beneficios. Ellos sólo hacían hervir, creo, su caliche en una caldera, lo que exigía grandes gastos de combustible. Nuestro sistema, como ha podido ver, es bastante económico. No derrochamos ni el agua ni el carbón. Nuestra química es al mismo tiempo más barata y más segura que la alquimia peruana. Pero volvamos, por favor, a las cubas de ebullición : al respecto le prometo un curioso espectáculo. Cuando el mineral es echado en una de ellas y lavado de su nitro, se abre una trampa y se le precipita en ella ; hay vagonetas que lo reciben y van a botarlo a lo largo de esta rampa inclinada que usted ve allá. Seca ahí y ahí se queda .

- ¿ Y qué se hace con él más tarde ?

- Nada. Como solamente contiene dos o tres por ciento de salitre, servirá más tarde para hacer terraplenes.

Nos habíamos acercado de las cubas. El señor Brandt continuó :

- El trabajo más pesado en toda la usina consiste en limpiar las cubas, rasparlas. El residuo de piedras y de lodo no cae por sí mismo en la trampa abierta. Dos hombres bajan y la empujan a la pala.

En efecto, dos peones, torso desnudo, vestidos de un simple pantalón, una azada entre las manos, curbados, luchaban en la bañera recalentada por el vapor y el sol. Raspaban los tubos, las paredes, empujaban con el pie un légamo negruzco, ajetreaban sin tomar aliento. Su piel tenía el color de bronce y el sudor que la bañaba me recordaba el famoso oera sudant de Virgilio. Eran fantásticos esos vendimiadores acezantes en el terrible lagar.

- No llegan a viejo, dijo el señor Brandt, y aquéllos son los únicos que resisten a ese trabajo infernal, aunque apenas salen de la tina se zambullen en el agua fría.

- ¿Cuál es su nacionalidad ? –pregunté–.

- Son mestizos bolivianos. El boliviano, menos impetuoso que el chileno, aguanta más. ¿Le gustaría ir ahora a visitar nuestros talleres ?

(

- Por supuesto, yo quiero ver todo.

- Estamos obligados de dotar nuestras oficinas de talleres de carpintería, cerrajería, fundición, en resumen, de poder hacer las reparaciones que pudieran necesitar nuestras máquinas y de fabricar los instrumentos útiles a nuestro trabajo. Así, nuestras carretas son todas fabricadas por nuestros obreros.

Siguiendo mi anfitrión recorrí inmensos talleres donde numerosos equipos martillaban, aserraban, forjaban en una atmósfera sofocante y bajo un estrépito ensordecedor. Me sorprendió que el rumor de esta colmena formidable no invadiera el desierto.

Casi sordos dejamos la oficina para bajar hacia el barrio obrero.

- Primero, me dijo el señor Brandt, eche un vistazo a nuestros almacenes de provisiones, que llamamos la pulpería. Es ahí que suministramos a nuestra gente la alimentación diaria : pan, carne, verduras, vino y cerveza, pero también los artículos de tocador, las confecciones, toallas y sábanas, tejidos.

Entramos en un vasto depósito, al mismo tiempo negocio de embutidos y perfumería , mercería y almacén de paños. Mujeres en manto palpaban los tejidos sobre el mostrador ; otras compraban mantequilla. Un adolescente en un rincón se probaba un sombrero.

- Así -dije- , la Compañía Salitrera vende ella misma la subsistencia a sus obreros.

- Sí

- ¿ Y qué es lo que ella gana ?

- Más o menos, veinte por ciento.

- ¿ Los obreros pueden comprar en otro lado ?

- Sí ; solamente que les conviene ser nuestros clientes, puesto que como son pagados al fin de mes, nosotros les adelantamos cada día, cuando lo piden, tantos bonos o fichas como deseen.

- De manera que gastan el mes a medida que lo ganan.

- Más o menos.

- Permítame la indiscreción, ¿a cuánto se eleva la cifra de venta ?

- Alrededor de mil piastras por día.

- Luego, a doscientas piastras de beneficio cada tarde, hacen seis mil cada mes y setenta y dos mil al año, es decir, ciento cincuenta mil francos. Y bien, no hay motivos para compadecerse de la Compañía.

- ¿Encuentra usted que ella abusa ?

- No digo eso, pero no se puede negar que recupera ciento cincuenta mil francos de lo que paga en salarios.

- Ella lo hace en favor de los obreros, protegiéndolos de los comerciantes del exterior que podrían robarlos o envenenarlos.

- Comprendo su abnegación, pero ¿no cree usted que sus peones preferirían, gracias a la competencia, una abnegación menos lucrativa ? En todo caso, ese dinero no saldría de la región, además de que humildes comerciantes podrían prosperar. No obstante, reconozco que la higiene es un buen argumento en favor de su *pulpería*. Pero por qué la Compañía no se satisfaría con el cinco, incluso el diez por ciento, lo que costearía ampliamente los gastos ocasionados por el sueldo de los empleados especiales. La vida de los hombres que la sirven y que se gastan a su servicio, vale ampliamente ese sacrificio.

- ¡Bah ! Respondió Brandt, con una media sonrisa ; esos ciento cincuenta mil francos de economía realizados por la Compañía, representan cincuenta mil botellas de aguardiente que los obreros no beberán.

El caserío se compone de largas hileras de chozas paralelas o transversales. Esas chozas están construídas con placas de fierro galvanizado. El zinc es más barato que la madera o la piedra. Es verdad que almacena todo el calor del día y no protege nada del frío de las noches. Los que se alojan ahí comprenderían perfectamente el suplicio de los plomos de Venecia^(*).

El trabajador casado tiene derecho a dos piezas, el soltero a una sola. Se le da la libertad de tomar pensión donde una familia, pero la Compañía pone a su disposición una o dos tavernas, que son más bien unos tugurios. Este lujo no existe en las otras oficinas. Ahí el soltero, que lo quiera o no, debe dirigirse a sus vecinos. Se vive a tres. No sabría decir quién es el más desgraciado.

Las piezas, sin ventana, son estrechas, la mayoría sólo tienen un piso de tierra apisonada. Un lecho entra bien, pero la mesa se encuentra un poco apretada y si las sillas son de la partida, entonces no queda lugar para nadie. El mismo fenómeno de coquetería disparatada que se encuentra en los atuendos femeninos puede verse también en el arreglo de estas cabañas. He visto lámparas ornadas con elegantes pantallas sobre mesas cojas y grasientas ; también cromolitografías como *La Primavera*, *El Columpio*, *¡Por fin solos !* sobre muros cubiertos de polvo y de telarañas. Ahí todo es tranquilo y silencioso, no se escuchan nunca gritos, ni siquiera levantan la voz. Grandes muchachas desgarradas, adosadas contra la puerta, fuman un tabaco acre envuelto en hojas de maíz ; niños andrajosos y vagamente alledados se entretienen en el umbral con algunos desperdicios. Algunas comerciantes de frutas y de pescado, en cuclillas frente a sus canastos, indiferentes al sol y a las moscas, ocupan el centro de la calle, como un rebaño inmóvil de Destinos^(**)

^(*) Alusión a *los plomos de Venecia*, célebre prisión establecida bajo los techos de plomo del Palacio Ducal de Venecia. (N.d.T.)

Sin embargo, la Compañía de Rosario tomó en cuenta los niños, lo que la honora. Construyó una escuela, una pobre escuelita donde niños y niñas vienen a aprender a leer. El maestro es al mismo tiempo el relojero de la ciudad. Ajusta los espíritus y los relojes. El señor Brandt, cuya calidad de alemán lo hace un poco pedagogo, me la mostró con cierto placer. Era la hora en que las clases se terminaban : los escolares, muchachitos y muchachitas de diez u once años, iban en fila india, un libro bajo el brazo, sin la expansión de risas y de alegría que manifiestan nuestros alumnos más enclenques. No corrían, no jugueteaban ; desfilaban en la delgada sombra de un muro, casi gravemente. ¡Ah que son tristes esos niños ! Todos sufren, incluso los niños de pecho, de la enfermedad del silencio. La gran pampa vacía los ha privado de balbuceos. La sala de clases tampoco es alegre, mas en un decorado rústico sus bancos ennegrecidos y sus pupitres se animarían, encontrarían de nuevo el aire familiar de viejos amigos, mártires de la infancia.. Bastaría con un campo, un bosquecillo entrevisto por la ventana, el piar de un gorrión detrás de los vidrios, para que el a b c se ponga a cantar la dulce canción del futuro.

Desgraciadamente este silencio espantoso lo observan también los animales. Entramos en el corral donde están encerradas más de doscientas mulas. No piafan ni dan coces ; los caballos no relinchan ni las vacas mugen. Las personas, los animales, las cosas, todo parece estar bajo este encanto taciturno.

A veces, en una esquina, el ruido del agua que cae os sorprende, os despierta. Es una fuente que la Compañía instaló para los que quisieran lavar su ropa. El agua viene de una distancia de cuatro millas por medio de largos tubos. El agua que se bebe se vende.

Visité varios caseríos en torno de oficinas. Jamás me he encontrado con una fatiga más pesada ni experimentado una tristeza más pesada aún. Nunca se me hará aceptar sin rebeldía las injustas brutalidades de la existencia y quienquiera sea el hombre, cualquiera sea el sentimiento que me inspire, considero que su envilecimiento no es un factor necesario a establecer el orden del mundo. Si se le rebaja hasta la pocilga, aunque duerma bien allí, mi humanidad protesta. Toda mi superioridad de individuo pulido por la civilización se indigna frente al hecho que se trate así lo que podría ser mi carne y mi sangre. Las Compañías aprisionan esos pobres entre cuatro muros de zinc, donde se queman en el día y se hielan en la noche ; todo éso para que los civilizados de Londres, de Berlín y de París ganen el cincuenta por ciento. Se les pide por favor de contentarse con un veinticinco, para permitir a esos desgraciados de tener una ventana por familia. Note que Rosario es quizá la oficina que les da más comodidades. Lagunas, la enorme Lagunas, me pareció de una lúgubre suciedad.

Mientras volvíamos hacia el «palacio» de mi anfitrión, le pregunté cuántos trabajadores tenía y de qué nacionalidad eran. Los dos tercios son chilenos, el resto peruanos o bolivianos.

- ¿Le crean dificultades ?

-No -me respondió el señor Brandt- sólo me felicito de tenerlos. Pero no todos los salitreros pueden decir lo mismo. Después de la revolución balmacedista, el peón chileno se hizo más difícil de gobernar. Tiró algunos disparos y el olor de la pólvora se le fue a la

(**) Presumiblemente una alusión al libro de poemas del Conde Alfred de Vigny (1797-1863) « Les Destinées ». (N.d.T.)

cabeza. Luego, el sistema de la comuna, adoptado por el Congreso, dobló su importancia de ciudadano. Siente que puede apoyarse en aquéllos que solicitan sus sufragios. De naturaleza nerviosa y violenta, de un genio impresionable, amenaza fácilmente, y del trampolín de la amenaza salta hacia la acción.

- ¿Las huelgas son frecuentes ?

- No ; Los levantamientos toman a menudo un cariz menos pasivo. Cuando nuestros obreros se juzgan oprimidos y se creen perjudicados por sus patrones, un buen día se desatan, se precipitan a la oficina, destrozan, saquean, matan. Matan raramente ; golpean solamente aquéllos que ocasionan sus quejas. Que sus golpes no alcanzan los inocentes pudo verse últimamente en Lagunas.

- ¿Cómo, la usina de North fue el teatro de un alzamiento ?

- Exactamente. El administrador que North puso a la cabeza de Lagunas disgustó los obreros con sus torpezas, los irritó con su prepotencia. Se amotinaron y lo primero que hicieron fue destruir la *pulpería*.

- Por supuesto.

- Intimaron al contador de entregarles las llaves de la caja. Querían, según dijeron, recuperar el dinero que les habían robado. El contador tuvo miedo y cedió. Entonces, furiosos, se lanzaron en persecución del administrador, cuya muerte era segura si lo hubieran agarrado ; pero nuestro hombre arrancó a galope tendido a través de la pampa. Se devastó la oficina sin que ninguno de los empleados superiores fuera inquietado.

- Yo pensé que el gobierno chileno había destacado en Tarapacá algunas guarniciones destinadas a reprimir los motines.

- En efecto, hay dos o tres : en caso de revuelta se las llama por teléfono, pero los soldados llegan para constatar los destrozos.

- ¿Y los criminales ?

- Jamás se les detiene ; sus compañeros protegen su huída y no los traicionan. Emigran hacia otras oficinas donde se les da trabajo

- ¿No se interesan por saber de dónde vienen ?

- No pedimos los papeles a nadie. Un trabajador se presenta, se le contrata, y que el diablo se encargue. Dése cuenta que no tenemos alternativa ; si las grandes explotaciones disponen de obreros, en las pequeñas faltan hombres para ocuparse del caliche.

- ¿Ustedes viven desarmados en medio de los equipos ?

- Totalmente. Sólo contamos con nuestra autoridad moral. Pero no vaya a creer que nuestras funciones sean tan peligrosas como parecen. Para un administrador no se trata de otra cosa que de administrar justicia. Nuestros peones, si respetamos las condiciones del contrato, jamás harán desórdenes. A veces descontentos, no llegarán a ser sediciosos. Prefiero nuestra

posición de patrones sin defensa en medio de obreros casi seguros de su impunidad, que la de los industriales europeos cuya omnipotencia está llena de gendarmería y de magistratura.

- Yo soy de su opinión -dije-. El Obrero frente a su patrón aprecia más justamente sus derechos y deberes y se da cuenta mejor de la situación recíproca entre él y su empleador. La entrevista privada mantiene el equilibrio ; pero si ve detrás de su amo la Compañía erguida, lista a enviarle una brigada de puñetazos o regimientos de bayonetas, entonces el equilibrio se rompe. Una vez más la fuerza echa en la balanza su espada. Se parece a un jugador entregado a su propia inspiración y a sus recursos, mientras que su contrincante estaría aconsejado, preservado, comanditado por mandamases infalibles. Con razón o sin ella, siente que la partida es desigual.

- Pero no olvide -agregó mi anfitrión- que los socialistas, comunistas o anarquistas- yo no sabría distinguirlos-, todavía no han propagado su doctrina en la pampa. Nuestra parroquia no conoce esos frailes predicadores.

- Creo que tampoco conoce su cura párroco.

- ¡Oh ! Los curas nos estorbarían.

- Sin embargo, yo creía que este pueblo es supersticioso.

- Sus supersticiones se bastan a sí mismas. Por lo demás más fatalista que supersticioso desprecia por igual la vida y la muerte. Pregúntele a sus médicos : le responderán que nunca han cuidado enfermos más indiferentes al sufrimiento físico y más descuidados con las prescripciones.

- ¿Y de qué mueren ?

- De alcoholismo, pulmonía y de infección, que se extiende como una lepra en Tarapacá, cuyos pueblos, que usted ha atravesado, son focos que no se apagan nunca.

Habíamos regresado y la jornada pasó sin otro incidente, aparte la llegada de dos vecinos que se quedaron a cenar.

En la noche salimos un momento. Al exterior, tinieblas y frescor. La oficina, iluminada con electricidad, aparecía en la noche silenciosa del desierto como un islote de claro de luna con verdes transparencias desde donde se escuchaba un murmullo de agua hirviendo. Las usinas modestas no poseen la electricidad ; ellas se sirven de antorchas, lo que hace que el espectáculo sea más pintoresco. Me acuerdo que donde Galté, en Reducto, subía en la noche sobre las pasarelas que dominan las bateas, en los momentos en que los torrentes de nitrato se vertían en los canales. Un joven obrero, del cual me parece ver aún su rostro inteligente, los ojos ardientes y la tez morena, con una mano paseaba la llama vacilante sobre el arroyo humeante y con la otra regulaba los cursos dirigiendo las caídas con ayuda de tapones. Yo le tomaba su antorcha y, más libre de sus movimientos, agarraba una barra de fierro para desprender la pasta blanca que los pequeños torrentes iban depositando a lo largo de los canales. Olores de yodo invadían nuestras narices. No nos hablábamos ; él un poco sorprendido por mi curiosidad activa, yo enteramente entregado a la fantasmagoría del

cuadro. Las máquinas tronaban detrás nuestro ; las cargas de las vagonetas se desplomaban en las tinajas ; entre cielo y tierra se deslizaban resplandores por encima del desagüe y de su ruido de cascadas se desprendían fuegos fatuos sangrientos.

¡Cuántos recuerdos traje de las oficinas donde estuve ! Hoy desfilan en mi memoria uniformemente grises por el polvo de Tarapacá, grises y sin brillo. Es difícil que nuestra imaginación no se cree un nido en uno de los parajes que atravesamos. No soñé de un rinconcito para mí en la pampa. Las enormes riquezas que desfilaron frente a mí no me provocaron ninguna envidia ; pero me acuerdo de una conversación que tuve una noche con un viejo salitrero agriado por treinta años de usina. Le había hecho parte de mis tristes impresiones de ver tanta miseria humana. Tímidamente le decía que a lo mejor se podría modificar la condición de los trabajadores... Él me interrumpió :

- Sí, comprendo lo que usted siente ; ustedes llegan de Francia con ideas de fraternidad social, de emancipación de los espíritus, de progreso en el bienestar ; la oposición entre nuestras fortunas y la miseria que las rodean os conmueve. Ustedes maldicen los especuladores. Más bien compadézcanlos. ¿Cree usted que somos tan felices ? ¿Conoce usted muchos de sus semejantes que aceptarían relegarse como nosotros en las arenas del desierto ? ¿Ha pesado usted nuestras responsabilidades, nuestras molestias, nuestros días de inquietud, los bruscos despertares en nuestras noches cuando una bomba no funciona y que hay que repararla a la luz de las antorchas ? ¿Sería injusto que nuestra perseverancia y nuestro renunciamento a todos vuestros placeres nos sean pagados y constituyan nuestras rentas ? ¿Y si no ganáramos más que aquéllos que se dan buena vida en el regazo de la tierra natal, no sería un pésimo negocio ? Puede echársenos a la cara que nuestra ambición está en el dinero, el sucio dinero, como se dice. Pero trabajamos para nuestros hijos. Les tejemos un tributo de oro. Ellos se irán, ignorando nuestra paciencia y la embrutecedora soledad de la pampa. Nosotros hacemos una economía de felicidad que ellos gastarán un día. Ustedes nos reprochan de no hacer nada por mejorar el destino de nuestros obreros. Pero, perdóneme ¿qué sería de esas víctimas de nuestra avaricia sin nosotros ? Es gracias a nosotros que esos hombres y esas mujeres viven, y viven según sus gustos. Podríamos cambiar sus gustos, educarlos, ennoblecerlos. ¿Qué ganarían ? Los salarios que les damos podrían permitirles asegurar el reposo de su vejez. Prefieren comérselos y tomárselos. Y por otro lado, ¿es que llegan a viejos ? ¿Por qué se ocuparían de sus viejos días personas que apenas alcanzan la madurez ? Deberíamos enseñarles la higiene y obligarlos a observarla. Pero, mi estimado señor, la botella del falsificador de aguardiente tendrá siempre la razón frente al frasco del farmacéutico. Ni siquiera podemos vacunarlos. El sólo medio de medicarse es la borrachera. ¿Somos responsables de ello ? ¿Venimos aquí para predicar la Buena Nueva ? Los apóstoles no trabajaban en el salitre. Seguro que nos conviene ver nuestros obreros practicar la temperancia y los preceptos del Evangelio, el trabajo rendiría más. Pero estos hombres están hechos de tal manera que, lejos de conciliármolos con nuestros consejos y nuestra solicitud, los volveríamos insoportables. Si por ventura tuviéramos inclinaciones hacia la caridad, no hay que dejarlo entrever. El obrero vería en la mansedumbre de su amo el remordimiento por los robos de los cuales lo acusa. ¡No al sentimentalismo, sobre todo aquí ! Tratamos con seres groseros cuya inteligencia, a veces despierta, es de cortos alcances. El tiempo los afinará, si el tiempo lo decide ; para mí, es mejor no meterse. Repito una vez más, nuestras riquezas, que la leyenda exagera, son más lamentables que su infortunio aparente. Vea por ejemplo, estos montones de salitre que usted distingue en la sombra y cuya blancura me fatiga los ojos desde mi juventud, ¿sabe usted lo que representa para mí ? El

desmoronamiento de mis sueños, la pulverización de mi vida. Estas máquinas, que nos persiguen con su estruendo, han despedazado mi inteligencia. Hoy continúo lo que he hecho durante treinta años : me levanto a las cinco de la mañana, me acuesto a las diez de la noche ; merodeo en torno de mis caliches y de mis estanques ; cuento los sacos de salitre producidos ; cuento mis beneficios ; al final me quedo sin ganas y sin esperanzas.

Hizo un gesto brusco, un gesto que parecía una amenaza y que se dirigía a la inmensidad plana cuyo horror nos apretaba. Y yo lo escuché, convencido que no tenía completamente razón.

CAPÍTULO VII

REGRESO A IQUIQUE. - LA GUERRA CIVIL EN EL PERÚ

OTRAS PALABRAS SOBRE EL SALITRE. – CONVERSACIÓN

CON UN EX MINISTRO PERUANO

Cuando recorremos nuevos países, a menudo estamos más preocupados de sentir en ellos las sensaciones que esperábamos encontrar, que de descubrirlos. Si tales sensaciones no responden a lo que esperábamos, existe la tentación de denigrarlos. La naturaleza nos engaña. Tengo horror de los reptiles, pero si atravesando diez leguas de selva en Amazonas no encontrara ninguno bajo el trote de mi caballo, quedaría profundamente frustrado. Arriesgándome en estas soledades, estaba seguro que me esperaban emociones. Tan seguro como estaba de encontrar suaves asperezas. Por lo demás, tengo derecho a mi escalofrío y a mi vípera.

Cierto día, un inglés que exploraba la República Argentina supo que en la provincia de Salta existía una especie de mosquitos más grandes que las langostas. Estos insectos gigantes, cuya invasión no era detenida ni por las puertas ni por las ventanas, devoraban los viajeros. Nuestro inglés, que era presa de un spleen solitario, se precipitó hacia ellos ; se detuvo en una miserable posada y preguntó al posadero : « - ¿Hay mosquitos aquí ? » « - Muy pocos, se le respondió ». « Éso es, -se dijo para sí- nunca se tomarán la molestia de decirme la verdad ». Y se instaló. Llegada la noche, prendió su vela y para no languidecer, abrió las ventanas. Moscas inocentes entraron y con mucha dedicación fueron a quemarse en la llama. Nada de mosquitos, ningún monstruo. Hizo venir con urgencia al posadero y cuando lo vio, le preguntó : « -¿Y bien, y los mosquitos ? ». « -Pero señor -dijo el buen hombre-, no hay » « - ¿Cómo, no hay ? ». « - ¡No señor ! ». « -Entonces ¿qué es lo que vine a hacer aquí ? » -se interrogó . En efecto, el posadero se lo preguntó también largo tiempo. El paisaje era admirable, el claro de luna maravilloso. Nuestro inglés no quiso ver nada de ello.

Con frecuencia nos parecemos a él ; viajamos solamente para gozar de nuestros zancudos. Ahí donde no zumban, nos sentimos decepcionados y descontentos. Cuando se recorre el mundo, lo imprevisto seduce menos que lo que ha sido previsto y que se realiza. Es por éso que los duendes de nuestra imaginación son los más geniales pintores de continentes desconocidos. Por lo demás, no hay que creer que el sol nace y muere de manera diferente en París o en Santiago. Muchos paisajes que se describen con amor a cinco mil leguas de distancia de la patria, se les ignora cuando podría contemplárselos desde su casa natal. Los múltiples aspectos de la naturaleza se limitan bajo nuestra pluma o bajo nuestro pincel a un pequeño número de estereotipos cuya diversidad consiste apenas en leves matices. Pero lo que no inventamos, lo que jamás evocaríamos de manera satisfactoria, si no lo hemos visto y escuchado nosotros mismos, es el hombre de latitudes extrañas, su silueta, su acento, su gesto, su alma por último, tal que le han dado forma las costumbres, los prejuicios, el aire, el sol, la brisa, los miasmas y los perfumes. Es él quien divierte el transeúnte ; vale la pena que por él se afronten las borrascas del océano y el cálido viento de los desiertos. Sospecho que sus grandes alegrías y sus grandes miserias son las mismas que en todas partes ; pero sus manías, sus defectos lo clasifican, le ponen etiquetas y la psicología del viajero se apega más al relieve del individuo que a su fondo inmutable. Los verdaderos paisajes son los estados de ánimo. Desgraciadamente, me parece más fácil poner rosado sobre verde o rojo sobre negro, que pintar lo que traiciona una mirada, lo que denuncia una palabra, lo que una conversación revela.

Cuando después de mi estadía en el desierto volví a Iquique, supe que el paquebote del norte traía tres días de atraso a causa de la revolución en el Perú. Los revolucionarios, aunque bien podrían ser los revolucionados, lo habrían retenido en el Callao o en el puerto de Arequipa. Esta guerra civil duraba varios meses, sin poder explicarme la indiferencia casi general con la que se acogía los partes de victoria de Piérola y los de Cáceres. Se me dio una razón de peso : en Perú , cuando dos ejércitos se afrontan, sus generales respectivos lanzan la noche misma, a la misma hora, el mismo telegrama de triunfo ; y las dos partes se felicitan, cada una por su lado y con el mismo ardor. De ordinario es durante el sueño de las tropas que se precisa la victoria y al día siguiente en la mañana el héroe vencido y desengañado constata que ha perdido el campo de batalla. Como no se explica tal portento, le echa la culpa de la derrota a la noche, en tanto que la historia le echará la culpa a él. Mientras dormía, la tierra daba vueltas un poco. Por éso los extranjeros y los espectadores de las fronteras no se conmueven con una noticia, ni siquiera con dos. Esperan con paciencia la derrota definitiva. Luego después, hay que reconocerlo, el Perú siempre en efervescencia ha hastiado sus vecinos

con las peripecias de sus luchas intestinas. La gente se dice : « ¡Vaya ! Es hoy que van a entredegollarse en Lima, con el mismo tono con que la gente de Beaucaire^(*) podría decirse « ¡Vaya ! Es hoy que los tarasconeses sacan a pasear su *Tarasca* ».

En el fondo, no hay nada más doloroso que asistir a las últimas convulsiones de una república que agoniza y que sólo toma conciencia de sí misma para golpearse y ensanchar sus yagas. No hay Estado en el mundo donde la sangre haya sido derramada con tanta abundancia hasta saturar la tierra. Su historia comienza con la matanza de diez mil indios, matanza que duró un cuarto de hora. ¡Corta, pero abundante, la sangría ! Pero los españoles la pagaron a su justo precio. Los efluvios de la sangre los habían embriagado para siempre, ellos y sus descendientes. Cuando no tuvieron más indios que matar, se volvieron unos contra otros. Pizarro decapitó Almagro, Rada asesinó Pizarro. Y la lista de crímenes desplegó sus rojos anillos bajo el sol de los trópicos. Los autos de fe se apagaron sólo cuando estalló la guerra de la Independencia de América. La república salió de la hoguera, entonces, como en las genealogías lúgubres de la Biblia : hubo un presidente, que fue asesinado por un coronel, que fue asesinado por un abogado, que fue asesinado por un general. Cuando por fortuna la pistola yerra o el puñal desvía, la muerte se cambia en el exilio. Hoy el general Cáceres, que había usurpado el poder, se arrancó corriendo frente al general Piérola que en otro tiempo también lo había usurpado. Pero se tirotearon durante tres días en las calles de Lima ; se convino a duras penas de un breve armisticio para enterrar los muertos, que se hacían amenazantes. ¿Y las razones de esta carnicería ? No hay otra que la ambición estúpida por la presidencia. Los últimos peruanos continuarán disputándose a mano armada el honor de gobernar una necrópolis. ¡Presidentes de cementerio ! El más rico país del universo, el país del oro, de la plata, de las bellas cosechas, y del cual la rapacidad no ha podido agotar sus manantiales fantásticos ; el país donde los paladines feroces se metamorfoseaban en Aladinos maravillados se esteriliza, y para morir se envuelve en los andrajos sanguinolentos de su miseria anárquica. En el momento en que me encontraba en Iquique, Piérola no era todavía vencedor. Sin embargo nadie dudaba del resultado final de la guerra. En estos estados, cuyos ciudadanos se desgarran mutuamente, es raro que la insurrección no triunfe. El gobierno, nacido del tumulto siempre se ha hecho odioso ; y el pueblo, que no posee el espíritu de Voltaire, no se cansa de reemplazar una bestia feroz por otra.

Tuve pues que esperar en Iquique la llegada del barco. Ahí encontré de nuevo la agradable compañía de mis compatriotas y durante nuestras conversaciones, a menudo alimentadas por la cuestión del salitre, mi ingenuidad comercial quedó sorprendida al descubrir cómo se operaban las ventas del producto. Yo imaginaba que las firmas de Europa lo compraban directamente a las de Tarapacá. ¡Peregrina simpleza ! El nitrado de soda se vende en Valparaíso. Valparaíso lo pasa a sus agentes de Iquique. Estos tratan con los representantes de las compañías marítimas. Estas compañías, cuyos navíos lo transportan, lo suministran a negociantes de productos químicos, los cuales abastecen los comerciantes detallistas y son éstos quienes lo entregan a los agricultores. Entre el que lo elabora y el que lo consume, cinco o seis intermediarios se escalonan, se suceden. Uno o dos bastarían. Ahora, trate de cifrar el beneficio de los comisionistas. Es a quedarse espantado con el número de zánganos que nuestro estado social engendra. ¿Piensa usted que estos agentes, subagentes, sucedáneos de subagentes facilitan las transacciones ? Error : ellos las frenan. Cuántas veces

(*) Beaucaire es una ciudad que se levanta a la orilla derecha del Ródano, casi en su desembocadura ; en la orilla de enfrente se erige la ciudad de Tarascón, donde sus habitantes, durante las fiestas de Pentecostés, paseaban por la ciudad la efigie de un animal monstruoso llamado la *Tarasca*. (N.d.T.)

se ha tratado de prescindir de ellos, y cada vez la misma cosa : o bien se mancomunaban inmediatamente para oponerse a las veleidades de independencia, con el riesgo de arruinar las cosechas de diez provincias, o bien echaban mano a la eterna maniobra de los acaparadores. Comprendo al comisionista que trabaja un artículo y al cual se le paga la lucha contra la competencia. Pero aquí no hay competencia que temer ni imperativo de promover por medio de la publicidad : la producción satisface apenas las necesidades del consumo, o los salitreros se las arreglan para no excederlas. Frecuentemente nuestras sociedades se parecen a los viejos torreones cuyas últimas defensas han sido desmembradas por las plantas parásitas.

Por lo demás, estaba harto del salitre y como buscaba diversiones, la suerte puso en mi camino un amable peruano con el cual no tardé en liar relación.

Era un hombre que llevaba un gran sombrero, tenía grandes cejas, una gran nariz y grandes bigotes. Salvo su estatura, que era mediana, todo en él era grande, incluso su discurso, que no estaba exento de grandilocuencia. La edad había pimentado sus bigotes y espolvoreado sus cabellos. Su rostro era el triunfo mismo de la línea aguileña. Sus cejas, su nariz, su barba recurvada, su mentón levantado le daban el aspecto feroz del yatagán hecho hombre. No se veía más en sus ojos que lo que podía verse en un horno ; su piel era cobriza, pero sus treinta y dos dientes lanzaban treinta y dos relámpagos. Al fin de cuentas, el más pacífico de los hidalgos y el más valiente burgués. Excelente padre de familia, adoraba sus hijos y veneraba su mujer, que según decía tenía sangre real ; pero sin cuidarse del mañana andaba a tres cuartos y un repique. Tenía la impertinencia desenvuelta de los peruanos de buena casa que no dudan un solo instante que con ello honoran al diablo. Por último, este hombre sombrío y cortante era un refinado en cortesía. A la primera entrevista usted lo había conquistado y él declaraba no ambicionar otro gozo que el de servirle. Al día siguiente, usted no podría preguntarle la hora sin que él le regale su reloj. Bolsa, penates, familia y él mismo, todo era puesto a vuestra disposición. Había jugado un papel en la política del Perú. No me acuerdo cuál cartera había estado a su cargo ; pero es tan difícil encontrar en viaje un peruano que no haya sido ministro como un boliviano que no sea coronel. ¿Quién sabe si más tarde no se dirá lo mismo de ciertas repúblicas europeas ?

Una mañana entró a mi aposento. –Señor -dijo-, usted recorre América para distraerse y también para instruirse, usted y aquéllos que lo leerán.

- Dios mío -le respondí-, no podría jactarme de llegar a instruir mis contemporáneos, pero me contentaría con poder contarles ciertas particularidades de estas regiones que ellos ignoran, porque son muy hogareños.

- ¡Perfectamente !, ¡perfectamente ! -me replicó mi interlocutor- ; yo quiero facilitarle la tarea y a éso vine.

Se sentó, tomó un cigarro de La Habana, uno de esos gruesos cigarros que se diría liados en papel de envolver, lo encendió y continuó :

- Permítame primero, señor, preguntarle sobre la impresión que le deja esta pampa salitrera y esta ciudad de Iquique.

No me dejó tiempo de contestarle.

- Mala, ¿no es cierto? Usted ha quedado asombrado, puesto que vivimos en un país único en el mundo, para después terminar hastiado. ¡ No me diga que no! El hastío se impone. Desafío cualquier viajero imparcial a no llevarse un recuerdo de árida tristeza. Usted puede vanagloriarse de haber visitado el más abominable hospital de la codicia humana. La fiebre del cheque, la bulimia del oro, el baile de San Vito de los millones, la peste negra del egoísmo, sin hablar de otros contagios menos alegóricos, usted ha visto todo. Desde hace cinco años vivo en Iquique y no sabría decirle hasta qué punto disfruto de este espectáculo. Con él siento una voluptuosidad tal, que si me ofrecieran un castillo en vuestra dulce y fértil Turena, donde he estado, lo rechazaría, con el solo fin de poder asistir largo tiempo a la descomposición de este pueblo.

Sus dientes relucían terriblemente. Nunca habría imaginado que un tal sadismo intelectual fermentara en el alma de este ex ministro, por lo que lo miré casi estupefacto.

- ¡Ah!, ¡ah! -continuó-, usted no me comprende. Olvida que soy peruano y que esta tierra nos fue robada por Chile, ¡sí señor, robada! Los chilenos la anexaron para entregarla a la voracidad de los agiotistas y a los « croupiers » de su aduana. ¡Éso les traerá mala suerte!. Esta conquista que obtuvieron nos vengará mejor que un ejército victorioso. El guano nos perdió, el salitre los arruinará. Nada desmoraliza más rápido una nación que un desborde de riqueza, que parece infinito porque es torrencial y que no solicita ningún esfuerzo meritorio, porque es pasajero. Cuando las máquinas enmohecerán en Tarapacá, en un desierto esterilizado, solamente entonces Chile despertará, como un fumador de opio embrutecido por su sueño. Agotado el torrente de oro, sólo quedará el légamo arrastrado y la atmósfera viciada por largo tiempo. Se verá la generación del salitre desparramarse a través del territorio nacional y propagar sobre él su falta de sentido moral y su grosería de espíritu. Por lo demás el mal ya ha comenzado : consulte los comerciantes extranjeros establecidos en el país desde hace veinte años ; no encontrará uno, ni uno solo, que no habrá constatado el deterioro de la probidad y los progresos de la mala fe. Todos le dirán que en otro tiempo el chileno poseía la honestidad rígida y que no bromeaba con la palabra dada, que era severo consigo mismo, menos enceguecido por las cuestiones de lucro y más preocupado por el interés general. ¡La raza fuerte, señor!, no distinguida, pero robusta como un bosque de robles y resistente como fortalezas vascas. Usted la comparó a la raza romana⁽¹⁾ yo creo ; ella lo merecía y reconozco que nadie puede dudarle. Hoy, la malaria de Iquique hace vacilar singularmente su hermosa llama de honor. Los miembros de las más altas familias dejan que sus firmas sean protestadas ; los particulares viven de empréstitos ; los banqueros especulan sin vergüenza ; se piensa únicamente en la rapiña. Exactamente como era en el Perú en el tiempo del guano. Tengamos paciencia, la situación no tardará en hacerse peor. Es la razón por la que no me canso de mi estadía en Iquique, ni del espectáculo de sus orgías, ni de ver sus millones. Si dependiera de mí, los multiplicaría, convertiría su arena en granalla de oro, sus piedras en lingotes, sus rocas en pepitas. ¡Ah! Nos has arrebatado nuestro bien, pueblo de judíos portugueses, ¡ah! tienes sed de plata. Pues bien, ¡he aquí, he aquí, toma, cólmate, revienta!

Se había puesto de pie, el brazo tendido hacia la ventana, impetuoso.

- Cállese -le dije-.

Se puso a reír.

⁽¹⁾ Ver apéndice n° 1. (N.d.A.)

- Me divierto -dijo- ¡y que Dios me perdone ! me creí todavía en el parlamento peruano.

Se sentó de nuevo, encendió un segundo cigarro y continuó :

- Lo que usted acaba de escuchar tendrá que repetirlo a sus lectores. Es la verdad, ¡caramba !, la pura y santa verdad. El cóndor chileno tiene algo en el ala. Morirá del último grano de salitre como el loro de una brizna de perejil, y los ingleses lo embalsamarán, a menos que los alemanes, siempre hambrientos, no se lo coman acompañado de mermelada. Y a ustedes, franceses, no les importa nada. Injustamente ustedes se desinteresaron de la costa americana del Pacífico. No han arriesgado grandes capitales y vuestra influencia disminuye cada día. No lo constato sin pesar profundo : amo la Francia ; viví en ella ; es mi segunda patria y mi tierra de predilección. Sueño para ella una conquista pacífica, cuyo plan me permito someterle.

Se detuvo para saborear mi sorpresa, pero quizá a su gran decepción, como no me deshacía en agradecimientos y que mi ausencia de entusiasmo amenazaba con comprometer su elocuencia, se acercó y me tomó la mano :

- ¡Estimado señor ! -exclamó

Yo le respondí -¡estimado señor !- y esperé con curiosidad.

- Sólo depende de Francia -continuó- de dominar moralmente y de poseer industrialmente el más rico país de América del Sur. Este país, que todos están de acuerdo en considerarlo como arruinado, abunda todavía en minas de plata, de oro y de cobre. Aunque se le ha explotado durante tres siglos, no se ha explorado todavía todas sus maravillas...

- Pero, es del Perú que usted habla -exclamé-.

- Precisamente.

- Lamentablemente, señor, soy de su opinión ; me parece que su patria es privilegiada. Su nombre se hizo para nosotros sinónimo de riqueza y lo será por largo tiempo. Pero qué capitalistas serían suficientemente temerarios como para comanditar en ella empresas, que no solamente no estén garantizadas por sus gobiernos efímeros, sino que además corren el riesgo de precipitarse con ellos en sus caídas. Conozco europeos que han preferido abandonar las minas que se les había concedido y los trabajos que habían comenzado, en lugar de soportar el pillaje de las tropas o de exponerse a su extorsión.

-No digo que esas cosas no sucedan y acepto de buena gracia que desde el tiempo del ministerio del cual formé parte - ¡y éso !-, Perú no ha tenido un gobierno serio. Pero el día en que una nación europea, la Francia por ejemplo, que es la más amada, se dará la pena de ocuparse de ello, estos tristes incidentes no volverán a repetirse.

- ¡Cómo !, ¿el Perú aceptaría un protectorado ?

- ¡Protectorado ! El término es demasiado grande, pero la idea es justa. Yo no quisiera una tutela reconocida y legalizada ; solamente desearía un patrocinio oficioso.

- ¡Qué quimera !

- Muy realizable, se lo aseguro. ¿Qué reclaman los peruanos ? Un gobierno. Si cambian de gobierno como quien cambia de camisa, no vaya a creer que es por espíritu de insubordinación ; es más bien por necesidad de ser mandados. ¿Detrás qué corría Don Juan en el curso de sus mil aventuras ? Del amor, un ideal de amor que nunca encontró. De la misma manera el pueblo peruano a través de sus revoluciones no busca otra cosa que amos sólidos que lo seduzcan para siempre ; no se puede decir de él que no esté hecho para obedecer, como no se puede decir de Don Juan que no había nacido para amar.

- Todo éso está bien -interrumpí- ; pero si vuestro pueblo no será jamás fiel a sus amos como el héroe español a sus amantes, los capitalistas estarían tan locos, me parece, de confiarle sus caudales, como los padres que entregarían sus hijas al homicida del Comendador.

- Permítame decirle que comparación no es razón, sobre todo cuando es prolongada. Don Juan exigía de la mujer cualidades, que el peruano no exige a su gobierno.

- Hay que preguntarse si el pueblo peruano sabe lo que quiere.

- Justamente, no lo sabe, pero espera de sus presidentes que se lo digan. Es lo que ningún partido político ha sido capaz de hacer, por la simple razón de que los partidos también lo ignoran

- Pero entonces -exclamé riendo- no comprendo nada ; y que el sol me quemara si llegara a comprender el papel que jugaría Francia en medio de tanta y tan profunda inconsciencia.

- ¡Cómo ! ¿No adivina señor ? Francia, Inglaterra o Alemania, podrían instruir el gobierno sobre los intereses que defienden y persuadirlo que son también los suyos. Así el gobierno gritaría al pueblo : « ¡Hemos encontrado el objeto de tus deseos ! » Y el pueblo le creería e incluso estaría encantado con la perspicacidad de sus ministros. Todo el mundo ganaría, el pueblo peruano, los ministros y Francia.

Se detuvo, pasó un pañuelo sobre su frente, prosiguiendo de inmediato :

- Cuando digo que Francia podría esclarecer al gobierno peruano doy a la palabra esclarecer todos sus sentidos, principalmente el que le dan los jugadores. Confieso que no detesto los naipes y que el rocambole y el baccará han abreviado un cierto número de mis noches. Pues bien, señor, cuando usted se sienta frente a un tapete verde y que se le ruega de esclarecer, usted lleva la mano al bolsillo. Es sobre todo en esta acepción que el gobierno peruano desea ser esclarecido. Piensa que aquí abajo no hay luz más segura que la del oro. Hemos llamado nuestras piastras soles introduciendo con ello la verdad en una metáfora. Es la moneda, blanca o bermeja, que alumbraba la linterna de la humanidad. Sólo conozco dos cosas que ponen una llama en los ojos de todos los hombres, ver una hermosa mujer y ver un billete de banco. Francia debería pues esclarecer los amos del Perú, de tal suerte que no puedan equivocarse de ruta ni caer en la rodada.

- Ni lo piense -le dije-, Francia se arruinaría en gastos de alumbrado.

- En absoluto. Se trata solamente de esclarecer a propósito, y nada más. Algunos globos eléctricos valen más que miles de farolitos. Es asunto de quinientos o seiscientos mil francos, ni más ni menos.

- ¿Por trimestre ?

- Ni siquiera por año : a cada renovación normal de los poderes. Usted imagina quizá que un presidente y sus ministros cuestan caro al Perú. Es un error, señor. Ellos son más baratos que en los Estados Unidos o en la República Argentina. Con quinientos mil francos me encargaría de formar un gabinete y ponerlo a su disposición. Si nuestro país es prodigiosamente rico, nosotros, sus hijos, somos prodigiosamente pobres. Pierolista convencido, no le hablaré de Piérola ; pero vea nuestro usurpador actual, el general Cáceres. ¿Usted cree que basta con agacharse para recoger rentas ? Pobre hombre, sin su mujer no sería nada. Para su felicidad, se casó con una mestiza india que no se echa para atrás en el trabajo. Ella elige domicilio, de la noche a la mañana, en el negocio de su farmacéutico y es ahí, detrás del mostrador, que recibe a los que pretenden a un título o que postulan a un empleo. Mientras que el boticario vende sus drogas, ella distribuye patentes, cargos, honores. La misma persona puede, en la misma botica, comprar por cincuenta piastras de galones y veinte centavos de ipecacuana. No se figure que este pequeño tráfico es uno de los reproches dirigidos contra Cáceres. Éso le da más bien un poco de popularidad, justificándolo con la siguiente reflexión : « Ésa gente no es orgullosa y no se ruboriza cuando se trata de ganarse la vida ». Respetándoseles todavía más. El pueblo quiere mucho la señora Cáceres, y si pudiera preferir otra, elegiría quizás la señora Piérola. Es la razón por la cual usted comprenderá ampliamente que quinientos mil francos bien distribuidos harían del Perú una nación de intrépidos francófilos. Francia obtendría todas las concesiones y privilegios que quisiera ; no soy de quéllos que comienzan por decir que ustedes no saben colonizar. En cualquier lugar que se implante el inglés, se le soporta sin aceptarlo. Los alemanes lo consiguen solamente arqueando el lomo ; ellos no colonizan, más bien cavan guaridas de topos. En cuanto a los yankees, no podemos soportarlos. Los franceses se establecerían en Perú y le asegurarían la prosperidad. Se enriquecerían, crearían maravillosos mercados para sus capitales y el gobierno les garantizaría su apoyo.

- Usted es un utopista -le dije-. El partido de la oposición -usted admitirá que quedarán algunos indisciplinados bajo el nuevo régimen- aspiraría también a beneficiar de las luces de la República Francesa, sin esperar la expiración de los mandatos para correr a la elección con cascots en vez de urnas y cartuchos en guisa de votos. Una revolución estallarí ; el Banco Nacional salta, las industrias se derrumban, mientras que los vencedores sentados en torno del tapete verde ruegan a Francia de « esclarecer » nuevamente. Habría que hacer descender nuevas lenguas de fuego sobre estos buenos apóstoles.

- ¡No señor ! -exclamó el ex ministro peruano. Si los amotinados amenazan el orden, dos acorazados franceses en la rada del Callao los llevarán a la razón. Fortalecido por esta presencia, el gobierno no admitirá que su autoridad le sea escamoteada. A su lado estaría toda la gente honesta y el pueblo no se mostraría contrariado al ver que no se le exterminaría con tanta frecuencia. Porque por mucho que se desprecie la muerte, es mejor morir tranquilamente en su lecho que vaciar sus entrañas en un arroyo.

- Pero los criticones se indignarían si el extranjero les impidiera de formar sus batallones. Rápidamente denunciaría la confiscación de su independencia. Predicaría una cruzada contra los opresores...

- ¡Ah señor !, su pesimismo es demasiado puntilloso. O se les cuelga o se les nombra agentes de aduana, pues siempre vale más convencer sus enemigos que suprimirlos, porque los muertos vuelven ; de ello tenemos alguna experiencia en el Perú, donde hace doscientos años que los cadáveres nos asedian, sin que los vasos sagrados de las misas dichas por ellos hayan apagado la sed de sus manes. La sangre de los ciudadanos corre por sí misma al río de las antiguas matanzas. Puede parecerle extraño que un peruano le haya hablado, como yo lo he hecho, de su país y de su gobierno. Pero mi convicción es que nuestra salvación sólo puede venir de un Estado poderoso capaz de levantar parapetos en torno de nuestras instituciones. No hablo de alienar nuestra independencia ; quisiera preservarla. Perú tiene necesidad de un consejo de familia. Que Francia se encargue de convocarlo. Si Inglaterra pone los pies donde nosotros, nos avasallará. ; si Alemania se atreve a hacerlo, nos sobrecargará. Con Francia estamos siempre seguros de conservar nuestra inteligencia y nuestra libertad. Y con ésto, señor, ¡buenas noches ! Usted parte mañana y yo cuento con que me hará el honor de aceptar mi compañía hasta el barco.

Antes de que yo encontrara algo para responderle, mi ex ministro se levantó, me abrazó y se fue haciendo chasquear sus botines en la escalera del hotel.

Al día siguiente, en efecto, dejaba Iquique en dirección a Antofagasta. Mi peruano me acompañó hasta el pequeño embarcadero de madera donde las barcas se entrechocaban furiosamente. Y cuando iba a partir, el entretenido personaje me gritó :

- ¡Y sobre todo no se olvide de nuestra entrevista de ayer !

Al abordar el barco tuve el placer de constatar que no iba lleno ni de pasajeros ni de hortalizas y que, durante las dos noches que pasaría a bordo, podría pasearme a cielo raso sin caminar sobre montones de cebollas y sin tropezar contra alguien que duerme. El navío se alejó, el oleaje era grueso e Iquique, que retrocedía detrás nuestro, me apareció con su cinturón de espuma, sus techos ennegrecidos, sus altos tubos, como una enorme oficina adosada a la montaña y bañada por un océano más cambiante que el mar de arena.

CAPÍTULO VIII

ANTOFAGASTA.- FRAGMENTOS DEL « DIARIO DE UN ENARENADO ».

Descendí en Antofagasta donde debía encontrar el director de las minas de Huanchaca, el señor Leiton y acompañarlo a Bolivia. Nuestro excelente compatriota, el señor Vattier, presidente de la misma sociedad de Huanchaca, me había teleografiado su llegada. Pero al día siguiente de su desembarco fue afectado de influenza y nuestra partida hacia el altiplano fue retardada día a día. En resumen, pasé más de quince días en esta pequeña ciudad de arena, donde había contado estar no más de cuarenta y ocho horas y de lo que habíamos proyectado nada se realizó. No viajé en compañía de Vattier ; el señor Leiton dejó Antofagasta después que yo ; mientras que yo entraba a Bolivia en el momento excepcional del carnaval y si en este viaje no conocí las ventajas de un tren especial o casi presidencial, hice un viaje de lo más agradable con los compañeros más encantadores.

La casualidad había reunido en Antofagasta varias personas que se encontraban en mi caso. Todas deseaban partir para Bolivia, pero circunstancias imprevistas las retenían en este lado, donde se aburrían a morir. Uno, el señor Costa, antiguo oficial corso, hoy ingeniero, volvía a Sucre con toda su familia, pero la enfermedad de uno de sus hijos lo había retenido en el hotel. Su sobrino, Philippi, agregado a la compañía de Huanchaca y el señor Ribeira de Ennera, coronel boliviano, un auténtico coronel que había tenido el honor de ser proscrito por su liberalismo, esperaban para ponerse en marcha que el señor Leiton, patrón del primero y primo del segundo, se decidieran a partir. El señor Leiton esperaba que el señor Vattier se restableciera ; el señor Vattier esperaba que alguien le bajara la fiebre, mientras que yo esperaba todos esos señores. Note bien que el coronel, Philippi, Leiton y yo, cada uno de nosotros podía partir antes, sin perjudicar a nadie. Pero la América del Sur es la región del mundo donde se espera con mucho gusto. Pareciera que se tiene miedo de moverse, miedo de actuar. La indolencia americana, que influye rápidamente en el carácter de los europeos, detesta desplazarse. No se puede decir que se tema viajar ; las distancias no asustan a nadie ; si un francés recula ante dieciocho horas de tren, tres días de ruta son una bagatela para un hispanoamericano. Pero como se sabe que el itinerario es largo, no se toma en cuenta el tiempo. ¿Qué es una quincena de más o de menos frente a la inmensidad de las pampas ? Basta con que la parada le agrade para que el chileno o el boliviano se detenga ; no tiene tampoco que gustarle obligatoriamente : basta con que haya llegado allí. Donde se detiene, sus pies tienen tendencia a echar raíces, porque después de todo se acomoda fácilmente con lo provisorio. Leiton había bajado de su nido de cóndor hacia tres meses y se adormecía bajo el calor de Antofagasta. El coronel volvía de exilio. Philippi volvía de más lejos todavía puesto que había esperado irse a Europa, pero se vio en la necesidad de regresar al altiplano. En lo que me concierne, nunca pensé pasar un verano en un hotel de los trópicos. Pero una inercia misteriosa, superior a nuestras voluntades, nos entorpecía, nos paralizaba . Así, echando pestes contra la duración de las tardes, su inutilidad, el aburrimiento mortal de la ciudad y la suciedad de los restaurantes, nos quedábamos ahí, los brazos colgando y, me ruborizo al decirlo, casi feliz de que el día de partir no fuera el día de hoy.

Tengo frente a mí algunas notas escritas en la noche, cuando por fortuna podía respirar en mi pieza. Ellas ayudarán a comprender, mejor que cualquier explicación, la especie de entorpecimiento beato en que viven tristemente los habitantes de la costa ; ellas darán quizá una impresión bastante exacta de los caseríos perdidos en las playas desiertas cuando no son, como Iquique, sacudidos por la trepidación de negocios desenfrenados. Note sin embargo, que Antofagasta, antiguamente el solo puerto boliviano junto con Cobija, posee enormes establecimientos industriales y un ferrocarril de extrema importancia ; ahí se exporta salitre, bórax, minerales de oro, barras de plata ; que su población se compone de ingleses, alemanes, bolivianos y chilenos ; y que, para la gente de los altos, aparece como La Meca del placer, una de las grandes vendedoras de sonrisas del Pacífico.

Lunes en la noche, 4 de febrero

Visité la ciudad, que no es otra cosa que Iquique en más pequeño. Todas estas ciudades tienen el mismo carácter de campamento, sin audacias ni pintoresquismo. Ahogadas por las alturas polvorientas, enceguecidas por el sol, ensordecidas por el océano, sus habitantes no revelan ninguna energía moral. El que toma domicilio ahí, lo hace para vivir al día. Calles que suben, anchas y vacías, poco o nada de veredas ; arena y polvo. La plaza central se parece a un enorme sitio eriazo. Está ordenada como cuadrados de alfalfa^(*). A la

^(*) Llama mucho la atención de los europeos la disposición de los planes de nuestras ciudades, con sus calles cortadas en ángulo recto ; frecuentemente las describen como « cuadrados de alfalfa » o « tableros de ajedrez ».

caída del sol, sentado en un banco, me creía en uno de esos campos pobres que se ven desde las fortificaciones de París. De un lado, la Intendencia, una hermosa mansión particular y los Correos y Telégrafos ; del otro, la iglesia, completamente de madera de un estilo con pretensiones moriscas, la Alhambra del Buen Dios. Esta noche, por la puerta abierta, una lamparilla nocturna suspendida filtraba destellos de estrella roja. Entré. Tres velas encendidas sobre el altar mayor alumbraban vagamente la silueta de un clérigo que salmodiaba oraciones y conté siete sombras con mantos sobre la cabeza que, diseminadas bajo la nave, acompañaban con un murmullo ininteligible su voz que cae. Esas formas negras danzaban al reflejo de las luces amarillas, y como se escapaba de ellas una especie de sordo ronroneo me producían el efecto de fantasía macabra. ¡Dios mío ! que era triste esta iglesia de Antofagasta, con ese ruido de rezos balbuceados, el silencio en torno de ella y el gran rumor de las olas en el horizonte.

Martes en la noche

Los baños de mar son la única distracción de la ciudad. Desde las ocho de la mañana a las cinco de la tarde, se toma lugar en una cabaña construída sobre pilotes, donde se bebe a sorbitos una copita de cualquier cosa mirando los bañistas. Los hombres ignoran el uso del traje de baño : el simple calzoncillo no ofende ningún pudor. Mas allá, los niños se zambullen en cueros. Una hilera de tabernas bordea un jirón de playa. Una de ellas se llama con gran orgullo « Baños del Rin ».

En este puerto de Antofagasta, la colonia alemana me parece la más numerosa, aunque los ingleses aseguran a los taberneros una sólida clientela. En lo que respecta los franceses, no se toman y no se les toma en cuenta. El Intendente de la provincia de Atacama, sátrapa gordo, hace incluso alarde de francofobia. Nuestra bandera posee el don de exasperarlo ; jamás supe por qué.

Alemanes e ingleses fundaron un pequeño club donde en las noches vienen a encallarse los desocupados frente a una mesa de juego. Estamos lejos de los círculos de Iquique. No digo que aquí se bebe con más reserva, pero la fiebre de los negocios no azota con tanta fuerza. Fuera de este club, que recibe algunas revistas extranjeras, y de los establecimientos de baños, no veo ninguna otra distracción.

Las mañanas y las tardes son igualmente calurosas, pero el cielo no tiene esta ardiente limpidez de los días de Iquique. Frecuentemente las nubes lo oscurecen, nubes altas y pesadas. Se vive a la espera de una tormenta que no estalla nunca. La brisa se levanta hacia las cinco o las seis de la tarde, a la caída del sol. Es la hora propicia para vagabundear a lo largo de las playas ; las montañas rojizas se apagan bruscamente. La noche se nos viene encima pero ella se ha adelantado a la caída del sol que despliega en el horizonte de la bahía anchos cinturones superpuestos de oro rojo, de oro amarillo, de oro verde. No puedo impedirme de comparar este espectáculo con el del teatro de Bayreuth, con su orquesta en la sombra y el escenario resplandeciente de luz. A lo lejos, las aguas se encrespan en un *andante* entrecortado de *allegros* ; sonidos de pífanos desgarran el gruñido de los contrabajos ; se diría que se verá aparecer, sobre el resplandor de este telón de fondo, actores de tragedia calzados con prodigiosos coturnos hablando detrás de máscaras de trueno. Luego los coloridos se degradan ; el decorado se hunde en el océano y una estrella, diamante solitario que deslumbra, salta por encima de la agitada oscuridad.

(N.d.T.)

Jueves en la noche

Antofagasta está flanqueada, a su derecha y a su izquierda, por dos establecimientos industriales que rivalizan con los más grandes del mundo. A la derecha, la oficina de salitre, primera razón de la guerra del Pacífico ; a la izquierda, pero fuera de la ciudad, la usina de Playa Blanca, donde se funden los minerales de plata. Estos dos establecimientos denuncian el delirio de grandeza de sus diseñadores. Ahí se siente la demencia que se apodera del hombre ante la expectativa de millones. Nada le es suficiente para afirmar su supremacía sobre la naturaleza, poniendo en ello la omnipotencia de sus empresas. Se hace extraordinario de imprudencia y de audacia ; se siente ahí también, menos poéticamente, el derroche desenfrenado -hablo especialmente de Playa Blanca- y la codicia de los que ganaron el tanto por ciento sobre la concesión de los trabajos.

La oficina salitrera fue instalada para explotar los depósitos de *caliche* encontrados a una treintena de leguas de la orilla, en el desierto de Atacama. La explotación fue tal y tan inmensa, que en dos o tres años, según creo, no quedó nada de los yacimientos de origen. Era la ruina de los accionistas, el derrumbe lamentable de esta colosal empresa, cuando la suerte vino a justificar las sumas gastadas y salvó la Compañía. Se descubrió en otros lugares depósitos que no se sospechaba que existieran, los que todavía hoy aseguran a los salitreros un futuro honorable. Estos *caliches* son bastante más pobres que los de Tarapacá. Contienen apenas veinte por ciento de salitre, mientras que los otros alcanzan en término medio el cincuenta. Hubo que emplear un nuevo modo de tratamiento, por lo que la usina de Antofagasta difiere de todas las otras que he visitado. Los *caliches* sometidos a las moledoras son reducidos a polvo, montados en las cubas por medio de cadenas con cangilones y dependientes de la acción del agua de mar. Tal agua, una vez que ha absorbido, luego depositado el salitre, se evapora con el calor y la sal que deposita es distribuída en todo Chile. En cuanto al salitre, a menudo impuro, pasa por una serie de aparatos que lo clarifican. No insistiré sobre las diferencias de esta explotación, que recorrí en compañía de un ingeniero francés, el señor Jecquier, pero ella me interesó. Admiré ahí la ingeniosidad de las máquinas que alivian o suprimen el esfuerzo del individuo. Se asiste a un duelo fantástico entre el hombre y el agua. Esta agua, esclavizada por el hombre, lo obliga a estar alerta, de lo contrario no hay buenos resultados ; pero él está ahí vigilándola, opone su ciencia a las artimañas del elemento, la suaviza, la doma, por momentos la hiela, por momentos la calienta, la deja un instante para retomarla enseguida, la fatiga, la agota, exige de ella la cuenta exacta de lo que le confió, la despoja de su bien personal y finalmente la reduce a un poco de niebla que sube hacia los cielos. Y cuando sus capas rojizas caen en cascadas o se precipitan en tubos abiertos, me parece siempre ver un león domesticado, saltando a través de aros.

Playa Blanca se levanta a la extremidad sur de la bahía. Se puede llegar en un pequeño tranvía. Se atraviesa primero las afueras de la ciudad inconclusas y desiertas que tienen, como en Iquique, una fisonomía de campo de feria erizado de chozas. Luego se va a lo largo del mar en medio de playas polvorientas. El tranvía se detiene en un poblado sucio, al pie de colinas que descienden en ondulaciones de la cordillera al océano. Es ahí que se construyó la fortaleza de Su Majestad el Dinero. Una verdadera fortaleza en efecto. Está rodeada de murallas de chapa que siguen los pliegues y repliegues de las dunas, con cerberos que cuidan las puertas. Hay que mostrar sus papeles para obtener el permiso de entrar.

Entré esta mañana hacia las once ; el sol quemaba, la arena donde caminaba estaba recalentada a tal punto que creí hundirme en las brasas. Grandes lagartos dormían entre las piedras. Ni una sola mancha de sombra ; un silencio infinito en medio del cual había un

estrépito de forja titanésca. Delante mío, en torno de mí, se ven terraplenes pálidos en los que locomotoras inmóviles presentaban a los rayos del cielo sus costados convexos como escudos negros, puentes de madera, especies de funiculares, enormes edificios en forma de hangares, tubos humeantes dominados por una chimenea más alta que la columna de Vendôme^(*), subidas pedregosas, baches, montones de carbón, pilas de piedras, polvo, ceniza gris que flota a ras del suelo como una exhalación, visiones de hornos rojos y allá en lo alto hay chalets pintados cuyos vidrios son soles multiplicados. Entre cielo y tierra revolotea un humo diáfano, menos que humo, un olor acre de ácido sulfuroso que agarra a la garganta. No se ve ninguna silueta humana. La usina parece andar sola.

Sería necesario una semana para visitarla en detalle ; pero como el monstruo me asustaba, me prometí de consagrarle una sola jornada. Si algún día vuelvo, no me atrevería a comenzar de nuevo las carreras de hoy en medio de las calderas y de esos talleres estruendosos. La usina de Playa Blanca fue construída por la Compañía de Huanchaca únicamente para trabajar los minerales de plata provenientes de Pulacayo, la más rica mina de plata no solamente de Bolivia, sino que del mundo entero. La usina establecida al lado de la mina, en Huanchaca, no pareció suficiente, por lo que los accionistas tuvieron la idea de crear una sucursal en las mismas orillas del Pacífico. Note que Pulacayo se encuentra en la cumbre del altiplano, a casi cinco mil metros de altura y que el ferrocarril echa dos días para llegar ahí, así es que esta idea no tenía nada de extravagante. En virtud del viejo adagio que dice que el mineral pobre espera el carbón y que el mineral rico va a buscarlo, Huanchaca podía reservarse los minerales refractarios o bien amalgamarlos o fundirlos, mientras que Playa Blanca se encargaría de los más ventajosos. Se evitaba así los gastos excesivos de envío a las usinas europeas. Pero en aquel tiempo, es decir hace cinco o seis años, la Compañía de Huanchaca tenía a su cabeza un directorio de torpes y desenfrenados especuladores. Unos enceguecidos por los tesoros de Pulacayo, otros oliendo una buena ocasión, todos tan desprovistos de previsión como de escrúpulos resolvieron levantar una formidable usina y llamaron un ingeniero de América del Norte. Se destinó más de diez millones a la empresa. Por supuesto que estos diez millones no cayeron integralmente en los bolsillos del ingeniero, de los empresarios, de los fabricantes y de los obreros. Los societarios de Huanchaca retuvieron su parte. Muchos se enriquecieron con serenidad. Pero una vez que la usina fue instalada comenzaron las dificultades. Huanchaca se puso de mal humor con esta sucursal que empezaba a eclipsarla. Continuó trabajando los minerales ricos, reservando los más pobres para enviarlos a Playa Blanca. Este antagonismo rabioso entre dos establecimientos que pertenecen a la misma compañía y que deberían ser animados por los mismos intereses es, desgraciadamente, frecuente en las grandes explotaciones americanas. El administrador de Playa Blanca pretende incluso que se le envíen vulgares bloques de roca. Y después, un día, la mina de Pulacayo fue invadida por el agua, esta implacable enemiga del minero, lo que fatalmente frenó su producción. Playa blanca sintió pasar un viento de hambruna. Entonces se comprendió la estupidez o la codicia, todavía más escandalosa, de los que habían construído este minotauro de plata sin preocuparse si podrían alimentarlo largo tiempo. Hoy el directorio, renovado y presidido por un hombre honesto, el señor Vattier, decidió de llamar a todos los mineros de la costa hasta el Perú. Playa Blanca se desprendería insensiblemente de la Compañía de Huanchaca y puesto que Pulacayo no está en condiciones de garantizarle un futuro, iría hacia la autonomía. Los mineros peruanos y chilenos le aportarían los minerales, como los agricultores llevan el trigo al molino. Pero otras fundiciones más viejas, más modestas pero no menos seguras no temen la competencia y nadie sabe cuál será el porvenir de esta gigantesca empresa.

^(*) Monumento erigido en París en 1810 para conmemorar las campañas napoleónicas ; fue construído con el bronce proveniente de 1200 cañones tomados al enemigo. (N.d.T.)

La usina de Playa Blanca se compone de dos unidades ; la primera de amalgamación, la segunda de fundición. Ellas se escalonan, una arriba, la otra abajo en el ángulo de las colinas. Es la misma disposición que la de las oficinas de salitre. El mineral se despoja de su ganga a medida que cae. En cuanto los vagones del ferrocarril lo traen, es tomado, machacado, remachacado, pulverizado por el diente de las moledoras ensordecedoras, luego cocido en los hornos, calentado al rojo ; por último, según el viejo sistema perfeccionado, sometido al mercurio de las cubas giratorias. Pero al trabajo de amalgamación prefiero el de la fundición, porque es más pintoresco. Se emplea con los minerales pobres. Se les quiebra del tamaño deseado y se les precipita, mezclados con plomo en los hornos incandescentes. La plata y el plomo se alían, se depositan en el fondo y se vierten cada ocho horas más o menos. Sólo que cada diez minutos hay que destapar el horno y dejar pasaje a la impaciencia de las piedras derretidas como lava. Operación delicada. Se lleva frente a la abertura una vagoneta en forma de cono al revés. Un hombre se adelanta armado de una larga barra de fierro y se aplica desde lejos a deshacer el tapón de greda. La arcilla cede, algo rojo viene que parece dudar un segundo ; luego, en medio de un chisporroteo, un chorro de llamas se escapa seguido de un torrente carmesí que se derrama en el recipiente. Se diría el tonel de Leipsig bajo el bosque de Mefisto. En un santiamén la vagoneta está llena hasta el borde con esta púrpura viva que, tan pronto como deja de chorrear, se hace encarnadina y luego de una palidez resplandeciente. Entonces se trata de tapar de nuevo el hoyo, lo que se hace con un tapón de arcilla aplicado con presteza. Los hombres encargados de esta tarea tienen todas las manos manchadas por las quemaduras y sus trajes están chamuscados. La oscuridad de la noche exagera el efecto de esos torrentes de fuego y les presta un carácter prodigioso y sobrenatural. Al cabo de dos horas la vagoneta comienza a enfriarse y va a arrojar su contenido en el terraplén. Mientras contemplaba este espectáculo, los peones, en guisa de lunch, preparaban la pitanza calentando el té sobre estas lavas ardientes.

Hacía ya cuatro horas que me paseaba en Playa Blanca sin haber visto todavía la plata, la hermosa plata. Rogué a mi guía, el señor Ker Bernard que me mostrara un poco. A veces es más difícil de lo que podría imaginarse : estas usinas sólo funden sus barras a la víspera o la antevíspera de su embarque. Me condujo a un vasto hangar, frente a una especie de garita en ladrillos, en la cual una simple puerta de madera cerraba solamente con una cerradura ordinaria.

- He aquí la caja de caudales -me dijo-.

- No sería difícil forzarla. ¿Usted no teme nada ?

- Absolutamente nada. Nuestros obreros huachapean con gusto, pero no roban. Por lo demás profesan un gran respeto por las cerraduras.

Distinguí en un rincón de esta choza cinco o seis masas blancas que tenían la forma oblonga de los crisoles y que atravesaban la sombra con pálidos relámpagos. Cada una de ellas vale entre tres y cuatro mil francos. Levanté una de ellas ; la encontré pesada, extrañamente pesada. Para mí, pesaba toda la fatiga de un año de trabajo.

Mi guía no me largó hasta haberme paseado a través de los talleres de construcción y los bonitos chalets donde viven los empleados. La Compañía ha instalado muy bien sus ingenieros, sus vigilantes y sus mayordomos. Por lo demás se les da la libertad de vivir en Antofagasta, y muchos de entre ellos poseen su casa en la ciudad y su departamento en la

Compañía. En cuanto a los obreros, dos trenes por día, uno en la mañana y otro en la noche, llevan y traen aquéllos que no han querido vivir en el villorrio infecto donde se detiene el tranvía.

Volví por las playas solitarias a la hora en que el sol poniente sobrevive todavía a la caída de la tarde, sintiéndome terriblemente triste con el balance de mi jornada. Playa blanca me hizo casi echar de menos las oficinas de Tarapacá. Ellas son más animadas, más humanas ; las prefiero a esta inmensa ciudad de máquinas estrepitosas con atmósfera sulfurosa. Me quedó la impresión de haber errado en medio de ruinas enormes y complicadas, entre escombros sin grandeza. Una fundición de plata... !cómo suenan bien esas palabras al oído !...qué alegres imágenes despiertan en nosotros. Es como un son de campana que tañe a través de nuestra imaginación. ¡Oh, realidad ! Tengo todavía en los ojos este polvo más fino y más gris que la ceniza, este polvo con el cual mi ropa está cubierta y que respiré durante horas, este polvo que vuela desde las chancadoras y que se barre todas las semanas para recogerlo y echarlo a los hornos, porque contiene plata, ¡carajo ! El ruido horrible de las máquinas me volvió sordo ; las acres emanaciones de azufre me secaron la garganta y me pusieron un ácido en los labios. Para donde me vuelva en esta América del Sur, hacia cualquier rincón que mire, sólo veo gente alucinada por el metal, rostros contraídos por el afán de ganancia, pupilas vaciadas de sentimientos generosos, espíritus incapaces de concebir algo más allá de la manera de enriquecerse, holgazanes pagados con largueza para que permitan a los astutos especular a su gusto, seres por último que me parecen hongos dudosos brotados sobre un estiércol de oro. No hace siquiera ni una semana que estoy en Antofagasta y ya estoy al corriente de los chanchuyos sin número, de los odios hipócritas que acechan en un rincón de los contratos, envidias que comprometen los intereses generales. Por la espalda se tratan de bandidos. Se me dirá que, habida cuenta de las exageraciones propias al sol de los trópicos, los mismos rencores, las mismas envidias hacen desgarrarse mutuamente la gente de nuestras pequeñas ciudades o nuestros pequeños centros industriales. Yo no lo creo, o por lo menos me atrevo a decir que las querellas denotan aquí una ausencia de moralidad elemental, lo que aumenta singularmente la gravedad. Es posible que los hombres se detesten en todas partes, pero en estos países de riqueza purulenta existe una manera de detestarse que se parece a una enfermedad contagiosa . Sus disensiones intestinas tienen siempre la baja de los trastornos intestinales.

Viernes en la noche

Tenemos música casi todos los días, antes o después de la cena. Unos quince músicos militares descienden la calle principal soplando en sus cobres y golpeando en el tambor. Al llegar a la plaza del centro se encaraman sobre una alta plataforma sostenida por un andamiaje delgado. Algunos escasos pasantes se sientan en los bancos. La brisa hace correr a través del césped un murmullo de hojas secas. De pie sobre el estrado, un tambor parecido a nuestros pregoneros de bandos levanta los ojos hacia el reloj de la iglesia y, a la hora justa, toma su caja y empieza el redoble. La fanfarra estalla. Terminada la primera pieza musical, todo vuelve al silencio mientras que el tambor recomienza a espiar la esfera del reloj. Cuando la aguja marca el cuarto, la piel resuena de nuevo ; así es como cada vals o melodía vuela hacia las montañas color rosa antiguo o hacia el océano glauco, precedidos de un rantamplán de adjudicación.

Sábado en la noche

Esta tarde, día de pago para los obreros, la fiesta del domingo se enciende. – « ¿ Quiere ver cómo se divierten en Antofagasta ? » - me dijo uno de mis compañeros. Partimos en número de cuatro.

Subimos hacia la montaña y agarramos hacia la izquierda, del lado del mar. Las calles arenosas se ensanchan y ya no son sino bosquejos de avenidas fúnebres con charcos de luna. Distinguimos frente a nosotros un tropel de hombres silenciosos que miran por una puerta y una ventana iluminadas. A medida que nos aproximamos, trémolos agudos, chillidos agrios desgarran el tímpano de la noche. Son gritos largos y penetrantes como las plañideras antiguas debían lanzar en torno de los cadáveres. Sones de madera hueca como golpeada con un mazo los escanden y los quejidos de un clavecín los acompañan.

Nos mezclamos a los espectadores y vemos en una sala brillante, mitad taberna, mitad salón de baile, dos parejas ; el hombre frente a la mujer, ambos se agitan al compás de la música y esbozan las vagas gesticulaciones de la *cueca* . Las mujeres, generalmente feas, tienen los cabellos sueltos, algunas vestidas con faldas rosadas cubiertas de manchas ; las otras, cenicientas delgaduchas o flácidas maritornes, llevan vestidos oscuros cuyo pliegue se entreabre. Los hombres llevan sus ropas de trabajo : gruesos zapatos, pantalones cuyo cinturón deja pasar la camisa amplia, chaquetas grasientas, sombreros de paja o de fieltro negro con los bordes torcidos. Al fondo, sobre un mostrador de zinc, los grandes vasos desbordantes de *chicha*⁽¹⁾ se inflaman con resplandores rojizos y la legión de botellas de cerveza hace relucir sus pequeños cascos de plata. En el marco de la ventana, una vieja descarnada aplasta sus cacofonías sobre las teclas de un piano con dedos marfileños ; parece alelada con la melodía gritona eternizada por el mecanismo de sus brazos. En cuclillas y con la cabeza apoyada contra la columna del viejo clavecín, una muchacha desgredada y enharinada, las fosas nasales separadas y la boca sobresaliente, golpea un tamboril y lanza los chirridos que habíamos escuchado hace un momento.

Nos deslizamos hasta la sala ; en cuanto se dieron cuenta de nuestra presencia un mocetón corrió al mostrador para traernos un vaso de chicha en el cual, quiéraslo o no hay que mojar los labios. La noche no estaba muy avanzada todavía como para que la ebriedad embruteciera a los bailarines o imprimiera a sus poses un carácter demasiado simbólico ; pero la atmósfera de la pieza cargada de sudores y de alcohol comenzaba a quemar los colores de la tez y a desaliñar los gestos. Salimos.

- Ahora -dijo uno de mis compañeros-, vamos donde los rotos no van.

En el camino vimos algunos establecimientos del mismo tipo del que acabábamos de dejar, luego nuestro guía nos introdujo en una casa de honesta apariencia, cuya puerta estaba abierta de par en par.

- ¿Dónde estamos ? -pregunté-.

- Usted debe figurárselo -me respondieron- ; pero admita que lo trajimos donde una familia honorable que ofrece un jolgorio sólo a sus íntimos. Más de un extranjero ha sido seducido por ella. Por lo demás, esté seguro que nadie hará historias

⁽¹⁾ Por la explicación de la cueca y de la chicha, ver el apéndice II. (N.d.A.)

Atravesamos un vestíbulo iluminado, que se ensancha hacia un patio cubierto. En el fondo, un salón muy sencillo, donde las sillas y los sillones hacen el decorado. Nos encontramos por supuesto en casa de buenos burgueses que están a la espera de bailarines. A la entrada del patio, sentada en un viejo sillón frente a su costurero iluminado suavemente por una lámpara de cobre con pantalla rosada, una vieja dama, a la cual más de cincuenta años no han borrado su belleza, pasea el palillo en la lana, mientras que cerca de ella un hombre joven, sin duda su hijo, lee el diario a media voz. Encantadora escena de interior. Al ruido de nuestros pasos ella levanta la cabeza y sonrío. Incluso tiende a mis compañeros su mano, donde brilla un anillo de oro.

- *La dueña de casa*^(*) –me dijo uno de ellos.

Yo me inclino y apreto los dedos de esta hermosa abuela. Mi camarada agregó :

- Un extranjero, un gabacho⁽¹⁾, señora, que desembarcó del último vapor.

La vieja dama me dirigió una graciosa sonrisa.

- Tengo la seguridad que haremos todo para hacerle la estadía en Antofagasta agradable.

- ¿Y estas damas ? -preguntó uno de nosotros- ¿dónde están ?

- Ellas los esperan y no tardarán en venir.

El joven que leía el diario dejó su lectura y de un salto se puso al piano, atacando los primeros compases de un vals. Conocía los deberes de un buen hijo de familia y no dejó languidecer sus huéspedes. Su madre se quedó tranquilamente en su sillón, volviendo a sus labores.

Mientras tanto, al llamado de la música, las seis puertas que daban al vestíbulo y al patio se abren y seis damas aparecen. Ellas avanzan hacia nosotros y nos saludamos con sendos apretones de manos. Uno de mis compañeros, probablemente su primo, abrazó una de ellas y le dio un par de besos en las mejillas, besos cuya sonoridad garantizaban la honesta intención. Admiro la modestia de sus maneras y la sencillez de sus atuendos : vestido subido azul marino o negro, un frágil ramillete en el corpiño, una flor roja sobre el peinado y polvo de arroz en cantidad razonable. No cabe duda que pertenecen a esta clase de pequeñas burguesas que prefieren el placer de las recepciones repetidas al lujo dispendioso de los perifollos. Una de ellas, sin embargo, con gran escote, pimpante, zapatos blancos y vestido de raso del mismo color, afecta aires alocados que me sorprenden. Sospecho que ha puesto *khol* en torno de sus ojos y carmín sobre los labios. Debe ser una pariente de paso con poco tacto y que trata de deslumbrar su medio provincial. La seducción de estas jóvenes no tiene nada que provoque el entusiasmo, pero son tan decorosas que estaría incluso tentado de reprocharles un poco de frialdad, no hacia mí, que no conocen, sino con respecto a mis compañeros, a quienes

(*) En castellano en el original. (N.d.T.)

(1) Es el nombre que los hispanoamericanos dan a los franceses, como *gringo* es el que dan a los ingleses. Es probable que los antiguos españoles emplearan la palabra *gavacho* para designar los oriundos de *Gaves*, los vascos, y que, por extensión, llamaron así a todos los franceses. Por lo que respecta al origen de *gringo* él permanece oscuro. (N.d.A.) Nota del traductor : La palabra francesa actual, usitada en *Languedoc* y *Gascuña* es *gavache* y significa « extranjero » en general.

escuchan con una indiferencia cortés y nada más. Por lo demás, en ausencia de sus maridos, esta reserva se comprende.

El baile se anima : la *cueca* chilena sucede al vals y el *bailecito* boliviano a la *cueca*. El *bailecito* es diferente de la *cueca* sólo porque comporta una vivacidad más grande de ritmo y un paso más rápido. Miro las litografías colgadas en las paredes y me parecen ser severas ; una representa una batalla, la otra un santo en oración que no hace un solo gesto de rechazo a las tentaciones, y una tercera la apacible suavidad de un interior familiar. Entre dos danzas, un muchacho circula con vasos de champaña o de cerveza ; y mientras estas damas se abanicen y descansan, nuestro guía se sienta a mi lado y me dice :

- Usted está donde las *Señoras visitadas*^(*) lo que quiere decir : « estas damas que reciben ». Toda otra denominación las ofendería. Ellas se alojan y toman pensión donde esta viuda de calidad, cuya lámpara ilumina sus cabellos plateados, y viven en una independencia desconocida por sus homólogas europeas y de las grandes ciudades. No provocan ni persiguen y eligen sus amigos exclusivamente entre los *caballeros* (*). Usted podrá verlas mañana en los baños o en el concierto ; las encontrará en el teatro sentadas al lado de la mujer más honesta y nada, ni en la presentación ni en las maneras, le permitirá de distinguirlas. No afirmo que todas sus palabras sean finas y que jamás un sapo se escape de sus labios, pero digo que en su compañía usted estaría muy raramente sorprendido por un propósito cínico. Tienen gran respeto por la presentación personal. En cuanto a su probidad, están fuera de toda sospecha. No existe un solo ejemplo de que hayan despojado el sueño de un cliente rico. Tienen incluso ciertos escrúpulos : no se traicionarán bajo el techo que habitan, una con el familiar de la otra. A lo mejor yendo a la casa vecina, ¡y éso ! Por último -desgraciadamente este pintoresco refinamiento de conciencia tiende a desaparecer- sucede que en el minuto, llamado sin razón psicológico, ellas encuentran bastante presencia de ánimo para volver del lado del muro el Cristo o la Virgen que dominan a la cabecera del lecho. Quieren evitar a la santa imagen un espectáculo chocante. Varias llevan el sentimiento de la dignidad perdida hasta obtener que la más completa oscuridad vele sobre su placer. Es verdad que este detalle me fue comunicado por personas terriblemente feas.

- ¿Y en qué terminan ? –pregunto-.

- No espere que en este pueblo de pródigos se pongan a dar lecciones de economía. Gastan todo lo que ganan, pero las que no mueren en el hospital a menudo encuentran marido.

- ¿Verdaderos maridos?

- Sí, incluso son bastante buscadas en cierta clase social. Los pretendientes no temen que algún día vuelvan a sus antiguos amores ; y puesto que usted va a Bolivia, allá sabrá que los *cholos* o mestizos prefieren infinitamente a las vírgenes tranquilas aquéllas que no son ni lo uno ni lo otro. « Engañados por engañados -dicen-, preferimos serlo antes que después ». Esta filosofía no carece de profundidad.

Cuando nos despedimos de la *dueña de casa*, su numerosa familia vino a acompañarnos a la puerta y aunque la noche fuera todavía joven y a pesar que éramos los únicos visitantes, no hicieron nada para retenernos. La calle estaba desierta ; muy cerca escuchábamos los mugidos monótonos del mar, desgarrados a intervalos por el grito sobreagudo de una cantora de *cueca* o por el pitazo de un policía.

(*) En castellano en el texto. (N.d.T.)

Domingo en la noche

Esta mañana, hacia las nueve, gran concurso de pisaverdes de Antofagasta en el muelle de desembarco. Ahí están y son una buena media docena a escrutar la llegada del paquebote que transporta una compañía de ópera cómica. Unos botes reman en dirección del vapor que llega. Al término de una media hora vuelven empavesados de trajes claros y sombrillas cuyos colores les dan el aspecto de ramilletes de azaleas entre el cielo lapizlázuli y el azul de Prusia de las olas. Actores y actrices suben al muelle, se pasan sus sacos, sus mantas, sus jaulas con loros. Algunas caras bonitas de ojos insolentes. Me entretengo al ver esos comicastro retomar, en cuanto tocan tierra, sus actitudes y sus poses teatrales. Lampiño, cara abotargada y cansada por el mareo el cómico de la compañía hunde los pulgares en los bolsillos del chaleco, respira ruidosamente y empuja con su vientre puntudo los cargadores que lo rodean. Reconozco algunos personajes que entreví en las tablas de Iquique. Aquí viene la *prima donna*, una doña gorda con los mofletes caídos, que juega el papel de La Hija del Tambor Mayor y que debe hacer tres intentos para llegar a encaramarse a la mesa donde Carmen hace sonar las castañuelas. Aquí llega la soberbia Filina, envuelta en un vestido verde mar, sonriendo con la sonrisa gesticulante de los rostros descascarados. La tropa de coristas y de danzarinas desfila, las más agradables escoltadas por una señora de apellido Cardinal, que lleva los paquetes o el perrito ; las otras, largas, flacas, macilentas, ondulan torpemente con sus trenzas teñidas. El tenor, pálido, tísico arrastra su aspecto de enamorado melancólico ; el barítono parece feliz de la vida y con su sobretodo al hombro tararea *La Donna è mobile*. A la cola viene el empresario, tranquilo y digno. Es un abogado de Santiago, hijo de gran familia que emplea así su tiempo durante el feriado judicial.

Esto me recuerda una anécdota que me contó Vattier ayer. Últimamente viajaba por Argentina para visitar y a lo mejor comprar minas de plata. Una noche fue recibido en una ciudad por la municipalidad en armas. Se le acogió como a un dios salvador que tiene entre las manos la prosperidad futura de la región. Iluminaciones y banquete. El gobernador, el sátrapa de la provincia, se puso de pie a la hora de los postres e hizo un brindis en honor del ilustre extranjero. Vattier se decía : « ¿Dónde, pues, he visto esta cara ? ¿Dónde he escuchado esta voz ? ». Y el otro sonreía para sí.

Nuestro compatriota no aguantó más y dirigiéndose al personaje todopoderoso :

- Señor, por favor, refrésqueme la memoria : estoy seguro de haberlo visto antes, pero no sé ni dónde ni cuándo.

- ¡Eh, caramba ! señor Vattier, nos conocimos en Chile, cuando vivíamos en Llapel^(*).

- ¿En Llapel, dice ?

- ¿No se acuerda del teatro de Llapel ? Entonces era yo el primer cómico de la compañía y tenía una manera muy personal de cantar la copla...

Y bruscamente, echando su cabellera hacia atrás, el brazo tendido como hacia una invisible concha de apuntador, el nabab argentino entonó una pieza de su viejo repertorio.

^(*) Debe tratarse sin duda de la ciudad de Illapel.(N.d.T.)

Lunes en la noche

Conozco en Antofagasta un lugar delicioso, un pedazo de vereda donde se quisiera vivir. Es frente a un negocito de frutas y verduras. La noche, cuando la brisa pasea una sombra de frescura por las calles y cuando la puerta del negocio se abre, se respira al pasar los finos olores de las manzanas, el aliento perfumado de los plátanos, el olor más franco de las verduras. Eso nos sorprende, como una imagen largo tiempo adormecida que, sin que hubiéramos hecho nada para evocarla, surgiera de repente a nuestros ojos. Se piensa entonces en los jardines, en los vergeles, en las praderas de los cuales no se apreció nunca la maternal suavidad. Jamás mi pasado me había parecido más risueño.

Miércoles en la noche

Al medio de las hogueras, del estruendo, del humo y del polvo de Playa Blanca, en un chalet donde la administración instaló sus oficinas y equipó un laboratorio de química, en el cual vive cada día, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, un hombrecito tocado con una gorra, canoso, suave, meticoloso, activo, cuyos grandes ojos azules están llenos de candidez, que posee labios erizados por un bigote gris que dibujan una sonrisa de niño. Se ocupa de clasificar y etiquetar; además desempolva, pesa y sopesa guijarros con el mismo esmero con el que Espinosa frotaba y limpiaba los cristales de sus anteojos. Se llama Latrille; es un sabio, un poeta, un hombre exquisito, enamorado del desierto. Vive en él desde hace veinticinco años, explorándolo en todas sus direcciones; conoce todos los yacimientos, todo los secretos que encierra; levantó de él un plano que me parece una obra maestra de paciencia, pero también de amor; ha escrito su historia en revistas científicas, sin otra recompensa que el placer de hacerlo; ha enumerado las riquezas sin otra finalidad que la de prestar servicios a la ciencia; es un laborioso, probo, sin ninguna vanidad, pero orgulloso... y pobre. Desde hace un cuarto de siglo recorre estas regiones, frecuentando aquí agiotistas impudentes; las riquezas que se han abierto frente a él no han exitado su codicia. Acuerda al oro menos importancia que a la hipótesis científica. Es de aquéllos que pasan la vida a descifrar un bordado en el ruedo del vestido de Isis y que la diosa venerable retribuye comunicándole a su alma un poco de su suavidad.

Su padre, viejo *pampino* de Atacama, descubrió salitreras y minas. Fue rico, pero se vio indignamente despojado de su fortuna y de sus descubrimientos. Los Latrille no fueron capaces de luchar contra el fraude y la mala fe. El señor Latrille padre, asqueado por los hombres, se refugió en un pequeño valle de las mesetas bolivianas y juró que nunca más bajaría a orillas del mar. Cumplió su palabra y murió en las alturas. Pero había consagrado su exilio a una obra soberanamente noble y pura: evangelizó el humilde pueblo primitivo en medio del cual había decidido morir. Lo edificó con sus virtudes y lo enriqueció con su experiencia. Les enseñó a cultivar los campos y también la manera de estar en paz con su conciencia. Su recuerdo permanece como el de un patriarca bíblico « vestido de probidad cándida y de lino blanco ».

Sus dos hijos se revelaron dignos del ejemplo paterno. Ambos egresados de la Escuela de Minas, el menor se estableció en Tocopilla mientras que el mayor, luego de haber recorrido largo tiempo el desierto, obtuvo el puesto de químico en Playa Blanca. Cada tarde, con puntualidad de reloj, vuelve a la ciudad donde su mujer y sus hijos lo esperan, puesto que, aunque parece un solterón, posee su pequeña familia a la cual ama todavía más que la ciencia. Hay que escucharlo hablar del desierto, de sus noches a cielo raso o bajo la lluvia, de sus

marchas forzadas, de sus relaciones con los indios, de sus miserias, de sus descubrimientos y de las desventuras que la vida le ha deparado.

Una de ellas, cuyo relato me llamó la atención, es la siguiente : Latrille preparaba una obra sobre Atacama y había reunido para ello una preciosa colección de todos los minerales de la provincia. Redactó un primer informe que fue presentado en una exposición de Santiago y que le valió un diploma de primer premio y una medalla de oro. Se le mandó el diploma pero la medalla no llegó. Escribió al gobierno chileno, que le respondió que lo autorizaba a acuñar él mismo la medalla de oro, la que tendría que pagar con sus economías. Los ojos ingenuos de Latrille reflejaron una inmensa sorpresa. Un poco tiempo después de este percance, el Congreso chileno se indispuso con el presidente de la República y la revolución balmacedista estalló. En los períodos insurreccionales los americanos no respetan nada, ni siquiera las residencias de los extranjeros, sobre todo cuando éstos no están cubiertos por la protección inmediata de sus plenipotenciarios. Entraron donde Latrille y el primer objeto que llamó la atención de los revolucionarios fue su diploma firmado del puño mismo de Balmaceda. Los imbéciles creyeron estar en presencia de un balmacedista, destruyeron su colección, hicieron añicos sus papeles y partieron felices con su hazaña. Habían despachado hacia la nada el resultado de diez años de labor y de inteligencia. Latrille se puso de nuevo al trabajo, pero cuando cuenta este acto de vandalismo, su voz tiembla levemente. No podrá comprender nunca que esos hombres hayan podido ensañarse con su obra inofensiva.

Había puesto en ella sus observaciones de erudito y su alma de viajero enamorado de las grandes soledades ; porque al final de cuentas no hay que imaginarse que el desierto sea la cosa horrible y monótona que asusta nuestros espíritus hogareños. El desierto tiene bellezas de océano ; su silencio agarra el corazón tanto como el canto de las olas. No puede ser horrible, si no es ese horror sagrado que a ciertas horas nos hace vibrar y nos purifica. No es en absoluto monótono, puesto que aquí las sorpresas nos acechan y las maravillas que en él duermen lo vuelven una emboscada de encantos. El creyente se siente aquí más cerca de Dios ; el viajero reposa con serenidad bajo el movimiento de los astros ; el sabio se encuentra frente a frente con la ciencia y con su sueño. Los ruidos humanos ya no atraviesan el recogimiento de la idea. Todos los rumores que escucha son otros tantos indicios que le revelan las primeras palabras del enigma. Todas las piedras que el sol enciende son otros tantos hitos de aurora levantados en la pista del misterio. El guijarro que choca con el pie del caminante le advierte sobre su ruta : se agacha, lo toma, lo huele, lo rompe, interroga sus pedazos. « Oro, plata, plomo, cobre o fierro, ¿qué eres ? Habla. ¿Por qué te encuentras aquí ? ¿Desde dónde vienes ? No has podido rodar de la montaña, pero el viento te desprendió quizá de aquella roca que percibo aquí cerca. ¡Sí, es verdad ! Aquí están tus hermanos cuyo rosario se desgrana bajo mi andar ». Y va, sube, desciende, escala, con su bastón en una mano, su pequeño martillo en la otra. Su alucinación está ahí, bajo sus pies o más lejos, pero existe en algún lado. Todas las piedras del desierto tienen un alma, un alma que canta del alba al ocaso. Ellas viven, luces petrificadas, llaman al hombre, lo fascinan, lo deslumbran, y como lo engañan a menudo, él las adora. Cuánta embriaguez al comprender su confesión, al explorar sin verlas las riquezas subterráneas, cuando al hundir su hipótesis en la tierra abraza la oscura vegetación del imperio mineral. Y sobre todo cuánta embriaguez si son desinteresadas, si el hombre que la experimenta puede dirigirse a la naturaleza dirigiéndole la siguiente invocación : « Buena madre, no vengo a despojarte ni a desgarrar tus entrañas, ni a hacer brotar en torno de tus heridas las mil caras inyectadas de la avaricia humana. No tengo otra pasión que la de amarte mejor conociéndote mejor, celebrando por doquier tus inagotables tesoros ».

Este padre de familia entrecano, suave, meticulado, activo, que en medio de los hornos y del estrépito de Playa Blanca prosigue su trabajo de erudito bajo la doble luz de la modestia y de la pobreza es, para el transeúnte descorazonado por las rapacidades ambientales, más que un hombre, un oasis.

Jueves en la noche

Esta mañana me topé con un joven francés establecido desde hace algunos años en Antofagasta. Me pareció preocupado y triste.

- ¿Qué le pasa ? -le dije-

- Me pasa que mi amiga todavía no empieza su convalecencia.

- ¿Está enferma grave ?

- La influenza...

- ¿Desde cuándo ?

- Desde la noche de nuestro noviazgo.

- ¿Usted está de novio ?

- Sí y no : no, como ustedes lo consideran ; sí, como lo entendemos aquí. En fin, no tengo suerte. La misma noche en que quedamos de acuerdo de pertenecernos, en medio de la comida, se sintió víctima de la fiebre entre los brazos de su madre y ya hace quince días que éso dura. Estoy reducido a ir a tomarle el pulso todas las tardes.

- Me compadezco de sus molestias ; pero dígame, ¿qué significa este noviazgo, este banquete, este día convenido ?

- Es cierto que usted no conoce nuestras costumbres. En dos palabras, he aquí mi historia, que es la de todos los jóvenes de la costa. Usted estará de acuerdo que en esta ciudad espantosa no podemos ni vivir solos, ni comer siempre en los malos restaurantes de los hoteles, ni pasar nuestras tertulias a leer los anuncios del diario. En cuanto a las distracciones puestas a nuestro alcance, frecuentemente son peligrosas, muy monótonas y cuestan terriblemente caras. No podrá imaginarse lo que hay que gastar aquí para entretenerse y mal. Resolví vivir en pareja. Pero casarse con una chilena es abandonar toda esperanza de volver al país. Las antorchas nupciales, como dijo el otro, incendiarían nuestras últimas naves. Formé así el proyecto de ver Francia de nuevo y terminar mis días en su suelo. Conduciré frente al oficial del registro civil solamente una francesa. ¿Se es o no se es patriota ! Pero en amor libre podemos permitirnos un poco de cosmopolitismo. Entonces, una vez tomada la decisión de arrojarme con una compañera, mi preferencia fue a una buena muchacha, cuyas hermanas casadas se habían ido de Antofagasta y que vivía sola con su madre. La había visto en una casa de amigos ; una noche le dije : -« me parece, señorita, que nuestros caracteres no se oponen a que vivamos bajo el mismo techo ». -« ¿Usted quiere casarse conmigo ? » -« No, pero... » -« Bueno -me dijo- lo pensaré ». Al día siguiente : -« Y bien -le dije- ¿lo ha pensado ? » -« Sí, creo que vamos a entendernos, pero está mi madre, y la vieja no será fácil » -« ¡Bah ! todo se arreglará ». -« Quizás ; mientras tanto, venga esta noche y cortéjeme ». Yo

fui durante unos ocho días. – « ¿Y la vieja ? » -pregunté-. –« Ella ve lo que pasa y me autotizó una danza ». Frente a mí, la madre no se movía. Cuando llevaba una botella, no se negaba a un traguito pero en cuanto me iba, la muchacha era reprendida. Un día, sin embargo, mi amiga me dijo : -« Listo, mi madre consiente ». A partir de entonces pudimos besarnos libremente. En cuanto yo llegaba, la vieja desaparecía. Arrendé una casa y fijé la fecha de su inauguración. Invité varios amigos y justo en el momento de firmar el contrato, se declaró la influenza y heme aquí de vuelta a mi cuarto de soltero.

- ¿Qué papel juega la madre en vuestro tejemaneje ?

- Ella nos hace la cocina.

- ¿Estos ejemplos son frecuentes ?

- Todos los días. Sólo que las cosas no acontecen siempre con la misma inocencia. A veces se encuentran parientes más huraños y hay que emplear los grandes medios.

- ¿Cuáles ?

- Se les emborracha y al día siguiente tienen que inclinarse frente al hecho consumado.

Y mi joven compatriota exclama en un arranque de repentino entusiasmo :

- Esta región, esta inmunda región, es por lo menos una buena región para frivolidades.

« Tienen que inclinarse frente al hecho consumado » ; esta frase confirmada por tantas anécdotas y confidencias, explica el estado de ánimo de todo un pueblo y su irreductible fatalismo. Explica también la escasez de dramas pasionales. Las mujeres parecen haber nacido con el sentimiento de una decadencia necesaria. Muchas se abandonan sin luchar al primero que las tienta. Las otras resisten hasta donde pueden, no diré a las seducciones, sino más bien a las groseras tentativas. Se sustraen, tratan de guarecerse de las trampas que se les tiende. Pero una vez atrapadas en la artimaña ya no se debaten, soportan el amo sin protestar, lo siguen o lo ven alejarse, sin que una amenaza, ni siquiera un reproche les venga a los labios. ¿Y por qué harían recriminaciones ? Saben bien que de toda eternidad están obligadas de servir de pasatiempo a quienquiera que pase. Esta indiferencia que se instala refuerza, no solamente entre los autóctonos sino también entre los extranjeros, seguros de la impunidad, los instintos de brutalidad primitiva, mantenidos a raya por las leyes sociales. De la misma manera que la mujer vuelve a ser la esclava antigua, presa fatal del vencedor, el hombre frente a ella conserva de la civilización apenas los medios de tomarla sin interrumpir el sueño de los alguaciles. Ya no la toma gracias al saqueo o a la salida de una batalla. Emborracha a quienes la protegen, los que se dejan emborrachar resignados ; y si, por su lado, ella no cede ni a la fuerza ni a la embriaguez, un narcótico le da el golpe de gracia. No quiero decir que sean hechos corrientes ; no creo incluso que en la mayoría de los casos se tenga necesidad de tales expedientes para vencer una resistencia que carece de obstinación ; pero el uso de soporíficos no llega a indignar la conciencia de los colonos de estas comarcas mineras. Lo constaté en tantas y tantas conversaciones. Se llega a considerar el hecho como muy natural y si bien compadezco las víctimas, que casi no sufren y que se despiertan casi contentas de quedar en lo sucesivo exentas de los esfuerzos de la lucha, compadezco mucho más los enamorados droguistas, cuya dignidad de hombre, a no dudar, no sale intacta del alambique.

A veces la casualidad o la malignidad de un rival se encarga de castigarlos. Me contaron la historia siguiente, de la cual serios testigos garantizaron su veracidad. Una joven chola se negaba enérgicamente a entregarse. Su pretendiente dio una gran comida a la que convidó sus amigos y a la bella con sus padres. Los amigos se encargarían de echar la familia bajo la mesa, mientras que uno de ellos debía ofrecer a la joven, a los postres, una bebida donde se ahogaría su virtud. Pero el escanciador encontraba la niña encantadora y de una poción hizo dos. La comida fue alegre. El padre osciló luego entre sus dos vecinos, la madre se adormeció sobre su plato. La joven por su parte, se humedecía los labios con reticencia e inquieta como una cervatilla que huele en el aire la presencia de los cazadores, reía apenas de los dientes para afuera. Su anfitrión la cubría ya con miradas victoriosas, cuando el amigo propuso un brindis general e hizo correr los vasos. La chola vació el suyo bajo el aplauso de los comensales. El dueño de casa, demasiado achispado para sospechar la traición, bebió de un trago, triunfalmente, la medicina. Y ambos no tardaron en mostrar síntomas del más completo embrutecimiento. Se acostó a los padres en algún lado, el amigo extendió su camarada en una pequeña cama, la muchacha en la grande. Desgraciadamente, ella no se escapó. Los dejó adivinar el furor del engañador engañado y su crisis de melancolía cuando tuvo que reconocer, según su propio ejemplo, que el narcótico que él mismo había elegido, era de la más grande calidad.

Domingo en la noche

Hace tres días me presentaron en la calle un gordo rubicundo de aspecto humilde y bondadoso, un compatriota que dirige por cuenta de nuestro agente consular los primeros trabajos de una mina de oro. Me habla de su vida en el desierto, bajo un pobre rancho de tablas y de lona. Siento en él una gran fatiga, una tristeza infinita. Hace treinta años que arrastra su existencia sobre el polvo de la pampa. El poco dinero que ganó se le fué entre los dedos. Nunca tuvo lo suficiente para volver a su país, pero tuvo demasiado para llevar una existencia modesta. Hoy su madurez lo inclina hacia la vejez, una vejez estéril como las crestas de las dunas y que no tiene, como ellas, la esperanza de un crepúsculo rosado. Sin familia, sin afectos, la doble soledad del corazón y del desierto lo envuelve.

Esta noche me comunicaron su deceso. Ayer había salido a la mina y esta mañana la apoplejía lo fulminó. Se le enterró todavía tibio en la arena y sobre su tumba se erigió una pequeña cruz de madera, parecida a las que he visto al borde de los caminos de Tarapacá. Los ocho obreros que mandaba a lo mejor se consolaron de su muerte bebiendo y consumiendo todas las provisiones.

Lunes en la noche

Vino el circo a Antofagasta, un circo francés. Quisiera escribir una novela cómica sobre estos saltimbanquis que recorren la América del Sur y que van a veces hasta donde los indios para saltar en sus anillos y hacer relucir bajo las antorchas el entrechoque de sus oropeles. Más afortunados que la mayor parte de nuestros feriantes, tienen posibilidades de enriquecerse. ¡Cuánto movimiento en sus vidas, qué pintoresquismo ! Son los únicos artistas que los chilenos, bolivianos y peruanos estiman y pagan. Esta noche un payaso, enharinado y embadurnado, divertido, tocaba melodías deliciosas golpeando con un mertinete un teclado de

madera. Seguía el ritmo de sus compases con contorsiones y muecas, mientras el público aplaudía frenéticamente ; pero a veces su instinto especial de músico tomaba la delantera sobre las necesidades del oficio ; visiblemente se olvidaba y se dejaba arrastrar por el encanto melancólico de la melodía. Sus ojos se velaban ; una sonrisa más fina atenuaba el horror de esta llaga abierta, su boca. Los espectadores desorientados se impacientaban y sus murmullos lo llamaban al sentido de las proporciones. Entonces se ponía a dar vuelta los ojos en expresión despavorida y a sacar la lengua. Las pequeñas amazonas, niñitas de entre diez y quince años no recibían, para efectuar sus volteretas, ningún estímulo. Una de ellas, en verdad bastante hermosa y que sin duda habría deslumbrado en Francia toda una asamblea de campesinos, maniobraba en medio de la indiferencia general. Pero el luchador concitaba un gran entusiasmo. Piense pues, un luchador *gabacho* que botaba y arrastraba los *gringos* e incluso los mismos autóctonos. ¡Feliz la nación, que ha producido un hombre tal !

Martes en la noche

Veo pasar en la calle un hombrecito de cabellos grises, con ojos fijos, cara macilenta y que camina como un alucinado. Me cuentan su historia : es un colono de Atacama, un europeo, dueño de una mina de plata en la cual el mineral se empobrece cada día. Ha vivido ahí veinte años, gastando poco a poco su escasa ganancia, siempre hipnotizado por un tesoro que no se encuentra nunca y que sentía surgir bajo sus pies. Su edad madura se consumió en embriagueces solitarias en medio de las arenas. Al borde de la vejez, repentinamente, el amor, la pasión lo toman y lo apretan. Ama, quiere casarse y para obtener lo que ansía sueña la fortuna y se encarniza en su mina. Se le vio correr de Valparaíso a Santiago buscando capitales por todas partes, alabando las maravillas que se esconden en su terreno y en las cuales cree. Llama ingenieros, los alberga, les arranca promesas, esperanzas, un poco de vida para su corazón. Unos tratan de hacerle ver que su filón, que siempre fue pobre, no se enriquecerá jamás para servir las necesidades de su causa. Los otros -y los conozco- encuentran que sus vinos son muy atractivos y atizan la ambición que lo devora. Pide prestado, se endeuda, monta cuadrillas de peones, palpa desesperadamente las gangas que salen de su pozo. A veces su sobreexcitación cae ; incluso el alcohol es impotente para reanimarlo. Se acuesta sobre la arena estéril de su propiedad y se envuelve en ella como un amante en el lecho de la infiel.

Mañana partiremos hacia las grandes minas de plata de Pulacayo, en Bolivia. atravesaremos el desierto de Atacama y escalaremos el altiplano en ferrocarril.

CAPÍTULO IX

SALIDA DE ANTOFAGASTA.- COMPAÑEROS DE VIAJE.- LA FRANCESITA,
UN BOSQUEJO DE NOVELA.- EL OASIS DE CALAMA.-
LA ZONA DE LOS VOLCANES.-
FILOSOFÍA INDIA.- PUESTA DEL SOL.- UYUNI.- LLEGADA A PULACAYO.

El tren de Antofagasta no circulaba durante la noche ; por eso, dos días son necesarios para llegar a Uyuni, de donde parte el ramal especial para la gran mina de plata. La primera noche se duerme en el oasis de Calama, la segunda en Uyuni y solamente a la tercera se llega al dominio de la Compañía de Huanchaca.

Desde las siete de la tarde nos encontramos en la estación, el coronel Ribeyra d'Ennera, Philippi y yo, acompañados de algunos amigos que vinieron a despedirnos y nos instalamos en el único vagón de primera clase donde viviremos dos días... !y en marcha !

Viajamos a través de las calles de Antofagasta que están siendo regadas y en las cuales se ve ya el sol matinal. Mientras pasamos por Playa Blanca el mecánico agita una gran campana cuyos sonidos atraen algunas mujeres al umbral de sus puertas. La vía dibuja primero un codo hacia el sur para dirigirse en seguida hacia el nordeste. El cielo está aborregado con pequeñas nubes rizadas de ópalo y más allá de las playas, el Pacífico se

extiende a lo lejos uniformemente azul con algunas pinceladas de una blancura irisada. Es el mismo espectáculo que al salir de Iquique, pero sin la emoción del precipicio. Detrás nuestro dejamos la usina de Playa Blanca, donde los obreros trabajan ya, a pesar de lo cual parece como siempre inanimada ; nos hundimos en una quebrada entre dos colinas grises. El mar desaparece y como pasarán dos o tres años sin que sus pulmones aspiren de nuevo la brisa marina para saciarse de aire, mis compañeros lanzan un suspiro. Cuando de nuevo bajarán del altiplano, por lo menos el primer día, este aire libre y abundante del cual la Bolivia los priva, los volverá sordos y será para ellos casi doloroso. Mientras tanto vamos al encuentro del vértigo, del mareo y del insomnio puesto que mañana en Ascotán nos habremos empinado ya a más de doce mil pies sobre el nivel del mar, mientras que aquéllos cuyo pecho no resiste al soroche, sentirán angustia.

La región que se despliega en torno nuestro en este momento me parece más horrible que los peores lugares de Tarapacá : una tierra desnuda, arenosa, resquebrajada, abarrancada, recubierta en ciertos lugares por trozos de roca, corrientemente de un gris sucio, casi negruzco, en tanto que en el horizonte se ven eminencias y sierras como de cartón con sus crestas que se tiñen con resplandores rojizos. En vez de contemplar estas extensiones lamentables, echemos mejor un vistazo a nuestros compañeros de viaje.

Somos nueve en total cuya destinación es Uyuni ; primero hay dos ingleses que se dan la espalda, uno pelirrojo, el otro rubio, ambos igualmente aburridos y silenciosos. Mantendrán los dientes apretados durante todo el viaje y nadie sabe de dónde vienen ni a dónde van. Hace poco, luego de un incidente diplomático, la Gran Bretaña llamó a su ministro en Bolivia y borró esta nación del mapa del mundo. Para Londres, Bolivia ya no existía. Nunca he visto nada más ridículo que esta ejecución sumaria, esta guillotina geográfica. Y bien, puesto que la Bolivia no existe en los atlas de Londres, los ingleses no deberían poner más los pies en ella. Pero Bolivia para ellos vuelve de nuevo a ser un auténtico país desde que sus intereses los llaman. Todos los días, nuevos ingleses hacen sus maletas y van a Oruro o a La Paz a dar desmentidos a sus geógrafos. North, el poderoso North, manda allá sus emisarios ; y son los ingleses los que construyeron el ferrocarril en el cual viajamos. Por lo demás hay que reconocer que no es ésta una obra de la cual podrían vanagloriarse. Se me dijo y lo creí sin esfuerzo, que no se encontraría en todo el universo un segundo ejemplo de tal aberración. Este ferrocarril, con aproximadamente mil kilómetros de recorrido, rueda sobre una vía estrecha de setenta y cinco centímetros, con curvas múltiples y pendientes fáciles de imaginar si se piensa que, de Calama a Ascotán, se sube dos mil metros en cuatro horas. Por lo demás tendremos más de una ocasión de constatar que el error de los ingenieros ingleses es tan extraño que sólo se explica, como en un gran número de empresas americanas, por el triunfo de intereses individuales sobre el interés general.

Al lado de nuestros dos ingleses está sentado un pequeño señor pálido, de nariz aguileña, patillas canosas ; sus ojos de un matiz indeciso tienen por momentos una dura firmeza. Es el señor Solar, Vice-Presidente del Perú y Presidente nombrado al cual Cáceres había usurpado el cargo. Quiere encontrar el ejército de Piérola, su vengador ; pero las tropas gubernamentales ocupan Arequipa y está obligado de hacer un inmenso rodeo por Oruro y La Paz. Discreto y de una cortesía exquisita, viaja con su hijo ; este joven elegante cuya sonrisa conserva siempre algo de enigmático, profesa la medicina y me parece destinado a coser de nuevo lo que la política de su padre había descosido.

Omito varios viajeros insignificantes que iremos desgranando en el camino. Pero he aquí frente a mí un encantador rostro de mujer, un óvalo de colores frescos iluminado por ojos

con largas pestañas y con párpados tan finos que se dirían diáfanos. Incluso durante el sueño, su suavidad luminosa debe traslucirse. La boca es una delgada línea rosada bajo la nariz cuyas aletas tiemblan levemente. Ella habla y Philippi y yo quedamos embelesados, pues hemos reconocido el acento, el puro acento parisino. ¿Qué casualidad hace que esta parisina tan joven, tal frágil atravesase el desierto de Atacama? Acaba de esposar un boliviano y quince días después de su unión su marido se la trajo. Está sentado a su lado, también joven, calvo ya y de físico común. Nos sentimos inmediatamente ganados por la simpatía. ¿Qué impresiones producirán a estos bellos ojos de madona las salvajes soledades cuya inmensidad vamos devorando? Envuelta aún con el halo soñador de la luna de miel, ¿se estremecerá frente a tanto horror? ¿Veremos pasar por sus pupilas la pena de la patria lejana, la desilusión, el temor de la vida fría y muda que la espera allá en las cumbres de La Paz? Cuando aceptó de seguir este extranjero sin duda no se imaginaba el esplendor fúnebre de los horizontes hacia los cuales la arrastraba. Asistiremos quizás a los primeros desgarramientos del velo.

Mi compañero me susurra :

- Yo que he vivido en Bolivia, la compadezco y experimento al verla un curioso sentimiento que no es de celos, pero que se parece. Tengo rabia contra el destino que priva mi país de esta parcela de gracia. Es como si una pequeña estrella se hubiera apagado en el cielo de Francia. La hemos perdido. En otro tiempo hemos vivido, durante nuestra adolescencia, con nuestras hermanas, nuestras primas, sus amigas. Nos acostumbramos a considerarlas como nuestras compañeras que estarían siempre a nuestro lado. En seguida llega un desconocido, elige una de entre ellas, se casa y se la lleva. Sentimos entonces una tristeza de corazones lastimados y celosos. ¿Comprende usted la antipatía que me inspira este feliz boliviano?

- Perfectamente -le digo riendo- ; pero ¿sabe usted a qué me hace pensar nuestra « francesita »? A una novela, que no sería otra cosa que una historia bien común en estos países de América. Piense que este extranjero se haya hecho pasar por alguien bastante rico a los ojos de padres engegucidos por el alejamiento de su patria y ensordecidos por la sonoridad de su apellido. Se presenta ante su novia con el misterio de los océanos recorridos y la poesía de la región sublime donde nació como un aguilucho. Ella ve en él una especie de príncipe americano, de hijo del sol que ha atravesado el espacio para ceñirle al dedo el anillo nupcial. Sabemos por lo demás que bolivianos, peruanos y otros meridionales del sur, una vez en París, echan por la ventana hasta sus últimas piastras hablándonos imperturbables de sus minas de oro. Como somos unos papanatas, ignoramos que, por treinta francos por año nuestro limpiabotas podría gozar de minas que, sin pertenecer a nadie, pertenecen a todos. Olvidan de decirnos que la explotación de sus minas, aunque fueran ricas, exigiría un desembolso considerable de capitales. Nuestro buen señor, pues, seduce los padres, se casa con la niña y parten los dos. El sueño continúa. Del brazo de su marido la joven se embriaga suavemente con las conversaciones a solas bajo las noches ecuatoriales. El océano le susurra una maravillosa canción de himeneo y como ella confunde el prestigio del amor con la magia de la naturaleza, su marido le parece un doctor en encantos. Es él quien hace brillar las estrellas nuevas y cantar las olas. Es a él que va todo su reconocimiento. Se llega a un lugar y es ahí que la tristeza de la ciudad, la suciedad de los hoteles, el entorpecimiento de los habitantes la conmueven, la inquietan. Pero están en un lugar de paso y el amor embellece el triste caravanserrallo. Se entra en el desierto ; ella comienza a echar de menos el camarote del barco e incluso la hostería dejada la víspera. El calor, la arena, la monotonía, la forma lúgubre

de las colinas asustan su alma de parisina a quien las *Buttes-Chaumont*^(*) son suficientes a satisfacer su gusto por la aventura. El viaje se prolonga ; el aire se rarifica ; se entra en la región de los volcanes y de las nieves eternas. Ella sofoca, tiene frío, no puede dormir, pero la esperanza de llegar mañana o pasado mañana al castillo de su marido la sostiene aún. Allá su nueva familia debe impacientarse y festejará su llegada ; la mina de oro comenzará a chorrear el metal, para ella. ¡Bonita la mina de oro ! No es otra cosa que un sitio eriazo. ¡Bonito el castillo ! No es otra cosa que un tenderete de adobes, con piezas heladas, sin hogar y sin estufa. ¡Bonitas las fiestas que le preparan ! Su suegra, sus cuñadas con sus amigas mirarán de alto a abajo la francesa y la detestarán con tanto más fuerza que serán incapaces de esconderles su mediocridad. Ella comerá maíz y cebollas en platos ordinarios y tendrá que economizar la chicha y el nabo para reparar las brechas del viaje. Jamás tendrá una distracción ; estará siempre bajo un cielo tormentoso ; vivirá en una atmósfera anemiente ; y su marido, mago entumecido que se desprende poco a poco de sus oropes de cuento de hadas ; y la Francia, que no volverá a ver, la querida Francia ; y la visión persistente del cuarto piso de la calle Montmartre, donde era tan feliz cuando un rayo de sol doraba los vidrios de su ventana. Esa es la novela, el drama íntimo que imagino, mientras que esta deliciosa cabeza, salida de un cuadro de Rafael, se inclina sobre el hombro de su marido boliviano.

Mientras tanto, el sol invadía nuestro vagón. Luego de un almuerzo tomado a la carrera en una estación miserable, mis vecinos se dispusieron a dormir la siesta ; desplegué sobre mis rodillas el mapa de Atacama de Latrille y me entretuve evocando a medida que la atravesábamos, las riquezas de la pampa.

Mucho se denigra los viajes en ferrocarril. Se dice que carecen de pintoresquismo y que, si suprimen las distancias, suprimen todavía más el interés de las regiones que se recorre. Me parece que esta opinión pierde valor cuando se trata de atravesar doscientas leguas de desierto. La caravana tiene sus encantos y apreciamos bastante el color local para no estimar como conviene el trote de las mulas y el cencerro de las llamas. A nadie le molesta jugar al pastor de Caldea en un nuevo Sahara. Durante el día, la marcha se orienta según la trayectoria del sol ; la noche, sobre el curso de los astros. No olvidemos tampoco que, bajo pena de ser odiosamente vulgar, hay que perderse, reencontrarse, agotar los víveres y morir varias veces de sed o de hambre. Lejos de mí de desdeñar estos imprevistos. A pesar de todo, estoy convencido de que el ferrocarril ofrece a los turistas del desierto la ventaja de presentarles una serie admirable de síntesis. El sabio y el industrial están obligados de explorarlo a pie y por así decir, hurgar en las esquinas y los rincones. Pero aquéllos que sólo le piden sensaciones y visiones inéditas no tienen la obligación de tanta paciencia y esfuerzo. El desierto, por lo menos el de Bolivia, es bello sólo cuando se le contempla huyendo, en la prodigiosa variedad de tonos y de aspectos que le da nuestra huída. La montaña, que usted echaría un día en escalarla o diez horas a darle la vuelta, sólo vale en relación al conjunto de montañas del cual forma parte. Ella toma su valor únicamente en la sinfonía del horizonte. Sola es una enorme masa de barro seco y de roqueríos friables. Usted vence el obstáculo a fuerza de hinchar el lomo y cuando alcanza la cumbre, su espíritu no cuenta con la libertad necesaria para poder penetrarse de las grandiosas bellezas que le rodean. Interrogué un cierto número de viajeros que fueron hasta el centro mismo de Bolivia. Ni uno solo -hablo de aquéllos cuya imaginación me cautivó tantas veces- pudo explicarme lo que había visto. El cansancio se la

(*) Buttes-Chaumont : alturas del nordeste parisino (128 metros de altitud) y que dieron su nombre a un parque.(N.d.T.)

había ganado a la facultad de registrar las imágenes. Es un fenómeno tanto más comprensible cuanto se sabe que viajaban a altitudes de cuatro y cinco mil metros y que la rarefacción del aire consume la fuerza de resistencia del europeo o lo sumerge en un embotamiento intelectual del que no sale sino con el reposo absoluto de las articulaciones. El desierto, como el mar, sólo nos revela su majestad a fuerza de infinito. El ferrocarril, que nos exime de esfuerzos corporales, nos mantiene en un estado más propicio a sobrecogernos con sus esplendores fugitivos y a abrazar su inmensidad.

Este primer día de viaje me pareció muy corto gracias a la erudición de mi amigo Latrille y a sus artículos en el Boletín de la Sociedad de Minería de Santiago. Pasamos primero frente a las salitreras del *Salar del Carmen*, para la cual se fundó la gran usina de Antofagasta ; luego frente a *Salinas*, donde se encuentran grandes depósitos de calcedonias, de cuarzo y de porcelanas.

Parece que era ahí donde los antiguos viajeros del desierto, los *changos*, fabricaban sus flechas y las pequeñas lanzas que usaban para la pesca. A partir de los desechos que han dejado, se juzga que debían romper mucho para obtener una cantidad suficiente de sus útiles. Estos *changos* eran los indígenas de la costa, cuya raza se extinguió poco a poco en tanto que los españoles absorbieron los escasos descendientes. No tenían nada en común con los primitivos habitantes de Atacama : su lenguaje brusco y pobre no se parecía en nada al idioma más enérgico y más expresivo de sus vecinos del desierto. Diferían igualmente de los indios de Bolivia y del Perú, los quichuas y los aimarás, que son todavía dos razas muy distintas por la lengua como por el carácter. Cuando se estudia la historia tan oscura de los antiguos pueblos de América sorprende su número y su variedad. Estas gentes, que agrupamos bajo el absurdo vocablo de indios, formaban grupos humanos tan diferentes uno del otro, como pueden serlo los franceses de los alemanes o los alemanes de los turcos. Cada uno de esos grupos tenía sus usos y costumbres propios, su espíritu nacional, sus artes y su industria. Hoy no queda nada de ello y para el ojo europeo todos los indios se parecen como granos de café. La conquista, la horrible conquista, los niveló en la sangre y en la esclavitud.

Los *changos* practicaban principalmente la pesca y las necesidades de su vida de pescadores había desarrollado en ellos su ingeniosidad. Avanzaron más allá de Calama , hasta Huacate o Cerro de la Caparrosa, donde levantaron hornos de calcinación con el fin de extraer de la caparrosa la pintura roja que contiene. Alquitraban sus barcas en piel de lobo marino con esta pintura. Estas barcas, infladas en sus dos bordes a la manera de los odres, eran insumergibles y desafiaban la albacora o pejespada, que a menudo los hundía dando un golpe con su apéndice nasal.

Toda la pampa, desde la salida de Antofagasta hasta Calama, está cubierta de una arena fina constantemente barrida por los vientos. Pero se puede distinguir un número infinito de pequeñas piedras angulares, cuya forma indica que no han viajado, puesto que las carreras largas habrían redondeado y pulido sus contornos. Latrille atribuye su existencia a la disgregación de rocas plutónicas provocada por los cambios de temperatura, los vientos periódicos y las neblinas. La acción de la atmósfera provoca, en efecto, un trabajo perpetuo de dilatación y contracción del cual sufre el hombre y también la piedra. Es por esta razón que, incluso en las caminatas bajo el sol, nunca se transpira en las alturas bolivianas.

A medida que avanzamos, la arena cambia de color y el sol que se suaviza y ya no funde esos colores en el mismo reflejo, multiplica la fiesta de nuestros ojos. En una chiquillada, que reconozco, pero que no es pretensión científica sino el gusto misterioso de las palabras, me plazco en enumerar, mientras nos detenemos, el nombre de esas mil piedras, cuyo resplandor me encanta. Conozco ahora las calcedonias, sombrías, relucientes, con cristales de cuarzo hialino incrustados que se diría diamantes sobre fondo negro ; las ágatas de blancura lechosa, a veces con matices rosados y verdes ; el polvo de pórfiro con tonos rojizos ; los jaspes cuyo azul tira hacia el gris ; se me hace ver gangas de caparrosa, de lapislázuli violeta en sus quebraduras recientes y que se hacen amarillas cuando se ha arrastrado por el suelo, « dionisias » negras manchadas con sangre, y tantas otras cuyos nombres extraños y graciosos hacen un ruido de encantación. Son las orquídeas del desierto.

Hacia las cinco de la tarde aparecieron las nieves eternas. No distinguíamos las montañas pero percibíamos largas fajas deslumbrantes, tendidas paralelas a la línea de aquel horizonte de amatista. Corrían ahí estremecimientos de oro como el pasaje de una llama en la transparencia de una pantalla. La planicie se ondulaba tal un cementerio de gigantes y a la izquierda se erigían abruptas crestas violáceas. Nos acercábamos de Calama, el gran oasis de la pampa, el « puerto mediterráneo » del cual Latrille me había exaltado su suavidad. Luego de haber atravesado como Fromentin^(*), desgraciadamente sin sus ojos, un desierto sin sombra bajo un cielo sin nubes, ¿veré como él emerger, en el resplandor de la tarde, los bosquecillos de árboles de follaje oscuro y lustroso de los cuales los muleteros cojen puñados de frutos ? Quisiera refrescarme en el surtidor de aguas claras y refocilarme con los olores de pasto segado.

¡Ah ! ¡Pobres de nosotros, he aquí el oasis ! Campos de alfalfa que me recuerdan la plaza de Antofagasta ; macizos cortos y bajos que redondean sobre el suelo sus lomos de tortuga ; en este campamento de topos hay un árbol, uno solo, parecido a un peral, tímida figura. El tren corre a través esta vegetación que los vientos azotan en todos los sentidos y sobre la cual parece que los muleteros y las mulas del desierto se hayan revolcado largo tiempo. Cuando más tarde volví a la costa y de nuevo vi Latrille, le hablé de mi decepción ; me respondió : « Si usted hubiera vivido tres meses en la pampa, amigo mío, se habría puesto de rodillas frente a esa alfalfa ». Por lo demás, olvidaba decir que a falta de datileras, de palmeras y de flores, vimos correr en medio de una primavera de criptógamas un ancho arroyo, cuyas orillas eran incendiadas por el sol poniente. Sin duda me habría maravillado, si las locuras de la imaginación me lo hubieran permitido.

El caserío de Calama es infecto : no son ni casas ni ruinas. Se diría algunas hileras de escombros que, según la fuerte expresión de Honoré de Balzac, sólo están en pie gracias al sostén del espíritu de sus dueños. La emigración de sus habitantes sería un derrumbe. No hablaré del albergue donde nos hospedamos ni de las piezas donde pasamos la noche. Sin embargo, hace apenas diez años, Calama era un centro animado, el gran corral del desierto. Más de veinte mil mulas pastaban aquí y servían a las transacciones que se hacían entre la costa y la Bolivia. El ferrocarril arruinó los muleteros y salvo algunos faltes que aprovisionan las minas de los alrededores y que mantienen aquí algunos boliches, los habitantes de esta aldea parecen sumirse en la más profunda miseria.

El oasis se extiende al sur de una ciénaga que tiene varias leguas de largo. Hacia 1839 cinco o seis familias de Tarapacá vinieron a establecerse y a cultivar la alfalfa. Este ejemplo

^(*) Eugène Fromentin, pintor y escritor francés (1820-1876). Se interesó por el orientalismo y pintó escenas y paisajes de Africa del Norte. (N.d.T.)

atrajo cierto número de colonos y uno de ellos, Elizalde, luego de haberse ocupado de agricultura, emprendió la búsqueda de minas y para ello organizó excursiones o *cateos*. Sus esfuerzos no tuvieron éxito, pero como sucede a menudo, su fracaso fue fecundo. Otros aprovecharon sus tanteos y poco a poco se reconocieron las riquezas que dieron a Atacama el nombre de « Museo Mineralógico ». Estamos en efecto en una de las más maravillosas regiones que la imaginación de los industriales pueda concebir. El cobre y el plomo abundan ; en ciertas zonas la tierra está surcada por filones de oro. El hierro se presenta bajo sus múltiples combinaciones y como si el suelo no fuera suficientemente rico por sí mismo , el cielo ha cubierto varios distritos dejando caer sobre ellos el fierro de los aerolitos. Pero de todos los minerales, son los de plata los más numerosos. Todos los caminos que salen de Calama llevan a yacimientos o minas de plata. Hollamos el suelo de la verdadera patria de la plata. La plata está por doquier ; sólo que la naturaleza la diseminó a tal punto, que es más fácil descubrirla que explotarla. Así, al nordeste de Calama, uno de nuestros compatriotas, que frecuenté en Santiago, posee la mina del Inca. Ella le da la subsistencia, pero nada más. Unos buenos pastizales normandos le habrían aportado más y mejor. Sus minerales, según parece, son tan importantes por su abundancia como por su pobreza. En este caso el problema consiste en encontrar un procedimiento económico que permita al minero obtener calidad partiendo de la cantidad. ¿Y qué tratamineto elegir entre los que propone la química industrial ?

Sucede con la explotación de las minas lo mismo que con las obras del espíritu. En esta gran cosecha nuestros ancestros nos complicaron la tarea, pero se puede espigar aún en el rastrojo que dejaron e incluso segar, pero hay que reconocer que tocaron la mejor parte. Los indios y los primeros españoles se apoderaron de los tesoros de la naturaleza. Bastaba agacharse para enderezarse ricos, arriesgando apenas un lumbago. Cuántas veces los escritores modernos han envidiado el destino de los aedas, que fueron los primeros en cantar el alma humana. La psicología de Homero cabe en veinte líneas, pero en esas veinte líneas escogió la flor y nata de los sentimientos comunes a la vida de todos. Hoy día los más hábiles de entre nosotros están reducidos al trabajo delicado de la lupa o del alambique. Médicos del cuerpo o analistas del corazón, todos persiguen y acosan los fenómenos infinitamente pequeños. Del mismo modo, las minas ya no se dejan desvalijar con benevolencia ; hay que conjurar contra ellas los ardidés combinados de la química y de la física y, si se quiere ser recompensado por los esfuerzos, hay que arrancarles las pizcas de plata o de oro.

Sin embargo, el desierto de Atacama encierra fortunas que no sería muy difícil de aprovechar y es de extrañarse que el hombre no se haya dado cuenta antes. La extrañeza cesa cuando se piensa que este desierto probablemente se transformó desde hace uno o dos siglos. No pienso que haya podido compararse a un jardín paradisíaco, pero todo nos empuja a creer que fue menos árido y que cierta vegetación escondió los afloramientos metálicos. En Calama se vio elevados algarrobos que daban su sombra a los viajeros. Todavía se recuerda los valles plantados de estos árboles y de tamarugos, ahora desaparecidos. No lejos de la mina del Inca se ha descubierto en la arena troncos de algarrobo que conservaban su materia orgánica. Unos comerciantes en madera los tomaron y los vendieron. Por último, en Cobija, triste abra que habíamos divisado desde el buque, los ancianos se acuerdan de dos palmeras admirables que se elevaban en la ciudad misma. Un gobernador las consideró como malos espíritus y ordenó cortarlas, bajo el pretexto que eran tan independientes que rompían la simetría de la calle. Es probable que en aquellos tiempos de frescos oasis las lluvias eran más frecuentes que en nuestros días. Todavía ahora, cuando el agua cae, los campos reverdecen, el desierto se cubre de flores, las planicies estériles se metamorfosean en valles. No he asistido a este milagro, pero he visto su fantasmagoría en los ojos de los que me lo contaban. Quién sabe

si esas praderas imprevistas valen la belleza centelleante y los destellos de las piedrerías de la tierra desnuda.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, dejábamos Calama, que se encuentra a más o menos dos mil metros de altura ; pero hacia las once de la mañana estábamos ya a cuatro mil doscientos metros, frente a Ascotán. Todos pasamos una noche detestable en nuestro tugurio, sin embargo, el esplendor de la mañana sobre la felpa malva con reflejos platinados de las nieves lejanas, el fresco, que no es de una brisa que no sopla todavía, sino de la luz que tiene transparencia de perla y de rosa húmeda, disipaban las sombras de nuestro insomnio. Únicamente la « Francesita » me parece cansada y más grave que a la partida, deseando que el viaje se termine ya. Nuestros dos ingleses habían ganado de nuevo sus sitios, espalda contra espalda, imperturbablemente silenciosos.

Frente a nosotros la planicie se estrecha : a la derecha y a la izquierda hay escarpaduras coronadas de nieve que se doran y se encienden. Más lejos, una montaña con dos picos redondeados hace destacarse en el cielo dos senos de una blancura deslumbrante donde danzan fulgores de brasa.

Hacia las nueve, llegamos al puente del Loa que tiene una longitud de trescientos metros, sobre una quebrada que tiene más de cien de profundidad. El tren se detiene y nosotros bajamos a contemplar de cerca este audaz trabajo. El precipicio es completamente de rocas ; el lecho del torrente, simple arroyo en este momento, es estrecho y su agua diamantina serpentea entre dos bordes tapizados de hierbas que, miradas desde donde estamos, se parecen más bien al musgo. El brillo del sol hace de este puente como una frágil arquitectura de relámpagos. Los ingenieros de la línea están orgullosos de su obra. Yo lo admiraría con gusto, si estuviera convencido que el hombre estaba obligado a construir esta obra para saltar sobre el abismo, pero sé que a dos leguas de aquí se habría podido evitar este obstáculo. Este puente fue una especulación feliz y nada más ; sólo veo en él barras de fierro y pernos que rompen la armonía del paisaje, haciendo sentir mejor, en este gran anfiteatro de alturas prodigiosas, la pequeñez del esfuerzo humano. La industria debe aspirar únicamente a lo necesario ; el resto no me interesa.

Desde nuestra salida de Calama hemos ya subido mil metros. Nos damos cuenta de ello por las náuseas de nuestra compañerita de viaje, que siente los primeros síntomas del *soroche*. Esta ascensión de las mesetas bolivianas por supuesto que no tiene el encanto de una ascensión ordinaria. Al subir no se domina la planicie circundante, o mejor dicho, no se siente que se sube, siendo casi una sorpresa el ver de repente, frente a uno, en pleno sol, cerros cuyas cumbres están cubiertas de nieve. Tienen apenas tres o cuatro mil pies sobre el nivel del desierto, pero ya estamos a una altitud de tres mil metros y estas montañas cuentan entre las más destacadas del globo. Por lo demás bien pronto van crecer a nuestros ojos y presentar toda su salvaje belleza.

Entramos en la zona de los volcanes. La tierra se hace parda, del color del suelo cultivable y de lejos distinguimos enormes amontonamientos negruzcos, cuyas líneas erizadas dibujan en la meseta un inmenso cuadrilátero. Se les diría diseñados a la cuerda. A la derecha se ve una duna rojiza con la forma de una hacina de heno, mientras que detrás de ella hay un monte con sus laderas rojizas, rechoncho, salvaje que se termina en un cono truncado. Se escapa de él una corta fumarola lo que nos da la impresión de un mastodonte cansado,

jadeante. A veces el humo sale más espeso y en la noche algunos surtidores de chispas salpican la bóveda con lentejuelas. Nos acercamos, el tren penetra en los amontonamientos que habíamos entrevisto poco antes y que son montones de lavas apagadas, bloques de un rojo sombrío, grandes cuajarones de sangre seca. ¿En qué época el volcán los vomitó, junto con la duna cuya elegancia desconcierta? Se ignora. Incluso algunos dudan que estas deyecciones, que se extienden por varias leguas, provengan del único cráter todavía humeante. Se las atribuye a otro volcán que habría explotado en su erupción y desaparecido bajo ella. Toda esta región no es otra cosa que una petrificación del horror. Ella violenta nuestro espíritu, amordaza nuestra imaginación, nos transporta bruscamente a las épocas prehistóricas en que las fuerzas de la naturaleza se disputaban el imperio del caos. Y sin embargo, quien triunfa de su primera impresión de espanto puede apreciar la gracia feroz de esta desolación. Cuánta serenidad en estos monstruosos campos de batalla. Qué caricias de oceánidas en las protuberancias y en las grietas de esta tragedia esquiliana. A lo lejos hay montañas, siempre montañas, diosas gigantescas cuyos hombros se pierden en las nubes y cuyas colas de terciopelo nacarado se despliegan por la tierra; otras que se levantan como fachadas de ópalo; otras cuyos frontones armoniosos habrían hecho el deleite de los ojos de un ateniense; y otras, por fin, esbeltas, blancas, dentadas, donde la nube desparramada y cautiva tiene pavoneos de paloma. La mayoría de los viajeros dicen: «Es horrible». En efecto, nuestro primer grito es el eco de ese grito. Pero la naturaleza tempera siempre su horror: no le es permitido de prolongar indefinidamente sus efectos de espanto, como no le es permitido a Shakespeare de no hacer cantar el ruiseñor en medio del terror de su drama.

El ferrocarril continúa subiendo y la pendiente se hace cada vez más sensible. Durante una hora rodeamos el volcán: los ingenieros ingleses lo han querido así y no me quejo, porque no me canso de este extraño espectáculo a través de antiguos cataclismos. El *soroche* hace sufrir a casi todos mis compañeros; los congestiona, los sofoca. Los dos ingleses aflojan sus corbatas, el coronel boliviano siente palpitaciones al corazón. La «Francesita» lucha valientemente contra una especie de mareo, pero sus pobres ojos asustados no lanzan sino que miradas vagas. Si en lugar de ser tirados por una locomotora nos arrastráramos por nuestro propio esfuerzo, estaríamos todavía más agotados. Es verdad que el ferrocarril tiene el inconveniente de no hacer transiciones. Philippi, más rojo que un cardenal, se desploma murmurando: «Es un sueño». Un sueño, sí; una alucinación donde el centelleo de la arena, los tonos violáceos de los muros de roca, el nácar de las nieves, todos los colores comienzan a danzar; un torbellino en la cabeza y en el corazón; escucho chirridos, mis oídos silban, como si todas las piedras que nos rodean se hubieran vuelto cigarras.

Ascotán: media hora de detención. Mi ataque de *soroche* se convirtió en hambre leonina. Algunos afirman que este efecto se produce raramente; me aseguran incluso que nunca he sentido el mal de altura. De acuerdo, pero sin embargo escuché las chicharras, y no soy felibre^(*).

Ascotán, gran blancura cruda en medio de las montañas rojizas despliega sus enormes lagos de bórax. Su explotación es muy sencilla: se retira la delgada capa terrosa que los cubre, se extrae el bórax con el cual se hacen pirámides, que secarán al sol durante quince días o un mes; en seguida se le envía en sacos de cuero a Antofagasta de donde es remitido a Europa. Entrevemos al pie de un nuevo volcán, sobre una superficie líquida como la de un glaciar aunque menos lustrosa, estas pirámides que se levantan de trecho en trecho.

^(*) Felibre: palabra del dialecto provenzal usada por F. Mistral para designar los escritores en lengua de Occ. Alusión a la Provenza, tierra proverbial de las cigarras. (N.d.T.)

Pero lo que nos llama la atención especialmente y nos encanta en cuanto bajamos de Ascotán, son los estanques, lagunas de agua salada cuyo azul inmóvil duerme dominado por las laderas de las montañas. Corrientes azules surcan la superficie y espuman levemente. Emergen algunos islotes que parecen crestas de roca volcánica. Estos pequeños lagos depositan en las playas, que por momentos semejan brazos de mar que se retiran, bordes de espuma cristalizada. Son verdaderas joyas relucientes. Es entonces cuando comprendo que es posible enamorarse del aspecto de un lago, rodearlo de supersticiones, hacer de él una divinidad misteriosa y buena consejera. Existe uno que me dejó la impresión tal de paz sobrenatural, que cuando lo vi desaparecer en el horizonte se me apretó el corazón. Estos lagos, pupilas del desierto, nos miran, nos siguen, nos persiguen, viven infinitos y encantadores. Altas montañas, volcanes, nieves, rocas rojizas, una tierra adormecida en sus últimas convulsiones, un cielo de cobalto, toda la inmensidad inerte y, al centro, una vida de reflejos se anima, flota, ondula, se sumerge, tiembla, se ensancha ; nada hay más adorable que este movimiento en el silencio.

El agua de estos lagos es caliente ; su temperatura varía entre dieciocho y treinta y cinco grados, y al aproximarse se distinguen en su transparencia miríadas de pejecillos de lomo negro con el vientre verde, gris o amarillo, de forma cilíndrica como las anchoas. ¿Cómo pueden vivir a esa temperatura y a esa altitud ? Es un fenómeno que no deja de sorprender. Durante el invierno el sol quema hasta mediodía, pero las tardes y las noches son terriblemente frías. El rigor del invierno ahuyenta los obreros de Ascotán, sitio que no tiene nada que envidiar a las *borateras* del condado de Nevada en el Valle de la Muerte (Death Valley). Sin embargo, las aguas no se hielan nunca : invierno y verano sus espejos dan al desierto una ondulación de vida inquieta, melancólica o serena.

Pero la vista súbita de una maravilla nos arranca a esta contemplación. A unos quinientos metros de nosotros surge el *Cerro Colorado*. Imagine sobre un plan inclinado, en lo alto de una montaña, una abertura de cráter ampliamente escotada. Las laderas de esa altura son ocre ; las paredes del cráter están impregnadas de sulfuro de hierro, arden, se diría un interior de forja en la noche. Gavillas de llamas rojas, verdes, amarillas, azules se pegan a ellas, exasperadas por el encarnizamiento del sol. Sin una brizna de humo, sin ruido ; y para comenzar, uno no se explica esta pintura de brasas ; uno se queda desconcertado, como presa de una pesadilla frente al silencio de este infierno abierto bajo la incandescencia del cielo. El Cerro Colorado posee su leyenda. A ciertas épocas del año el viento sopla con una violencia tal que las planicies sombrías se cubren de arena blanca, las que recuperan su color de origen cuando vuelven los vientos contrarios. La carga del viento produce en el deslizamiento de la arena un sonido metálico análogo al « tambor de las dunas », que conocen los africanos. Pero cuando este ruido se aproxima comienza a hincharse de manera desmesurada. Es el mugido de una bestia salvaje. Los indios dicen del *Cerro Colorado* « Toro del Diablo ». Se cree que la montaña encierra riquezas fantásticas y que el diablo las cuida ; nadie se atreve a aventurarse en ella.

Hacia las tres alcanzamos Ollagua, frontera provisoria de la Bolivia desde la guerra del Pacífico. El mismo espectáculo que en Ascotán : ríos azules, playas blanquecinas, yacimientos de bórax demasiado pobres para ser explotados y siempre las sierras nevadas.

No estamos lejos de Huatacondo, oasis sembrado de alfalfa, de maíz, plantado con viñas y árboles frutales. Si algún día un anticuario tuviera la idea de trazar la historia de los

pueblos americanos antes de la conquista -y deseo que un día Perú y Bolivia tengan en fin sus « egiptólogos »-, deberá ir a Huatacondo ; ahí encontrará interesantes vestigios de arte indio. Se ha descubierto troncos de algarrobo en los cuales los indios esculpieron caciques de tamaño natural. Los *jentilares* o cementerios esconden momias preparadas con tanta ciencia como las de Egipto. Una de ellas, probablemente de un jefe, tiene la frente ceñida con una gruesa lámina de oro, cuyas extremidades perforadas están unidas por hilos teñidos de azul. Sobre el labio superior un ribete de oro figura un bigote y los antebrazos están rodeados con brazaletes de oro.

En las barrancas, en la superficie más o menos pulida de las rocas graníticas, los indios grabaron soles irradiantes, guanacos, llamas, zorros y otras formas completamente quiméricas. El tiempo ha respetado estas figuras, que a lo mejor son jeroglíficos. Se destacan en blanco sobre el fondo negro de la roca. Más lejos se encuentran verdaderas pinturas que representan en sus formas geométricas tableros de ajedrez o de damas. Si se sigue el camino de Huatacondo a Iquique, las rampas de las montañas están ilustradas con dibujos. En ellos se ve rebaños de llamas conducidos por los indios, bastón a la mano y a veces una tropa asustada que retrocede y vuelve la cabeza ante el espectáculo de un hombre ahorcado. La expresión de sorpresa y de pavor parece que está muy bien representada. Que estas imágenes hayan podido conservarse a través de los siglos y en una comarca de vientos, de neblinas , de *camanchacas* y de variaciones atmosféricas repentinas no se puede comprender ; tampoco se ha interpretado con certeza su sentido oculto.

Tan pronto como podemos hacer un alto en la admiración o en el horror que nos inspira esta naturaleza estupenda y cuando volvemos a la serenidad, nuestro pensamiento de hombre busca el hombre de antaño, aquél que muchos siglos antes que nosotros echó aquí raíces y cuya alma vivió, cautiva y familiar, en medio de estos espantos. Es verdad que su religión no tenía ni la flexibilidad ni los refinamientos del antiguo paganismo o de las creencias hindúes. La existencia que se lleva en el desierto no crea la justeza de sensibilidad hacia graduaciones de apreciación delicadas, pero su monotonía engendra la grandeza. Los indios adoraban la más sublime manifestación de la vida universal, el Sol ; y esta religión les daba la fuerza para no ser aplastados por estos amontonamientos de montañas. La fe que profesaban se cernía por encima de las nieves y los volcanes. Por éso es que se encuentra en sus dibujos el Sol, el eterno Sol, centro de luz y de belleza. Los animales que lo rodean, guanacos, llamas, vicuñas, zorros -más o menos los únicos que conocían- encarnaban a sus ojos el misterioso espíritu de la naturaleza. Para ellos, cuya razón no podía enorgullecerse de las flaquezas e incertitudes de su instinto, el animal era un tratado viviente de filosofía. El indio profesa todavía hoy una especie de respeto piadoso por su llama. Mientras más pienso en ello, más esta imagen de un rebaño de bestias despavoridas apartándose de un hombre ejecutado me parece denotar en su autor una áspera y altiva melancolía, un llamado del corazón dirigido a la justicia inmanente. Estos seres habían sentido la realidad de nuestro *homo homini lupus* (*). Se mataban, se les mataba con una siniestra facilidad. La piedad no existía en ninguna parte ; no obstante su espíritu la buscaba por doquier. A falta de piedad encontraron en los animales una sorpresa indignada que los sorprendió de tal manera que sintieron la necesidad de traducirla y de fijar el maravilloso emblema sobre la roca de los montes. Creería sin problemas que el artista, cuyo cincel primitivo imprimió en la roca el cuadro de estos animales reculando ante el crimen consumado por el hombre contra el hombre, quiso dar una lección de humanidad a los transeúntes del desierto. Tomó al sol como testigo de que los animales protestaban contra la humana crueldad.

(*) « El hombre es un lobo para el hombre », frase de Plauto, parafraseada por Bacon y Lobbes. (N.d.T.)

Hacia ya bastante tiempo que nos habíamos alejado de Ollagua cuando pudimos contemplar un cuadro tal que aunque viva cien años no podré olvidar. Corremos a todo vapor y en línea recta sobre una pampa inmensa, que a causa de su hierba intermitente y leprosa, se le ha llamado la *pampa pelada*. Delante nuestro la meseta vacía, desnuda, atravesada por dos rieles relucientes, mientras que a lo lejos, muy lejos, se ve unas formas de crestas apenas bosquejadas de un vago color de ajeno. Alrededor nuestro, el desierto y el silencio. Allá detrás hay un anfiteatro de montañas que abarca todo el horizonte, en tanto que el sol se pone. Las cumbres nevadas tienen juntas de raso color salmón ; sus explanadas enrojecen ; a su pie un mar, un lago de oro en fusión se despliega, se dilata en el centro, se adelgaza en los extremos y parece lamer el borde del cielo con una lengua de fuego. En los huecos de los picos, por sus troneras y sus almenas se entrevé un incendio en el que nadan archipiélagos de rubies ; surtidores de llamas suben y mueren detrás de las nieves que azulean. Se diría que asistimos a erupciones volcánicas lejanas, cuyo estrépito no llega hasta nosotros. Sobre nuestras cabezas, el cielo violeta y malva del lado del oriente precipita hacia el occidente nubes desgredadas, más rojizas que melenas de leones o que vellocinos de oro. Rayos verdes se dispersan al sur y al norte. Luego, de golpe, llega la noche, la noche rapaz, la noche de presa cae mientras que el horizonte prolonga todavía la agonía de su púrpura. Hendemos el espacio. La locomotora, liberada de los esfuerzos de la escalada, sifla y muge con el gozo de una bestia libre de trabas. Los fanales se encienden y para ver mejor nos quedamos agarrados a la plataforma del último vagón. Amplias estrellas brotan en la oscuridad, tan cerca, que bastaría con estirar la mano para tomarlas. Y allá lejos se ve la tempestad, la incesante tormenta de estos lugares estalla, no en el cielo, sino en la tierra. La lluvia cae en grandes gotas y los relámpagos, parecidos a serpientes de brasa y de azul, reptan, zigzaguean, rebotan a ras del suelo, corren perdidamente detrás nuestro. Y cuando a las nueve de la noche, después de quince horas de viaje, descendemos a Uyuni, estamos hechos pedazos, aniquilados. Nuestros ingleses zozobraron hacia el nirvana y la « Francesita », desorientada y llena de espanto, un poco más y rompería en sollozos.

El vice-presidente del Perú, a quien sus preocupaciones políticas habían absorbido todo el día, en cuanto llegó al hotel se retiró en su habitación. Su hijo hizo otro tanto. En cuanto a nosotros, mientras el hotelero preparaba nuestra comida, nos lavábamos la cara con el agua helada y nos pusimos nuestras ropas de invierno, puesto que desde esta mañana habíamos cambiado de estación. Los cubiertos fueron dispuestos en una pequeña sala que daba al patio. Cuando pasamos a la mesa mis dos compañeros, la « Francesita », su marido y yo, la tertulia tomó un aspecto de cena de Nochebuena, observándose en mí como en mis contertulios un curioso estado de nerviosismo. Nuestros ojos brillaban y nunca tuvimos un mayor estado de animación. Se habría dicho la alegría febril de personas que acaban de escapar a un peligro. Por mi parte yo sentía la sensación muy clara, casi violenta, de encontrarme transportado en otro mundo y bajo nuevas condiciones de existencia. No habría podido decir lo que me faltaba si no hubiera sabido a qué altitud se encontraba Uyuni. Este enrarecimiento del aire, que mis pulmones sentían sin dolor, me producía un oscuro placer. Me parecía que las partes de mi cuerpo ya no obedecían a una misma idea directriz. Había como un poco de anarquía en mí y este fenómeno físico se complicaba a causa de un fenómeno moral análogo. Mi ser se disgregaba. El pasado ya no existía, lo había vaciado en el camino, hacia los tres mil metros de altura. Habría sido incapaz de acordarme de lo que había hecho la víspera. El futuro tampoco contaba, pero aspiraba a grandes sorbos el minuto presente. Un minuto delicioso cuando no lo oscurecemos con nuestros recuerdos o que no lo

alumbramos con la falsa luz de las aprehensiones y de las esperanzas. Sentía mi cabeza bastante libre, en un estado de semi-embriaguez con la conciencia entre dos vértigos : ayer y mañana.

Nuestra pequeña compañera debía partir temprano al día siguiente. Fue la última comida que tuvimos juntos. Ella había cambiado desde Antofagasta y cuando al fondo de mi memoria la veo de nuevo, me parece que su hermoso reír había perdido su limpidez y su tintineo de cristal. El espanto de las soledades atravesadas le había replegado las alas. Aquella noche habló de la patria con una melancolía discreta y al despedirse, fue con emoción que apretamos su pequeña mano helada.

A la mañana siguiente, el mozo encargado de despertar los viajeros que iban a Oruro se equivocó de puerta ; entró en la habitación donde Philippi y yo comenzábamos a descansar luego de una noche pasada a subir escalas de pesadilla y nos hizo sobresaltar, de susto primero, de indignación después. Escuchamos entonces a través del tabique una carcajada tan fresca, tan comunicativa, que tomamos con humor y a la broma el contratiempo que rompió nuestro sueño. La « Francesita » estaba ya en pie y la alegría de la aurora le deseaba un buen viaje.

Más tarde en Antofagasta supe, por compatriotas llegados de La Paz, que la habían visto en camino en una hostería de mala calidad donde pasaba la diligencia, pálida, transida de frío, los ojos llenos de lágrimas, espantada con la noche lluviosa que se abría a sus pasos. « !Dios mío, murmuraba, qué país, qué triste país ! ». Era su última etapa, y ya no reía.

Me paseaba por Uyuni, que es el pueblo más espantoso que conozca, todavía peor que Calama. Se acusa a los habitantes de haber construido sus casas con durmientes robados al ferrocarril. Cinco o seis palmos de calles sucias, sórdidas, entre una montaña verdosa y la inmensidad de la pampa pelada.

Mi primera sorpresa consistió en ver las *chol*as bolivianas en su traje nacional. Imaginen mujeres esculpidas en madera policroma como se encuentran en los pesebres de Nuremberg^(*) o en papeles de color, como recortan los niños : un sombrero de ala ancha, una manta que las empaqueta, una falda que se ensancha y dos piesecillos que, bajo este andamiaje, parecen ridículos. En toda estación se envuelven con chales, corrientemente de un amarillo chillón y llevan un refajo rutilante que comienza más bajo que las caderas, de manera que el andar le imprime un balanceo perpetuo. Cuando la *chola* se agacha, el refajo parece sostenerla. Está unido a la cintura por una faja de tejido, corrientemente gris y enseguida se ahueca, tendido por aros. Estas pobres mestizas parecen ridículamente vestidas con crinolinas ; no conozco nada más cómico que estas siluetas moviéndose a trote menudo sobre la banalidad del desierto.

Algunas están sentadas en el suelo a pleno sol, frente a canastos de frutas cubiertos con ponchos. Una caravana de borricos blancos, dorados por el sol, desfilaba sin arriero mientras que en la playa una tropilla de llamas arrodilladas ruminaba orgullosamente. Son como camellos a escala reducida, sin joroba, que se echan en tres tiempos con una mejestuosa regularidad, tienen un largo cuello de jirafa coronado por una cabeza plana. Son hieráticas y

(*) Nuremberg, ciudad de Baviera en Alemania, conocida por sus finos trabajos en madera, juguetería, figuritas, santones y relojes cucú. (N.d.T.)

despectivas. Sin duda pertenecen a la nobleza en el reino de los animales. Por lo demás extremadamente mansas, pero testarudas y perezosas. El indiecito que las cuidaba, acostado contra un perro negro, dormía a pierna suelta.

Luego después del almuerzo, tomamos de nuevo el tren que nos hará subir a las alturas de Pulacayo. Esta última parte del viaje es la más corta, pero también la más peligrosa. La línea, de una longitud de veinticinco kilómetros, tiene por lo menos unas trescientas curvas y una pendiente del cinco por ciento. Últimamente el tren desrieló cerca de Uyuni, los vagones fueron destruidos y los pasajeros murieron instantáneamente.

Estamos obligados a subirnos a un furgón y la ascensión comienza. Primero vamos a lo largo de la pendiente de la montaña, luego entramos en un desfiladero salvaje. El desierto centellea como un mar inmóvil y pálido de donde emergerían a lo lejos islas escarpadas. El aire se enfría singularmente. El cielo, bien azul a la distancia, se cubre de nubes sobre nuestras cabezas y nos azota, aquí o allá con breves chubascos. La montañas están alfombradas de brezo enano y erizadas de cactus parecidos a mazas clavadas en la tierra y cuya extremidad redonda se cubre de una pelusa blanca. Esta vegetación se hace más escasa a medida que subimos. Bordeamos las barrancas. De la pendiente de la montaña que seguimos percibimos sobre la vertiente de la montaña de enfrente, de la cual nos separa un desfiladero hueco, la prolongación de la vía férrea. Se tiene la sensación de correr a través de un enorme laberinto. A cuatro mil seiscientos metros de altura, hay cabras que pacen tranquilamente en medio de los helechos.

Por último, alcanzamos la grupa redondeada de los montes, desnuda, árida, salpicada de bloques rojizos, demoliciones o escombros. El tren la rodea, desciende levemente cuando de repente, en medio de un prodigioso amontonamiento de montañas rojas, verdes y cardenillo, la ciudad de Pulacayo nos aparece con sus altas chimeneas de fábrica, algunos grandes chalets y una multitud de techos de totora y de zinc. Se diría un hormiguero negro en la abertura de una gavilla rústica.

No me esperaba este espectáculo y ahí donde creí encontrar sólo una yuxtaposición de caseríos en torno de un gran boquerón de mina, descubriría una ciudad extraña, la más alta del globo y a la que sólo falta, para ser una maravilla, una vieja abadía o un castillo feudal.

El tren entraba en la estación. Los ingenieros de la mina, los señores Echegaray y Cornejo, me esperaban y asegurados que no sentía nada que se pareciera al soroche, me hicieron visitar sobre la marcha los talleres en pleno trabajo. No había tiempo que perder, puesto que era el 22 de febrero y al día siguiente comenzaba el Carnaval, único período festivo en las minas de Bolivia, que debía liberar los obreros durante una semana de alborozo popular.

CAPÍTULO X

RAMÍREZ.- PASEO EN PULACAYO.- EL TÚNEL.- HUANCHACA.-
LA VICUÑA.- UN ANCIANO.- EL CLERO BOLIVIANO.- HISTORIA
EXTRAORDINARIA Y AUTÉNTICA DE UN ESTUDIANTE DE
MEDICINA.

En la oficina de los ingenieros, en Pulacayo, vi colgado en la muralla el retrato a lápiz de un hombre inolvidable : una cara larga, lampiña, descompuesta por la miseria y más agrietada que una torrentera después de la avalancha ; ojos grandes, tristes y ojerosos ; nariz vigorosa cuyas aletas adelgazadas, deprimidas, revelan una sensibilidad adolorida ; y una boca prominente, voluntariosa con anchas arrugas caídas, una boca de sollozo. Es Ramírez, el Cristóbal Colón de las minas de Huanchaca. Tuvo un curioso destino. Viejo huésped del desierto, infatigable buscador de oro pasó su vida a hurguetear en la cordillera, siempre frustrado ; arrastrando su mala pata y su esperanza, murió pobre sobre tesoros que le tocó descubrir y que no pudo explotar. El único o casi el único entre los hombres blancos, supo hacerse querer por los indios ; vivió al medio de ellos respetado y protegido por la afección silenciosa y casi maternal que le prodigaron. Como trabajaba en una mina vecina de Huanchaca y que era el blanco de las animosidades de sus socios, un día vio una vieja india que venía a él, una especie de sibila de la cual en otro tiempo había limpiado y curado una herida : « ¿Por qué te quedas en una mina pobre, donde te molestan y persiguen ? Vales más que los que te rodean. Sígueme y serás más rico que un emperador inca ». Él la siguió y la india lo condujo a las alturas vírgenes de Pulacayo : « Aquí, le dijo, sólo tienes que cavar y encontrarás tanta plata, que podrás con ella construir un palacio ». Luego de lo cual le pidió guardar el secreto de la entrevista y se fue. Ramírez se puso manos a la obra, dándose cuenta que la hechicera no lo había engañado. Creyó acceder a la fortuna, pero la muerte no le permitió realizar todas las profecías de la india.

Su extraordinario descubrimiento iba a enriquecer la Bolivia, para quien Huanchaca fue, en más chico, lo que son las salitreras de Tarapacá para los chilenos. Se fundaron ahí fortunas colosales y sobre este nido de cóndores se abatió una banda de rapacidades internacionales. Uno de los grandes soberanos fue el señor Arcey, ex presidente de la República, el hombre más poderoso del Altiplano, el autócrata de la política boliviana, líder del partido clerical y proscriptor de los liberales. Si Huanchaca hubiera tenido a su cabeza un espíritu amplio, Bolivia no sería en este momento el país más atrasado entre los países civilizados. En Pulacayo se vio sucederse como administradores hombres que no perseguían otro fin que el de enriquecerse rápidamente, aunque fuera a costas de la Compañía. Me contaron que uno de ellos concibió la idea de arruinarla para comprar a bajo precio una mina que parecería agotada. Hizo dirigir las cuadrillas de obreros de tal manera que, sin que lo supieran, abandonaron el filón y se pusieron a cavar en la roca estéril. Se creía todo terminado cuando uno de sus cómplices lo traicionó y el singular administrador debió largárselas.

Hace más de medio siglo que la plata chorrea en estas cumbres, si no es con abundancia uniforme, por lo menos sin interrupción. ¿Cuándo se secará la fuente ? Se ignora. Los mineros no pueden prever el momento en que la dinamita no hará saltar algo que valga. La tierra les reserva tantas sorpresas como el mar a los marinos ; los filones del precioso metal se burlan de sus cálculos y se pierden en el misterio. En este momento, doce mil almas viven agarradas de la esperanza de que la mina los alimente por largo tiempo todavía.

Viven en la falda de la montaña y los que conocen el Mont-Saint-Michel comprenderán fácilmente esta ciudad construída como una escalera en la pendiente de un estrecho anfiteatro de alturas pardas y grises. Enfrente, en la cumbre, un muro blanco, coronado con una cruz que brilla al sol : es el cementerio. Los muertos se ciernen sobre los vivos ; reposan cerca del cielo. En el fondo se levanta un gran chalet con una escalinata, al mismo tiempo residencia del administrador y correos y telégrafos ; el camino que pasa delante domina el túnel por donde se va para bajar a la mina y que se atraviesa para ir a Huanchaca. De este lugar se ven los talleres construídos sobre terraplenes, los hangares donde las mujeres machacan y seleccionan los minerales, la vieja ciudad de Pulacayo, amontonamiento informe de chozas y toda la quebrada que se ensancha. Por lo que toca a la ciudad, las casas se comprimen aquí sin ninguna regularidad y hacen cascadas de techos rojizos en donde se recortan grandes cuadrados negros, aberturas que hacen oficio de chimeneas y es por ahí que se escapa el humo de las cocinas primitivas.

La ciudad se compone de un cierto número de barrios que se parecen, unos con pequeñas « cités », otros con callejones sin salida. Las primeras noches tuve grandes dificultades para encontrar mi camino. Como llueve sin cesar durante el otoño y el invierno, el agua socava los taludes, llena de baches las callejas y aparecen hoyos por todos lados. Nunca y en ningún otro lado la Providencia se ha mostrado más simpática con los borrachos que en Pulacayo. Sin ella, más de la mitad de los habitantes se romperían las piernas en tiempo normal y casi todos durante el carnaval. Entre la habitaciones, las que están destinadas al personal de ingenieros, contadores y empleados de la administración, tienen el aspecto de viejas moradas burguesas de nuestras pequeñas ciudades. Las otras sólo tienen una o dos piezas donde las camas ocupan todo el espacio y sirven de sillas. Son únicamente dormitorios. Sus ocupantes están acostumbrados a comer en el patio, incluso cuando llueve. Hay otras habitaciones más miserables aún, simples « ranchos » de tela. Aquí no hay ni siquiera camas, sólo sacos apilados en un rincón y al medio de la horrible tienda, una cocinilla en la cual la mujer prepara las comidas. La miseria humana, cuando se presenta bajo su cariz más

lamentable y más categóricamente desprovista de esperanza, sube a los montes, se instala en las nubes, vegeta donde mueren las plantas. Dios no puede dejar de verla. Sobre la vertiente opuesta a la ciudad, se distinguen dos o tres cuadrados verdes : algunos indios cultivan papas, las que se comen después de haberlas dejado escarcharse.

Pulacayo está separado de su único paseo, Huanchaca, por una montaña y un valle. A través de la montaña se abrió un túnel de más o menos una legua, trabajo que fue confiado a un ingeniero francés, el señor Costa, y que lo honora enormemente. Pequeños vagones tirados por mulas lo recorren, esperando que la Compañía compre una locomotora eléctrica. Se renunció a las máquinas comunes porque el humo se atascaba en las cámaras donde trabajan los mecánicos de la mina, cámaras que comunican todas con el túnel. Este pasaje me produce siempre una impresión extraña. Uno se envuelve con chales y ponchos porque la corriente de aire es fuerte, los cambios de temperatura son frecuentes. Durante los dos primeros kilómetros, globos eléctricos proyectan su luz fría y fantástica. A medida que se entra, el calor se hace más fuerte. De trecho en trecho se abren unas cavidades siniestras, grutas que bajan hacia la noche negra. Luego, bocanadas de horno nos suben hasta la cara ; escuchamos los ronquidos de las calderas y percibimos las llamas de la forja contra las cuales se destacan siluetas de hombres encorvados. A continuación, cuando pasamos frente a la caverna donde funcionan las ruedas que extraen el agua de la mina y que hacen funcionar los ascensores, somos golpeados por un estrépito ensordecedor.

Se entrevén oscuras galerías al fondo de las cuales fantasmas humanos se agitan con la vacilación de las antorchas. En todas partes hay silencio, roto solamente por el rumor de las máquinas. Ni un solo ruido de voz. Uno siente la sensación de atravesar un mundo misterioso donde se realiza por sí misma una obra ciclópea. Ahora las luces nos abandonan ; estamos inmersos en las tinieblas y la humedad nos hiela. La bóveda chorrea sobre nuestras cabezas y no escuchamos otra cosa que el chapoteo del agua bajo los cascos de la mula. Y de repente una blancura intensa, un diamante relumbrante muy lejos delante nuestro ; su tamaño aumenta, se redondea. Se diría un fanal deslumbrante. De ahí nos llega un aire fresco que nuestros pulmones respiran con delicia. Cien metros más y llegamos al umbral del túnel. La maravilla que nos hipnotizaba era la luz del día.

Al salir de este estrecho camino teñido de noche encontramos un lecho de torrente abarrancado que dibuja una curva y desciende entre una cadena de colinas y una alta muralla de rocas rayada, de arriba abajo, con anchas bandas rojas. Aquí y allá se elevan cactus y crecen algunas motas de brezo, pasto de las llamas. A la orilla del torrente, la Compañía instaló una estrecha vía férrea, donde las vagonetas ruedan solas a la merced de la empinada pendiente. Nos instalamos en una de ellas con nuestro amigo Cornejo, que construyó la línea y que apoderándose del freno del liviano vehículo, comenzamos a bajar. Pronto corremos a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora, que una piedra sería suficiente para hacernos descarrilar y precipitarnos al fondo de la quebrada, o tal vez menos que una piedra, una simple torpeza de nuestro timonel en la mitad de una curva. Pero tales accidentes nunca se producen. La Providencia vela incluso sobre los estómagos en ayunas.

Así rodamos cuesta abajo por un valle ancho donde brincan rebaños de llamas. El valle es atravesado por el lecho de un arroyo, donde hay un puente de madera al pie del cual

nos detenemos. Frente a nosotros se levanta vertical una cadena de montañas de pórfiro completamente rojas. Ahí se engancha una mula a nuestro vagón, porque la línea sube hasta Huanchaca. Este nombre significa « estiércol » en lengua india. Pasamos en efecto delante de inmensas turberas negruzcas y en ciertos lugares musgosas. Están formadas por detritus de árboles y de troncos enterrados que dan un fuego excelente. Se escapa de aquí incluso una especie de resina perfumada cuyo olor se parece al del incienso. Fue gracias a su descubrimiento que se eligió este lugar para instalar la usina de amalgamación. Ellas dan un combustible inagotable cuya extracción no presenta ninguna dificultad. Estas turberas son explotadas por quienquiera pida una concesión a la Compañía.

Huanchaca es una pequeña aldea menos pintoresca que Pulacayo, pero más vivaracha, más amable. Tiene un aspecto de niña bonita adormecida al pie de las montañas. ¡Y qué montañas ! Erizadas, salvajes, rutilantes, dentando en las nubes muros despedazados. En su empinada ladera hay enormes bloques en tal equilibrio que uno se pregunta en virtud de qué milagro no ruedan cuesta abajo para ir a aplastar las casitas pintadas que se encuentran en el fondo. Visitamos Huanchaca un día de feria ; en la plaza cuadrada, de la cual todo un costado tiene portales, grupos de indias y de cholos con faldas de colores chillones parecían ramilletes de acianos y amapolas. Una vicuña domesticada erraba en medio de las mujeres, esquivando las caricias con brincos ariscos y graciosos.

De cerca, la vicuña no tiene nada de especial : más chica y más fina que la llama, se le parece, como se parece también al guanaco. Estos tres animales son de la misma familia. Cabeza de perro galgo, largo cuello, lomo encorvado, largas piernas muy delgadas, la vicuña es blanca, salvo sobre el lomo donde su lana parece teñida de azafrán. Pero de lejos y especialmente en rebaño se transfigura. Su agilidad, su gracia huidiza al sol que inflama sus manchas rojizas, hacen de ella a una aparición maravillosa. Se transforma verdaderamente en el animal sagrado, aquél cuya lana servía a tejer los atuendos reales de los Incas y que, so pena de muerte, nadie podía matar. Ya no es un animal que corre, es un rayo de sol rasando la tierra, una visión de oro viviente sobre la blancura de las cimas. Nos sucedió a menudo a mis compañeros y a mí de preguntarnos a la puesta del sol : « ¿Son reflejos que se deslizan en la nieve o bien vicuñas en fuga ? A mi regreso de Pulacayo, cuando atravesaba el desierto del Altiplano, vi una tropilla de vicuñas no lejos de la vía férrea. El sol se había levantado y yo habría jurado que eran brillos de aurora caídos sobre la pampa.

La vicuña se escapa con tal rapidez que los mejores perros, los caballos más infatigables no la alcanzarán jamás. Es desconfiada, suspicaz, especialmente hoy cuando la civilización la ha despojado de su inviolabilidad y la ha relegado al rango de corzos y conejos. El mismo indio ya no vacila a cazar un animal cuya piel se vende cara, desplegando en esta caza sus excepcionales cualidades de paciencia y de maña. Se embosca a menudo noches y días enteros detrás de una masa rocosa, cerca del manantial donde viene a beber. Con el fin de no dañar la piel apunta al ojo y una vez hecho el disparo, no se mueve. Si la vicuña no cae y lo ve huir e incluso herida gravemente irá a expirar a varias leguas de distancia en el desierto. No quiere morir bajo la mirada de su matador. Pero si no ve a nadie y que nada se mueve en torno a ella, la pobre bestia se cree envuelta de soledad y se acuesta, tratando en vano de comprender lo que la mata. Un boliviano, que frecuentemente la ha cazado, me contaba que había perseguido una que estaba herida mortalmente durante tres horas de galope. Cuando la alcanzó, estaba muerta y su caballo, extenuado.

Esta pequeña ciudad de Huanchaca, tranquila, asoleada, con sus muros abigarrados, su fisonomía ligeramente española, me dejó un recuerdo encantador. Y sin embargo, visité la usina de amalgamación en plena desocupación. Me quedó la impresión de un viejo molino sucio y abandonado. Por lo demás no niego que desde el punto de vista técnico esté bien provista y que produzca resultados sorprendentes, en especial si se la compara a Playa Blanca y si se piensa que todo el mineral rico de Pulacayo es triturado aquí. Pero qué desvencijados están y polvorientos sus hangares, cuánta suciedad sobre los muros, qué sórdido desamparo cuando la miseria humana ya no la anima.

Solamente encontré, sentado en un patio, un único ser viviente, un viejo de setenta años. Un anciano en estas alturas, en una mina o en una usina de plata, es un espectáculo excepcional. Este viejo trabaja en Huanchaca desde hace cincuenta años. Curvado, quebrado en dos, sus ojos tienen una firmeza tanto más sorprendente cuanto son la única parte de su cuerpo que no tiembla. Su cabeza, su boca, sus brazos, sus manos que no pueden cerrarse ; sus piernas, sus músculos contraídos por el mercurio, se estremecen y hacen estremecerse. Todas las mañanas, incluso en tiempo de carnaval, vuelve a este patio, se sienta en el lugar acostumbrado como un autómatas del deber. La administración está orgullosa de él. Es mostrado al extranjero de paso como para significar : « usted ve que se puede envejecer en Huanchaca ». Sirve a esconder el cementerio. Pero a través su esqueleto veo ataúdes y tumbas de niños. Y frente a « este medio siglo de servidumbre », como diría Flaubert, envidio casi a los muertos. Este anciano es grande ; con lo poco de conciencia que sobrevive en él, encarna la más alta resignación, la del hombre que acepta su tarea, su ingrata, su injusta tarea que sin chistar cumple hasta su último suspiro. Es la única ruina venerable que he contemplado en todo mi viaje. Se me aseguró que era feliz y que se le pagaba casi lo mismo que a un joven y ágil obrero.

Mi guía se había propuesto de hacerme admirar el club que los ingenieros han instalado en Huanchaca, cuya biblioteca se compone casi exclusivamente de libros y revistas en francés. Pero tuvo que renunciar a ello. El secretario, abominablemente achispado, se había arrancado con las llaves en el bolsillo. Nadie pudo decirnos en cual dirección se había ido a titubear.

Bajamos de Huanchaca con el primer fresco del anochecer, como lo hicimos esta mañana al salir del túnel en una vagoneta que bajaba sola. Un poco antes de llegar al puente, vimos venir a nosotros un vagón trineo enganchado a una mula y que, en cuanto nos vio, desrieló con presteza. Cornejo apretó el freno del nuestro y nos encontramos frente al cura y su ama de llaves.

- ¡Buenos días, señor Tata ! -exclamaron mis compañeros.

Tata es el apelativo que los indios han dado a sus clérigos.

Echamos pie a tierra y el « señor tata », buen mozo de unos treinta años, cara un poco enrojecida y la sotana bastante grasienta, aceptó un vaso de jerez que le ofreció uno de los nuestros. Su ama de llaves era una bonita y alegre chola, con falda roja y chal verde. Llevaba al brazo un canasto de cebollas y reía con hermosa risa audaz.

Una vez terminado el brindis -porque aquí no se viaja nunca sin botella y sin vasos- a la salud del señor y de la señora, continuamos nuestra ruta y mientras subíamos hacia el túnel, uno de mis vecinos me dijo :

- Nuestro cura no se aburre. Por lo demás, Bolivia es el paraíso terrenal de los curas. Su curato, que les viene por licitación de sus obispos, les proporciona a veces emolumentos magníficos y las supersticiones, que se cuidan de cultivar en torno de ellos, les permite la abundancia. Por derecho les corresponde los mejores bocados. El indio cree así comprar la protección de Dios. Habría que hacer un singular estudio sobre la manera que adoptaron los jesuitas para convertir al catolicismo los habitantes de este país. Los cholos y sobre todo los descendientes de los adoradores del Sol, los indios de la raza incásica, son cristianos fanáticos, pero conservan bajo la fe nueva el espíritu de los tiempos pasados. Las creencias locales persisten y lejos de hacerlas retroceder, nuestros párrocos las protegen y consolidan. Han conservado preciosamente las bandas que momificaban las almas y las entregaban completamente amarradas

- Usted no me sorprende -le respondí- y según lo que sé sobre la antigua religión de vuestros indios, pienso que la tarea no les fue difícil.

Recordé además a mi interlocutor que el cristianismo encontró entre los incas un pueblo preparado a la evangelización. Con lo que se comprende cada vez menos los horrores de la conquista. Si los soldadotes españoles que se interesaban únicamente en el oro, lo hubieran pedido, los indios, no conociendo la moneda, lo habrían cedido de buena gana. Si querían predicar la palabra de Cristo, por poco que hubieran puesto en ello un poco de paciencia y de fervor, estos mismos indios los hubiesen escuchado. Ni su sed de oro, ni sus pretensiones a la cruzada justifican los pillajes y las matanzas. Los Pizarro, sus rivales y sus sucesores fueron bestias feroces. Aquéllos cuya cota de malla no aplastó su humanidad, tales como Sarmiento y Ondegardo, quedaron sorprendidos con las cualidades morales de este extraño pueblo y del carácter casi cristiano de sus ceremonias religiosas. Algunos españoles vieron en ellas una parodia de la religión verdadera, parodia inventada por Satán. Otros creyeron que un apóstol había recorrido en otro tiempo estas comarcas, sembrando en ellas verdades divinas. Se cita san Bartolomé, gran viajero, que habría descubierto así América antes de Colón.

El hecho es que para la estrechez de espíritu de los devotos del siglo XVI, la religión de los incas presentaba analogías extraordinarias con la de Cristo. Los indios celebraban una vez al año, con ocasión de la solemnidad del Raymi, una fiesta en la que, como para la Pascua de Resurrección, se distribuía pan y vino ; practicaban la confesión y la penitencia y poseían conventos para mujeres. Las Vírgenes del Sol mantenían un fuego sagrado a la manera de las Vestales romanas y bajo pena de ser enterradas vivas, debían observar estrictamente el voto de castidad. Sólo el hijo del Sol, el Inca, podía levantar en su provecho la prohibición ; era el único que penetraba en esos claustros. Cuando el Inca distinguía una de entre ellas, la mística elegida lo seguía en sus jardines de plata y oro. Los indios se sentían honrados con el hecho de que sus hijas fuesen visitadas por la Encarnación del Sol sobre la tierra.

- Usted comprenderá -me dijo uno de mis compañeros- que el clero no tenía interés en sacarlos de sus sentimientos. Los Tatas han heredado los privilegios de los Incas y sus aventuras amorosas no disminuyen en nada su prestigio, al contrario. Por lo demás, ni siquiera disimulan todo éso. Cuando usted va a ver ciertos curas bolivianos, le presentan con

toda naturalidad la madre de sus hijos y su retahila de chiquillos. Cierta compatriota nuestro conoció uno que, rodeado de una media docena de lindas muchachas, se las presentó como sus hermanas. Pero no olvide, esta libertad de conducta de nuestros curitas no daña en absoluto el ejercicio de su ministerio. Su poligamia entró tan bien en nuestras costumbres, que sus mismos enemigos no la consideran como un arma contra ellos.

- ¿Estos padres, son poderosos ? -pregunté.

- Dígase más bien que pueden todo ; el clero domina la Bolivia. Es su más alta ciudadela, su fortaleza inexpugnable. Todavía no hemos adoptado el matrimonio civil. Los sacerdotes han echado a correr entre el pueblo la idea que el día en que el casamiento se hará frente a un magistrado, las uniones serán sólo un pretexto para divorcios. Las mujeres no lo aceptan a ningún precio. Para un epicúreo sin ambición, no conozco más dulce sinecura que un presbiterio en Bolivia.

- ¿Y cómo se recluta aquí en el clero ?

- Entre los descendientes de españoles o los más inteligentes hijos de mestizos. Por el resto, no se les pide ni educación esmerada, ni cultivo del espíritu.

- Se recluta a veces de manera extraña -dijo uno de entre nosotros-, y conozco un ejemplo que inspiraría con toda seguridad un autor de vaudevilles.

Y nos contó la historia siguiente :

« En tiempos en que vivía en el Barrio Latino, frecuentaba un estudiante de medicina, que estudiaba un poco, pero en las tabernas. Era un muchacho alegre, cínico, mistificador, macabro y bonachón. La última vez que lo vi en el Bulevar San Miguel, me contó que acababa de heredar de una tía, que renunciaba a la medicina y que partía hacia América. Me pidió informaciones sobre Buenos Aires y Chile, sobre todo Chile, donde estaba seguro que los escudos de su tía iban a multiplicarse. Yo le aconsejé, riendo, de ir hasta Bolivia, pero el Altiplano no lo seducía.

« Y no escuché más hablar de él e incluso dudaba que haya ejecutado su proyecto, cuando bastante tiempo después, las circunstancias me hicieron volver a mi país.

« Encargado de visitar minas cerca de Oruro, llegué una mañana a una aldea en la que toda la población de cholos mezclados con indios guardaba la fiesta de un santo muy venerado por aquí, en especial cuando es representado a caballo, San Santiago. No es el mismo que San Yago, pero sospecho que son primos hermanos. Digo, pues, que se festejaba Santiago y se había organizado una procesión.

« En el momento en que las campanas repicaban y que dos filas de cholos provistos de largos cirios salían de la capilla, eché pie a tierra. A la cabeza, dos cholas portaban sobre una pequeña angarilla un topo muerto. Detrás iba un joven eclesiástico bañado en devoción y la estatua ecuestre de un Santiago de madera avanzaban en medio de las salmodias de los chantres.

« Pedí que me explicaran ese trofeo singular ; se me respondió que las plantaciones vecinas a los indios habían sido devastadas por los topos y que el santo hombre había imaginado esta ceremonia para liberar sus fieles de la plaga.

« Cuando el cortejo volvió a la iglesia, examiné el ingenioso tata y le encontré un parecido sorprendente..., adivinen con quién... Con mi estudiante de medicina. Qué sorpresa ; había engordado y no me lo imaginaba con ese recogimiento de ojos bajos y manos juntas.

« - Estoy loco pensé.

« Entretanto, tan pronto mi almuerzo terminado, golpeé a la puerta del presbiterio. Tuve que insistir. Una pequeña picaruela me abrió.

« - ¿Podría ver al señor tata ?

« Ella se turbó, balbuceó ; y como le repetí la pregunta : -creo que duerme la siesta-, murmuró, haciendo el gesto de cerrar la puerta.

« Yo empujé la puerta y en cuanto entré en el patio escuché la música de una guitarra y los compases de un bailecito. !Hacia una siesta danzante, el buen tata !

« Al ruido de mis pasos se hizo el silencio. La sirvienta había huído. Bruscamente, una puerta se abrió frente a mí y el cura apareció en el umbral, la sotana desabrochada. Lanzó un ‘ ‘ ¡Mil truenos, es usted !’ ’, que disipó mis dudas. Caímos en los brazos uno del otro y nos dimos palmadas en la espalda, lo que es como usted sabe, la manera de saludarse en América del Sur.

« Luego me miró, yo lo miré a mi vez y estallamos ambos en una gran carcajada. Me introdujo en su comedor cuya mesa no había sido todavía levantada y sobre la cual se veía una guitarra. La guitarrista había desaparecido.

« -Y bien -me dijo-, no se esperaba a encontrarme cura en el Altiplano. ¿Qué quiere ? Mi destino era de enterrar la gente y yo lo cumplo lo mejor que puedo. ¡Amigo mío ! Cuántos acontecimientos desde que nos separamos al frente del Vachette^(). Los escudos de mi tía las han visto negras. Buenos Aires es un antro de aventureros. Pude apenas arrancarme desvalijado a medias. Los chilenos hicieron el resto. La crianza de corderos en Argentina no es seria ; no son serias las minas en Chile. Un buen día, sin tener un cinco, me encaramé en estas alturas. Había perdido, además de todas mis ilusiones sobre América, la posibilidad de volver a Francia. Pero las decepciones me habían aguzado el espíritu. A veces simple peón, otras agente de negocios o empleado de comercio, el antiguo estudiante de medicina que usted conoció se volvió hacia el sacerdocio, el único oficio fructuoso en las repúblicas hispanoamericanas y particularmente en Bolivia. Cómo entré al seminario, cómo me hice ordenar y cómo obtuve este curato, son cosas que dejaré en el silencio. No está mal que los pontífices se presenten a los ojos de los profanos envueltos en un halo de misterio. Pero le aseguro que usted tiene enfrente suyo un cura verdadero. ¡Qué profesión, mi amigo ! Se come bien, se bebe bien, se duerme bien, se duerme como se quiere. Y -agregó con gesto repentinamente contrito-, se repara su egoísmo de antaño trabajando por el prójimo.*

^(*) Presumiblemente el nombre de una taberna del Barrio Latino de París a fines del siglo XIX. (N.d.T.)

« - ¡Oh ! Por favor... -exclamé-.

« Mi estimado, usted se equivoca si me considera como un simple puerco de Epicuro. El hábito hace el monje y mi grey me canonizará un día. En toda Bolivia no encontrará diez sacerdotes más mimados y más respetados que su servidor. Los indios no hacen la distinción entre el Padre Eterno y yo. Veo crecer mi divinidad en sus ojos. Si usted cree que es un flaco placer, no comparto su sentimiento. Esta mañana usted asistió a la procesión hecha a mi iniciativa ; puede parecerle que es nada, usted que se las da de civilizado y libre pensador, ¡hombre del siglo ! Y sin embargo, me atrevo a enorgullecerme. Ese topo muerto paseado frente a San Santiago, tranquilizó mis campesinos mucho más que los consejos de un sabio. Maté todos los topos, si no en sus campos, por lo menos en sus imaginaciones. No es la ciencia la que conduce a los hombres, es la fe, esta gran embaucadora. Usted no se imaginará nunca la magnitud del placer que siento cuando, al precio de algunas mojigangas, adquiero la tranquilidad o la alegría de mi pobre pueblo de imbéciles. Santas supercherías, estimado amigo. Y la ejerzo con todo el respeto y todo el reconocimiento que debo a la necesidad humana.

« Me habló largo tiempo en ese tono. Estaba de nuevo en posesión de toda la facundia de los tiempos del Barrio Latino ; nada era más curioso que estas maneras y este lenguaje de estudiante del trigésimo año donde un cura y en una aldea perdida de indios.

« Esto dicho, terminamos la jornada de una manera menos filosófica.

« Tenía razón al decirle que el clero boliviano recluta a veces de manera bien extraña, ¿no es cierto ? ».

CAPÍTULO XI

LOS HABITANTES DE PULACAYO.- CHOLOS E INDIOS.-

LA RAZA QUECHUA.

La población de Pulacayo se compone primero de un personal de ingenieros, de administradores y de empleados superiores, cuya mayor parte son bolivianos, varios chilenos o peruanos, algunos ingleses, uno o dos alemanes. Ahí encontré un francés y un sueco. En cuanto a los trabajadores, ellos son casi todos cholos bolivianos, es decir, mestizos de europeos y de indios. En lo que toca a los indios puros, no les gusta enrolarse bajo las órdenes de sus antiguos conquistadores. La explotación de las minas no los atrae. No obstante, la aridez de la región y el contagio del ejemplo han hecho venir a Pulacayo un cierto número. Para estos seres, que viven en las cercanías a una o dos jornadas de marcha de la mina, en villorrios infectos, esta ciudad obrera es casi una capital. Encuentran aquí el mismo lujo que deslumbra nuestros campesinos cuando éstos vienen a la ciudad ; encuentran aquí sobre todo el alcohol. En Bolivia, como en Chile, como en toda América del Sur, el único beneficio que sacaron de la pretendida civilización es el gusto de los licores fuertes. Sus vencedores los evangelizaron con toneles de tafia.

Los mineros, cholos o indios, me interesaron más que sus amos. Los administradores de Pulacayo se parecen a todos los hombres de negocios que encontré en Iquique y en la pampa salitrera. Muy hospitalarios, muy amables, algunos tienen incluso una distinción espiritual que me dejó perplejo. ¿La deben a su alejamiento, a su exilio ? No quiero decir que la vida intelectual sea muy desarrollada en estas alturas, ni que aquí el alma se purifica. Pero

en Pulacayo conozco hombres extremadamente finos y sutiles, que están al corriente de lo que se publica en Europa y que a veces saben disimular su interés por el dinero bajo motivaciones más nobles. Y ya que tengo aquí la ocasión, tendría remordimientos si no expresara mi reconocimiento al director de Pulacayo, el señor Leiton, como también a su encantadora esposa. Les estoy infinitamente agradecido por la entera independencia que acordaron a su huésped.

Los cholos y los indios aparentemente se entienden bien ; en el fondo, no se pueden sentir. El único punto de entendimiento entre ellos es la desconfianza o el odio hacia el amo. Según los indios, los cholos tienen la inferioridad del mestizo ; tienen sangre renegada. Según los cholos, los indios son todavía bárbaros.

Estas dos clases no se visten de la misma manera. Los mestizos van vestidos como nuestros más pobres obreros y echan sobre sus harapos « de confección » el poncho rayado de los americanos. Las cholos se balancean en sus miriñaques, que describí más arriba, se empolvan horriblement la cara y ponen todo su lujo en sus botines. La mayor parte de ellas no se cambian nunca de refajo. Cuando el que llevan puesto se cae en andrajos, se ponen por encima otro, de manera que, contando el número de sus refajos, se puede adivinar la edad de la mujer. Esta mezcla de baratijas europeas y oropeles de un orientalismo miserable, estos trajes que huelen al mismo tiempo la pacotilla del buhonero y la vecindad de los villorrios indios, simbolizan a maravilla el alma híbrida de estos mestizos.

Instintos opuestos luchan en el corazón del cholo. Ya no goza de la integridad de carácter de los indios, que permanecen fieles a sus tradiciones ; no posee todavía la inteligencia abierta y la asimilación rápida del descendiente español. Los que pude observar me parecieron falsos, testarudos, con yo no sé qué de infantil y de brutal. Dejo de lado sus borracheras, que merecerían hacerse proverbiales, pero incluso cuando están sobrios continúan con las maneras y la brusquedad de los borrachos. Estos marineros de la ebriedad continúan con el balanceo de alta mar. Vi uno que, en medio de una conversación tranquila, viendo una botella vacía en un rincón, la tomó y vino a romperla contra un peldaño de piedra donde estaban sentados niños y mujeres. Un milagro que nadie haya sangrado con los trozos de vidrio. Una vez cumplida su hazaña retomó su lugar en el grupo, junto a sus compañeros. Nadie se movió, ni siquiera los niños. Manifiestan un desprecio completo, no solamente por la muerte, sino también por el sufrimiento físico. Si se trata de correr el riesgo de un peligro, su osadía raya la demencia. Conocí quien, habiendo tenido la mano izquierda molida por el engranaje de una máquina, continuaba a trabajar con la mano derecha. No sienten ningún deseo de instrucción, ningún interés por la economía y en el trabajo no aportan ningún espíritu de iniciativa. No pienso que se rediman de sus defectos con la gallardía cívica de los rotos chilenos. Estos ilotas no pueden ser ciudadanos. Su honestidad es poco segura : roban y a menudo por el solo placer de robar. Pero tienen, como los indios, como los hombres primitivos, las lágrimas prontas y abundantes. Durante el feriado de carnaval las riñas son frecuentes ; todas aquéllas a las cuales asistí se terminaron en llantos. Los vencidos se iban con sollozos de muchacho. Frecuentemente, con el rostro rasguñado o la nariz en compota, nos tomaban por testigo de todo el mal que les habían hecho y de la perfidia de sus atacantes. Por lo demás estos estados de ánimo duran poco y los encontrábamos pronto alegremente sentados a la misma mesa frente a una botella de aguardiente. Me equivoco al decir « alegremente ». Nunca reflejan la alegría, incluso frente a la perspectiva de una francachela. Partiré de América con la visión de la más irremediable tristeza humana.

Los viajeros que recorren el Oriente son víctimas de la melancolía altanera del árabe, del persa o del hindú. Pero esta melancolía, que comienza con la fe religiosa, reviste un carácter de nobleza y de serenidad que se armoniza con la naturaleza ambiente. Tiene el valor de un principio y de un dogma. Dios aparece en la transparencia del silencio. Aquí la tristeza no brota de un fanatismo consciente ; ella no es provocada por el sentimiento que el hombre siente de su pequeñez insignificante en medio de fuerzas oscuras y colosales. Ella viene únicamente de la miseria infinita, sin horizonte, sin escapatoria, sin otra compensación que el embrutecimiento de la embriaguez. Y si estos desgraciados se embriagan en cuanto tienen una hora de esparcimiento, no es para liberarse un instante de su triste condición ; es muy simplemente porque no conocen, porque no imaginan otro placer. Cuando el hombre busca al fondo de su vaso el suicidio moral, al mismo tiempo de confesar su desgracia hay un deseo de superar el destino, mientras que en la pérdida de su razón hay como un esfuerzo voluntario que atenúa quizá su envilecimiento. Pero el cholo boliviano no experimenta ni siquiera la necesidad de una vida mejor, puesto que está moldeado a la que sus amos le han impuesto desde siempre. Si esta necesidad aflora a veces en una amenaza o en una canción, ella es tan vaga que en vez de ser un despertar de conciencia, es más bien un grito físico.

¿ Podrían estos hombres ser capaces de corregirse y de recibir una educación moral ? No hay nada que permita pensarlo ; pero se debe decir que, además de sentir en permanencia el poder del dinero y la predominancia de los placeres materiales a través de su propia faena, los que los dirigen y les pagan desean ante todo que se queden en este estado de letargo y de sumisión. Parecen fomentar sus borracheras. Las viejas costumbres que los amos respetan más son las que contribuyen a darles esclavos seguros. El minero que vi sufre de una implacable servidumbre ; sus vicios, cuidadosamente alimentados, los mantienen en la mina mejor que el afán de lucro. Me parece que ya hablé de « feudalidad » a propósito de las explotaciones de salitre. Esta palabra es todavía más justa en las explotaciones mineras. Frecuentemente me creí transportado diez siglos atrás, en medio de un pueblo de siervos. Dudo que en alguna otra parte del mundo se encuentre mineros más sumisos y más silenciosamente convencidos de la necesidad del mal sobre la tierra. Las Compañías no pueden quejarse. Las revueltas son escasas, las huelgas casi desconocidas. Una botella de aguardiente apacigua todas las reivindicaciones y resuelve las cuestiones sociales.

Por su parte, las *cholas* beben y hacen el amor. Algunas son bastante bonitas hasta los dieciocho años. Tienen caras irregulares y marchitas, cuya gracia con frecuencia parece dolorosa. Es la belleza del diablo, cuando el diablo sufre. No demoran mucho en engordar y descaderarse y la mayor parte, deformadas por maternidades precoces, debilitadas por la pereza y el desaseo, se transforman en seres de una fealdad repelente. Los administradores y los empleados superiores se reservan las más agradables. Ellas cargan sus niños a la manera india, sobre la espalda empaquetados en su chal, como en un cuévano ; y esos niños son extrañamente taciturnos. No me acuerdo haberlos escuchado gritar o reír. Se diría que están ya deprimidos por el sufrimiento. Todos van espolvoreados con polvos de arroz ; estos pobres gorrioncillos acarreados en la espalda de sus madres echan en torno de ellos miradas soñolientas. El aire enrarecido de las alturas los pone anémicos y los descolora. Los que han escapado a la muerte, la mina los toma prestados sin devolverlos. Encontraremos los mayores cuando bajaremos en los pozos de Pulacayo y veremos hasta dónde la rapacidad humana puede martirizar la infancia.

Por el momento, dejemos esta raza lamentable de mestizos, que se liberará quizá un día de su grosería, para echar una mirada sobre otra raza, destinada a extinguirse, pero que conservará hasta el último instante su personalidad casi intacta : me refiero a los indios^(*).

Cuando el viajero europeo desembarca en América, su imaginación es atraída primero hacia las tribus indias. Ver salvajes y hablarles, ¡qué sueño para el hombre civilizado ! Se está tan orgulloso de haber conversado con un cacique moreno o cobrizo, como se lo estaría de haber entrevistado un gran criminal o un hombre célebre. «¿Quedan todavía indios verdaderamente indios ? », se escucha preguntar. Entre los americanos, los que temen que se les niegue un origen puramente español, se encogen de hombros : «¿Los indios ?, ya no existen ». Los otros, los que conservan un poco el orgullo de los conquistadores : «¿Si tenemos indios ? –responden-. ¡Ya lo creo ! Y nuestros indios son extraordinarios y créame que si no hubiéramos sido más extraordinarios que ellos, nunca los habríamos domeñado ». ¿Quién fue el que exclamó : « Infeliz del pueblo vencido, porque es el vencedor quien escribe su historia » ?. Verdad del lado de acá del Atlántico, error del lado de allá. Si algo pudiera consolar los indios de la América del Sur de haber sido avasallados, es seguramente la especial estima, aunque absolutamente platónica, que le profesan sus conquistadores.

Durante tres siglos, los araucanos lucharon contra la opresión chilena. Han defendido y bañado con sangre cada pulgada de su territorio. Incluso hoy, después de haber abandonado las armas, permanecen insumisos. Hace veinte años estos altivos defensores del suelo no vacilaron a enfrentar con sus picas los fusiles de sus adversarios ; y sus adversarios no siempre brillaron. ¿Cree usted que los chilenos están resentidos con ellos ? Lejos de estarlo, los exaltan. Entre en una casa chilena ; encontrará ahí, en medio del salón, la estatua de bronce de un héroe araucano, feroz, con los muñones tendidos, sus manos cortadas yacen a sus pies, y en la parte baja del zócalo la inscripción : *El derecho contra la fuerza*. Es posible que haya sido un ancestro del dueño de casa el que hizo cortar las manos a este hombre, culpable de haber amado su patria ; pero lo que es seguro es que este dueño de casa representa la fuerza victoriosa del derecho. ¡Dulce ironía ! Los chilenos se parecen a los románticos que buscaban por todos lados sus abuelos : Ellos son españoles, cuando España conquista América ; y son araucanos, cuando éstos los derrotan por completo. Se atribuyen todos los hechos relevantes que han acontecido en el país. Conozco un oficial que hace poco baleaba los araucanos como perros rabiosos. Es un buen chileno ; pero los araucanos, que caían imperturbablemente y cuya muerte heroica habría llenado de vergüenza a vencedores menos despiadados, eran también buenos chilenos. Sin embargo, si usted dice a un habitante de Chile que su cara denota orígenes indios, se considerará insultado ; pero usted lo insultará también si pone en duda la generosidad y el valor de los araucanos. Del mismo modo, trátelo de español y la rabia le enrojece la cara ; búrlese de España y palidecerá de cólera.

Pero este defecto divertido toma proporciones homéricas cuando se entra en Bolivia. Se sabe de qué manera la Inquisición y los horribles bandidos de los Pizarro ensangrentaron el país y destruyeron, sin aniquilarla, la raza de los incas ; pero se ignora quizá que los pacíficos

^(*) De sus reflexiones sobre las razas, se infiere que el autor estaba influenciado por las teorías del Conde de Gobineau (1816-1882), expresadas en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1832-1833). Dichas teorías fueron tomadas como base por los defensores del racismo y del pangermanismo, doctrina que sirvió a justificar las pretensiones nacional-socialistas alemanas de dominación universal. A la luz de las adquisiciones modernas de la genética, los postulados del Conde de Gobineau carecen hoy definitivamente de todo fundamento científico. (N.d.T.)

descendientes de los Inquisidores conservan en la vida cotidiana el desprecio de sus abuelos hacia el pobre indio. La guerra de la Independencia no lo liberó. Es verdad que se le reconocieron ciertos derechos, el derecho de vivir, por ejemplo, y de vivir en libertad cuando ya no podían impedirselo. Pero es raro que se le permita poseer la tierra que siembra y cultiva. Muchas provincias aceptan al indio únicamente en calidad de arrendatario. No se le trata como ciudadano. El gobierno temería disciplinarlo y armarlo. El indio no vota ni es soldado, vive como un extranjero en su propia patria. Cuando la miseria lo obliga a entrar en el « pacto de las ciudades », entonces es víctima de lamentables exacciones. En ciertas partes de Bolivia se le conduce todavía a bastonazos. Habitantes de La Paz me aseguraron que los soldados lo enganchan en la calle, propinándole culatazos de lo lindo, para hacerlo limpiar el cuartel. Y nada indica mejor hasta qué punto la dominación española -ya desaparecida- sometió este infeliz, que la timidez temblorosa con la cual se presenta todavía hoy a la presencia de los hombres blancos. Cornejo me contó que un día, al entrar en una choza india queriendo comprar yo no sé qué joya antigua y que, para vencer la muda resistencia de la mujer, echó sobre la mesa un puñado de monedas de plata, quedó sorprendido de ver esta mujer arrodillarse y besarle las manos. Evidentemente que ella se imaginó estar frente a uno de éstos que, desde el período de la conquista, les han despojado, desvalijado, tiranizado. No obstante, si usted escucha los bolivianos o los peruanos, le dirán en todos los tonos las virtudes y la inteligencia de esta raza que oprimen.

Al hojear con gran gusto una antología de sus poetas, me pregunté si eran los descendientes de los incas o de los españoles los que hablaban. Uno de ellos, José Fernández Madrid, exclama :

« ¡He aquí las banderas que un día brandió la mano de Pizarro !
« Ellas fueron las cómplices de las más infames traiciones
« Hoy, los soldados de la libertad las han teñido con su sangre
« Y han flameado con la victoria tras los pasos de Bolívar
« Ya no son nuestra afrenta, ellas son nuestra gloria »

Otro, Manuel María Madredo, en un apóstrofe a Sucre, a quien llama « un nuevo astro del cielo de Colón », declama :

« Tu gloria doró la frente blanca de Los Andes
« Y echó su suave luz sobre el suelo paterno de los nobles Incas. »

Otro se dirige a Simón Bolívar :

« Salvador del mundo, nuevo Colón que nos sacaste del océano
« De la servidumbre, desde la cumbre orgullosa de Los Andes
« La sombra de los Incas te sonríen ».

Esta sonrisa de los Incas, recompensa de Bolívar, ¡oh poeta, poeta !. El día en que los hijos de españoles se levantaron, con justicia o sin ella, contra España y que con vuestros combates se ensangrentaron de nuevo las pampas y los montes, si habéis visto los nobles Incas sonreír es que los Incas no caben en sí de gozo cuando os matáis unos a otros. Disensión entre los amos, júbilo entre los esclavos. Pero los hombres se engegucen con tanta facilidad a propósito de sí mismos, que un poco más y bolivianos y peruanos jurarían que hicieron la guerra de la Independencia en provecho de los indios.

En 1781, estos Pieleros-Rojos organizaron, bajo las órdenes de uno de los suyos, Tupac Amaro, una insurrección que casi tuvo éxito, con lo cual habrían arrojado los extranjeros fuera del Alto Perú por largo tiempo. Se apoderaron de La Paz, saquearon la ciudad y probaron a los españoles que habían aprendido en su escuela muy buenas lecciones de ferocidad. Y bien, este Tupac Amaro se convirtió para la imaginación de la muchedumbre -no se rían- en un protomártir de la independencia peruana y boliviana. Un erudito limeño, el señor Fernando Nodal, autor de una interesante gramática de la lengua de los antiguos Incas, propone este héroe al entusiasmo de los poetas. Lo convierte en tema para concurso de juegos florales. No me sorprendería si le erigieran una estatua, lo que no sería, a mi parecer, excesivo puesto que este héroe la merece al mismo título que Espartaco y Vercingetorix. Pero de una vez por todas, entendámonos : o Tupac Amaro tenía razón y los bolivianos continúan teniendo la culpa, o Tupac Amaro no comprendía ni la civilización, ni el progreso, ni el interés superior de su patria, y los bolivianos se burlan de todo el mundo.

La América del Sur ofrece con frecuencia espectáculos lamentables : por un lado una fiebre ciega de codicias que empuja hacia montones de oro ; por el otro los horribles vestigios de una horrible conquista. Es una enorme obra, mitad tugurio, mitad palacio, donde se han lavado a medias las huellas de antiguas degollinas y donde se hacen chanchullos de la mañana a la noche. Toda conquista brutal está obligada a justificarse más tarde por medio de la virtud. Si el vencedor no es mejor que el vencido, entonces es peor. Los hombres que han caído tendrán quizá el buen derecho y la justicia del lado de sus tumbas. Sin paradoja, francamente, no he visto ni veo en qué los primeros habitantes de América valen menos que aquéllos que los subyugaron. Incluso me parecen superiores, si no es por la inteligencia, por lo menos en cuanto a su moralidad, puesto que la moralidad de un pueblo consiste en la generosidad en su concepción de la existencia. El americano no concibe la vida solamente bajo el ángulo de la fortuna y el oro no es lo más importante. El indio, profundamente religioso, desprecia el dinero y sólo concede importancia a la libertad, a la suavidad de la familia y al honor de su villorrio. El americano concibió leyes que moderan, entran o legitiman su deseo de riqueza. Tiene leyes que garantizan la propiedad, leyes que hacen infamante el robo, leyes como las nuestras, sacadas de nuestros códigos. De ordinario no las viola, las elude. El hombre hábil, según él, es aquél que por medio de un abogado y con la ayuda de algunos miles de piastras, compra los jueces para dictar a través de ellos su sentencia en los tribunales. El indio también tiene leyes, costumbres, ritos a los cuales es fiel. Su apego a la solidaridad, su preocupación por la comunidad salvaguardan mejor su código, no escrito, que lo que pueden proteger los alguaciles nuestras pandectas redactadas, impresas, encuadernadas con dorados en el canto. Y puesto que estamos en Bolivia, la historia demuestra que aquí todo se compra, incluso el poder. Pero desafío al señor de Rothschild en persona a que vaya a un caserío indio y que pretenda comprar el simple bastón, decorado de plata, que los caciques usan para transmitirse las insignias del mando. Es verdad que no me sería difícil mostrar el punto de organización de la familia india, donde el adulterio no existe y que es mucho mejor que la organización de la familia entre los conquistadores. H. Beyle decía que nunca había visto interpretar mejor una tragedia de Racine que como lo hicieron, una noche, un grupo de pobres actores ambulantes en un granero. Actuaban con una armoniosa mediocridad. Sus gestos y sus voces se ajustaban y se fundían en una unidad tal, que daba la impresión de la mejor alquimia. Y en verdad, las sociedades se parecen a compañías de actores. Nuestras sociedades modernas poseen estrellas a veces sublimes, papeles protagónicos representando santos o mártires, pero falta la armonía. Es por eso que pienso que no se puede ver la comedia de la vida mejor interpretada que como lo harían estas humildes tribus de indios en el prodigioso y sombrío teatro del Altiplano.

No hay necesidad de decirlo, aquí yo no hablo de salvajes más o menos caníbales, que erran todavía en la vertiente brasileña ; de esos nómadas que están eternamente en guerra unos contra otros y entre los cuales Crevaux encontró la muerte^(*). Algunos misioneros tratan de domesticar estos tigres y estos crótalos. Cuando los misioneros son devorados, el gobierno boliviano envía un regimiento que se encarga de fusilar los asesinos. Pero los únicos indios de los cuales trato son los que vi, los indios quichuas, auténticos descendientes del pueblo gobernado con tanta sabiduría por los Incas. Los que habitan los alrededores de La Paz pertenecen a otra raza : son los aimarás, que en otro tiempo fueron sometidos por los Incas y según el método de estos príncipes, fueron enclavados al medio de sus conquistadores. Tienen una reputación de rudeza salvaje heredada de sus antiguas insurrecciones, pero que al día de hoy ya no la merecen.

Los quichuas, por su parte, son de carácter suave, muy serviciales. Se distinguen fácilmente de los cholos, de los cuales no han imitado la vestimenta heterogénea. El indio lleva siempre un pantalón corto gris que se deshilacha bajo la rodilla. A un costado cuelga un pequeño saco de cuero donde pone su provisión de coca. Su chaqueta ceñida, ampliamente escotada está anudada sobre el pecho por hilos de color. A veces echa sobre sus hombros un poncho. Va descalzo y con la cabeza descubierta. Parece insensible al frío, indiferente a la nieve y a la lluvia. La india va vestida de una falda oscura, fijada bajo los senos por un cinturón ancho del mismo tejido y de un axu, especie de largo delantal negro o café con leche, cuyo ruedo está adornado con un bordado con matices más vivos. Ella se lo echa sobre un hombro y ahí lo abrocha por medio de grandes alfileres de plata que tienen la forma de cucharas y lo deja colgar, sea por delante, sea sobre el costado. Siendo muchacha, su traje descende hasta la rodilla ; cuando es mujer, cae hasta los pies. De lejos parece cubierta de un sayal. Sus pies desnudos reposan sobre especies de suelas pintadas a veces de rojo y bordeadas de clavos de plata. Vi algunas indias envueltas en mantas resplandecientes, a la manera de las cholos, pero la mayoría conservan los trajes tradicionales, que tejen ellas mismas, como los de sus hombres, con la lana de la llama y de la vicuña.

Indios e indias tienen la misma estatura, que es un poco inferior al término medio y como los hombres son casi todos imberbes y que se dejan crecer los cabellos, no siempre se reconoce su sexo a partir de la cara. En la multitud, un joven indio se parece, al punto de confundirlo, a las mujeres que lo rodean. A veces su figura refleja una suavidad extraña. Tez bronceada y cara oval ; tienen la frente baja, pero ancha, fosas nasales robustas y bien abiertas, boca más bien gruesa y grandes ojos negros, llenos de sorpresa pueril, de timidez arisca y de caricia triste. Se le adivina una herencia de sufrimientos, de opresión y de miedo. La edad los marchita rápidamente. Si el tiempo no blanquea sus cabellos , no pone mucho tiempo en destruir sus rostros. Más allá de veinticinco años, los indios son feos, los viejos son horribles ; y mientras que entre los cholos o los descendientes de europeos se considera un anciano como una curiosidad, en la tribus indias los centenarios son numerosos. Un boliviano me decía : « si el indio no bebe, escapando así a la enfermedad del corazón que viene con la ebriedad, los años no son capaces de derribarlo ». Desgraciadamente la embriaguez lo acecha y lo agarra tan pronto pone los pies entre sus conquistadores, en los barrios obreros. Se apasiona por la botella de alcohol. Uno de mis anfitriones me contaba haber visto los indios taladrar pequeños toneles de aguardiente ; pegan sus labios a los bordes del agujero y los despegan únicamente cuando caen completamente borrachos ; a veces, simplemente mueren.

^(*) Jules Crevaux (1847-1882), explorador francés que consagró su vida a la exploración de la América del Sur. Fue muerto en el Chaco por los indios Tobas. (N.d.T.)

Por lo demás la muerte no los asusta, considerándola más bien como una liberación y lejos de afligirse delante de un cadáver, lo toman como un pretexto para regocijos. Lo llevan a la tierra al son de la guitarra y festejan al lado de la tumba. Los cholos perpetúan esta costumbre que se ha inscrito en los usos a tal punto, que la Compañía de Huanchaca, cuando uno de sus mineros es víctima de un accidente al fondo de la mina, cancela a la viuda diez litros de aguardiente para el velorio. Los vecinos se reúnen en la sala fúnebre y se emborrachan muy concienzudamente. Pienso que en los caseríos indios, donde los mercaderes de Europa no han entrado, la embriaguez no es de rigor. Sin embargo, la *chicha* de maíz se sube a la cabeza. Esta *chicha* es la bebida común, amarilla, turbia, mezclada con materias que flotan. Lo más que hice, fue mirarla ; no tuve el coraje de beberla, sobre todo cuando supe su modo de fabricación. Viejas indias desdentadas -condición indispensable- mastican el maíz en cuclillas frente a vasijas de barro, después... en fin, se deja fermentar. Por repugnante que sea, esta *chicha* tiene por lo menos el mérito de no emponzoñar a los que la beben, lo que no puede decirse del aguardiente que la misma Compañía expende a los cholos y a los indios. Sin esta incitación a beber alcoholes falsificados, el indio no se embriagaría más a menudo que la mayoría de nuestros campesinos y sus ceremonias fúnebres, las fiestas con las cuales celebra la partida del alma, conservarían su índole se serena filosofía. Porque estos seres filosofan, como el señor Jourdain^(*) hacía prosa sin saberlo. Su superioridad al lado del cholo e incluso de ciertos blancos, es que siempre es movido nada más que por ideas desinteresadas. Sus más mínimas acciones resultan de una concepción de la vida que, sin haber sido descrita en un tratado, no es por eso menos respetable y profunda. Ella les permitió de conservar su autonomía moral en medio de una raza nueva desgarrada por instintos contrarios.

Para convencerse de ello, es suficiente observar las maneras y actitudes de aquéllos que no han estado muy en contacto con los mestizos. ¡Qué gracia inconsciente ! ¡Cuánta armonía en los gestos ! Hay una gran diferencia entre sus modales y los del cholo o del hidalgo venido a menos. Siempre recordaré el espectáculo que me tocó ver una tarde en que volvía a casa. Llovía a cántaros y yo subía mi callejuela en escalera cuando percibí, bajando en mi dirección una pareja de indios jóvenes. El mocetón y su compañera sumarían con sus edades respectivas unos cuarenta años. Se parecían como hermanos, casi como dos hermanas. Admiré su belleza, en especial la de la mujer con líneas naturalmente más finas. Su cara estaba impregnada de una exquisita dignidad ; su nariz dilatada aspiraba el placer de la vida ; su boca de expresión seria denotaba una resignación altanera y sus ojos echaban al caminar el sombrío enigma de su luz. Bajo su ropaje de lana se adivinaban las líneas puras de su cuerpo. Ella había apoyado su mano sobre el hombro de su compañero, apenas más alto, cuya cabellera merovingia enmarcaba su impassible candor. Descendían bajo la lluvia y yo me maravillaba con su simplicidad casi majestuosa, que contrastaba violentamente con el lodo de los peldaños desiguales, los muros empapados, el horizonte color de hollín. Los efebos y las vírgenes no se habrían movido con una gracia más ágil y más sobria sobre los escalones del templo griego. Se detuvieron un instante y se consultaron. Yo estaba cerca de ellos sin que parecieran darse cuenta de mi presencia y los escuché hablar en su idioma quichua, esta lengua de los antiguos pueblos del Perú. Más que una lengua es una eterna melopea. Sus labios entonaban un canto grave y cansino, donde las mismas notas se repetían sin cesar, como en la garganta del ruiseñor. No dignaban darse cuenta del aguacero, conversaban tranquilamente apoyados uno contra el otro con tanta indiferencia de todo lo que les rodeaba, que me parecieron personajes de otro planeta extraviados en la tierra. Su juventud encarnaba una raza aparte, verdaderamente magnífica y cuando continuaron su camino y se perdieron tras el recodo de un miserable callejón, tuve la visión de un pasado espléndido que desaparecía en el fango.

(*) Monsieur Jourdain : principal personaje del *Burgués Gentilhombre* de Molière. (N.d.T.)

La naturaleza es una gran maestra de elegancia y estos indios ingenuos saben más sobre el modo de destacar la belleza de la máquina humana que la gente civilizada con todas sus lecciones de buenas maneras. Pueden ser feos, parecemos groseros y primitivos ; nunca son ridículos. Confié a mis anfitriones mi sorpresa y mi admiración, lo que no dejó de sorprenderlos, igual que esos campesinos que no pueden comprender que se salte de entusiasmo frente al lugar donde ellos le dan vueltas a la gleba. Sin embargo Cornejo, que tiene el ojo del artista, compartió mi manera de ver. Estos indios, cuando la vida no ha deformado ni envilecido todavía sus formas, caminan envueltos de misterio, es decir, de poesía.

Bolivia tiene sus esfinges, como Egipto. Los bolivianos y los extranjeros desbrozarán sus montañas, descubrirán quizá todos los tesoros que allí duermen, pero nunca podrán desbrozar el alma del pobre indio que creyeron conquistar. No sabrán jamás lo que pasa bajo su frente. Aquéllos que ganaron su afecto, que han comprobado su abnegación, no han entrado en absoluto en los repliegues de su pensamiento. El indio continúa siendo un mundo inexplorado que desafía al explorador. Nadie le arrancará su secreto ; se puede estudiarlo con esmero, se estará siempre reducido a conjeturas. Este hombre, atraído por la Compañía de Huanchaca, que lo baja a la mina, lo paga y lo corrompe, pasea en medio de sus amos un enigma viviente. Los odia con un odio miedoso, pero implacable. No puede hacer nada contra ellos, pero su larga esclavitud no ha destruido en lo más mínimo la esperanza que lleva en sí. ¿Qué es lo que espera exactamente ? ¿Liberar su patria de los invasores ? Tal vez. ¿Cómo ? Lo ignora. ¿Cuándo ? No ha fijado la época ; pero no me sorprendería que la fe en sus antiguos oráculos y las vagas promesas hechas por sus Nostradamus, lo ha mantenido hasta aquí y ayudado a vivir. Debe ser cuando piensa en ello que sus labios esbozan esa media sonrisa que le da a su rostro un resplandor crepuscular.

Su odio se manifiesta por todos los medios, salvo por el asesinato. Al aventurarse entre los caseríos quichuas no se corre ningún riesgo. Las leyes de la hospitalidad son ahí observadas a veces ; la gente sabe muy bien que la muerte de un blanco daría lugar a ejecuciones tan terribles como sumarias. Pero si usted tiene necesidad de víveres, entre donde un indio y pídale, suplíquele que le venda algo para comer. No le comprenderá, no querrá comprenderle. Irá usted a su redil y le dirá : « véndame un cordero ». Su rebaño está ahí y usted le extiende cinco o seis piastras bolivianas. Mueve la cabeza y se esquivo a vuestros ruegos. Exasperado, usted lo amenaza verbalmente, él es sordo ; lo amenaza por medio de gestos, es ciego. No hay que golpearlo porque se le mataría antes de doblegarlo. Si usted va armado y mata de una bala de fusil uno de sus corderos, verá entonces el mismo hombre reclamarle con lágrimas en los ojos, no las cinco piastras que usted le ofrecía poco antes y que no aceptaba, sino las dos piastras que vale el animal. Y cuando usted se las habrá dado, se irá satisfecho. ¡Absurdo ! pensará usted. No, él actúa como debe hacerlo. Pertenece a una especie de oscura francmasonería cuya primera regla es rehusar en toda ocasión la asistencia a un blanco. Pero esta regla no exige que resista a la violencia. El desgraciado sabe lo que le costaría. Al matar su cordero, usted dejó en paz la conciencia del indio actuando según la costumbre del vencedor y él responde según el rito del vencido. No tendrá nada que reprocharse, ni siquiera de haberle robado, puesto que recibió de usted el justo precio de su bestia. Si hubiera aceptado la suma que usted le proponía, se habría inclinado al incentivo del lucro y usted habría creído dominarlo ; pero él le prueba que vuestras piastras son impotentes contra su voluntad y que el derecho está de su parte. Podrá así despreciaros cómodamente y

no piense usted que no lo hará. El desprecio del indio hacia el blanco es la forma pacífica de su odio.

Los prodigios de la industria no le interesan. Le parecen más bien obras diabólicas y esta visión es justa e inteligente, puesto que nadie se sirve de ellos para promover su bienestar. Se da cuenta perfectamente que las máquinas, subidas a más de cuatro mil metros de altura, son para él, en lugar de útiles de progreso, instrumentos de tortura. Y no le cabe duda de ello sobre todo cuando el único hombre blanco en el cual tiene fe -su párroco-, cree lo mismo. En Bolivia, como en toda América del Sur, el ferrocarril no encuentra adversarios más encarnizados que los miembros del clero. Cerca de Huanchaca, los indios están convencidos de que los postes del telégrafo impiden que la lluvia caiga a irrigar sus pequeños cultivos. El azar quiso, en efecto, que la construcción del primer tendido telegráfico fuera seguida de varios años de sequía. Recientemente casi se sublevaron contra los ingenieros que levantaban el trazado de una nueva línea telegráfica. Los encerraron en un rancho y los mantuvieron bajo custodia, hasta el momento en que un batallón del ejército los dispersó con su sola aparición, porque basta con que vean un uniforme y se espantan, mientras que un toque de clarín los hace huir. Sin embargo, los ingenieros juzgaron prudente no persistir en el proyecto.

El boliviano teme sobreexitar los indios, porque si sus amos representan la fuerza, ellos representan el número. Entre quichuas, aimarás y otras tribus son como tres millones, contra quinientos mil descendientes de españoles. Esta diferencia es la gran razón por la cual el gobierno no se sirve de las capacidades militares del indio : serían excelentes soldados de montaña, pero sus fusiles amenazarían la seguridad de sus conquistadores. El indio tiene una vaga conciencia del temor que inspira, con lo que su desprecio aumenta. Cuánto desdén pueden sentir con respecto a estos tristes conquistadores, que tiritan de frío mientras que él, piernas y torso desnudo soporta con gallardía una temperatura de veinte grados bajo cero. Por otro lado esta gente que vino a despojarlos de su tierra en nombre de un Dios de paz, él ve que desde hace cien años se desgarran, se despellejan y se asesinan sin vergüenza. Ya no es el sol el que los azota con su esplendor lánguido, es Cristo, del cual han ensangrentado la cruz. Hubieran debido implantar en el país que saqueaban una religión que excusara sus crímenes y justificara su avaricia. El Evangelio detrás del cual se emboscaron, los condena. Hoy se disputan parcelas de oro y su esclavo los mira actuar con su imperturbable sonrisa : « Cavad, buena gente ; mataos al trabajo ; yo, miserable quichua, sé donde duermen los tesoros, pero aunque me toruréis, no os lo diré ». Y es éso lo que enrabia a los mineros del Altiplano. Una sola palabra de este pobre diablo y serían ricos, pero él esconde esta palabra detrás del silencio de su frente, que ni un hachazo haría brotar. Los indios conocen mejor su suelo que los ingenieros llegados de Europa. Se han transmitido a través de las edades, de familia en familia, de tribu en tribu, el secreto de las minas de oro y de plata. Jamás ha sido revelado por un traidor. El caso en que uno de ellos haya consentido a abrir la boca y a hablar, como en la historia de Ramírez, son extremadamente raros y sólo se explican a través del infinito reconocimiento por las buenas acciones prodigadas por un blanco. Los indios no conocen la ingratitud y estos millonarios indiferentes a veces sienten cierto placer, bastante desdeñoso, cuando otorgan una limosna a sus amos. El resto del tiempo deben refocilarse pensando que son dueños de riquezas fabulosas que, aparte de ellos, no aprovechan a nadie. Porque ellos aprovechan y deliciosamente. Imagino su alegría secreta cuando hollan en la ladera de una montaña, las maravillas ignoradas por el minero. En esos momentos, con qué fuerza se sienten en su tierra, a pesar de todo. Cuánto aman este suelo mudo, esta tumba de la cual son la nómada y viviente imagen. Cuántas afinidades, cuántas correspondencias se establecen entre su alma y su tierra. Ellas se comprenden, se hablan, se exhortan a la paciencia, se felicitan una

y otra de su taciturna inviolabilidad. En ninguna otra parte del mundo el hombre puede encarnar más exactamente el carácter del suelo del cual viene. La tierra lo creó a su semejanza, desnudo, áspero, altivo y bajo su ruda corteza escondiendo fortunas vírgenes. La gran conquista a hacer y que no se hará jamás, es conquistar el alma de esta raza. Se hubiera encontrado así la llave de todas las minas con las que sueñan los alucinados pioneros del desierto, mientras que hoy el indio se burla de las compañías mineras y de sus brillantes administradores y de todos sus ingenieros perspicaces que pasan veinte veces sobre la riqueza, sin que puedan darse cuenta de ello. Sigue con un ojo irónico estos buenos sabuesos, siempre despistados y jadeantes en su carrera estéril. No nos compadezcamos mucho de él ; la naturaleza le ha reservado hermosas revanchas.

Es verdad que a veces los esfuerzos del conquistador tienen éxito ; se descubre una nueva mina. Esta noticia se propaga a través de los caseríos indios provocando la consternación. El indio se siente traicionado por su tierra ; ella entregó a los blancos un tesoro que le pertenece. Ella alienó un poco de este bien misterioso que consideraba inalienable. Pero no tarda en perdonarla, puesto que las enfermedades y la fiebre del oro se abaten sobre la tropa victoriosa, abreviando o frenando el triunfo. Aquéllos que la anemia deja en pie, las pasiones pestilenciales que exhalan las fuentes de plata, la embriaguez y la juerga, se encargan de hacerle morder el polvo o el barro.

Y mientras que los españoles, ingleses, franceses o mestizos se agitan en torno de sus boquerones de mina, el indio sigue viviendo lentamente, tranquilamente bajo sus ranchos con techo de totora y en sus chozas de barro en forma de pirámides cuya puerta ha sido abierta, según la antigua costumbre, del lado del sol naciente. La suavidad de su carácter no se desmiente, sea frente a sus invasores, sea hacia sus animales domésticos. Él es « el amo que le gustaría tener ». Por supuesto que yo preferiría ser la llama de un indio que el indio de un boliviano. La llama sirve a transportar carga, pero no puede llevar más de cuarenta y seis kilos. Si se le aumenta su peso, se arrodilla y se echa. Se le apaleará, sin conseguir que haga el más mínimo esfuerzo. Es un animal de carácter plácido y testarudo, dotado de una extraordinaria potencia de inercia, lleno de virtudes indias. A veces se permite la fantasía de no querer andar. Su carga es aceptable, pero se siente tentada por el sueño e indiferente a las exhortaciones de su conductor, la buena llama se echa en medio del camino. El indio se cuida bien de golpearla. Le ruega con voz suave ; luego, viendo la porfía del animal, se sienta a algunos pasos de él, junta un montón de pequeños guijarros y toma uno que lanza en las orejas de la bestia adormilada ; un instante después recomienza ; al final, las orejas se agitan, la llama abre los ojos, sacude la cabeza, piensa que el lugar no es bueno para dormir, se levanta y se pone en camino. Esta comedia dura a veces una media hora, pero el indio nunca está apurado, salvo cuando se le envía de un punto a otro en calidad de correo.

Nuestros mejores corredores harían el ridículo al lado de él y sus dos piernas darían lecciones a todos los pares de zancos de Las Landas^(*). Realiza increíbles prodigios. A través de estos amontonamientos de montañas que se parecen, y los espantosos desiertos, que se prolongan por centenas de leguas, va con paso firme, sin brújula, día y noche, sin equivocarse de camino. Su instinto de orientación es superior al de la paloma mensajera. Puede ordenarle de ir donde a usted le dé la gana ; fíjese únicamente el punto del horizonte donde se encuentra la ciudad, la aldea, el montículo, la choza. Él parte y no se desvía. En cuanto a la velocidad, ella es admirable. Uno de mis compatriotas me contó que estando a unos treinta kilómetros de

(*) Las Landas : En el suroeste de Francia, esta zona históricamente pantanosa obligaba a los pastores a usar, para desplazarse, altos zancos, lo que les permitía, junto con ver sus tropillas a los lejos, de franquear a grandes « zancadas » los canales de drenaje. (N.d.T.)

Oruro y que la Municipalidad de esta ciudad le había pedido unos planos y presupuestos, encargó a un indio de llevarlos. En cuanto su mensajero se había ido, nuestro amigo se dio cuenta que había olvidado de incluir en el sobre un documento importante. Rápidamente se hizo ensillar una mula y se largó a rienda suelta tras las huellas del indio, que tendría apenas una media hora de ventaja. Galopó y no lo encontró ; pensó entonces, con un poco de razón, que el indio lo había engañado. Furioso, prosiguió su marcha y cuando llegó a las goteras de Oruro, cuál no fue su sorpresa al ver, tranquilamente sentado en una piedra, su indio con los labios verdes de coca y que mojaba los papeles arrugados para alisarlos al sol. Podría citar otros diez ejemplos parecidos. Los indios desarrollan fácilmente unos veinte kilómetros por hora. Es lo que explica sus concentraciones repentinas cuando un acontecimiento grave los hace salir de sus aldeas. ¿Quién dio la consigna ? Se lo ignora. ¿De dónde salen esos seres que, súbitamente, hormiguean en la cresta de la montaña ? Nadie comprende nada. Ahí donde se pensaba que era desierto, se encuentra rodeado de una multitud. Luego esta muchedumbre se dispersa y su desaparición desconcierta tanto como su aparición.

Cuando el extranjero atraviesa las zonas de aldeas indias, no debe olvidar nunca que las montañas tienen ojos. Esos ojos, que no ve, lo siguen, lo espían. Un Don Juan arriesgaría mucho si se aproximara de las indiecitas quichuas. El indio aguanta a duras penas que le roben la tierra, pero no aceptaría jamás que le quiten su mujer. Olvidaría toda prudencia, mataría al audaz y no perdonaría a la cómplice. Una mujer india que acordara sus favores a un blanco, en algunas aldeas recibiría la muerte. Estas costumbres pierden su drástica ferocidad con la vecindad de las ciudades obreras. Por lo demás es muy raro que una india se rinda a los caprichos de un extranjero ; me refiero a las jóvenes, porque en el caso de una mujer casada, no creo que el hecho se produzca. La esposa india, como su marido, permanece entrañablemente fiel a sus deberes. Su libre juventud la preserva de todo desborde sensual. No llega virgen al lecho nupcial, pero ella sale de él casta.

Un solo día en el año parece faltar a su dignidad, cuando se celebran las grandes fiestas de la fecundación de las llamas. Me describieron tales festividades y encontré en ellas las características de las solemnidades genésicas en las sociedades primitivas. Tienen lugar bajo el azul del cielo, frente a la naturaleza y no son más inmorales que la invocación de Lucrecio a Venus^(*). Pero me parece que, si pudiéramos comprenderlos y admirarlos todavía bajo el velo suntuoso de la poesía antigua, no podríamos ser capaces hoy de estimarlos como se debe entre sus contemporáneos, aunque sean los pieles rojas y tuvieran en su favor el alejamiento en el espacio tan prestigioso como sería el alejamiento en las edades remotas. Y como no pude asistir, no diré nada. El relato que me hicieron me da razón cuando pienso que la raza incásica presentaba analogías singulares con los pueblos de la India.

Incomparablemente más desarrollados y más inteligentes que las otras naciones indígenas como los changos, aimarás, araucanos, ella nos sorprende y nos intriga. Su origen se pierde en la noche ; no se puede remontar a su origen, como no se puede remontar a las fuentes misteriosas de los ríos de África. A los lectores que se interesarían en esta cuestión, recomiendo el libro admirable de Prescott sobre la conquista del Perú. Escribió un estudio bastante completo sobre los indios quichuas, sus costumbres y sus usos, sobre el reino de los

^(*) Presumiblemente el autor hace mención al poema de Lucrecio *De Natura Rerum* (de la naturaleza de las cosas), poema didáctico en seis libros en los cuales Lucrecio expone los principios del materialismo de Epicuro que consiste a liberar el hombre de las supersticiones y explica que las cosas del universo son el resultado de un encuentro de átomos ; incluso el alma es el resultado de átomos más sutiles y perece como el cuerpo. (N.d.T.)

hijos del sol cuya cuna fue una isla del lago Titicaca. Sin embargo, no dijo todo. No me acuerdo que haya mencionado el hecho extremadamente curioso, que me fue confirmado por bolivianos dignos de fe, que los chinos no encontraban ninguna dificultad en comprender la lengua quichua. Uno de los administradores de Pulacayo me prestó la gramática de Nodal, de la que he hablado más arriba y me divertí hojeándola. Pero las luces de un Bréal^(**) no serían suficientes para esclarecer los orígenes de esta lengua y al mismo tiempo los de esta raza. Nuestros eruditos poco se preocupan de lo que pasa en América. Si leyera esta página, me gustaría que ella los invitara a atreverse a hacer una pequeña incursión en los idiomas del Nuevo Mundo ; y esta mina, al explotarla provocaría, me atrevo a decirlo, menos daños que aquéllas de las cuales los accionistas obtienen fuertes dividendos.

El quichua fue la lengua nacional del Perú y del Altiplano cuando el imperio se encontraba bajo la dominación de los Incas. Los indios no tenían alfabeto ; para comunicar y transmitir sus ideas se servían de los *quipus*. El *quipu* era una cuerda de dos pies de largo, compuesta de hilos de diferentes colores, formando nudos. Los colores expresaban a veces objetos sensibles, otras veces ideas abstractas. Según Prescott, el blanco representaba la paz, el rojo la guerra. Es difícil encontrarlos por la simple razón que se les ha casi completamente destruídos. En 1853, el Concilio Provincial de Lima decretó que los libros que trataban de asuntos lascivos y obscenos serían prohibidos y sus lectores gravemente castigados por los obispos. « Los niños -agregaba el Concilio- ni siquiera podrán leer las obras de los antiguos, tan notables por la elegancia y la fuerza de su dicción. En lo que respecta a los indios, estos ignorantes del alfabeto, que en lugar de libros tienen signos -*signa quaedam ex variis funiculus quos ipsi quipos vacant*- visto que estos libros son monumentos de la antigua superstición y les recuerdan ritos, ceremonias y leyes inicuas, los obispos se encargarán de destruílos completamente ». Esta ejecución puede compararse al incendio de las bibliotecas aztecas durante la conquista de Méjico. El hombre pasa su tiempo a destruir lo que sus descendientes tratarán de reconstituir. El conquistador prepara las canas de los sabios futuros.

Pero si los *quipus* fueron abolidos, la lengua quichua no murió con ellos. Entre los españoles que llegaron al Perú, muchos espíritus distinguidos y curiosos la aprendieron y anotaron sus sonidos, con frecuencia de manera insuficiente, con ayuda de su alfabeto, pudiendo así establecer la gramática. Esta lengua tiene los tres géneros : masculino, femenino y neutro. Los objetos inanimados pertenecen al neutro, como en el griego y el latín. Las reglas del plural son bastante complejas ; en ellas se encuentra el dual, indicado por la desinencia pura. El signo del plural se omite cuando se trata de abstracciones, vicios, virtudes, disposiciones morales. Todas las palabras se declinan y el sistema de declinación está basado en las desinencias. El nominativo *contor* (cóndor) es al genitivo *contorpa*, al dativo *contorpac*, al acusativo *contorta*, al vocativo *contorya*, al ablativo *contorhuan* o *contormanta*, según la preposición que lo precede. Al plural *contorcuna*, *contorcunap*, *contorcunacap*, etc. La lengua quichua abunda de aumentativos que indican la idea de grosería, de grandeza o de corpulencia ; tiene diminutivos que denotan dimensión (*mayo*), ternura (*lla*) ; comparativos de superioridad, de inferioridad, de igualdad y toda una gama de superlativos.

Entre los pronombres posesivos, unos se refieren a la propiedad individual, los otros a la propiedad común ; lo que no tiene nada de sorprendente en un pueblo cuya constitución realizó el ideal del socialismo más avanzado. Las utopías de nuestros comunistas ya no lo son si se comparan con el estado de los antiguos peruanos. Los Incas se habían adelantado a

^(**) Michel Bréal. Lingüista francés (1832-1915), estudió la evolución de las palabras y de su significación en su estudio *Ensayo de semántica* (1897). (N.d.T.)

nuestros Guesde^(*) e incluso creo que éstos deberían conocer esta antigua civilización, porque verían en ella cómo se puede organizar un gran pueblo teniendo como modelo una comunidad estrechamente unida, de qué manera se puede hacer de un vasto imperio un inmenso falansterio, cómo se puede vivir sin moneda y obligar a todos los ciudadanos a trabajar en el interés general ; ahí verían también que tal asociación no podría mantenerse sin una dictadura de hierro. Los Hijos del Sol, a despecho de su incontestable mansedumbre, fueron extraordinarios dictadores, tiranos por derecho divino. Casi creería que la manera con la cual resolvieron la cuestión social, fue la única que permitió al comunismo de aportar sus frutos. Como para poner en práctica esta teoría supone obligatoriamente que todos los ciudadanos sean honestos y buenos, como ella suprime la ambición individual y la reemplaza por el renunciamiento y el sacrificio perpetuo de sí mismo a los intereses del Estado, nuestros evangelios no son suficientes : serían entonces necesarias leyes de acero. El hombre no se izará nunca a este grado de abnegación y virtud, sino envuelto en una camisa de fuerza. Se trataría entonces de hacer que ella sea soportable. En ella los indios se sentían confortablemente ; pero es una experiencia que que no tendría éxito en los gobiernos modernos y que, en suma, sólo debe su acierto a la fe religiosa. Los reyes incas descendían del Sol ; no hay que vacilar con el astro que nos da la luz. Es por eso que en la lengua quichua, los adjetivos posesivos significan con frecuencia que no se posee nada. Cuando nuestros adjetivos posesivos tendrán el mismo sentido, nuestra revolución estará terminada.

En cuanto a los verbos, su conjugación reposa sobre desinencias que varían con cada persona, con cada tiempo, con cada modo ; no termina nunca. Se encuentra en la conjugación, además del imperativo, el optativo, el supino y los gerundios, futuros perfectos e imperfectos. Los adverbios son innumerables ; no concibo idioma más rico en interjecciones. Ellas expresan la afirmación, la duda, la hipérbole, todas las sensaciones y todos los sentimientos de los cuales nuestro cuerpo y nuestro espíritu son capaces. Si el indio exclama ¡*Acau* ! es porque sofoca de calor ; ¡*Achalla* ! es cuando admira. ¿Llama a su amo ? : ¡*Allayma* ! ¿Se dirige a Dios ? ¡*Cacyau* ! ¿Pide socorro ? ¡*Aha* ! Cuando sus amos pelean, los anima con un ¡*Ahallim* ! Cuando la batalla ha terminado, murmura *Hu are* (Amén). Y si acaso la sombra de Tupac Amaro -usted sabe, el famoso protomártir de la Independencia boliviana- le pone de nuevo las armas en las manos para expulsar al opresor, sólo dirá : ¡*Ymapaschu* ! (a la obra). Estamos lejos del *goddam* del cual Fígaro hacía la llave maestra de Inglaterra. Su sintaxis parece menos complicada ; todas las frases son más o menos construídas sobre el molde siguiente : primero la interjección, después el sujeto nominativo, precedido siempre del adjetivo invariable, luego el adverbio, el régimen al acusativo, al dativo o al ablativo, por último el verbo sobre el cual recae el peso de la frase. No hablaré de las preposiciones ni de las partículas. Su cantidad habría encantado a Madame Dacier^(*). Se cuenta hasta ciento treinta y cinco. Para su pronunciación, el acento cae regularmente sobre la penúltima sílaba.

Las sílabas se yuxtaponen unas a otras formando palabras largas, indefinidamente largas ; palabras invertebradas. Su longitud cantante y monótona hace de ella una lengua deliciosa de melancolía. Las palabras son como amplios velos donde el pensamiento, castamente cubierto, se borra y oculta sus contornos. El indio se arrulla con el ritmo de sus vocablos ; permanece en ellos y en ellos se olvida. Si el crepúsculo hablara, hablaría quichua. Todas las sonoridades tienen aquí una dulzura encantadora. Las más vivas se parecen a ecos

(*) Jules Guesde. Hombre político y revolucionario francés (1845-1922), apologista de la Comuna de París, autor en 1879 de *Collectivisme et Révolution*. (N.d.T.)

(*) Anne Lefebvre, llamada Madame Dacier, filóloga francesa (1647-1720). Traductora de autores griegos y latinos. En la célebre querrela literaria sobre la superioridad de los Modernos sobre los Antiguos, Madame Dacier tomó partido contra los Modernos cuando Houdar de la Motte tradujo Homero (1714) corrigiéndolo. (N.d.T.)

que mueren. Imagínese una melodía de instrumentos de cuerda que cortaría a intervalos los sonidos de un corno lejano. Es por lo menos la impresión que me dejaron sus diálogos o, si prefiere, sus intercambios de monólogos.

A la caída del imperio de los Incas, las ideas cristianas invadieron esta lengua ; nuevos sentimientos adquirieron con ella poco a poco carta de ciudadanía. Debió producirse lo que pasó con el latín en los primeros siglos de nuestra era y con seguridad su estudio sería pintoresco. Me parece que las ideas del cristianismo no fueron afectadas con este nuevo lenguaje, con el cual se acomodaron con éxito. Entraron de lleno, si se puede decir, en esta morada que el misticismo de los Incas había adornado suntuosamente. Encontraron aquí ventanas abiertas al cielo, largas arcadas donde pasear su ensueño vago y triste, capillas y naves de sombra donde recogerse y, para acompañar su marcha, una música simple que recuerda nuestras salmodias de iglesia y los motivos de Lutero. Los quichuas conocen la *vigüela* (guitarra) y la flauta. En fin, el cristianismo, al entrar donde este pueblo encontró en él poetas dignos de comprenderlo y de interpretarlo.

Los indios incásicos tenían una poesía que, a juzgar por sus últimos vestigios, linda a menudo con el arte mayor. Su prosodia, como la prosodia griega y latina, reposaba en la cantidad silábica. No ignoraban ni el espondeo, ni los dáctilos, ni los yambos, ni los troqueos, ni los anapestos. Uno de los fragmentos de los más auténticos que nos quedan de esta literatura está compuesto en trocaicos monómetros. Viene de los papeles del jesuíta Blas Valera, encontrados en el saco de Cádiz. Este jesuíta había estudiado bastante las costumbres de los Incas y el original de ese fragmento, escrito, si se puede decir, en hilos de diversos matices, le había sido copiado por el archivista indio, el *quipucamayú* o guardián de los *quipus*.

Se sabe que los fenómenos celestes han atormentado siempre la imaginación de los pueblos primitivos y que su explicación ingenua ha creado los más hermosos mitos. El indio, cultivador por naturaleza y hábil en los trabajos de irrigación, temía las épocas de sequía y esperaba como favor divino la lluvia, la buena lluvia fecundante. Suponía que Dios había puesto en medio del éter una virgen de la familia real. Esta virgen sostenía en sus brazos un cántaro que se llenaba periódicamente de agua ; entonces su hermano se aproximaba y golpeaba con violencia esta ánfora. Los golpes producían el fragor del trueno y los relámpagos eran sus chispas. He aquí la estrofa que traduje de una traducción latina literal :

« Hermosa Virgen, tu hermano golpea ahora en tu urna : sus golpes truenan,
« relumbran y fulminan. Pero tú, Virgen, que dejas derramarse el agua, nos viertes la lluvia y
« a veces nos envías los granizos y la nieve. El creador del mundo, Pachakamac, te entregó
« ese cargo y te ordena de ejercerlo ».

Nodal, que cita esta estrofa, la compara a una medalla de fina orfebrería. Por mi parte, quedé impresionado por su poesía pura y sobria y si todos los eslabones desaparecidos de la guirnalda tenían el mismo valor, reconozco no encontrar dificultad para comparar esta oda con ciertos himnos antiguos. Por desgracia, el resto se perdió y el que emprendiera la tarea de levantar una antología quichua quedaría reducido a algunos estribillos de baladas populares, a algunas estancias aisladas cuya procedencia es a menudo dudosa. Enfrentaría el riesgo de ejercer su ingenio en una composición de misionero, puesto que los jesuitas hicieron varios ensayos en versos indios. La mayor parte de las poesías quichuas que circulan son oraciones cristianas, trozos de propaganda religiosa. No tienen menos valor que los cánticos del Ejército

de Salvación, pero tampoco tienen más. Es probable que el mago que podría introducirse en las familias indias recogería ahí, todavía hoy, rapsodias de sus poetas del período clásico.

Una persona que, sin haber logrado familiarizarse con ellos, vivió entre los quichuas y habla su lengua, me recitó y tradujo una estrofa de un pequeño poema, la única de la cual se acordaba. Una madre india ha perdido su hijo y lo busca ; encuentra otra mujer, le suplica que le ayude, diciéndole :

« Querida paloma, mi hijo se ha perdido ; quizá lo encontrarás en tu camino. Lo reconocerás sin dificultad : sus pestañas tienen el suave centelleo de las estrellas ».

Recuérdense del exquisito soneto de J.-M. de Heredia^(*) titulado *El Esclavo*. El pobre esclavo se dirige a su huésped, que singulará hacia Siracusa y le ruega de tomar nuevas de la que ama : « Parte, le dice, va, busca Cleariste...

La reconocerás porque siempre está triste ».

El sentimiento es el mismo y el poeta indio lo expresa con la misma discreción, el mismo infinito en lo inconcluso, que el poeta moderno. No podemos creer que el ser que amamos no sea reconocido en el acto por los otros, y que su tristeza o el temblor de sus pestañas no sean un distintivo para ellos, como para nosotros, marcando su singularidad frente al resto del universo.

Sabemos que en el tiempo de los Incas se daban grandes representaciones dramáticas cada año. ¿Qué fueron estos espectáculos ? Según toda probabilidad, una suerte de autos sacramentales. Garcilaso en sus *Comentarios Reales* (1609), habla incluso de comedias. Nodal imprimió al final de su gramática una pieza entera en cinco actos y en versos, *La Clemencia de un Monarca*. Es la producción más considerable de la literatura quichua que conservan los archivos del Perú. Pero se le atribuye a un religioso, Antonio Valdés, que la habría compuesto hacia 1781. Sin embargo, algunos pretenden que ella fue representada en fiestas solemnes en presencia de los últimos monarcas peruanos. Recorrí la traducción al castellano de este negro melodrama y quedé convencido que es Valdés su autor y que conocía perfectamente Lope de Vega y Calderón. Si tal obra hubiera salido de la mano de un indio, yo sostendría que Cuzco tuvo su teatro de lo Antiguo y que d'Ennery^(**) es un descendiente de los Incas.

No puedo impedirme de decirlo, temo que se me acusará de haber idealizado esta raza, que sin embargo Prescott califica de extraordinaria, pero que tuvo la culpa de haber inspirado Marmontel^(***). Es incluso el único reproche serio que pueda hacersele, ¡y éso ! Esta epopeya ovejuna, mundana y filosófica, que encantó los espíritus esclarecidos del siglo dieciocho, fue un tejido de agradables mentiras;^(****) prefiero que mi país haya producido el pintor idealista de estos indios idílicos, que su conquistador. Con la mejor voluntad del mundo, no se podrá hacer balar con tanta perfección los habitantes actuales del Perú y de Bolivia. Los Incas

(*) José María de Heredia, poeta francés (1842-1905). Sus sonetos, de estructura parnasiana, fueron publicados en 1893. Miembro de la Academia Francesa en 1894. (No confundir con José María de Heredia, su homónimo cubano, 1803-1839). (N.d.T.)

(**) Adolphe Philippi, llamado d'Ennery (1811-1899), autor dramático francés. (N.d.T.)

(*** Jean-François Marmontel, escritor francés (1722-1799), publicó entre otros *Los Incas* en 1777. (N.d.T.)

(****) *...ne fut point un tissu de mensonges...* Con toda seguridad la forma negativa de la frase es un gazapo. Es la razón por la cual el traductor eligió la afirmación, de manera a ser más coherente con el resto del párrafo. (N.d.T.)

tuvieron el gran mérito de abolir en todo el imperio el pauperismo y los más civilizados entre los modernos tendrán que inclinarse, sin afectación como sin ironía, frente a un Estado donde nadie murió de hambre. Hoy día los blancos, que profesan un desprecio burlón hacia estos pobres seres desposeídos, avasallados y fieles todavía al culto del pasado se consideran como sus superiores. Me gustaría que fueran simplemente sus iguales. Están de acuerdo en alabar la paciencia y la buena fe del indio, pero los más gruñones no articulan contra él otro reproche que su pereza -comprendan : su repugnancia a trabajar bajo sus órdenes-, la coca que les tiñe los labios de verde y su mal olor. Parece que estas razones justifican no solamente el desdén con el cual lo aplastan, sino también el trato inicuo que se tiene con él.

No obstante, para el extranjero que pasa y que no tiene tiempo para discutir tales razones, la raza india conserva una noble actitud. Tiene la belleza de un mármol antiguo que, incluso deteriorado por la edad y ensuciado por el lodo, no ha perdido completamente su gracia indolente y altiva y sobre todo agrada porque reposa el espíritu de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, donde la ambición del poder y la pasión por el dinero devoran los hombres, donde la política dispersa a los cuatro vientos las fuerzas morales. Ella consuela del espectáculo de los aventureros europeos y de sus ávidas codicias acrecentadas por la travesía de un océano y la escalada de las montañas. Se contempla un pueblo que levanta la cabeza del lodazal donde sus atroces vencedores lo hundieron, reclamando todavía su derecho a la existencia.. Nada es más hermoso que una libertad que conserva la conciencia de sí misma bajo una opresión secular.

Hubiera querido mostrar mejor que como lo hice la fuerte unidad, la admirable armonía de esta raza, expresión viva de su abrupta patria. Después de todo, es posible que me equivoque ; puedo ser presa de una ilusión. El asco que nos inspiran en ciertos momentos todas las vergüenzas de nuestra civilización, todas sus hipocresías perfeccionadas, nos empuja violentamente hacia la naturaleza. Aspiramos a descender hacia las razas que llamamos inferiores porque las hemos vencido. Su simplicidad nos refresca ; su ignorancia nos da envidia ; nuestra angustia nos las hace más hermosas. Hoy no existe un hombre honesto que no se parezca un poco al doctor Fausto y que no sea capaz de enamorarse un instante de la rucaca de Margarita. Supongamos, pues, que soñé allá en el Altiplano. No me queda más que excusarme ante el lector por haberle conversado largamente de un simple sueño.

CAPÍTULO XII

EL CARNAVAL EN LA ALTURAS.

Los mineros bolivianos festejan sólo un santo por año : san Carnaval. Las fiestas del carnaval, que el tiempo ha desprestigiado en la vieja Europa e incluso en las grandes ciudades de América del Sur, como Santiago y Valparaíso, han conservado su carácter de saturnales en el Perú y en el Altiplano. Ni la guerra extranjera, ni la guerra civil impiden los peruanos y bolivianos de fiestear en grande. Cuando al principio de la guerra del Pacífico los chilenos, gente seria y práctica, invadieron Antofagasta, el dictador de Sucre recibió la noticia cuando se disfrazaba para ir a un baile de máscaras. El placer carnavalesco se la ganó a las preocupaciones de gobernante. No quiso privar su pueblo ni privarse él mismo de una embriaguez favorita. Y mientras que el enemigo estaba a las puertas, se deliberó gravemente sobre la longitud de las falsas narices y sobre las lentejuelas de los disfraces. Fue solamente el Miércoles de Cenizas que se acordaron de la invasión chilena y que se pensó en la defensa.

Hay que hacer justicia a los peruanos y a los bolivianos diciendo que saben divertirse y sin grandes gastos. El carnaval no consiste solamente en los disfraces y la mascarada. Lo mejor de la fiesta consiste en luchas bufonas : se tiran a la cabeza frascos de olor, polvos de arroz, harina, grágeas, huevos, porotos y en el ardor del combate, todo lo que está a la mano de los asaltantes y de los acosados, baldes de agua, cerveza, vinos, champaña, el contenido de los platos. Un extranjero que, sin estar al corriente, llegara de improviso, se creería en un manicomio en el cual los guardianes también se habrían vuelto locos.

Las casas permanecen abiertas ; conocido o desconocido, usted puede entrar en ellas. Desde la antecámara asistirá a un espectáculo sorprendente : los caballeros más graves aparecen espolvoreados de harina, constelados de yemas de huevo, chorreando de las más extrañas mezclas ; las señoras y las señoritas, que parecen haber dormido en caleras, los persiguen con una botella en la mano. El salón es saqueado, las alfombras están cubiertas de trozos diversos, las cortinas manchadas, las sillas volcadas ; un olor de perfumería flota sobre el campo de batalla. Los cuerpo a cuerpo continúan en los patios, frente a las casas, en plena calle. Ya no hay ni amos ni domésticos, ni gobernantes ni gobernados. Toda jerarquía ha desaparecido. Esta demencia ejerce un tal atractivo entre los hijos del país, que un prisionero encerrado entre cuatro paredes en una celda, adonde llegaban los rumores de la fiesta, no aguantó, se echó él mismo su cántaro de agua en la cabeza y se embadurnó la cara con su plato de porotos.

El carnaval dura una semana. Con él los mineros se desquitan del trabajo forzado de todo el año. En algunas minas los curas aprovechan para concentrar, en estos ocho días, todas las fiestas consagradas y las celebran una tras otra. El domingo de carnaval se celebra Pascua de Resurrección, el lunes la Ascención, el martes la Asunción, el miércoles Todos los Santos, el jueves, Navidad. Se diría el carnaval en el cielo como en la tierra.

Cuando llegué a Pulacayo, se preparaban ya para la gran fiesta. Pequeñas cabañas de madera y de tela estaban instaladas a lo largo de las callejuelas tortuosas. Se vendían blusas bordadas y recamadas con lentejuelas, calzado fino ornado con nudos rosados, guitarras ; joyas donde el artículo de París alternaba con el artículo indio, valijas en cuero de vaca, cajas de polvo de arroz, frascos de perfume, falsificaciones de Pinaud y caramelos. Los indios habían traído en las esquinas de las calles sus sacos de papas heladas y reducidas en polvo y disponían en los mostradores improvisados la guindilla roja, que llaman ají, maíz, habas y plantas que sirven de medicinas. El indio es un docto herborista : conocen hierbas que bajan la fiebre en algunas horas y otras que la provocan. Sabe curar los estómagos en ruinas, curar las llagas y las bilis inveteradas no resisten a sus tisanas.

Para las personas en buena salud, enormes cuencos de chicha fermentaban bajo la vigilancia de Canidies de bronce.

El sábado, la fiesta comienza hacia las dos de la tarde. En las calles el gentío afluía ya, pero nadie se endomingaba todavía ; las cholos conservaban sus refajos sucios y gritones y los cholos, que acababan de salir de la mina, sus ropas de trabajo. Las campanas sonaron, retumbaron algunos petardos cuyo eco se repercutió en las montañas y vimos desembocar del túnel una extraña procesión. Ya no me encontré frente a una simple manifestación de júbilo grotesca, asistía a una verdadera ceremonia religiosa. La fiesta que tenía lugar ante mí tomaba los visos de una solemnidad santa, como en los tiempos del carro de Tespis^(*) o de las extravagancias piadosas de la Edad Media.

Existe bajo el túnel de Pulacayo una capilla y en esta capilla una cruz hecha con la plata extraída de la mina. Los mineros atribuyen a esta cruz una virtud especial : ella los

(*) Tespis, poeta trágico griego (sigloVIº A.C.). La tradición le atribuye la invención de la tragedia, la creación del actor y de la máscara. Con su célebre carro cargado de actores, de máscaras y de los implementos de la escena, habría entrado primero a Ática y luego en Atenas. (N.d.T.)

protege contra el demonio que merodea sin cesar en las galerías subterráneas y que se embosca en ellas para aplastar al hombre bajo derrumbes de rocas. Día y noche estas dos fuerzas enemigas, la Cruz y el Diablo, se libran un duelo en el cual está en juego la vida de los mineros. La víspera del Domingo de Carnaval, éstos van en gran pompa a la capilla y retiran la Cruz, la que transportan a la pobre iglesia de la aldea. Desde el momento en que el Cristo ha dejado el túnel, la mina pertenece al Diablo y los obreros se niegan a bajar a ella. Así, mientras que el rey Carnaval entra en nuestras ciudades del Mediodía montado en un unicornio o sobre un elefante, aquí es la Cruz la que recorre las calles y anuncia al pueblo su liberación pasajera. Es el buen Jesús quien dice a los cholos y a los indios de divertirse, de casarse y de beber a borbotones ; de las tinieblas de la mina Subió a la luz del día y la chicha chorrea en Su honor.

El cortejo avanza en medio de una multitud en harapos abigarrados, cabeza desnuda y generalmente descalzos. Primero los cholos, disfrazados de Diablos con pelucas pelirrojas y desgredadas que les caen hasta los talones y con cuernos amenazantes, saltan, piruetean, tiran cohetes. Parecen conducir la Cruz, pero es la Cruz que los empuja delante de ella o que les permite retozar sin temor, porque en fin, Dios no ignora que entre los Diablos hay buenos ; aquéllos, por ejemplo, que llenan los vasos de los mineros. Detrás de estos Demonios, un bombo marcha pesadamente rodeado de cholos disfrazados cuyas zampoñas tocarán de la mañana a la noche los mismos tres compases de una melodía estridente y triste. Estos cholos son catorce que marchan de a dos. A la derecha y a la izquierda, los Diablos, rojos y verdes, saltan y se apartan hacia los lados. En seguida cholos e indias llevan sobre sus hombros pequeñas angarillas donde reposan reliquias sagradas, abalorios centelleantes al sol. Ellas preceden una docena de saltarines que esgrimen hondas, se agitan rítmicamente y al final de cada compás giran en torno a sí mismos. Son los *arrieros* o muleros. Detrás de esta tropa, cuatro indios, los únicos del cortejo que no lucen trajes refulgentes, avanzan a reculones. Están vestidos de una chaqueta y de pantalones a cuadros grises ; con una mano tienen una flauta de piedra y con la otra golpean un tambor ancho y aplastado. Sus sombreros, erizados de plumas grises se ensanchan en forma de cubretiestos. Y siempre tocando la flauta y golpeando sobre el tambor, fijan sus ojos en la Cruz, la cual domina el batallón de mineros. Estos últimos caminan, cubiertos de atavíos. Unos están disfrazados en marqués del siglo dieciocho, otros en mosqueteros. Se juraría que saqueron un guardarropas ajado de histriones. La mayor parte no imaginó otro disfraz que su traje común, cortado en un paño rojo, amarillo o azul ; el pantalón llega a las rodillas y la casaca deja los brazos descubiertos al igual que la parte superior del pecho. Pero conservan todas las insignias de su oficio : el martillo, la barra de fierro, la bolsa para la coca, el saquito para la pólvora y la dinamita, rodilleras de cuero. De tiempo en tiempo, el jefe minero les ordena trabajar ; entonces se precipitan sobre los Diablos que revolotean en torno de ellos, martillándolos con gravedad sobre la espalda. Entretanto las mujeres, indias o cholos, con la boca abierta, de rodillas en el polvo o el lodo, levantan hacia la Cruz sus ojos vagos murmurando oraciones. Unas lanzan caramelos al Cristo, los que rebotan sobre la plata del crucifijo ; otras, nuevas Madelenas, lo riegan con los frascos de perfume. Cuatro Diablos, una antorcha a la mano, se entregan a las más extrañas contorsiones, cerrando el cortejo.

La procesión recorre así las callejas de Pulacayo. A su paso, la multitud compacta permanece silenciosa y recogida. Las muecas diabólicas no la hacen reír. Su alegría no es traicionada ni por gritos ni por carcajadas. Además que su naturaleza no la lleva a hacer manifestaciones exteriores de gozo, el sentimiento religioso de esta fiesta la mantiene circunspecta. La danza de los *arrieros*, el paso de los mineros, las flautas indias y los brincos de los Diablos, son a sus ojos otros tantos ritos sagrados.

El cielo bostrascoso lanzaba hacia el poniente luces de oro a través de agujeros en las nubes gris perla. El aire refrescaba ; escuchábamos todavía en las primeras sombras de la noche los sonidos de las zampoñas. En el umbral de la iglesia, el señor tata había recibido de manos de los mineros la Cruz del túnel y la había depositado devotamente entre los cirios del altar. El cortejo regresaba, siempre saltando, siempre tocando las flautas, imperturbable. Aquí y allá reventaban los petardos, rayando la oscuridad con sus delgadas parábolas rojas. Uno de ellos, al caer, encendió las enaguas de una chola ; ella se puso a reír, se sacudió sembrando en torno de ella jirones inflamados. De los siete u ocho refajos, tres o cuatro ardieron. El fuego la alivianó y resultó así bastante presentable.

Cuando la noche cubrió las montañas, las callejas de Pulacayo se vaciaron. El viento soplabla fuerte. El interior de las casas se iluminó ; se escuchó ruidos de danzas, sonos de guitarras y en los domicilios de los administradores acordes de piano. Pero las zampoñas continuaban paseando en la noche el desamparo de sus tres compases. Su acento sobreagudo dominaba todos los rumores de la fiesta. Ellas se paseaban inasequibles y monótonas, como un alma fisurada que batiría sus alas en torno de su hogar cerrado. Durante más de cuatro días las escuché de la mañana a la noche, bajo la lluvia, durante las escampadas o en la bruma. Si los músicos se alternaban, la música no variaba. Esta melodía, inconclusa sin cesar, sin cesar renaciente, se hacía insoportable ; pero cuán bien expresaba la queja de este pueblo sin consciencia y sin iniciativa, su queja que no llega y sus sentimientos embrionarios en los cuales toda la tristeza no logra formular otra cosa que un balbuceo infantil.

A veces unas coplas se escapaban hacia mí con un ritmo rápido. Entre las canciones del país, conozco algunas que son encantadoras, como ésa que se termina así :

*Tu serás mi mujercita
Y yo tu gran marido.*

Conozco tiernas e irónicas ; escuchen los primeros versos de esta serenata popular :

*Sílbame, silba, prendita
Sílbame de tu boquita,
¡Prenda queridita !
Acciones quitan pasiones, prendita.
La traición está de moda
¡Prenda queridita !*

Se creería leer uno de los epigramas del Intermezzo.

Al día siguiente, las cholitas se engalanaron con sus más hermosos atavíos. Se vio algunas que, renunciando por un día a sus treinta y seis enaguas tradicionales, se pusieron una falda blanca. Aprisionaron sus pantorrillas en unas medias blancas y sus pies en fino calzado. A lo largo de las calles sólo se veían balanceos de vestidos nuevos, muy brillantes. En fin, chales desplegados por primera vez flameaban sobre sus cabezas y sus hombros. La cocinera de la casa donde yo almorzaba llevaba un chal azul, que caía en punta sobre un vestido blanco salpicado de flores rosadas ; y sus zapatos eran de raso blanco. Así vestida se paseaba en su cocina.

Las batallas de polvo de arroz comenzaron y la Compañía distribuyó a sus mineros un número reglamentario de botellas de aguardiente. La costumbre obligaba a quebrar algunas de entre ellas a la entrada de la mina en guisa de libaciones. « Somos generosos contigo ; mira como te regamos con aguardiente ; muéstrate pródiga con nosotros, buena mina ». Pero desde hace algunos años, el minero le hace trampas a su ídolo. Bebe primero el licor y llena de agua la botella del sacrificio. Poco a poco, las religiones desaparecen...

Pasamos el día a correr de una casa a otra y a embadurnar sus ocupantes con polvo de arroz, embadurnando también las cholitas quienes, desde que aparecíamos, tendían sus mejillas riendo.

Entré así en cierto número de casas de obreros. Se nos recibía con el vaso en la mano y al son de la guitarra. Mis compañeros, entre los cuales algunos eran danzarines empedernidos, mimaban bailecitos. Para dejarles lugar, estábamos obligados de subir a las camas, que sus propietarios habían cubierto con pieles de llamas o de vicuñas. Incluso fuimos donde algunas *señoras visitadas* que por decirlo así, están en primera fila en Pulacayo. Me parecieron tan discretas como las otras y sólo se distinguen por los cuidados delicados que prodigan a sus personas.

Durante los seis días que duró esta juerga del carnaval no asistí a ninguna escena verdaderamente orgiaca. La ebriedad era casi general, mas salvo algunas riñas sin estruendo y sin consecuencias, no vi nada comparable a los espectáculos que nos ofrecen, antes de finalizar, nuestros bailes de baja categoría. Es verdad que en la promiscuidad en la que vive esta gente la embriaguez tiene efectos bien singulares : Los maridos y sus mujeres no siempre encuentran el lecho nupcial y las equivocaciones son permitidas. Se acuestan como cae, a la buena de Dios. La consecuencia es que nueve meses más tarde hay una nueva generación que da vagidos en toda la comarca.

El domingo, la lluvia comenzó a caer ; los chubascos no desanimaron las procesiones de máscaras que desfilaban, bandera al frente, precedidas por los flautistas que tocaban sin piedad. El lunes en la mañana, el cortejo de mineros disfrazados se dirigió hacia el patio del administrador general, el señor Leiton y ahí, agrupados como frente a una máquina fotográfica, entonaron el lamento de su cofradía. La cantaban con la misma gravedad que los chantres de iglesia y el contraste entre sus figuras serias y sus atavíos bufones, daba a sus palabras una novelesca excentricidad. Me acuerdo de su jefe y protagonista : alto y gallardo, delgado y moreno, con grandes ojos vagos, con boca dolorosa. Era él quien decía la estrofa, con la cabeza levantada hacia la galería, de donde lo escuchábamos. Extendía el brazo en el primer verso, dejándolo caer automáticamente en el último.

Esta canción es bastante hermosa en su ruda simplicidad. En ella se siente pasar como un escalofrío precursor de tormenta. El minero reprocha a sus amos sus exigencias y su rapacidad, pero expresa, al mismo tiempo que su miseria, su orgullo de vencer la tierra y de arrancarle sus tesoros a la roca misteriosa. Con toda seguridad, quienes compusieron esta canción no fueron esos pobres seres que estamos viendo ; ella les viene de más lejos, a través del tiempo o del espacio. Agregaron nada más que un poco de la amargura que fermenta oscuramente en sus almas.

El coro comienza por invocar Jesús y la Virgen concebida sin pecado ; luego el protagonista se aparta y canta las estrofas.

« Del fondo de la mina -exclama-, todos cuantos somos, *pungos, barreteros, apires*, « lanzamos el mismo clamor - *¡Todos por igual clamamos !* »

¡Singular canción, que empieza como el *De profundis* !

« A dinamitazos arrancamos el metal precioso. Sudando sangre nos enterramos « durante el día. Trabajo de la mina, sepultura de hombres vivos. Sólo se escuchan allí los « martillazos... »

Y el coro exclama :

« Nuestros labios cantarán noche y día alabanzas al Señor »

El protagonista continúa :

« En el nombre de Dios Padre, comenzamos el trabajo. Golpeamos con nuestros « martillos ; qué amargos suspiros lanzamos. Padre Eterno, eres el noble minero y nos « agujonamos con tu noble agujón. Condúcenos derecho al frente de la talle de la mina y « protégenos de los peligros que nos acechan... »

En cuanto se calla, un segundo coro se ha formado, el de los mineros novatos. Ahí están los pobres mineritos ; el mayor tiene quizás dieciséis años, el más joven no tiene, con seguridad, más de siete. Está encogido en un pantalón de Arlequín, demasiado largo y demasiado ancho, mientras que su tricornio azul cargado de cascabeles le cae sobre la nariz.

« Anda, va, minerito -canta el grupo- pica arriba, pica abajo ».

Y uno de ellos comienza las estrofas :

« Soy el minerito, Señor, y gano mi pan con mi trabajo. Tengo ampollas en las manos « y también sobre mi pecho. El amo es duro, la plata que sacamos de la mina jamás nos « pertenece. Pero qué bonito es el minerito, armado de su barra de fierro, cuando lucha en el « frente de trabajo. Y si la roca es muy dura, su corazón sufrirá ».

Luego, de repente, las quejas se interrumpen ; todos los mineros, grandes y pequeños, se toman de la mano, hacen una ronda y gritan un estribillo donde las palabras del castellano se mezclan con palabras quichuas.

« ¡Vamos a Potosí ! ¡Fandango ! ¡Zarandango ! ¡Zarandango ! »

No sé por qué esta canción cantada por enmascarados extraños, allá arriba en las montañas y bajo un cielo lluvioso, me emocionó profundamente. Noté incluso que entre mis compañeros había varios que sentían algo parecido. Este lamento, que se termina bruscamente por una ronda, expresa de manera elocuente la especie de fatalidad que estos desgraciados sufren y de la cual no se pueden liberar. Por un instante sus almas trataron de tomar conciencia de sí mismas a través el orgullo del trabajo o en la constatación de la iniquidad social. ¿Pero de qué sirven la quejas ? ¿Para qué el orgullo ? Dancemos, bebamos,

emborrachémonos, lancémonos de cabeza en el torbellino de la ronda. Así ahogan su conciencia como los *Aissaouas* (*), al dislocar sus cuerpos pierden la noción de su humanidad.

En el tricornio del minerito llovieron las monedas y los domésticos del señor Leiton llevaron a los mineros botellas de cerveza y de taña. El día transcurrió de la misma manera que la víspera.

A la mañana siguiente, las mujeres, que parten y seleccionan las gangas de los minerales, adornaron con cintas de papel, con guirnaldas, con banderas y flores artificiales el galpón donde trabajan, un galpón de madera con techo de chapa. Cuando hubieron terminado su decoración, se sentaron aquí y allá rutilantes en sus vestidos y sus chales bordados, esperando la distribución de licores prometida por la Compañía. Pero de súbito, un ronquido de trueno estalló y creímos que el galpón se venía abajo. Todos los muchachitos de la mina se habían encaramado al techo y corrían sobre las placas metálicas, arrancando banderas y guirnaldas. En un instante ya no quedó de esos adornos que pedazos dispersos de papelitos rosados o azules. Las mujeres reían silenciosamente. Es que la cosa estaba prevista, regulada ; ellas sabían que los niños se abalanzarían sobre su obra en cuanto estuviera terminada. Pero esta eventualidad no les impide de decorar su hangar con todo el arte del cual son capaces. Y mientras que sus mocosos triunfantes se disputaban los últimos jirones de su trabajo, ellas destapaban las botellas, bebiendo a grandes sorbos ; luego, tomándose las manos desarrollaron a lo largo de las calles larga *ruedas* o rondas.

Las encontramos toda la tarde danzando y cantando. Invadieron incluso la administración, se precipitaron en las escaleras y mientras que estábamos en el salón, entraron como una ráfaga. Cada una de ellas eligió su pareja entre los caballeros presentes arrastrándola hasta el patio. Si él se oponía, ella se le colgaba del brazo, lo retenía por los faldones. Hubo que cumplir las órdenes y en medio de los charcos de agua, algunos enharinados, otros empujados, bailamos las figuras cruzadas del bailecito. A lo lejos se escuchaban las tristes flautas que prolongaban sus sonidos, pero más cerca de nosotros, las guitarras se desenfrenaban : los músicos obedecían al dios escondido en las botellas y se burlaban del compás. Yo tenía como guardiana y danzarina una cholita de unos quince años, bonita, ajada, más rápida que una semi corchea. En vano le explicaba en mi castellano podrido que no conocía nada del bailecito ; ella me empujaba y me hacía dar vueltas con grande animación. A su lado, su madre, gruesa y pintada, levantaba sus ojos lánguidos hacia uno de mis compañeros ; trozos de diálogo me llegaban en medio de la danza.

- ¿No me reconoce ?

- No.

- Veamos, acuérdesse, en Potosí, donde la Dolores, una noche...

- ... No, no me acuerdo...

(*) *Aissaouas* : miembros de una cofradía religiosa fundada en Marruecos en el siglo XVI. Se abandonan a prácticas convulsionarias. (N.d.T.)

Se acordaba perfectamente el Lovelace^(*). Pero como su conquista de Potosí ya no le hacía honor, su amor propio le aconsejaba el olvido. La mujer insistía, pero viendo que él no quería desdecirse se calló, bailó hasta hartarse y cuando las cholas nos devolvieron la libertad, escuché que decía a su hija :

- Olvidadizo, el caballero ; ¡no reconoce a tu madre !

La lluvia caía a grandes chaparrones entrecortados por pálidas bonanzas. Se peleaba en las calles, se peleaba en las casas. Los vendedores de polvos de arroz y de harina fueron puestos a saco. Nuestra ropa maculada, sucia, grasienta nos daba un aspecto lamentable y cuando por la noche nos sentamos a la mesa iluminada del señor Leiton y que los espejos del comedor nos enviaban nuestras imágenes, me parecía asistir a una comida fantástica, donde se hubiera reclutado los comensales entre los vagos harapientos de las peores encrucijadas. Parecíamos bandidos instalados en un palacio. Hubiera sido imprudente de cambiar de tenida para pasar a la mesa, ya que a menudo la lucha recomenzaba antes del postre. Más de un plato fue aliñado con polvos de arroz y me acuerdo de una pierna de cordero que tuvimos que comer regada con champaña luego de una seria escaramuza.

Las nubes se disiparon el Miércoles de Ceniza ; un sol frío de invierno amarilleó la cresta de los montes. El carnaval continuaba, pero las fuerzas humanas tienen sus límites, por lo que a los borrachos, que desde el sábado no habían largado la botella, comenzaban a flaquearles las piernas de manera desesperada. A la vuelta de una esquina se caían ; más de una vez tuvimos que levantar uno que se obstinaba a cavar con la nariz un charco cenagoso. Algunos se quedaban inmobilizados, petrificados formando como cuadros vivientes. Veo todavía un viejo indio descalzo en pantalón gris, cubierto de harapos donde colgaban hilos de oro, el sombrero sebio con los bordes caídos sobre cabellos de sauce llorón. Se había arrellanado en el ángulo de un muro, alelado, los ojos cándidos mirando dos cholas, de las cuales una revolvía con su cuchara en la olleta mientras que la otra soplaba el fuego.

En la tarde, las alturas cercanas se llenaron de danzas. Aquel día la costumbre hizo que se fuera a bailar los bailecitos y las rondas en torno de Pulacayo ; se veía así en las crestas las cholas cuyas faldas abigarradas se inflaban como globos, moverse acompasadamente agitando sus pañuelos. Indios y cholos habían emigrado de la ciudad y sus bailes saltados se recortaban en un horizonte de ópalo. De lejos parecían moverse sobre el filo de una navaja, a tal punto las crestas son afiladas y dominaban la barranca donde borboteaban los arroyos amarillentos escapados de la mina. Sobre algunas cabañas aisladas flameaba la bandera boliviana, signo que todo el mundo podía entrar, bailar y beber.

Pero indiferentes al placer de la danza, algunos grupos de jugadores impasibles, que desde hacía cuatro días proseguían la misma partida, se entretenían a la taba. Lanzaban a diez pasos frente a ellos un hueso de buey con una extremidad redondeada y la otra plana ; ganan cuando el hueso cae y se mantiene sobre su parte redonda. Moneda de plata y piastras se apilaban sobre el barro. A veces pasaba un cortejo de cholos llevando hacia las alturas una especie de arpa que se parecía a una vieja embarcación. El balanceo que le imprimían los que la llevaban acababa el parecido.

^(*) Personaje de la novela epistolar **Clarisa Harlowe**, del inglés Samuel Richardson (1689-1761), uno de los creadores de la novela inglesa moderna. Lovelace es considerado como el prototipo del libertino hipócrita. (N.d.T.)

A la caída de la noche los bailarines bajaron de las laderas de los montes, pero algunos se durmieron en camino ; presencié el espectáculo aflictivo de una ciudad entera agotada por cuatro días de borrachera. Las flautas continuaban sonando, más débilmente, con intermitencias elocuentes. No hubo guirigay ; un enorme embrutecimiento y cuerpos de mujeres tendidos aquí y allá, en la sombra, como paquetes de trapos extraviados. Al volver a mi morada hacia medianoche, escuché caídas e hipos. Nunca la noche me pareció más triste.

Cuando, desde nuestras ciudades y nuestros valles, nuestra imaginación evoca las cimas de las montañas, las nimbamos con la magia de las estrellas y no estamos lejos de prestar a sus habitantes un poco de esta poesía. La idea de la altura física se asocia ineluctablemente a la elevación moral. ¡Ah, los sublimes montañeses !... No vayan a verlos a Bolivia. No creo que haya en el mundo una ciudad más cerca del cielo que Pulacayo ; jamás la bestia humana vivió tan cerca de los astros.

Imagínese un habitante de otro planeta atravesando el éter, posándose primero sobre esos picos, para contemplar ahí una primera muestra de nuestra especie. ¡Pluga a los dioses que no aterrice en tiempo de carnaval !... Al fin de cuentas, sería quizá mejor. Se diría que tenemos raras maneras de divertirnos, pero concluiría que no somos malos, mientras que en tiempo ordinario vería espectáculos que lo inclinarían no a la piedad, sino a considerarnos con horror. Y si no se arranca de inmediato hacia su astro natal, es porque los otros mundos habitados no son mejores que el nuestro lo que, por el honor del cielo, no lo creo.

CAPÍTULO XIII

LA MINA.- LOS MINERITOS.- UN PAÍS CON FUTURO.-

EMIGRANTES FRANCESES.

Al día siguiente del martes de carnaval, la Compañía comenzó a conmovearse. Gastó entre veinte y treinta mil francos en distribución de víveres, de licores y de aguardiente. Lo que no es nada al lado de la pérdida que le ocasiona cada día de fiesta. Si considerara que el pasivo del carnaval se eleva a cien mil francos, es probable que me quede por debajo de la verdad. En otro tiempo, la fiesta se prolongaba hasta el primer domingo de cuaresma, pero desde hace unos años, los administradores se esfuerzan por acortarla. Toda la dificultad reside en hacer volver la Cruz a su capilla del túnel. Una vez que la mina entra de nuevo en posesión de su Dios, los mineros no tienen ninguna razón para no bajar en ella. Solamente, ocurre que la Cruz es porfiada y se encuentra muy bien al aire libre. La Compañía la exhorta, le suplica, la conjura, la amenaza : es necesario que obedezca. Por las buenas o por las malas, ella vuelve

a sus tinieblas. Se la reconduce con la misma pompa con la que se le había sacado, pero el cortejo es más taciturno y los flautistas, sin aliento.

La Compañía no se duerme sobre esta primera victoria ; ella sacude los agentes de policía a su servicio, acosa los obreros refractarios y los empuja reunidos en tropa hacia la mina. Ellos vuelven a ella con los ojos pesados, el paso todavía vacilante y poco a poco, la ciudad retoma como de costumbre su aspecto lóbrego. Las cholas barren sumariamente sus pisos y reparan como pueden los daños de la locura carnavalesca ; los hombres se hunden en las galerías subterráneas.

Yo quería bajar a la mina para visitar esas galerías que llevan los bonitos nombres de Ramírez y de Monte-Cristo. Avanzamos bajo el túnel, luego nuestro vehículo se detiene frente a un oscuro corredor que se termina en una cámara bastante amplia, iluminado con luz eléctrica. La atmósfera es terriblemente caliente, mezclándose los olores de aceite rancio y de sudor. Es el vestuario. Cambiamos nuestra ropa por camisas de lana y pantalones groseros. En torno nuestro circulan chiquillos pálidos ; noto la delgadez de sus brazos y de sus piernas y sus pobres ojos vacíos. ¿Qué edad tienen ? Diez u once años, quizás ; varios representan ocho apenas. ¿Por qué nos acompañan ? Y bien, desgraciadamente esta pequeña escolta, que va a cargar con nuestros chales, vive, trabaja, gana su pan en las profundidades de la mina. A la Compañía le gustan los niños : porque les paga menos que a los hombres. Se les emplea en diversas tareas que pueden desempeñar y de las cuales mueren. Hacia los ocho años descienden a novecientos pies bajo tierra ; vuelven a subir moribundos a los quince años. Uno de los administradores de Pulacayo me afirmaba que los dos tercios no llegaba a los dieciocho y el mismo, el señor Barrau, espíritu fino y cultivado, me decía con irónica filosofía, mostrándome un minero del porte de una bota : « ¿No cree usted que este espectáculo nos hace socialistas ? ». Estos niños que nos rodean son impasibles como ancianos. La noche eterna donde crecen apagó sus miradas y da a sus figuras una rigidez siniestra. Sus movimientos tienen a veces la dureza de autómatas. Algunos conservan todavía una fisonomía abierta : la inteligencia arroja en ellas luces furtivas. El crimen de Huanchaca no está completamente consumado. Otros están gastados, terminados ; no queda otro recurso que tomarles las medidas para el cajón.

Cuando estuvimos listos se nos entregó a cada uno de nosotros un tederó suspendido por un alambre y nuestro grupo se encaminó a través de charcos a lo largo de un sombrío corredor. Al final, la caja del ascensor nos esperaba. Nos amontonamos como pudimos ; una lluvia fina caía sobre nuestras cabezas y estábamos tan apretados unos contra otros, que las llamas rojas de nuestras teas lamían nuestras ropas. Cornejo dio la señal y el ascensor comenzó a bajar. Tuvimos la impresión de una huída vertiginosa. No bajábamos, nos abismábamos. Yo seguía en mi reloj la aguja de los segundos. Al sexagésimo-segundo, nos detuvimos. Creí que hacíamos un alto en un primer piso, pero en realidad habíamos llegado. En un minuto, el ascensor había recorrido trescientos veintiséis metros.

El lugar donde llegamos era húmedo y casi frío : una ciénaga subterránea. Al fondo, a la izquierda, una entrada de gruta cavada en la roca. Nos internamos en ella ; la galería que se extendía frente a nosotros tenía alrededor de un kilómetro y medio de largo. A los dos lados, puestas a cortos intervalos, hay enormes vigas sobre las cuales reposan unas viguetas transversales ; ellas sostienen la bóveda y las paredes. Esta parte de la mina me pareció cuidadosamente entibada, pero sé que no es lo mismo con todas las otras. Algunas galerías caen en ruinas y da escalofríos pensar al número de vidas que se aventuran bajo esos andamiajes vacilantes. Un tiempo después de mi partida de Pulacayo supe que seis obreros

habían sido sepultados. Su muerte costó sesenta botellas de aguardiente a la Compañía. Si los accionistas no tienen cuidado, van a arruinarse en gastos de alcohol.

No conozco nada más impresionante que este paseo bajo trescientos metros de tierra, en una oscuridad que las antorchas rojas ensangrientan y la longitud de estas galerías mudas que parecen catacumbas. Por donde pasamos, pasaba antaño el filón ; riquezas petrificadas saltaron bajo la picota y la dinamita del minero. Riquezas que hoy circulan a través del mundo : son esas monedas de plata que despiertan todas las apetencias. ¡Y cuántos hombres han dejado su vida en este estrecho corredor !

A medida que avanzamos, el calor se hace más intenso. Caminamos sobre rieles, donde de ordinario ruedan vagonetas cargadas de gangas y cuando nuestro pie resbala, nos hundimos en el barro. En este momento, la mina está invadida por el agua por lo que largos tubos de bombas con aire comprimido reptan apegados a las vigas ; el silencio de estas tristes profundidades sólo es interrumpido por el ruido del agua aspirada. A veces costeamos un terreno pantanoso donde borbullea un raudal salobre. Como las bombas no son suficientes, se hace bajar hacia estos lagos subterráneos especies de odres de cuero que suben chorreando a lo largo de negras chimeneas. A veces también, la vía que seguimos está cortada por una charca profunda de seis o siete metros ; se ha echado por encima una tabla de madera, por donde nos aventuramos y que se balancea bajo nuestros pasos. En cierto momento el calor es tan fuerte, que nos dejamos caer sobre bloques de piedra. Nuestros pequeños auxiliares tienen a la mano sacos llenos de estopa y nos distribuyen algunos paquetes. Nos enjugamos la frente y el pecho. Literalmente, nuestro cuerpo se derrite en sudor.

Todo está desierto. Pero de tiempo en tiempo, pegado a la muralla entre dos pilares de madera, un hombre desnudo hasta la cintura se nos aparece. Más que un hombre es una estatua de bronce. Escucha que nos aproximamos y se hace a un lado para dejarnos pasar. Distingo apenas a la luz de las antorchas su fisonomía todavía joven y resignada. Estas personas observan el silencio de la tumba. Cuando se encuentran, los más parlanchines murmuran una sola palabra : Jesús. Es el santo y seña de todos los sufrimientos humanos.

A los dos lados de la galería se abren grutas con escaleras de caracol que llevan a otras galerías donde el ascensor no llega. La mina tiene una profundidad de más de cuatrocientos metros. Bajamos en una de esas cavernas ; pero el que no está acostumbrado no tarda en sentir extrañas agujetas. Respira fuego y sus piernas se debilitan. La primera vez que nuestro compatriota, el señor Vattier se aventuró, casi se murió. Él mismo me contó sus impresiones. Había llegado al plan de la mina, es decir, a lo más recóndito. Los indios y las lámparas que lo rodeaban consumían todo el oxígeno. Poco a poco la cabeza comenzó a darle vueltas ; las luces que lo rodeaban crecieron desmesuradamente ; el muro centelleante le pareció una inmensa superficie blanquecina. Tuvo como la sensación de haber franqueado los límites de la vida. El silencio, esos rostros sombríos, esas luces resplandecientes, esta muralla de fuego, el peso de mil doscientos pies de tierra sobre los hombros, el vago sentimiento de que le sería imposible de subir hasta la luz del día disgregaba todo su ser. Sintió una inefable voluptuosidad, una beatitud de liberación y se desmayó. Cuando varias horas después volvió en sí en un « rancho » y que vio vagar en torno de su lecho un gran indio, creyó que despertaba en otro mundo o que se había vuelto loco. No me gustaría mucho compartir estas fúnebres impresiones y aunque poco me habría costado experimentarlas, no quisimos tardar en esas escaleras apocalípticas. Y nuestro pequeño grupo volvió a la galería.

Luego le vimos la extremidad, el « frente de talla », como se le llama. Es ahí que el minero trabaja. Golpea con su martillo de fierro sobre una barra del mismo metal, que hunde en la piedra imprimiéndole un movimiento de rotación. El que teníamos bajo los ojos estaba de rodillas y procedía con lentitud. Se detenía a menudo, como un hombre agotado. Subimos cerca de él, que estaba encaramado sobre especies de escombros y cuando se ponía de pie, su cabeza casi tocaba la bóveda de ese antro. La roca brillaba a la claridad de nuestras lámparas. Me mostraron el filón, que tenía cerca de cincuenta centímetros de ancho. Los mineros habían llegado a un lugar donde se estrechaba singularmente. Toda la gruta brillaba, como si hubiera estado incrustada de níquel y de plata. Era únicamente la mica que brillaba así. La plata no brilla en la mina a menos que se presente bajo la forma de pepitas. Ella está escondida en la piedra ; sólo la química la descubre y la separa. Por lo demás la pepita es la enemiga de todos los administradores ; los obreros se las roban con ardides que desafían las más hábiles precauciones.

Me contaron el hecho siguiente : en una mina donde se extraía corrientemente la plata casi pura, la Compañía había usado de todos los medios para impedir el fraude. Los mineros no retrocedían ante ningún sistema ; los repliegues más secretos de sus cuerpos les servían de receptáculo y se servían frecuentemente del escondrijo que los caballeros de Malta exploraban con dedicación, si creemos Voltaire, cuando apresaban turcos o turcas. No se contentaban con obligarlos a desvestirse al salir de la mina ; se les obligaba a saltar sobre una tabla gritando al mismo tiempo ¡Viva Chile ! Sin embargo los robos no disminuían y la Compañía no sabía qué hacer, cuando la casualidad vino a revelar un expediente usado por los obreros. Los astutos mataban las ratas que infestaban las galerías, las vaciaban, llenaban su pellejo con gangas ricas y lo cosían, luego, a las barbas de los vigilantes, los tiraban fuera de la mina sobre los terraplenes y cuando venía la noche, iban a buscar su botín.

Por otro lado, este robo no tiene, a los ojos de los indígenas, ninguna gravedad. Se hace con él un comercio que estaría a punto de ser reconocido por la ley. En Chile nadie ignora que el padre de uno de los hombres políticos más considerables del momento comenzó su prodigiosa fortuna comprando en Copiapó minerales sustraídos por los mineros. Y últimamente, una persona que conozco, escuchó a bordo de un paquebote de la costa, el siguiente diálogo tenido por dos pasajeros :

- ¿Cómo está su yerno ?

- Muy bien, gracias.

- ¿Y qué es lo que hace en el Norte ?

- Se ocupa de cuestiones bancarias ; pero lo más importante de sus ganancias es lo que viene de sus compras de minerales robados. Para ello organizó una agencia...

El minero continuaba su tarea ante nosotros y el hoyo se agrandaba lentamente. Estos hoyos son medidos por el vigilante y pagados según su profundidad. Entonces se intruce en él el cartucho de dinamita ; el minero enciende la mecha y sin apurarse, con una temeridad de la cual hace coquetería, se abriga bajo una excavación vecina, mientras que la roca estalla y que sus fragmentos llueven a sus pies. Nos habíamos sentado a algunos pasos de este taciturno e indolente trabajador. El calor, siempre agobiante nos oprimía y me dí cuenta que, instintivamente, hablábamos en voz baja. La obscuridad, el silencio y el misterio nos

inclinaban al cuchicheo religioso de las iglesias y de los cementerios. No sé qué pereza de gestos y de pensamientos me entorpecía. Me parecía que la luz del cielo no era tan necesaria al hombre y que podría vegetar en esta soledad subterránea. Luego, de súbito, el recuerdo del día me lancingó ; hubiera echado a correr y de un salto emerger a la claridad rosada de la mañana.

Cerca de mí, Philippi baja de nuevo a la mina por la primera vez en dos años y siente que se despierta en él su antiguo entusiasmo de minero. Es uno que supo adaptarse rápidamente y bien a las condiciones de la existencia de los pioneros bolivianos. Este joven corso está provisto de un alma infatigable ; si todos nuestros compatriotas que vienen a buscar fortuna en América tuvieran su energía, su paciencia y su espíritu penetrante, no perderían aquí sus esfuerzos. Pero estas cualidades son escasas y estoy convencido que los que tienen éxito en América, tendrán éxito en todos lados. Porque sus logros se los deben más a sus propios méritos que a las ventajas que ofrece el Nuevo Mundo. Quizás habrían echado más tiempo a abrirse camino en Europa, pero de todas maneras habrían llegado. De la noche a la mañana, transportado al desierto más horrible, Philippi pasó en él dieciocho meses a construir un acueducto, durmiendo bajo una carpa, rodeado de indios y de cholos, dirigiendo sus equipos, amenazado de fiebre, acosado por los insectos, arriesgando todas las noches de encontrar un reptil en su lecho. Los que son capaces de tal esfuerzo pueden singlar hacia estas regiones vírgenes de América, pero su inteligencia y su firmeza de carácter les aseguran, sin salir de Europa, un gran porvenir. Y estoy tanto más autorizado a pensarlo, que he podido escuchar en el curso de mi viaje varios compatriotas que, llegados a la edad en que nuestros hábitos nos arraigan incluso en tierra extranjera, volver melancólicamente sobre sí mismos lamentando haber pagado con el exilio la riqueza y la prosperidad que con paciencia más sostenida hubieran podido adquirir en la propia patria. Habían visto fracasar tantos compañeros, que terminaban convenciéndose que América no vuelve hábiles los torpes, ni trabajadores los perezosos. Reconocían tristemente que con el mismo gasto de coraje se habrían creado el mismo lugar bajo el sol en Francia. No digo todo éso por Philippi, que volverá entre nosotros joven todavía -por lo menos, lo deseo- y que no lamentará haber conocido los americanos, como los americanos no se arrepentirán de haberlo acogido. Su vocación de minero se desarrolló en medio de ellos. Un marino que vuelve a ver el mar no es más feliz que lo que parecía serlo él cuando me inició al misterio de esas galerías.

¿Es posible amar la mina ? Pues sí, como el bretón ama las olas, como los « cateadores » se apasionan por las áridas montañas, como el mineralogista se exalta ante los desiertos silenciosos. El desierto es hermoso ; la montaña completamente desnuda es bella ; la mina, que prolonga sus arterias de Leviatán tiene, incluso para aquél que ella mata, un encanto irresistible. El hechizo que operan en el espíritu de los hombres y la mina y el desierto y las aguas y, de un manera general, las más duras tareas, nos agranda y nos ennoblece ; porque si se analiza, el último elemento que se encuentra en el esfuerzo es la generosidad. La naturaleza se encarga de hacernos superiores a nuestra tarea por la devoción que ponemos en ella y a veces sin que lo queramos. Si el primer móvil que nos empuja es el interés material, él no demora en desaparecer por obra de la belleza del esfuerzo humano. Es verdad que no es por ganar dinero que el marino se precipita por su propia voluntad al encuentro de las borrascas, puesto que el dinero no podría retenerlo en tierra. No es por el simple apetito de un tesoro que el cateador inverna en la escalera de Los Andes, ya que apenas esta fortuna descubierta, la derrocha con una prodigalidad despreciativa. Y este humilde minero que se arrodilla ante el « frente de talla », no le gustaría que lo privaran de su angustia cotidiana. La ganancia no es nuestra finalidad suprema porque nuestro trabajo vale más que la moneda con la cual se pretende pagarlo. Sólo aquellos que hacen del dinero

su razón de ser y su meta me parecen tristemente inferiores. El último minero de Huanchaca ha conocido en su miseria horas, momentos, minutos en que, enfrentado a la naturaleza, se sintió más fuerte que ella y que, independientemente de la idea del salario, ha gozado de su superioridad. Retírelo de esas cavernas anemiantes para devolverlo al sol ; desenrolle ante sus pasos alfombras de verdura y frescos ríos. Suspirará de nostalgia por la sombra lúgubre de la cual usted lo habrá liberado. Su inutilidad lo oprimirá. Lejos de su obra familiar será como una aguja imantada que bajo el dedo de un niño palpita, sobresalta y tiende hacia el polo. Cuántas maravillas podrían obtenerse si se supiera utilizar noblemente esta energía humana, nuestra invencible necesidad de actuar. Esta corriente eléctrica que atraviesa el mundo moral, tan misteriosa como la corriente que serpentea en el mundo físico, el hombre la emplea con el solo fin de explotar al hombre. Los plutócratas especulan sobre nuestro desinterés innato, principio de todo trabajo y ganan las rentas que él produce. Esta idea no me había nunca llamado tanto la atención como sucedió en medio de las espantosas soledades de la mina. Ella realzaba a mis ojos el desdichado individuo que yo veía doblegado por su trabajo, martillando con ritmo lento su barra de fierro. Al lado mío, Philippi, repuesto y en plena forma, daba vueltas, escrutaba la roca, sonreía a las tinieblas.

Retomamos el camino hacia el ascensor, pero por otra galería. De súbito nuestro guía nos gritó : « ¡cúbranse ! ». En efecto, apenas nuestros pequeños portadores nos tendieron nuestras mantas, un aire húmedo y helado secaba bruscamente nuestro sudor y nos rayaba la espalda con escalofríos. Los pobres muchachos no tenían nada para envolverse y el goteo de la bóveda más baja caía sobre sus hombros desnudos. Uno de mis compañeros me dijo :

- Ése es el gran peligro de la mina. Estas alternancias de frío y de calor matan al adolescente. Ahora puede comprender por qué estos chiquillos están condenados. Sería necesario que tomaran precauciones minuciosas o que fueran de mármol. Además, ignoran las reglas elementales de higiene.

Yo pensé que la mejor higiene que podría imponérseles era de no exponerlos a la muerte. Me acordaré siempre de esas siniestras corrientes de aire, de la negra humedad de las paredes y de esos pequeños hombros de niños tiritando. ¡Niños de diez y once años ! Pero en fin, ¿en qué piensan los administradores de Huanchaca ? Entre ellos conozco excelentes padres, hombres amables y que semejante espectáculo indignaría si lo vieran en otro lado que en sus dominios. Desgraciadamente, no son completamente responsables de estas iniquidades. Los accionistas los acosan y les imponen sus criminales exigencias. Si se reemplazara estos muchachitos por hombres, los beneficios disminuirían. Además, si ya no estuvieran bajo el yugo que mata, se obligaría a los padres a alimentarlos y por ende habría que aumentarles los salarios.

La costumbre de no preocuparse de la vida de los otros termina por imprimir en ciertos espíritus extrañas desviaciones. Varios días después de mi visita a la mina, tuve la ocasión de confiar mi sentimiento a uno de aquéllos que, si lo quisieran, modificarían este estado de cosas. Le representé que en la mayor parte de los centros mineros se respetaban las leyes de protección de la infancia ; me atreví a llamar su atención sobre la fúnebre tolerancia de Pulacayo. No dudé que su generosidad lo haría conmoverse : si los padres son menesterosos o ciegos al punto de sacrificar la vida de sus hijos, corresponde a los hombres que los dirigen de llamarlos a sus deberes o de obligarlos a cumplirlos. Me respondió textualmente :

- Pero le aseguro que esos críos no son infelices. Se está muy bien en la mina y sin el inevitable resfrío a la salida, vivirían hasta viejos.

La observación no carecía de pertinencia : si la atmósfera de la mina fuera menos caliente y que la del exterior fuera menos fría, se gozaría en este país delicioso del clima del Mediterráneo. Pero como la Compañía no podía impedir los vientos glaciales de soplar a cuatro mil metros de altura, ni a los niños que suben de las galerías de mina de atrapar pleuresías, podría, si no impedirles el acceso, lo que la empobrecería, por lo menos prohibirles la salida. Ella los emparedaría bajo tierra y puesto que la luz del día es nefasta para sus pulmones, les estaría vedado verla de nuevo. Se tapiarían los cruces de las galerías, de manera a que la temperatura se mantenga, de cabo a rabo de una vida humana, a cincuenta grados más o menos. Este sistema presentaría además el beneficio siguiente : puesto que los « críos » vivirían desnudos, no tendrían necesidad de comprarse trapos.

Si estas pocas líneas cayeran bajo la vista de los interesados, me acusarían seguramente de exageración novelesca. Dirían por ejemplo que la Compañía de Huanchaca no obliga a los niños a trabajar en la mina y que incluso ha construído una escuela para los poltrones que prefieren vivir en el ocio. Es cierto que ella no arranca los lactantes de los brazos de sus madres, pero recluta con ternura los escolares remisos. No teme atraerlos con el cebo de sus centavos. Agregarían que las tareas que les son destinadas no tienen nada de pesado y que sería una vergüenza encomendarlas a los mocetones. Me gustaría saber si los jóvenes se ruborizarían al aceptarlas y si el solo hecho de quedarse encerrados diez horas por día a trescientos metros bajo tierra, presa del calor y de los enfriamientos, no es para un niño de diez años la más horrible de las faenas.

Por lo demás, ¿en qué me meto ? ¿Quién piensa en quejarse de la situación de los mineritos ? Los administradores no ven en ello nada de anormal ; los padres no protestan ; los muchachos mueren silenciosamente. Si yo sufrí de todo aquéllo, lo debo a las ideas de justicia social que respiramos con el aire de Europa. Desafío a un hombre honesto a bajar hoy a esa mina sin náuseas y sin un estremecimiento de rebelión. Si hay que creer algunos eruditos, estaríamos equivocados al compadecernos de la condición de los mineros. Porque existen obreros todavía más desafortunados. ¡Peor para nosotros ! ¡Y maldición a la industria cuyos progresos aumentan cada día las cuotas de miseria y de tortura humanas !

Habíamos vuelto al ascensor y en un abrir y cerrar de ojos subimos al túnel, con la sensación desagradable en la cara y en el cuello del agua impregnada de cobre que llueve en esta jaula. Se nos condujo inmediatamente al vestuario, donde nos lavamos en un surtidor y pudimos beber un cordial.

Cuando nos encontramos en pleno día bajo un cielo lluvioso, creí salir de una pesadilla. Pero los espectros de bronce entrevistados a lo largo de las galerías subterráneas, la imagen de los niños sacrificados, el horror del silencio sofocante de la mina me perseguían y me oscurecían el inmenso panorama de la cordillera. Tuve un único deseo : arrancarme, huir lejos de esta aldea cuya tristeza espantosa domina el mundo. Su carnaval, su vida cotidiana donde los músculos del obrero se deterioran junto con la conciencia del amo . Y cerca del cielo, su cementerio cuyos pálidos muros son la única alegría de estos montes calvos, me inundan de amargura. Precipité mi partida y al día siguiente, a las cinco de la mañana, dejé Pulacayo sin ganas de volver.

La noche era brumosa y el tren bajó con prudente lentitud hasta Uyuni. Ahí me separé de Philippi, que había insistido en acompañarme. Al momento de decirle adiós, la última persona que vi en el andén de la estación fue una mujer de porte y de vestimenta extraños. La había cruzado en varias ocasiones en Pulacayo y siempre me había producido una impresión singular. Grande y delgada ; vestida casi a la europea ; la cabeza cubierta con un pañuelo rojo de donde se escapaban, como dos culebras negras, sus cabellos torcidos ; la faz larga, huesuda e iluminada por dos ojos sombríos ; las manos tatuadas con signos color celeste en forma de ramos ; contrastaba con los tipos de cholos o de indias. Su blusa y el ruedo de su vestido estaban bordeados de pasamanos de oro. Cualquiera sea el tiempo que hace, viaja entre Pulacayo y Uyuni. La había visto la antevíspera, encaramada en un vagón de minerales, busto derecho, indiferente al chaparrón que el caía encima. La llamaban « la Judía ». Creí comprender que se entregaba a toda suerte de pequeños comercios. Su actividad parecía desconcertar la indolencia boliviana. A la luz de la mañana me pareció desmesuradamente grande. Su silueta se perfilaba sobre la inmensidad de la pampa. Encarnaba a mis ojos el espíritu de industria y de lucro que se apodera poco a poco de estas alturas. Y tatuada como una salvaje, vestida como una mujer de Europa, representaba bien los contrastes cómicos o tristes que yo creí distinguir en las almas de estos parajes.

No hablaré de mi regreso a través las maravillas que ya me habían fascinado. Me bastará decir que las aprecié tanto más aún, cuanto están todavía vírgenes de la explotación industrial. Si mi viaje no se había terminado, por lo menos había alcanzado la doble meta que me había propuesto.

*

**

Mi rápida excursión en Bolivia me dejó la pesadumbre de no haber visitado todo el Altiplano. No es en un mes que puede formarse una idea clara de un pueblo. Por supuesto que los bolivianos que encontré, entre los cuales viví, me parecieron encantadores y lo son. Sin embargo, me parecen un poco pesados, demasiado desconfiados y de una mediocre actividad. Su ciudad de Sucre, donde se adoptan las modas de París, me da la impresión de una bonita subprefectura^(*). Ahí se toman actitudes pimpantes y volterianas. Es la ciudad cortesana del Alto-Perú. Algunas damas dan tertulias intelectuales, mientras que la juventud dorada hace aquí fiesta los viernes para dar pruebas de su audacia. Sucre se pretende la capital, pero Chuquisaca, La Paz y Potosí le disputan este honor. Potosí se enorgullece de su pasado, de sus minas agotadas y de su Universidad muerta. La Paz está orgullosa de haber lanzado el primer grito de independencia. Sucre protesta y afirma que este grito salió de sus muros. Yo no sé qué gloria reclama Chuquisaca. Estas cuatro ciudades se envidian y chismorrear unas contra otras. El gobierno, inquieto por sus querellas trata de llamarlas a la razón distribuyéndoles sus favores. Emigra de Sucre a La paz, de La Paz a Oruro, de Oruro a Chuquisaca. Los diputados encuentran en ello buenas ocasiones de viajar y el ejército despliega, no sin placer, sus

^(*) La subprefectura es una de las divisiones administrativas del territorio francés y también la ciudad que le sirve de sede. (N.d.T.)

regimientos de coroneles y de músicos, todo lo cual permite de distraerse un mes o dos. Los habitantes de Sucre desprecian los de La Paz : los quichuas no soportan los aimarás. Los bolivianos se consuelan repitiéndose que Bolivia es un país de futuro. Esta idea, sus chismes y sus guerras bastan a su felicidad.

Hoy, la política ya no pasa su tiempo a levantar barricadas de seis pies frente a montañas de cuatro mil metros⁽¹⁾. Hay menos muertos, pero los proscritos aumentan. Antes de dejar la presidencia de la República, el señor Arcey quiso darse la ilusión que había una conjuración que reprimir. Imaginó un gran complot de los diputados liberales contra el poder y los exiló en masa. Como por casualidad, el tren que los llevaba descarriló y completamente por casualidad no hubo ni muertos ni heridos. El ferrocarril es un instrumento de progreso, incluso en manos de los imbéciles. Una vez que los liberales comieron el pan del exilio, los conservadores o constitucionales se eligieron con lo que el sucesor del señor Arcey atribuyó este acuerdo conmovedor a la excelencia de su gobierno. Algunos espíritus jóvenes, penetrados por ideas subversivas que vienen de Europa y particularmente de Francia, se atrevieron a pedir el matrimonio civil, pero también sostuvieron paradójicamente que echar la gente a la puerta no es el mejor medio de convencerlas. Se les mostró que se equivocaban. Uno de ellos, el hermano de Cornejo, se permitió de encontrar que era malo que el señor Arcey les pusiera las manos encima a aquéllos que no lo saludaban ; con lo que se le prohibió bajo pena de prisión de permanecer en territorio boliviano ; se fue a Lima a pensar en el sombrero de Gessler^(*). Los periodistas tienen el derecho de callarse sobre todas las cuestiones interesantes ; es un hecho que las leyes les reconocen explícitamente. Pero Bolivia no es menos un país de futuro. Todo el mundo me lo dijo y terminé por creerlo. Es posible que se multipliquen aquí las explotaciones industriales. La invasión inglesa, contenida en Chile por la invasión alemana, vendrá a replegarse en orden por estos lados. Se verá muchos ingleses en el Altiplano y más tarde, muchos alemanes. Se encontrará aquí, también, muchos bolivianos, que serán todos gente de futuro.

Tendría fe en los destinos próximos de Bolivia si su gobierno se orientara de manera fija hacia la tolerancia religiosa y la liberación de los indios. El día en que integrará sus admirables quichuas y que los dictadores de Sucre soportarán la oposición liberal, sin ridículos arrebatos de gerontes cesáreos, Bolivia podrá llegar a ser una nación fuerte. Sus posiciones inexpugnables, sus riquezas subterráneas, sus pastos feraces harían de sus habitantes los montañeses más pacíficos del globo. En general son bastante honestos. Convoyes de mulas cargadas de lingotes han circulado en sus montañas bajo la conducción de uno o dos vigilantes, sin saberse de casos en que hayan sido atacados. Pero temo que sus bellas cualidades se queden socialmente improductivas. La pereza y la eterna contemporización los paralizan. Su hospitalidad, aunque sea generosa, no los exime de una desconfianza hacia el extranjero tal que a veces parecen más cerca del indio que del español. Esta hostilidad sorda contra quienquiera que proyecte establecerse en su territorio me ha sido confirmada y probada por colonos de La Paz, de Sucre y de Potosí. El extranjero es a sus ojos el hombre que arranca de la boca el pan blanco a los hijos del país. Por último, me parecieron ser de una susceptibilidad desconcertante. Si a los chilenos se les reprocha de no comprender la broma, ¿qué podría decirse de los bolivianos ? Los hispanoamericanos no admiten que un viajero haga críticas a su nación, incluso temperadas con elogios. Bajo pretexto de haber recibido dando albergue, se creen con derecho a eternas acciones de gracias. « ¡Ha sido

⁽¹⁾ Me parece útil señalar que estas páginas fueron escritas en 1895. (N.d.A.)

^(*) Alusión a la historia de Guillermo Tell y su hijo, que no saludaron el sombrero que Gessler, tiránico magistrado austríaco, había hecho poner en la cima de un mástil arbolado en medio de la plaza mayor ordenando a la población de saludarlo al pasar frente a él. (N.d.T.)

nuestro huésped y se permite juzgarnos ! ». ¿Podríamos haberlo hecho si no lo hubiéramos sido ?

En el momento en que llegué a Bolivia, los franceses y especialmente su cónsul, el señor Wiener, eran abucheados. El diario boliviano *El Telégrafo* hacía una guerra sin cuartel a nuestro ex representante. Lo acusaba de haberse burlado de Bolivia en el curso de una conferencia hecha, creo, en Nancy. Yo no conocía al señor Wiener sino que por medio de un libro, más bien un ditirambo en honor de Chile, que sirve de prospecto a la legación chilena en Francia, que lo distribuye a nuestros compatriotas deseosos de zarpar hacia Valparaíso. Lo leen, sueñan con un El Dorado, parten y desde que llegan se preguntan cómo un antiguo encargado de negocios de su República pudo engañarse y engañarlos así. Los mismos chilenos encuentran el elogio un poco excesivo. Por eso me extrañó que el señor Wiener, tan amable para Chile, se hubiera mostrado de repente tan feroz con respecto a los bolivianos. Me extrañé tanto más cuanto el señor Wiener, diplomático estimado en el Altiplano, había en otro tiempo publicado el libro *Bolivia y Perú* del cual se me dijo que los grabados como el texto alababan el amor propio de los atenienses de Sucre. Me conseguí el resumen que daba cuenta de esta malhadada conferencia, tal como lo publicó el diario de La Paz y vi que el señor Wiener reprochaba al pueblo boliviano de descuidar demasiado seguido sus abluciones, a los habitantes de Uyuni de haber construido sus casa con durmientes del ferrocarril, a los empleados de la aduana de desvalijar los viajeros y al gobierno de hacerse escoltar por un ejército compuesto de seiscientos cuarenta hombres, de los cuales trescientos músicos y doscientos coroneles. Todos estos reproches son perfectamente fundados. Nada de lo que decía el señor Wiener me era desconocido : los mismos bolivianos se habían esmerado en informarme. Agregue que estas leves críticas se perdían en medio de una admiración desbordante. ¿Cómo podría justificarse esta cólera desenfrenada en contra del antiguo cónsul francés y contra Francia ?

Por lo demás, la gente de Bolivia no fue la única a partir en guerra. Nuestros compatriotas también tomaron las armas. El señor Wiener no sólo había rasguñado la epidermis de los autóctonos, sino que también se había encargado de mofarse de los emigrantes franceses a quienes declaró inferiores a los emigrantes alemanes. Este es un asunto grave y puesto que vino a meterse en mi camino, quisiera decir de él algunas palabras.

« El emigrante francés -escribía el señor Wiener-, es nada más que un tenor. Cuando no tiene voz, organiza audiciones de lecturas ; y cuando no lee, abre un comercio ». El señor Wiener brilla demasiado por su ingenio. Si los emigrantes franceses no hacen fortuna ni tan rápidamente ni tan bien que los alemanes esta inferioridad viene de nuestra ausencia casi total de solidaridad. Estamos tan poco acostumbrados a expatriarnos que incluso aquéllos que lo han hecho no comprenden que otros puedan seguir su ejemplo. En el extranjero, los franceses manifiestan la misma desconfianza hacia sus conciudadanos que van a juntarse a ellos, que nuestros provincianos con respecto a aquéllos que llegan de comarcas remotas. Cuando el francés desembarca, no goza de ningún apoyo, de ningún estímulo. Si sus compatriotas sospechan en él un futuro competidor, tratarán de disuadirlo de quedarse en los parajes. Si prevén un llamado a sus haberes, se encierran en su casa. Es de un individualismo carente de inteligencia. El alemán, al contrario, es acogido por los suyos como un nuevo recluta, con el concurso del cual propagarán la influencia germánica y consolidarán la colonia. Se le ayuda, le abren salidas para su actividad. Él se siente en tierra amiga, casi en tierra alemana. Los alemanes piensan primero en los intereses superiores de la raza. Los franceses se dejan

absorber por la preocupación del beneficio inmediato y personal. Unos se dicen : conquistemos una nueva provincia ; los otros : amasemos lo suficiente para volver pronto a casa.

Si el francés tiene necesidad de capitales o de un avance de mercaderías, las casas francesas a las cuales se dirige permanecen sordas. Mientras que, de la noche a la mañana, el alemán que ha dado pruebas de coraje y de inteligencia obtiene de las fábricas de Berlín y de Hamburgo el crédito que le es necesario. Para darse cuenta de ello, basta con haber vivido en Santiago o Valparaíso. La prosperidad de la mayoría de los comerciantes alemanes no tiene otro origen que un crédito, otorgado incluso a veces de manera audaz a pobre gente llena de buena voluntad. En Chile o en Bolivia, el francés espera más de chilenos o bolivianos que de sus compatriotas. Su aislamiento lo expone a todos los sinsabores, de los cuales el alemán está preservado por la solidaridad de los suyos. No es necesario agregar que el francés tiene incluso menos que esperar de los americanos que el alemán o el inglés. Si los extranjeros prefieren nuestra moda y nuestros libros, tenemos una especie de genio que los indisponen en contra nuestro. ¿Por qué no decirlo ? Nuestra patriotería es con frecuencia indiscreta. El inglés es bastante inclinado al desprecio del extranjero, pero lo desprecia silenciosamente. El alemán, tenaz, paciente y obsequioso, halaga sus anfitriones adaptándose a sus costumbres y asimilándose a su manera de pensar. El francés, por su parte, siente la necesidad de pitorrearse, de criticar y de montar una pequeña Fronda. El último de los emigrantes posa de reformador.

El señor Wiener se queja de que los emigrantes franceses golpean de manera demasiado frecuente a la puerta de su legación o de su consulado : « Consideran -exclamamos sus cónsules y sus ministros como dioses protectores y salvadores ! ». En efecto, el francés, nacido en el respeto de sus administraciones, por lo demás recibido fríamente por sus compatriotas, se vuelve hacia el representante de su país esperando de él su salvación. Pero ahí también, ¡qué decepción ! nuestra organización consular es simplemente deplorable. Muy a menudo nuestros cónsules no tienen ni conocimientos ni aptitudes comerciales. Los agentes consulares se ocupan de su negocio, inquietándose poco de los intereses de sus connacionales, cuya defensa podría malquistarlos con sus vecinos y dañar a su empresa. En cuanto a nuestros ministros, ellos se encierran en la torre de marfil de la diplomacia y si asoman la nariz a la ventana es para acechar, el día de la llegada de los paquebotes de Europa, la noticia de las vacaciones o de un ascenso. Tienen la reputación de no conocer nada de negocios siendo incapaces, la mayoría de entre ellos, de dar informaciones precisas sobre el estado comercial del país donde ejercen sus nobles funciones. Ahora bien, en estas repúblicas hispanoamericanas, los diplomáticos que son sólo diplomáticos disfrutan en paz de la suavidad de sus sinecuras. Una legación en América del Sur equivale a una abadía en el Antiguo Régimen. El ministro preside algunos banquetes y mantiene relaciones amistosas con los miembros del gobierno local. De tiempo en tiempo dirige a estos últimos una leve reclamación o trata de inclinarlos a concluir un pequeño tratado de comercio. Por lo demás no le conviene mostrar demasiado celo ; si por casualidad dicho tratado de comercio favorece los fabricantes en Francia en detrimento de los colonos franceses, éstos se agitan y el ministro no sabe qué hacer. En Santiago las falsificaciones reinan : nuestro ministro, en defensa de nuestras exportaciones, se dedica a hacer adoptar por el gobierno chileno una ley contra las falsas marcas. Pero sus esfuerzos levantan vivas protestas entre varios de nuestros compatriotas que falsifican hábilmente las etiquetas de jabones y licores, porque se quiere arruinarlos. Por su lado, los chilenos levantaron la voz y se escudaron detrás del ejemplo de griegos y romanos para conjurar al gobierno de no estrangular una « industria nacional » Se comprende entonces que nuestros ministros, mal apoyados en sus tentativas, se desanimen

ampliamente y se apeguen, unos por deseo de tranquilidad, los otros por ignorancia, a su far niente diplomático. Cuando un francés se presenta a la legación se le recibe a veces bien, pero no sale casi nunca con consejos prácticos y la indicación de un camino a seguir. Es lo que el señor Wiener no dice. Lamento que después de haber comparado los emigrantes de Hamburgo y los de El Havre no haya hecho el paralelo entre los cónsules enviados por París y los cónsules nombrados por Berlín. Con ello habríamos sabido de qué manera estos últimos cuidan de que las repúblicas americanas manifiesten simpatía por sus nacionales, los empujen, los apoyen y concurran al triunfo del comercio alemán en toda la costa del Pacífico.

El señor Wiener, que ha pasado una decena de años en América del Sur, obtuvo del gobierno francés una nueva misión. En el momento en que yo dejaba Chile, él zarpaba hacia Valparaíso para venir a estudiar las causas de nuestra decadencia comercial. Si diez años no le fueron suficientes para conocerlas, dudo mucho que una estadía de seis meses se las revele. Es un viaje de placer que le ofrece la República. Le deseo buen viento y buena mar ; y si nada lo retiene en Santiago, que remonte el Pacífico para comprobar una vez más lo que yo mismo he constatado : la disminución de nuestra influencia, la invasión de la influencia germánica, el egoísmo de los traficantes ingleses que amenazan el destino de Chile y la sombría susceptibilidad del pueblo boliviano.

APÉNDICE

El lector encontrará en este apéndice los artículos sacados de mis *Cartas de Chile* que el diario *Le Temps* publicó : uno sobre los Romanos de América del Sur, que fue reproducido por todos los diarios chilenos y al cual mi ministro peruano^(*) hacía alusión ; el otro sobre una Fiesta Nacional en Santiago, donde se podrá leer una descripción de la *cueca* y de algunas costumbres chilenas.

I

LOS ROMANOS DE LA AMÉRICA DEL SUR

Taine^(**), viajando de Nápoles a Roma, exclamaba : « Nunca comprenderemos la pasión de un viejo por su ciudad. Habría que haber vivido en California o en Nueva Zelanda... » Y habla de montañas « casi desnudas, ásperas, erizadas de pequeñas rocas que parecen las ruinas de un derrumbe », « triángulos mellados como un montón de escorias » y « picos que levantan en el horizonte su penacho de nieve ». Delante del cinturón de cordilleras, en tierra chilena, en Santiago, muchas veces me acordé de esta página del *Voyage en Italie* ; y por una ilusión común en un hombre que confunde con gusto el alejamiento de los países y la distancia entre las edades, imaginé a veces que era transportado, más de dos mil años atrás, a los días en que la República romana comenzaba a afirmar su supremacía sobre las naciones circundantes.

Es verdad, grandes son las diferencias y ellas se muestran con vigor. La República chilena no se formó lentamente como la República romana. Le falta la herencia de las tradiciones originales y el misterio de los libros sibilinos^(***). Ella se improvisó un día de genio. Y sus Bruto estuvieron obligados de abrir sus puertas a los extranjeros y recibir de ellos una civilización ya hecha. Si se apuraron para llegar a liberarse, los pueblos de América llegaron demasiado tarde a un mundo demasiado viejo. Todos conservaron un carácter al mismo tiempo precoz y atrasado de primavera artificial. Sus ciudades están abiertas como grandes invernaderos a la importación del lujo europeo.

Pero sin querer ser riguroso al establecer un paralelo, seguiré tratando de considerar los chilenos como los romanos de América del Sur. Se encuentra en estas dos naciones, una muerta, la otra adolescente todavía, una semejanza impresionante de gustos y de carácter, la comunidad de aptitudes, el mismo espíritu tenaz y altivo. Y si un poeta chileno, inspirándose al mismo tiempo de su patriotismo y de los versos de Virgilio exclamara : « Otros pueblos

(*) « Mi ministro peruano »... Se refiere sin duda al representante diplomático francés en el Perú.(N.d.T.)

(**) Hipólito Taine, filósofo, crítico e historiador francés (1828-1893). (N.d.T.)

(***) Libros sibilinos : Colección de profecías que fue conservada en el Capitolio y consultada a propósito de circunstancias graves. (N.d.T.)

creo, sabrán amar mejor el bronce, cantar el amor, filosofar y describir el curso de los astros ; tú, chileno, acuérdate de someter todo el Sur a tu imperio e incluso un poco el Norte. *Hae tibi erunt artes* », no creo que sea ni temerario ni enfático.

Los chilenos tienen una superioridad inmensa con respecto a sus vecinos : su nación es una y esta unidad ha desarrollado en sus espíritus las virtudes cívicas. Miren hacia el norte y vean el Perú, que es un pueblo que envuelve su miseria en un manto de Arlequín. Al lado de los descendientes de españoles, que se agotaron en revoluciones estériles, bullen y pululan chinos indolentes, negros embrutecidos e indios que viven en libertad ignorando hasta el nombre de sus amos. Durante la guerra del Pacífico no sabían a cuáles fetiches encomendarse y se arrojaban por bandadas en las filas de los chilenos, a los que confundían con un nuevo partido revolucionario. En cuanto a los bolivianos, que ya no tienen ni siquiera puerto sobre el océano desde que Cobija pasó entre las manos de los chilenos, ¿qué pueden hacer en su Altiplano, lejos de las influencias europeas, en medio de tribus salvajes eternamente en guerra, aglomeración de seres lejanos y casi inaccesibles ?

Al oeste, la República Argentina goza de una situación maravillosa, respira cómodamente el gran viento del Atlántico, que le llega cargado de olores de París e invita desdeñosamente Europa a perpetuas migraciones. Los extranjeros aquí desbordan, pero su invasión ahoga el espíritu nacional. Los « hijos del país », como se hacen llamar los argentinos con un orgullo divertido, se mantienen a distancia de los negocios y viven en la indolencia. Más que un pueblo, forman un inmenso desorden de almas cosmopolitas. Sus ciudades más importantes son bazares donde los vendedores europeos mezclan su actividad y se disputan la clientela. Mientras éstos trabajan, los autóctonos enmarañan sus intrigas políticas, tiran de tiempo en tiempo algunos disparos en las calles, pagan sus victorias electorales con el dinero del erario público y ven su gobierno oscilar entre la anarquía y la dictadura. En algunas palabras es toda la historia de su pasado. País llamado sin embargo a un gran futuro, cuando las diversas razas que se establecieron ahí se habrán fundido, desprendiéndose de esta multitud un alma homogénea.

Los chilenos por su parte, encerrados entre la cordillera y en océano, antaño casi olvidados de la metrópoli de la cual estaban más distantes que sus vecinos, debieron aprender temprano a valerse por sí mismos. Una naturaleza áspera y salvaje, que aísla sin exilar, es a veces para un pueblo una excelente educadora. Agregue a estas ventajas topográficas el heroísmo de los primeros habitantes del suelo, a quienes los conquistadores debieron arrancar a jirones el derecho de vivir, de sembrar el llano y de edificar ciudades. Fue una lenta conquista que, en esta estrecha banda de tierra, tuvo despierta durante siglos la actividad militante de los recién llegados. Ella acaba de terminarse. Los araucanos fueron admirables y el poeta Ercilla no tuvo necesidad de embellecerlos para cantarlos. Entraron de lleno en la epopeya. Sus vencedores conservaron de su resistencia imponentes ejemplos de bravura. Pero hoy estos indios están desposeídos y terminan en el alcohol su ruina definitiva.

Así por un lado, la naturaleza impedía a los chilenos de poder contar con los socorros de Europa ; por otra parte, el valor de los indios los obligaba a permanecer unidos. Por último, un clima temperado que se parece mucho al de nuestra Provenza, más tibio todavía y más parejo, debía equilibrar sus espíritus y establecer en ellos, al medio de todas las facultades, una suerte de armonía feliz. Amaron esta patria por la cual habían sufrido ; amaron esas montañas que, aunque limitaban sus deseos de conquista, les garantizaban para siempre una seguridad hospitalaria ; y bajo este cielo donde los inviernos no entumescen, cuyos calores no están hechos para ablandar, nació un patriotismo reconocido y trabajador, fortificándose hasta

alcanzar su plenitud naturalmente. « Lo que distingue nuestro país en América del Sur -me decía un chileno muy conocido-, es que todos, de arriba a abajo de la sociedad, nos sentimos ciudadanos. Llegado el momento, no hay uno solo entre los más oscuros y los más miserables de nosotros, que no sepa por qué idea hay que combatir y morir. Nuestros *peones*, nuestros *rotos*, que usted ve pasar en las calles, sucios, harapientos, conservan bajo sus andrajos el sentimiento de su libertad cívica. Si se les golpea, se golpea en ellos a ciudadanos chilenos ». Y acentuaba estas últimas palabras como los antiguos debían pronunciar su famoso *¡Sum civis Romanus !*

El romano nació soldado. Según una opinión unánime, el ejército chileno es notable por su disciplina, la decisión de sus jefes, la intrepidez de sus hombres. En la guerra del Pacífico, los soldados chilenos combatieron terriblemente. La gloria militar ejerce sobre el alma de esta joven nación un increíble prestigio. Visité el parque de artillería de Santiago en compañía de un joven oficial y me impresionó el orgullo y el entusiasmo religioso con el cual me enumeraba los nombres, el origen y las virtudes de cada arma. Todas venían de las mejores manufacturas de Francia, de Inglaterra, de Alemania, sobre todo de Alemania. En tiempos de paz, sin embargo, una gran parte del ejército es dado de baja. En las calles se ven muy pocos uniformes. Los elegantes fanfarrones no hacen repicar los adoquines al ruido de sus espuelas. Aquí, el gusto por el penacho no es más grande que el de las armas. Y si los chilenos adoptan los cañones de Alemania, incluso sus instructores, no tomaron sus alardes militaristas. Santiago no se parece en nada a un cuartel. Uno de nuestros compatriotas, el señor H. Coppin, que visitó Chile, escribía en 1890 que los chilenos aspiraban al honor de ser llamados los prusianos de la América del Sur. No lo pienso ; pero admitiendo que tuvieran esta extraña ambición, aunque metieran toda su voluntad, no llegarían a realizarla.

¡Ah ! Cuánto se parecen a esos viejos quirites que una vez la guerra terminada volvían unos a sus campos, los otros al foro, ¡pueblo de agricultores y de jurisconsultos ! Tienen la pasión de la tierra, de esta tierra que les es tan clemente. Cuando ella les resiste, despliegan para vencerla la tenacidad de un Cincinnatus^(*), que hubiera arado campos de piedras. Se me citaba el ejemplo de un chileno que había gastado su fortuna y cuarenta años de su vida en una lucha muy romana. Le era necesario horadar una montaña para obligar las aguas de un río a venir regar sus campos estériles. Empezó esta obra y la prosiguió a través de todos los obstáculos, sin tregua, sin desanimarse. Estudió el suelo, combinó planes, se mantuvo al corriente de todas las invenciones, viajó a Europa, trajo ingenieros, con su perseverancia fatigó la resistencia de la naturaleza. Hoy está viejo y quebrado ; pero sus campos ya no sufren más de sed, su tierra es rica y sus hijos cosecharán los intereses decuplicados del capital que enterró ahí. La vida de los chilenos abunda de ejemplos parecidos. La tenacidad de su carácter ¿hay que atribuirla a la herencia vasca ? Se sabe que los vascos fueron numerosos entre los primeros colonos.

Estos espíritus obstinados, cuando se entregan al estudio eligen de preferencia el derecho. Les interesa el texto de las Pandectas demasiado ávidamente, quizá, comenzando temprano a interpretar su Constitución. Tengo ahí sobre mi mesa la obra de un chileno, Manuel Carrasco Albano, muerto en plena juventud. Son comentarios sobre la Constitución Política de 1833. Los escribió a veintiún años. Ahí se encuentra la influencia de las ideas francesas. Nuestra revolución de 1848 tuvo una resonancia prodigiosa en los espíritus del Nuevo Mundo. Pero se siente sobre todo, a través de estas páginas precoces, circular el

^(*) Lucius Quinctius Cincinnatus (nacido hacia 519 a. C.), célebre por la simplicidad y la austeridad de sus costumbres. Cuando los lictores fueron a anunciarle que había sido elegido al consulado, lo encontraron ocupado a arar la tierra. (N.d.T.)

espíritu de un pueblo joven que encontró su camino natural y que se precipitó en él con una hermosa impaciencia.

El chileno, si no nace orador, se hace abogado, como el romano. Por eso es que adora la política, que le permite de hablar, de discutir, de argumentar sobre las leyes. El estudio de las leyes desarrolla en él maravillosas aptitudes de hombre de negocios. Catón era más astuto que un normando ; el chileno es más astuto que Catón. Avanza a la segura ; camina con precauciones lentas en las altas hierbas del negocio ; sabe dejar para el día siguiente las decisiones más urgentes. Es un gran temporizador. Siempre amable, de una exquisita cortesía, escucha su adversario, quiero decir el comprador o el vendedor, sin dejar entrever nada en la impassibilidad de su rostro. El europeo quisiera a menudo saltarse etapas, pero su interlocutor lo detiene, lo modera, lo domina retomando victoriosamente la táctica de Fabio. Me extrañaría si los chilenos no fueran en el extranjero excelentes diplomáticos.

Desgraciadamente para mi paralelo, el suelo de Italia no era rico ni en cobre, ni en plata, ni en oro. La explotación de las minas, al principio fácil, el descubrimiento de estos tesoros casi a flor de tierra enloquecieron las poblaciones del Norte y esparcieron en todo Chile el deseo furioso de enriquecerse, que rápidamente degeneró en agiotaje. Con algunas de las virtudes que hicieron la grandeza de los primeros romanos, los chilenos se parecen a veces a la sociedad de los últimos siglos del Imperio, que ya no era la sociedad romana y donde, al lado de una eterna miseria, un mismo día hacía y deshacía fortunas colosales. No tuvieron necesidad de ir a saquear Asia : sólo debieron cavar en sus montañas. Accedieron demasiado rápidamente y demasiado fácilmente al lujo. Y la vista de su naturaleza no siempre les dio lecciones de ahorro.

No hablo solamente del mundo de los mineros, que gasta en algunas horas el resultado de seis meses de esfuerzo, mundo de bohemios obstinados, viviendo al día de una vida fantástica. Pero el pueblo de las ciudades no trabaja únicamente para alimentarse y se alimenta mal. La economía es desconocida. « Pan y aguardiente » es su lema, a tal punto que la República de Chile ignora todavía la lucha de los plebeyos contra los patricios. No ha tenidos sus Gracos^(*). Nadie ha soñado aquí con leyes agrarias. Permanece y se queda como una poderosa oligarquía. Aquí todos son ciudadanos, unos poseen el suelo y se pasan la riqueza de mano en mano ; los otros forman la plebe, una plebe sumisa, inteligente pero sin iniciativa, valiente frente a la fatiga pero muchas veces perezosa y que, entre picos nevados no ha elegido todavía su Monte Sagrado.

Los chilenos tienen en muy alto grado la facultad de asimilación. Imitadores de primer orden, no son más artistas que los romanos.

II

^(*) Los Gracos : Nombre utilizado para designar los dos hermanos Tiberio y Cayo Sempronio Graco y su madre Cornelia. (N.d.T.)

UNA FIESTA NACIONAL EN SANTIAGO

Chile celebra todos los años la fiesta de su independencia. Tal fiesta tiene el rasgo particular de durar una semana. Durante siete días se suspende el trabajo, los chilenos se regocijan y Santiago realiza un poco de cerca el ideal de Jauja. Esta fiesta nacional me pareció curiosa y si su programa oficial (*Te Deum*, carreras, parada militar y fuegos artificiales) se parece a todos los 14 de julio o todos los 15 de agosto del mundo, la iniciativa de los *rotos*, sus maneras de divertirse fuera de las atracciones reglamentadas por el Estado, le dan el sabroso cariz de un júbilo esencialmente democrático.

Por lo demás, el gobierno no hace los gastos de las invenciones. No prodiga ni los faroles venecianos, ni los fuegos de artificio, ni lo imprevisto de los decorados. Su *Te Deum* es rápidamente despachado ; las iluminaciones de La Alameda, es decir, de las grandes avenidas y de los Campos Elíseos de Santiago, consisten en una docena de globos eléctricos e intermitentes. Los bretones de la Cornouaille considerarían que sus fuegos artificiales son bastante ordinarios. En cuanto al empavesado de la ciudad, muchas casas enarbolan una bandera, casi ninguna despliega dos. Este año sin embargo, los organizadores de la fiesta tuvieron como el deseo de impresionar : tres carros alegóricos descendieron La Alameda sobre los rieles del tranvía. Uno representaba las Artes y la Industria, especialmente la industria ; otro, la Apoteosis de Manuel Rodríguez y la joven Gloria, revestida de blanco, arrastrado por cuatro buenos caballos, hacía honor a la estética chilena ; el tercero por último, erizado de picas y de soldados feroces, simbolizaba el ejército. Esta innovación obtuvo un éxito considerable. Pero no es ahí que está, gracias a Dios, la originalidad de la fiesta, ni en las tribunas de las carreras donde se reúne la élite de la sociedad, ni en el desfile de los vehículos que se parece a un pequeño regreso de Longchamps. Si usted quiere color local y si le gusta lo pintoresco, vuélvale la espalda al gran mundo y penetre en el Parque Cousiño.

Este parque es uno de los más hermosos paseos de Santiago. Su inmenso césped , que merece conservar el nombre de pampa y sobre el cual un ejército entero podría maniobrar, se extiende a los pies del telón de la Cordillera. Por un lado está rodeado por unos montes bajos, por el otro, por jardines en flor con pequeña laguna, cascadas, islotes y bosquecillos. Es ahí que el Presidente de la República pasa en revista las tropas y bajo los montes y las avenidas de árboles se dan cita todos los *rotos* de la ciudad. Ahí acamparán tres o cuatro días con la alegría en el alma ; mientras que en estos rincones de bosque habrá un aspecto de kermesse extraña, de vivac gitano y, sin las malformaciones y los gritos, de patio de Monipodio que retozaría bajo el azul del cielo.

Aquí y allá se levantan carpas, cuatro piquetes clavados en tierra y en torno de ellos bandas de tela, una instalación hecha de prisa, rudimentaria, a la buena de Dios. ¿La sombra de los árboles no es suficiente ? Sin embargo por todos lados aparecen mesas, bancos cojos, sillas patituertas ; sobre estas mesas se amontonan cántaros, botellas, damajuanas y pilas de comestibles. La bebida, amarilla y turbia, desborda de copas de vidrio, copas grandiosas donde apagaría su sed toda una familia de rozagantes Teniers^(*), esta bebida nacional, una de las glorias de Chile, es la buena *chicha*. No existe vino más refrescante y más traidor. Se la

^(*) Seguramente una alusión a los personajes pintados por los Teniers (siglos XVI y XVII), padre e hijo. Lo mejor de la obra de este último fueron escenas de tabernas, kermesses... (N.d.T.)

fabrica con jugo de uva cocido ; hay que saber que la cidra de Normandía, que revienta las botellas, no se sube tan rápidamente a la cabeza como la *chicha*. Por supuesto que la que beben los rotos no vale la que los chilenos ricos sirven en su mesa. Pero a pesar de todo ello les pone el corazón en fiesta y por sus bellos aspectos de ámbar turbio, ponen sin vacilar sus bienes donde la « Tía Rica ». Riegan con ella los platos de ave fiambre, rebanadas de jamón y por sobre todo sus *empanadas*, masa de harina rellena, más de cebolla picada que de carne. Unos a la mesa, otros sentados sobre el césped, almuerzan, meriendan, cenan y siguen comiendo.

Detrás de cada mostrador una mujer con el pelo suelto, casi siempre vestida con colores llamativos, pellizca la guitarra o rasca el arpa ; otra, agachada a sus pies golpea con el puño sobre la caja del instrumento ; en torno de ellas, hombres y mujeres baten palmas acompasadamente, chillando una melopea gangosa de la que sobresalen a veces notas agudas que se hace ora lenta con la tristeza de los estridores prolongados, ora se precipita como un galope de gatos en los tejados. Se trata de la música que sirve de marco para danzar la cueca, que es tan célebre en todo Chile como la *chicha*. Una me parece el complemento natural de la otra. Todas las chilenas conocen la *cueca* y si en los grandes bailes se finge ignorarla o preferirle la mazurka, el vals o el boston, por el contrario cuando se está en una reunión íntima y antes de que se apaguen las luces, entre las doce y media de la noche y las dos de la mañana, las damas de la sociedad sacan su pañuelo, los galanes hacen otro tanto y la cueca comienza. Me atrevo a decir que la gente de mundo pone mucho más entusiasmo que los *rotos*, que la hace más animada y más comprensible. Entre el pueblo ella se hace grave, casi sacerdotal.

La bailarina, con una mano tiene su pañuelo agitándolo, con la otra levanta levemente su falda y huye frente a los llamados del danzarín. Éste, mano izquierda en la cadera hace revolotear su pañuelo sobre su cabeza y con paso acompasado da vueltas en torno de aquélla de la cual quiere llamar la atención. Pero la mirada obstinadamente baja, la bailarina se escapa. Por más que la apura, que la asedia, que le corta la retirada, ella se esquivo. Él se impacienta, despliega todas sus gracias, redobla de desenvoltura, se pavonea, ondula, zapatea. Mas, la insensible continúa mirando la punta de sus botines y se escurre, como un sueño. La música, los cantos, los golpes de palmas excitan su pretendiente cuya esperanza se despierta con los signos de cansancio que manifiesta la eterna fugitiva. Por fin, ésta levanta los ojos y el encuentro de sus dos miradas decide de su doble victoria, o de su doble derrota. Moraleja : Sólo hay que mirarse en las pupilas para comprenderse.

Ni que decirse tiene que los *rotos* simplifican mucho esta danza. Le quitan todo lo que tiene de caprichoso, de fantasía y de ...¿cómo dijera ? Pero ustedes me comprenden. La *cueca* de los salones difiere tanto de la de los campos, como se distingue un mármol gracioso de un granito hierático. ¿Ha visto usted, al son de las gaitas bretonas, las largas y sileciosas esquivadas^(**) de los bretones ? Los *rotos* chilenos se parecen a los hijos de Arvor en Bretaña. Se juraría que se mueven al compás sobre la tumba de sus ancestros. Más parecen oficiar que danzar. Momifican la *cueca*. No conozco nada más extraño, en medio de los grupos de comilones y bebedores, que esos personajes insulsos moviéndose melancólicamente uno frente al otro. El bailarín no se agota en provocaciones vanas, salta y da vueltas sin entusiasmo, por deber, mientras que la danzarina parece menos preocupada de escaparle que de espantar las moscas. Cuando se detienen, mirándose en los ojos, se les lleva un vaso de *chicha*. Cada uno a su turno beben en él el olvido de las fatigas y el vaso monumental circula en corro. En seguida una nueva pareja se prepara y la agria salmodia recommienza.

(**) Esta descripción nos hace pensar a nuestro antiguo baile « el escondido ». (N.d.T.)

Frente a ellos, el sol se clava sobre la nieve deslumbrante de la Cordillera recortando en ella grandes sombras azules. En las anchas alamedas que contornan el césped, desfilan los vehículos, viejos landós, coches de punto, coches abiertos, breacks, charabanes y todos los campesinos que levantan, al trote de sus monturas, nubes de polvo. Van cubiertos de enormes sombreros de paja y arrebozados con sus *ponchos* multicolores. El *poncho* es una especie de estola de paño, o mejor, imagínese una pequeña alfombra de cama al centro de la cual se hubiera practicado una abertura para dejar pasar la cabeza. Los indios de Bolivia los tejen con lana de vicuña, son bastante bonitos y no se gastan con el uso. Todos estos *ponchos* rayados con colores resplandecientes, rojos, azules, amarillos, verdes ondeaban sobre la muchedumbre a los rayos del sol. Es hermosa la caballería rústica de estos campesinos chilenos, delgados, vigorosos, la tez bronceada, los ojos negros, montando sus infatigables caballos. Se encajan en sus sillas cuyas paleta y perilla son más altas que entre nosotros. Los estribos de madera esculpida tienen la forma de zuecos con punta cuadrada, a los que se les habría cortado el talón. Sus espuelas son enormes, con el árbol arqueado, el cuello que se encorva y sus estrellas desmesuradamente largas. Y mientras que detrás de ellos el buen pueblo baila sus *cuecas* mudas, se refocila y vacía barriles de *chicha*, todos alineados contemplan el ejército chileno maniobrando sobre el césped. Los agricultores se levantan, como un pacífico símbolo, ante los guardianes de la tierra y de las cosechas.

No se ha construído ninguna tribuna ; los mejores puestos pertenecen a los primeros ocupantes. Los privilegiados son los que llegaron antes que los otros. El presidente, acompañado de sus ministros, llega en su calesa. Pasa la revista y se va.. Ni una sola aclamación, tampoco un tropel y entre esos miles de personas que se divierten a su manera, no se verá la silueta de ningún agente de la policía.

F I N

Traducción y notas de Hernán MINDER PINO
Lieja, mayo del 2002 – diciembre 2003.

